

OBRAS COMPLETAS DE VICUÑA MACKENNA

PRIMER VOLUMEN PRELIMINAR

ICONOGRAFIA DE VICUÑA MACKENNA

POR

EUGENIO ORREGO VICUÑA

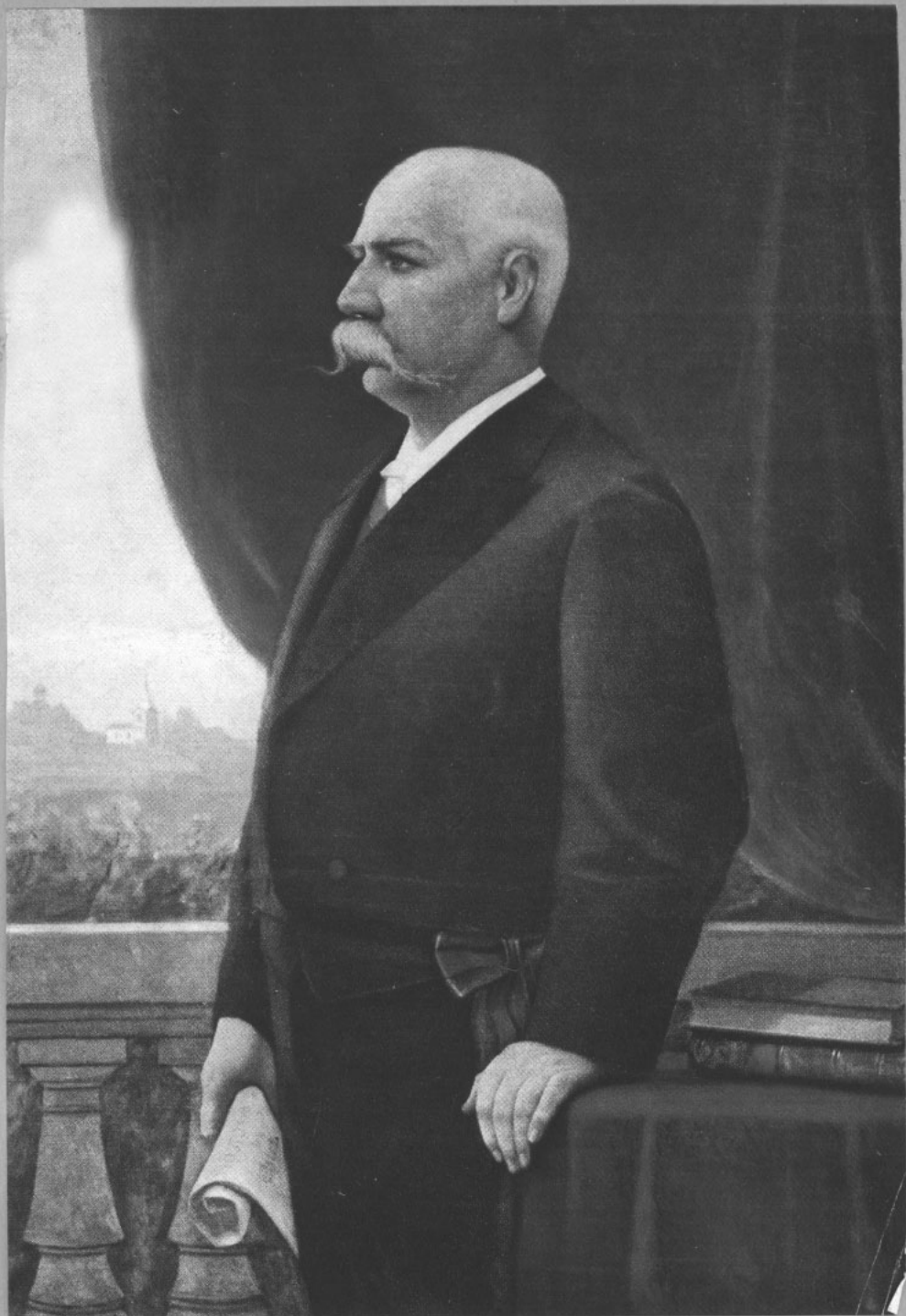
I

UNIVERSIDAD DE CHILE

OBRAS COMPLETAS DE
BENJAMIN VICUÑA MACKENNA
PUBLICADAS POR LA
UNIVERSIDAD DE CHILE
PRIMER VOLUMEN PRELIMINAR

RELIM

LA UNIVERSIDAD DE CHILE Y VICUÑA MACKENNA



Benjamín Vicuña Mackenna
Oleo de Lemoine /

La Universidad de Chile y las Obras de Vicuña Mackenna

La Universidad de Chile, en 1931, había honrado ya la memoria de Benjamín Vicuña Mackenna con ocasión de celebrarse el primer centenario de su nacimiento. Se asoció en esa oportunidad a las fiestas nacionales con que la República lo conmemoró, celebrando una velada solemne y dando a la estampa dos números especiales de sus *Anales*, que, bajo el título de *Homenaje a Vicuña Mackenna*, (Segundo Semestre de 1931 y Primer Semestre de 1932), abarcaron completos estudios acerca de su vida y obra.

Parece innecesario, pues que Vicuña Mackenna es una de las máximas figuras de Chile, hacer el elogio del maestro, del historiador, del hombre de Estado, del administrador público, cuya múltiple labor llena medio siglo de actividad infatigable, que toca los límites de lo prodigioso. Vicuña consagró no pocos desvelos a la Universidad, de cuya Facultad de Filosofía y Humanidades fué miembro de número. En su seno, en la prensa, en el libro, en la tribuna universitaria, en los claustros, laboró con constancia ejemplar. Algunos de sus trabajos fueron redactados especialmente para la Universidad y ella publicó su famosa obra *La Guerra a Muerte*, tenida entre las mejores que escribiera.

Pero hay aún razones no menos poderosas que justifican el acuerdo tomado en 1934 por el Consejo Universitario de publicar una edición de sus Obras Completas; entre otras, lo raro de casi todas ellas, que la mayor parte se encuentra agotada hace años.

La idea de una edición de conjunto no es nueva. En vida de Vicuña un editor francés pensó ejecutarla en París, bajo la dirección personal del autor, y, a raíz de la muerte de éste, se inició con tal fin una subscripción pública que encabezaron don José Victorino Lastarria, don Diego Barros Arana, don Miguel Luis Amunátegui, don Isidoro Errázuriz, don José Manuel Balmaceda y otros hombres eminentes de todos los partidos y actividades. El proyecto no se llevó a cabo entonces por las dificultades que aparentemente presentaba la ordenación correcta de una labor diseminada en libros, en periódicos y revistas de todo el continente.

Corrido el tiempo y agotado casi el estudio de Vicuña Mackenna y de su obra, el Consejo Universitario ha creído de utilidad nacional acceder a las sugerencias que le hicieran reiteradamente intelectuales de Chile y de otros países de América, personeros diversos de la cultura iberoamericana. Y para su mejor cumplimiento ha designado a don Armando Donoso y a don Eugenio Orrego Vicuña.

La tarea se llevará a cabo en forma ordenada y metódica, y comprenderá la publicación de todas sus obras históricas, de sus discursos y artículos de prensa y de una meditada selección epistolar.

Al iniciar una empresa cuyo interés chileno y americano es indiscutible, dado que Vicuña Mackenna, siendo hombre profundamente chileno, fué de aquellos que compartieran con Bolívar el ideal de una patria continental y sus escritos abarcan la Historia de América en todos sus aspectos, la Universidad de Chile cree servir eficazmente los principios que informan su tradición centenaria.

Santiago, Diciembre de 1935.

PLAN GENERAL DE LA EDICION UNIVERSITARIA DE LAS
OBRAS COMPLETAS DE BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

- Primer y Segundo Volumen Preliminar: Iconografía de Vicuña Mackenna.
- Tercer Volumen Preliminar: Antología Vicuñista.
- I y II. Páginas de mi Diario. (Dos volúmenes).
- III y IV. Historia de Valparaíso. (Dos volúmenes).
- V. Vida de O'Higgins.
 - «El Ostracismo de O'Higgins», «La Corona del Héroe» (Extracto).
- VI. Don Diego Portales.
- VII. Vida de Mackenna.
- El Washington del Sur.
- El Tribuno de Caracas.
- El Almirante Blanco Encalada.
- VIII. San Martín.
- La Revolución de la Independencia del Perú.
- IX. El Ostracismo de los Carreras.
 - «Doña Javiera Carrera», «La Contabilidad del Cadalso».
- X y XI. Historia de Santiago. (Dos volúmenes).
- XII, XIII y XIV. Discursos parlamentarios. (Tres volúmenes).
- XV. La Guerra a Muerte.
- XVI. De Valparaíso a Santiago.
 - Al través de los Andes.
- XVII. Historia del 20 de Abril.
- XVIII, XIX y XX. Historia de la Administración Montt. (Tres volúmenes).
- XXI. Juan Fernández.
- XXII. Páginas Intimas.
 - «Al Galope», «Dolores», «Recuerdos íntimos», «Diarios de prisión», etc.
- XXIII. Descubridores y Conquistadores.
 - «Don Diego de Almagro», «Don Pedro de Valdivia», «Lautaro», etc.
- XXIV. Gentes de la Colonia.
 - «La Quintrala», «Francisco Moya», etc.

XXV y XXVI. San Val en Europa. (Dos volúmenes).

XXVII y XXVIII. Los libros del Oro, de la Plata, del Cobre y del Carbón de Piedra en Chile. (Dos volúmenes).

XXIX y XXX. Diez meses de misión en los Estados Unidos. (Dos volúmenes).

XXXI, XXXII y XXXIII. Intendencia de Santiago. (Tres volúmenes).

«El paseo de Santa Lucía», «Exposición Nacional de Artes e Industrias en Santiago de Chile», «Guía General de la ciudad de Santiago», «Instrucciones sobre el buen régimen de la ciudad», «La transformación de Santiago», «Moralidad pública de Santiago», «Organización y ensanches de la Empresa de Agua Potable», «Santiago administrativo», «Bando acerca del aseo de las calles», «Canalización del Mapocho», «Catálogo razonado de la exposición del coloniaje», «La capital», «Nueva subdivisión política y administrativa del departamento de Santiago», «Guía de subdelegados e inspectores», «Un año en la Intendencia de Santiago», «Exploración de las Lagunas Negra y del Encañado», «La verdadera situación de la ciudad de Santiago», «La visita de la provincia de Santiago», «Las finanzas de la ciudad de Santiago», «Catálogo del Museo Histórico del Santa Lucía», etc.

XXXIV. Páginas de la Colonia.

«Los médicos de antaño», «El clima de Chile», etc.

XXXV. Historia de la guerra de Chile con España.

XXXVI. Campaña presidencial.

Manifiestos, «El partido Liberal Democrático», «La asamblea de los notables», «El viaje a las provincias del sur», «La Convención de los Pueblos», etc.

XXXVII. Las dos Esmeraldas.

XXXVIII y XXXIX. Historia de la Campaña de Tarapacá. (Dos volúmenes).

XL. Historia de la Campaña de Tacna.

XLI. Historia de la Campaña de Lima.

XLII y XLIII. Los héroes del Pacífico y otras páginas de la guerra. (Dos volúmenes).

XLIV. La Patagonia.

XLV. Escritos sobre agricultura.

«Le Chili» (texto francés y traducción española de don Marcial Martínez), «Estudios sobre agricultura europea», Escritos en «El Mensajero de la Agricultura», «La agricultura de Chile», «Bosques y maderas de Chile», etc.

XLVI. Estudios jurídicos.

«Memoria sobre el sistema penitenciario», «El castigo de la calumnia», «Informes Jurídicos», etc.

XLVII. Impresiones de viaje.

XLVIII. Unión Americana.

XLIX. Páginas literarias.

«Juan María Gutiérrez», «Hipólito Unanue», «Algunos proverbios, refranes, mores y dichos nacionales», etc.

L. Crónicas de Santiago.

LI. Crónicas de Valparaíso.

LII. Relaciones Históricas.

LIII. Historia General de Chile.

Estudios, Prólogos y notas originales contenidas en la «Historia General de la República de Chile» y en la «Historia del Reino de Chile» del Padre Rosales, etc.

LIV. Páginas de la Independencia.

«Don Jorge Beauchef», «Los escritores chilenos de la Independencia», «El Coronel don Tomás de Figueroa», etc.

LV, LVI y LVII. Miscelánea.

«Terra Ignota», «La defensa de Puebla», «Bases del informe sobre inmigración», «A sketch o Chili», «Chili, the United States and Spain», «Quintero», «Cambiaso», «Una excursión al través de la inmortalidad», etc.

LVIII. Páginas bibliográficas.

«Catálogo de la Biblioteca Americana», «Catálogo de la Biblioteca Beeche», etc.

LIX y LX. Epistolario. (Dos volúmenes).

ALBUMES:

I. Album del Santa Lucía.

II. Album de la Laguna Negra y del Encañado.

III y IV. El album de la Gloria de Chile. (Dos volúmenes).

ICONOGRAFIA DE VICUÑA MACKENNA

AL FRENTE DE LA ICONOGRAFIA DE
VICUÑA MACKENNA
DEBO INSCRIBIR ESTOS NOMBRES
INTIMAMENTE LIGADOS A SU SANGRE
Y A SU ESPIRITU:

VICTORIA SUBERCASEAUX
BENJAMIN VICUÑA SUBERCASEAUX
BENJAMIN ORREGO VICUÑA

Noticia Preliminar

Hemos pensado que en los volúmenes preliminares de la edición universitaria de las Obras Completas del maestro, destinados a dar a conocer su personalidad bajo diversos aspectos y con la colaboración de críticos y de biógrafos connotados, correspondía su ubicación natural a una Iconografía.

Y siguiendo el modelo trazado por nosotros en dos trabajos anteriores de la misma índole—sobre O'Higgins y San Martín—, elaboramos esta Iconografía.

Hablando del propósito de fondo que anima nuestra pluma, en la noticia preliminar del volumen consagrado a San Martín, decíamos cómo constituía un aporte a la tarea común de la unidad americana, de la que hemos sido, a lo largo de nuestra juventud, obreros, soldados y hasta un poco mártires... Deben los escritores—afirmábamos en ese documento—, deben los historiógrafos y los pensadores en especial, dar su aporte sin regateos ni fatigas. Cada uno su propio esfuerzo; todo hombre su estímulo. Para el historiador, para el ensayista, ¿qué tarea más necesaria que la de tornar los ojos a los días épicos de la patria común, y sentir con alma americana

y escribir con pluma americana las vidas y los hechos hazafiosos de los próceres? De todos, de los que manejaron espadas sin fatiga y de los que esgrimieron su pensamiento, de los capitanes y de los soldados, de los pensadores y de los caudillos.

Debemos acordarnos que hubo quienes fueron de América antes que de su tierra natal; que hubo quienes cumplieron su mayor esfuerzo en lugares que no permanecerían a la sombra de sus propias banderas lugareñas.

Los grandes de entonces, como los grandes de mañana, fueron americanos antes que chilenos, argentinos, venezolanos o peruanos. Pertenecieron a América antes que al Ecuador, a México, a Bolivia... Bolívar atravesó en su caballo de guerra la mitad de un mundo. La espada de Washington cruzó los grados de un continente. Sucre dió lo mejor de su vida a un pueblo en cuyo seno no se mecíó su cuna. O'Higgins trabajó por la causa común en tres países, a uno de los cuales dió su organización republicana y democrática señalada como modelo durante una centuria, y contribuyó poderosamente a la liberación de otro. Del Libertador San Martín ha dicho Vicuña Mackenna que fué argentino en Argentina, chileno en Chile, peruano en el Perú, americano en todas partes...

Y entre los civiles, entre los que prepararon el alma de toda una cultura, ¿cómo no señalar a Vicuña Mackenna, a Bello, a Sarmiento, a Mitre, a Montalvo, a Darío, a Martí? Y otros con ellos. Todos en su tiempo y cada uno en su género, dieron a América la savia de su espíritu.

Fueron civilizadores.

Acaso por haber amado a la patria grande con pasión tan fuerte, lograron dar mayor realce a su patrias nacionales, que el amor de una y otras no se opone y sí se complementa. Sirviendo a América hemos de sentirnos más dignos de nuestra propia tierra.

Honrar la memoria de tales hombres es deber americanista,

es tarea urgente y siempre actual. En todos ellos hemos de reconocernos, y a la postre, del conjunto de su obra brotará la síntesis de nuestra propia civilización. Por lo que ellos fueron seremos nosotros. Lo que ellos hicieron habrá preparado nuestros caminos.

Y nuestra obra modesta, la de cada uno, la de todos, con la de ellos se sumará en el acervo común.

Y así construiremos nuestra América.

Así, en síntesis de espíritus y de culturas, en buen ordenamiento de economías y en supresión de distancias, habrá de forjarse nuestra unidad.

Esta Iconografía, dentro del marco en que el autor se ha colocado, repitamos, supone una contribución, siquiera mínima, a la tarea común y al común servicio de la cultura americana.

Para componerla adoptamos, con algunas variantes, que se relacionan más con la extensión que con la forma y fondo, el plan utilizado en las Iconografías de O'Higgins y de San Martín. Hemos dividido le presente en dos partes, encerrando en la primera una biografía muy sumaria del prócer y varios ensayos sobre su personalidad, que es, a no dudarlo, la más compleja y la más genial que haya producido Chile y anda en esos puntos de genio a la par con Bolívar; al menos en nuestro entender. Comprende también una recopilación de juicios y retratos, porque hemos acudido en todo momento al testimonio de otros hombres y de otros juicios a fin de que no pudiera tachársenos de parcialidad. Un anecdotario, algo incompleto pero bastante nutrido, le pone remate. Y en la segunda parte agrupamos aquellos estudios que dicen relación con los aspectos más técnicos de la obra, esto es, con lo propiamente iconográfico. La integran un panorama iconográfico, un capítulo sobre las reliquias y el futuro Museo Vicuña Mackenna y otro sobre el archivo del maestro, conceptuado como el más rico de Chile y uno de los más importantes de América

en su género. El correspondiente medallón del prócer y una cronología suya incrementan el texto.

A continuación hemos creído conveniente poner tres estudios biográficos acerca de las figuras más íntimamente ligadas a Vicuña Mackenna, al menos en el espíritu y en la sangre: su compañera, doña Victoria Subercaseaux; su hijo Benjamín Vicuña Subercaseaux, legítimo heredero; y su nieto Benjamín Orrego Vicuña, de cuya vida, breve como una mañana de primavera, quedó para nosotros la huella de un afecto y de una influencia intelectual perdurables.

A modo de complemento necesario añadimos una serie de estudios bibliográficos, realizados en su mayoría por el reputado vicuñista don Alejandro Benelli Bolívar y hechos otros por el distinguido erudito don Carlos T. Vicuña. Esta sección es una de las más importantes del primer volumen y será de gran utilidad para los investigadores vicuñistas.

En la parte gráfica, que abarca el segundo volumen, hemos insertado todos los documentos fotográficos originales que se relacionan con el prócer, los retratos de pintura, las miniaturas, la mayoría de las caricaturas publicadas por los periódicos festivos y pasquines de la época, y reproducciones de documentos importantes, de vistas de los monumentos nacionales consagrados a su memoria, de la Iglesia-Sepulcro del Cerro Santa Lucía, en que por homenaje extraordinario de su patria reposan las cenizas del gran chileno, de sus residencias del Camino de Cintura y de Santa Rosa de Colmo, fotos de sus reliquias, etc. Se añaden los retratos conocidos de doña Victoria Subercaseaux, varios de Benjamín Vicuña Subercaseaux y Benjamín Orrego Vicuña y algunos de sus antepasados.

Para la composición del texto mismo, hemos tenido a la vista una variada y riquísima bibliografía, de cuya importancia se darán cuenta quienes examinen la general del maestro.

Esto sentado—cabe reiterar—formulamos votos ardientes porque otros hombres nos sigan en la tarea de investigar el

desenvolvimiento de aquellas vidas ilustres, cuya trayectoria fuera de los campos nacionales abarcó el conjunto general americano. Se hace indispensable la revisión de la historia continental en cada país, para eliminar suspicacias y juicios errados, dando a los hechos y a los hombres una nueva perspectiva más exacta, y desprendiendo del pasado lecciones que sirvan de estímulo a las gentes de hoy.

PRIMERA PARTE

I

VIDA DE VICUÑA MACKENNA

En la buena y todavía colonial ciudad de Santiago, allá por el año de gracia de 1831, vino al mundo un varón en cuyas venas se cruzó la sangre vasca, metódica, tenaz, con la sangre de Irlanda, fuego de imaginación y espíritu bravío. Su familia contaba un arzobispo que muriera en olor de santidad cristiana, un presidente de la República, un general que figuró en el número de los libertadores de Chile, y un filósofo, caudillo de todas las rebeldías democráticas de su tiempo. En tal medio y proveniente de tales hombres, se formó Benjamín Vicuña Mackenna.

Era ardiente la sangre del chico; viva su imaginación, tejida en genio del pueblo de Irlanda; tenaz su afán de cultura y su continuidad de carácter; impetuoso el ánimo; el corazón muy chileno, abierto a todos los vientos de la generosidad y del altruismo.

Creció en los campos de su tierra, con el horizonte enmuralado por las cumbres andinas, casi siempre envueltas en manto de nieve, como una invitación a la serenidad del pensamiento; con brisas próximas del Mar Pacífico, bravío como una invitación a todas las audacias.

Y así, visitado en su cuna por las fuerzas que crean el ingenio, la altivez, la honestidad, la fantasía que embellece, el pensamiento que cala hondo y el amor a los hombres, que es todo darlo y a todo renunciar, fué el niño creciendo, con libros por juguetes, potreros por patios, aire y sol en los pul-

mones y una curiosidad insaciable prendida en la retina de sus ojos.

A los quince años había leído una biblioteca y fracasado en no pocos exámenes, de esos en que siempre son los primeros aquellos que la vida ha de derrotar, porque ni la ciencia ni el destino coinciden en la medida que regula el paso de los mediocres.

A los dieciocho se había enrolado en las filas de un movimiento democrático, en que intelectuales, obreros y artesanos, capitaneados por dos hombres de pensamiento—Francisco Bilbao y Santiago Arcos—hacían oposición a un gobierno oligárquico y autoritario. A los veinte se embarcó en un intento revolucionario, actuando de ayudante de campo del Coronel Urriola, en la rebelión militar que éste inició en defensa de las libertades públicas conculcadas. Muerto el jefe, en el combate que tuvo lugar en las calles de Santiago el 20 de Abril de 1851, arrestado y con proceso el joven, escapó de la cárcel, en compañía de otro camarada, cuando ya caía sobre sus hombros una sentencia de muerte.

Y se lanzó a la campaña revolucionaria que su propio padre, en nombre del General Cruz y de las libertades democráticas, acaudillaba en el Sur de Chile. Fué gobernador de un departamento, participó en acciones de guerra, y cuando los suyos quedaron vencidos y la derrota arreció persecuciones y sufrimientos, pudo embarcarse a bordo del *Francisco Ramón Vicuña*, pequeño navío de familia, y emprender, a solas con su esperanza, el camino del destierro.

Era una peregrinación ilusionada. Visitó México y Estados Unidos; corrió tierras con el ojo alerta y la pluma dispuesta; vivió en Francia y en Inglaterra; estudió agricultura en Cirencester; aprendió de todo y con todos, y de retorno a su país, por el Imperio del Brasil y las Provincias Argentinas, que aún no se unían bajo la mano educadora de Sarmiento, dió a la estampa sus impresiones en un libro encantador, que es como un viaje hecho en el corazón del siglo XIX.

Tenía amor a los estudios históricos y se adentró en la historia del continente, buceando hechos, almas y paisajes; su estilo se hizo brillante y ameno; su manera intuyó los procedimientos de maestros futuros; su pensamiento fué alumbrando

el pasado y avizorando el porvenir. Esos estudios sobre América hubieron de llevarlo al sueño unitario de Miranda y de Bolívar, haciéndolo estimar que lo que más convenía a las repúblicas jóvenes del nuevo mundo era unir sus destinos en una suerte de vinculación federal, al modo de los Estados Unidos del Norte, y por ahí se orientó más tarde su propaganda.

Tenía, al volver a Chile, en el ardor de su mocedad, el ardor de servir. Y en todo y para todo quiso ser útil. Fué secretario de la Sociedad de Educación Primaria y de la Sociedad de Agricultura; publicó en la prensa artículos de orientación general; escribió libros voluminosos; se mezcló en las luchas cívicas, manteniendo su adhesión a la causa democrática que sirvió toda su vida.

Tales andanzas le empujaron a las arenas encendidas de la política de aquel tiempo, con lo que se vió envuelto en otro movimiento revolucionario. Una idea y un programa suyos—*La Asamblea Constituyente*—, nombre de un diario de batalla que fundara y en el cual se combatía en pró de una reforma constitucional que diese al pueblo todas las garantías y derechos que se miraban usurpados por gobernantes demasiado autoritarios—sirvieron de nombre a esa nueva revolución, que culminó en 1859 y fué vencida en los campos de batalla. Nuevamente prisionero, nuevamente procesado, las autoridades le condenaron a nuevo ostracismo.

En el segundo viaje visitó España y realizó en sus archivos importantes investigaciones históricas. Residió después en el Perú, en donde escribió la primera parte de su *Vida de O'Higgins*, junto con otros libros y ensayos de notable interés.

De retorno a Chile, sin curarse de persecuciones y haciendo punto a los juicios civiles a que lo arrastraban sus enemigos por la valentía de sus opiniones, reanudó actividades en los diversos campos que solicitaban su atención.

Y desde entonces comenzó para él una etapa de dinamismo verdaderamente extraordinario, pues sorprende la multiplicitud de sus trabajos y resulta increíble la obra intelectual que les iba aparejada. Diputado, secretario de la Cámara, periodista, escritor, propagandista, impulsor de la educación

primaria y de todo orden de empresas culturales, abogado, todo lo inventó y casi todo lo hizo.

En 1865, durante la guerra con España, a que Chile se viera arrastrado en defensa de los derechos del Perú, que el gobierno de una reina inconsciente vulnerara, fué designado agente confidencial en Estados Unidos. Esa misión, desempeñada en varios escenarios, pues abrió tribuna en Lima, en Panamá, en Nueva York y en Washington, tuvo trascendencia considerable en su vida. Combatió la política que los yankees practicaban entonces con los países de Sud América y luchó obstinadamente en favor de la independencia de Cuba y Puerto Rico. En Nueva York fundó un periódico—*La Voz de América*—en cuyas columnas hizo una campaña de unión continental que alcanzó enorme eco; era, además, el primer órgano de prensa destinado a finalidad tan alta.

Para defender los intereses de Chile y de Perú, Vicuña Mackenna compró barcos y armas, viéndose envuelto en un ruidoso proceso por violación de una ley de neutralidad que sólo se aplicaba parcialmente.

Conviene insistir en la obra americanista de Vicuña, en la importancia que tuvo su gesto de liberar a Cuba y Puerto Rico, para cuya empresa se puso de acuerdo con el general Mariano Ignacio Prado, dictador del Perú a la sazón. Proyectaba el procer una expedición en que figurarían fuerzas combinadas de los países que se hallaban en guerra con España. Ese proyecto, que entonces pudo ser factible y adelantar la liberación de las últimas colonias españolas, variando el panorama de la historia de América, fracasó principalmente por la incomprensión de que dió muestra la cancillería de La Moneda.

La campaña de Vicuña Mackenna, empero, siguió adelante y su verbo fué supremo llamado a la unión. En sus manos tremolaba de nuevo la bandera de Bolívar y esta vez le asistían hombres de tan alta jerarquía moral como Domingo Faustino Sarmiento, el gran argentino, que desempeñaba por esos días el cargo de plenipotenciario de su país ante el gobierno de Washington.

De regreso a Chile, redactó, con Isidoro Errázuriz y otros individuos notables, unas *Bases de Unión Americana*, enco-

mendadas por la sociedad que con tal fin se había establecido en Santiago. Esas Bases constituyen el proyecto más constructivo que se elaborara antes de nuestro tiempo y merecen por ello los homenajes de la historia.

Vicuña Mackenna concebía la unidad americana sobre una estricta base de derecho, a cuya sombra los intereses continentales y nacionales—las particularidades nacionales de cada pueblo—se acordarían en una atmósfera de superior comprensión. Ya en su libro acerca de *Portales*, dos años antes, había escrito: “cada pueblo vuelve los ojos hacia un árbitro supremo, que no es el cañón, sino el derecho; porque atendido el giro actual de la opinión y el que ésta tuvo en días más felices de concordia americana, no son los ejércitos, sino las asambleas deliberantes, los congresos americanos, los que están llamados a fijar la última y suprema formación política y social del Nuevo Mundo”.

Es curioso, a propósito, tomar nota de cómo su americanismo, que coincidía con un amor profundo a su tierra natal, corresponde a las corrientes que dominan el espíritu de los grandes americanos de nuestra época, en quienes el sentido de patriotismo local y continental se complementa en una suerte de armoniosa síntesis, precursora de mayores progresos en el camino de la solidaridad humana.

La batalla que Vicuña y algunos de sus contemporáneos más ilustres libraron en favor de la unidad, tendrá decisiva victoria en época próxima. Fué de esas batallas que nunca se pierden en definitiva, y quienes la libraron pertenecían al género de los que guerrean contra el tiempo, de los que triunfan más allá del límite exiguo de su propia existencia material. Fué una jornada de sembradores.

Algunos años más tarde, en 1870, abrióse nuevo paréntesis en su trabajada existencia. En el curso de un tercer viaje a Europa se vió sorprendido por la guerra franco-prusiana y desde el teatro mismo de los sucesos envió al *Mercurio* de Valparaíso una serie de correspondencias firmadas con el seudónimo de San-Val (abreviatura de los nombres de Santiago y Valparaíso, con lo que entendía mostrar su amor a esas dos ciudades chilenas), correspondencias que fueron reproducidas en la prensa de toda Sudamérica.

A principio de 1872, cuando no hacía muchas semanas que arribara de nuevo a las playas natales, el gobierno le designó Intendente de Santiago, su ciudad amada. Y durante tres años, sin cerrar casi los ojos, se entregó a la ciclópea tarea de transformar con escasos recursos económicos la capital sometida a su mando. Y de la gran aldea colonial que era todavía, con resabios, costumbres y edificios del tiempo de los españoles, hizo una ciudad moderna que pudo ser estimada como la más hermosa y progresista del Sur americano. Todo lo utilizó en su empresa: la naturaleza y los hombres, las pasiones y las vanidades, los bolsillos privados y la emulación colectiva. Y con ayuda de aquella su poderosa imaginación, en que se aunaban la sensibilidad de un artista y la visión precisa de un hombre de estado, de un constructor, hizo verdaderos milagros. Abrió avenidas, calles y plazas; levantó monumentos; construyó edificios públicos; fundó escuelas, bibliotecas y museos. Y para coronación, de un cerro, de un cerro árido situado en el corazón de Santiago, que era un informe montón de piedras lóbregas, hizo un jardín encantado, y todo se transformó como a golpe de una varita mágica. Entre las rocas crecieron árboles y flores; sobre la piedra desnuda cayó el manto de las enredaderas; abriéronse caminos umbrosos; surgieron puentes, cascadas, balcones volantes, mármoles, estatuas, terrazas, surtidores, kioskos, juegos infantiles. Y ante la mirada estupefacta de los santiaguinos, que le llamaban "el loco Vicuña Mackenna", los sueños que parecían más absurdos cristalizaron, como en las páginas de un cuento.

El prestigio que conquistara en largos años de lucha, acrecentado en el tiempo de su asombrosa labor de Intendente, habíase ido convirtiendo en popularidad que llegó a ser enorme, no conocida antes por hombre alguno en la historia de Chile. De ahí brotó, como un movimiento incontenible, su candidatura a la presidencia de la República.

Y brotó del corazón mismo del pueblo, convirtiéndose, a través de asambleas y cabildos populares, en el Candidato de los Pueblos, que tal fué su bandera oficial. Constituido, pues, en abanderado de los obreros, de los intelectuales, de las gentes medias y de las humildes, de cuantos en el límite de las tierras y del mar de Chile querían justicia y libertad, pan y

progreso, fué recorriendo el país en giras triunfales, acompañado de numerosa comitiva, en la que figuró el insigne orador y estadista Isidoro Errázuriz. Visitó el candidato ciudades, pueblos, aldeas, hablando a todos los hombres en sencillo lenguaje, abordando todas las almas, predicando el evangelio de sus nobles propósitos. En su programa presidencial, insólito para la época, se formulaban ideas y proyectos que tendían a hacer en el país todo, en lo material y en lo espiritual, una transformación semejante a la que había realizado en la capital durante el período de su intendencia. De haber llegado a la suprema magistratura, Chile hubiese ido muy lejos, ciertamente.

Volvió el candidato de las giras triunfales, en que el pueblo acudía a su encuentro como a un mesías, cierto de que toda la nación estaba con él. Pero el gobierno movilizó en su contra las fuerzas del oficialismo, realizando una intervención electoral frenética, que costó no pocas vidas de obreros vicuñistas y obligó al abanderado de la nueva época a ordenar la abstención electoral de sus partidarios. Efectuado en esas condiciones el simulacro de comicios electorales, un número ínfimo de ciudadanos acudió a las urnas y en ese número hubo algunos miles de votos "heroicos" en favor de Vicuña Mackenna.

Viene al caso contar que al día siguiente del inmenso fraude perpetrado por las autoridades, un grupo de oficiales del Ejército visitó secretamente al Candidato de los Pueblos, ofreciéndole restablecer la legalidad y colocarlo sobre el gobierno por medio de un movimiento revolucionario que realizarían varias unidades de la guarnición. Vicuña rechazó el generoso ofrecimiento, manifestándoles que ya que repudiaba, como ciudadano, la intervención civil, debía también rechazar la militar. "Ningún gobierno impuesto por la fuerza de las armas, dijo, puede ser grato al corazón del pueblo".

Su sacrificio, que desde cierto punto de vista pudo estimarse como un error, constituyó, sin embargo, una de las más altas lecciones de ética política y de abnegación ciudadana que registra la historia de América.

Vuelto a la paz de su hogar, junto a la compañera de su vida, doña Victoria Subercaseaux, mujer joven y hermosa,

dotada de corazón nobilísimo y de inteligencia esclarecida, Vicuña tornó de lleno a sus tareas literarias, escribiendo casi al correr de su lápiz, pues empleaba lapices para no perder el tiempo que se gasta en entintar, un número crecido de obras históricas, de ensayos y de artículos de prensa. Escribió de todo y para todos. "Escrivor más fecundo, dice Darío, difícil es encontrarlo. Escribió más que el Tostado".

El hombre de letras se encontraba a la sazón en el apogeo de sus magníficas calidades y era ya un maestro, el más completo de cuantos ha producido la literatura historiográfica latino-americana, porque en él se aunaba la clarividencia de un intuitivo genial a la imaginación riquísima que le venía de Irlanda y una rara elegancia de artista que tocaba a ratos en la poesía más delicada o en el más fino *humour*. Su espíritu calaba hondo y su visión se alzaba por encima de las colinas. Adentrábase en el tiempo, adivinaba el futuro de Chile y el porvenir espléndido de su América en proceso de crecimiento. El estilo, que era con frecuencia de un casticismo magnífico, ameno siempre, solía adolecer de la rapidez con que trabajaba, y es posible que resultasen equivocados algunos datos y fechas sin importancia; pero el conjunto, el alma de sus escritos, el don de reconstruir y de ver, son acaso únicos en nuestra literatura. América puede haber tenido polígrafos más eruditos, investigadores más exactos, historiadores más reposados, pero de seguro no cuenta, en el verdadero sentido de lo historiográfico, ningún maestro que pueda parangonarsele.

Aún hay que anotar, en el terreno de las letras, otra calidad notable de Vicuña: su chilenidad. Nadie ha sido tan chileno como él; ninguno conoció mejor el panorama íntegro de su país, ni ha visto mejor sus paisajes, ni sentido más de cerca el alma de sus hombres. Chileno hasta la médula, Vicuña Mackenna fué el cantor de su tierra, el apóstol de sus libertades, el vidente de su porvenir. Puede afirmarse rotundamente que su obra escrita constituye la mejor cátedra de chilenidad.

En esa obra suya, montañosa—y es otro aspecto notable que conviene señalar—el *roto* ocupa papel preponderante. Conocía a fondo al *roto* y fué su defensor más constante, el más decidido de sus amigos. Nadie ha conocido mejor que él al *roto* chileno. Nadie ha captado en forma tan justa sus caracterís-

ticas, su psicología; nadie ha sabido mejor de sus tristezas y alegrías, de su humorismo picante, de su temple heróico, del profundo amor a la tierra que se esconde en los acordes melancólicos o alegres de la cueca. Acaso en ese amor al *roto* y en esa compenetración afectiva e intelectual que con él tuvo, habría que buscar el secreto de su extraordinaria popularidad.

A partir de la campaña presidencial, su dinamismo alcanzó límites casi increíbles. Se levantaba con el alba y a veces el alba le sorprendía en el trabajo. Dictaba simultáneamente a cuatro o más secretarios, a uno el capítulo de un libro, a otro una carta política, al tercero, un discurso, a aquél un artículo de prensa, al de más allá un ensayo; y todo de modo simultáneo, como si su cerebro, dividido en regiones independientes, realizase a un tiempo la labor mental de varios hombres.

El desencanto político y la traición de sus propios compañeros de antiguas luchas efícas, no le alejaron del parlamento. Creía que su deber era servir a la patria en todo terreno y momento, sin dejarse desalentar por los fracasos ni envanecer por los triunfos. Elegido Senador de Coquimbo, volvió a la palestra política con nuevos bríos.

La guerra del Pacífico, provocada indirectamente por oscuros manejos de casas imperialistas extranjeras que tenían considerables intereses en el Perú y en Bolivia, lo sorprendió cuando acababa de escribir un ensayo en elogio de cierto mandatario peruano que acababa de bajar a la tumba. Inmediatamente se puso en pie y su voz tronó en el Senado, en las calles, en la prensa, en el libro. Movilizó moralmente a toda la nación. Despertó de un extremo a otro de Chile el fuego de un patriotismo exaltado, casi delirante, y se hizo, como jefe de la oposición, el verdadero conductor de su pueblo. Desde los campamentos militares le escribían generales, jefes y soldados, y a todos oía, y las opiniones de los estrategas se convertían, en su boca, en mandatos imperiosos que imponía al propio gobierno, forzándolo a plegarse a su voluntad, que era la voluntad del pueblo en armas.

En ese período de su vida, que culminó en la victoria completa de las fuerzas chilenas, Vicuña procedió con noble sentimiento americanista, sin herir, ni aun en las horas de ma-

yor exaltación, los sentimientos de sus adversarios momentáneos, porque en el fondo de su espíritu amaba al Perú y quería a los bolivianos. Era un hombre de América que siempre miró como compatriotas a todos los hombres del mundo descubierta por Colón.

Fué el conductor y el animador del pueblo, el padre de la victoria, el supremo jefe de Chile en el trance tremendo de la guerra. Para transmitir su opinión se fundó un diario: *El Nuevo Ferrocarril*. Escribía simultáneamente en dos o tres más; cantaba a los héroes y sus hazañas en libros y en artículos; peroraba continuamente desde su sillón del Senado, imponiendo sus puntos de vista, y pronunciaba arengas patrióticas en donde quiera se reunía alguna gente para escucharlo; hablaba desde un balcón, o en un coche de alquiler, o en el banco de una plaza pública, o en el pedestal de una estatua... Y escribía a toda hora, casi sin tiempo de corregir; en su carruaje, en su pupitre de congresal, en la calle, en el escritorio; en la mesa, a la hora del almuerzo frugal o de la cena; en la almohada misma de su lecho...

Una actividad tan enorme debía gastar sus fuerzas de roble de las selvas de Arauco. No andaba ni podía andar al pulso de la vida física acorde con aquella labor cielópea, y la naturaleza cedió... Terminada la guerra y ajustada la paz en 1884, Vicuña Mackenna se despidió de sus camaradas del Congreso y de sus amigos políticos, retirándose a la vida privada en su estancia de Santa Rosa de Colmo, a orillas del Aconcagua. Allí, empuñando la azada de Cincinnati, plantó junto a su antigua casa de campo un parque de árboles criollos, de esos viejos árboles chilenos que los conquistadores españoles encontraron al detener sus cabalgaduras en el siglo XVI. Y en el parque, junto a la cinta esmeralda del río, florecieron los boldos, las pataguas, los lilenes, las molles, los espinos...

Y el gigante, bajo el peso de la inmensa fatiga de su obra, como el Moisés de Alfredo de Vigni, dijo una tarde a su amigo Gabriel René-Moreno, ilustre historiador y erudito boliviano: "Todo acabó... Este grandioso aparato del Universo se apañuzca como un terrón encima de mí. Esta amplia bóveda de luz y colores se tiñe de negro, y descende como un cendal para envolver a esta criatura miserable. Sintiendo estoy el

crujir de mi existencia próxima a desmoronarse y hundirse en la eternidad..."

A la tierra se inclina su cuerpo que fuera macizo, su rostro proporcionado, hermoso y viril, sus ojos áviles en escrutar el pasado y el porvenir, su corazón que se diera a Chile y a las repúblicas latinas de su América con una pasión tan ardiente.

Y a punto de rendir la vida, contemplando el panorama de la jornada, pudo pensar que su labor fué fecunda. Estadista, había sido el conductor de Chile en la crisis mayor de su historia y servido al pueblo con infinita dedicación; historiador, había escrito obras maestras, entre las cuales la *Historia de Santiago* y la de *Valparaíso*, *La Guerra a Muerte*, la *Vida de O'Higgins*, *Portales*, los ensayos sobre San Martín, Mackenna y Sucre y los libros dedicados a estudios parciales o generales sobre América, podían destacarse como textos señeros; periodista, había redactado millares de artículos y tratado en ellos todos los temas que podían contribuir a la culturación de los chilenos, al esclarecimiento de la historia nacional y al progreso de la República; apóstol americanista, había luchado en pró de la unión de los pueblos colombianos y de la independencia de los que aún estaban uncidos a la tiranía colonial de los reyes españoles; libertario y demócrata, había combatido sin desmayo en defensa de los principios que la Revolución Francesa incorporó a la democracia; pacifista, había puesto su alma al servicio de la concordia y del amor entre los hombres. Era de aquellos que creen que la libertad hay que ganarla con el esfuerzo y la pasión de cada día; de aquellos para quienes la vida debe estimarse primordialmente en la medida de su utilidad colectiva.

Todo lo fué: político, hombre de letras, pensador, erudito, administrador, educador, hombre de prensa, pacifista, libertador, constructor, supremo dirigente.

Y esencialmente fué un civilizador.

Pertenece a aquella rara familia, sin fronteras, de los hombres que hacen y escriben la historia.

Por eso; porque amó y comprendió a su pueblo, porque lo sirvió y supo dirigirlo, porque logró con él una suprema forma de unificación moral, cuando sobre su vida se hizo el supre-

mo silencio, en la noche del 25 de Enero de 1886, el dolor de Chile alcanzó las proporciones de una glorificación nacional.

Rubén Darío escribió en esa época estas palabras justas: “Fué, sin exageración, el carácter más admirable y la inteligencia más clara de toda la América Latina... Justo es, pues, que su patria llore su muerte; que la América toda lamente su partida; que no es Chile, no es la América la que ha perdido aquel fecundo cerebro; es la juventud, es el progreso, es la humanidad trabajadora que va para adelante!”.

En otra parte de la obra de Darío se añade que Vicuña Mackenna fué el primer chileno de la historia.

II

EL GENIO DE VICUÑA MACKENNA

Fué Rubén Darío el primero en percibir el genio de Vicuña Mackenna, con esa intuición segura de los grandes cerebros y esa otra intuición mayor que es propia de los altos poetas. Cuando el hombre que debía renovar la lírica castellana, remeciéndola en sus raíces más hondas, iniciaba el viaje de su vida, en esa hora matinal que es en ciertos hombres de visión profunda y clara, escribió sobre Vicuña una página que hasta hoy no ha sido superada. Y es digno de observarse que dicho juicio, confirmado con la madurez del tiempo, sería el mismo de los años finales, pues recordamos haber escuchado en nuestra infancia a su amigo Guido, el editor de *Mundial*, que el poeta, al hablar de Chile, señalaba al prócer como el producto más asombroso de la tierra chilena. Era el juicio de una vida.

Dijo Darío en su famoso artículo de "El Mercurio" de Valparaíso:

"¿Qué fué Vicuña Mackenna? Enmiendo: ¿qué no fué Vicuña Mackenna?

"Fué gran político, gran historiador, tribuno, viajero, poeta en prosa, crítico, literato, diarista incomparable, monstruo de la naturaleza.

“Escribía en francés como un parisiense y peroraba en inglés como un norteamericano.

“Tan sabiamente analizaba los detritus y las plantas como los poemas y las oberturas. Su cabeza era una enciclopedia”.

Concluía ese artículo, que ha sido reproducido hasta hoy infinitas veces, con estas frases no menos decidoras: “¡Y ha muerto Vicuña Mackenna! ¡Y todo Chile siente la desaparición de tan grande hombre! Sabio, derramó a torrentes sus principios, y la generación que se levanta aprendió de sus labios preceptos y enseñanzas.

“Patriota, sirvió a la noble nación en donde tuviera cuna como el mejor de sus hijos.

“Escritor, deja para deleite y utilidad tanto y tanto libro como produjo. Justo es, pues, que su patria llore su muerte, que la América toda lamente su partida; que no es Chile, no es la América la que ha perdido aquel fecundo cerebro: es la juventud, es el progreso, es la humanidad trabajadora que va para adelante!...”

Y meses más tarde, en carta a su viuda, insistía en que Vicuña “pertenecía no sólo a Chile sino a toda la América” (1).

Para Lastarria, el gran pensador chileno, que tan parco era en el elogio y en el juzgar tan severo, fué Vicuña el primer

(1) Se lee en esa carta, publicada en “El Mercurio” de Valparaíso en la edición del 22 de Julio de 1886 y escrita en el puerto el 6 de ese mes: «Y en mi patria, señora, su nombre es tan conocido, que al circular en los diarios la funesta noticia llegada por el cable, no hubo quien no se entristeciera.

«El señor General Juan José Cañas (que fué Ministro del Salvador en esta República y amigo personal de su llorado esposo y que se halla desterrado en la capital de Nicaragua) recibió el propio día de la nueva una visita de pésame de varias distinguidas personas, encabezadas por el General Carlos F. Avilés. Yo tuve la inmerecida honra de exponer al señor Cañas, en nombre de los visitantes, el objeto de aquella espontánea manifestación, y él contestó con sentidas palabras que fueron reproducidas en *El Mercurio* del 7 de Abril del año corriente.

«Leyendo la *Corona*, al ver la relación de los funerales, he adquirido un grato convencimiento: Vicuña Mackenna tenía tantos queredores como admiradores. Conquistaba aplausos con la cabeza y bendiciones con el corazón.

«Poseía el doble privilegio de los añosos y enormes árboles que hay en los bosques de mi tierra: a quien los mira de lejos le asombran con su grandeza y fecundidad; a quien se acerca a ellos le amparan con su ramaje, le libran del sol. Dos veces asombran. Don supremo y magnífico».

escritor nacional que Chile había producido a lo largo de su historia: "Su obra es inmensa, porque es la de un escritor verdaderamente nacional que por primera vez aparece entre nosotros". Y añadía que en los últimos años "su nombradía llegó hasta la gloria".

Mitre le llamó "el Hércules de la literatura chilena".

El ilustre Gabriel René-Moreno, refiriéndose a Chile, le llama "el más preclaro de sus hijos delante de las naciones".

Tomás Montecayo afirmaba que del mismo modo que Grecia fué conocida por la lira de Homero, Chile brillará en el mundo por la obra de dos hombres: Ercilla y Vicuña Mackenna.

Si ese fué el juicio de sus contemporáneos, más decidor, si en verdad cabe, lo es el de nuestros contemporáneos.

Don Domingo Amunátegui Solar piensa que para quienes conocieron a Vicuña no es difícil forjarse la ilusión de que Eliseo Reclus tuvo su imagen delante de sí "al fijar en líneas generales el espíritu genial del pueblo de Irlanda".

Ricardo Donoso, uno de los más connotados vicuñistas de América, le llama "una fuerza de la naturaleza, un genio creador y palpitante, un torrente de vida, de pasión y movimiento".

Don Carlos Silva Vildósola escribe: "Vicuña Mackenna es lo que más se acerca al genio, facultad capaz de crear cosas nuevas y admirables, que hayamos tenido en Chile. Y no sería difícil probar que es el único chileno de cuantos sobreviven en la historia nacional que ha mostrado una fuerte imaginación. Ha dicho un pensador que el genio se caracteriza por la facultad imaginativa y creadora, unida a una ardiente sensibilidad y a la capacidad de realizar con voluntad y perseverancia. ¿Hay otro escritor chileno u otro de cualquier orden a quien se pueda aplicar esa definición?... Vicuña Mackenna es ilimitado, es un océano, es una fuerza de la naturaleza...".

Si acudimos a la voz de la prensa encontraremos en el editorial con que "El Mercurio" abría su número especial, consagrado a la conmemoración del primer centenario del natalicio del prócer, estas expresiones: "A cien años de su naci-

miento esta figura resulta enorme, casi increíble en una nacionalidad joven”.

Don José Toribio Medina, su discípulo principal, le llamó “el más genial de nuestros escritores”.

Y al terminar estas citas, escogidas un poco al azar, entre centenares de juicios no menos admirativos, recordaremos que el famoso historiador contemporáneo don Francisco A. Encina, hartó conocido por la severidad desdeñosa y la frialdad de sus juicios acerca de hombres y de obras tenidas en gran fama, ha señalado a Vicuña Mackenna como el mayor historiador americano, como el único cuya obra en el pasado resulta irremplazable (2).

Pero vamos a añadir todavía otro testimonio de gran valor. Armando Donoso estima que Vicuña Mackenna es uno de los genios más auténticos producidos en América, y así lo ha expresado muchas veces en nuestras largas charlas de la Universidad de Chile. El insigne crítico se ocupa actualmente de releer en forma detenida toda la obra del maestro y ha reunido numerosa documentación vicuñista en su archivo personal, que tanta importancia tendrá más tarde para el estudio de las letras chilenas.

Para penetrar un poco en el genio de Vicuña Mackenna, para concebirlo dentro de una nacionalidad joven y de un continente en proceso de formación, es útil, sin duda, ahondar en los antecedentes raciales y de sangre que confluyeron en él.

Cuéntase entre sus antepasados y familiares inmediatos a

(2) Dice Encina: «Si desapareciera la obra de Barros Arana, dada la documentación de que hoy disponemos, sólo se requeriría firmeza de juicio crítico y unos quince años de labor para rehacer inmensamente mejorados los contornos internos de nuestro pasado que ella delinea. En cambio si desaparecieran las obras de Vicuña Mackenna, sufriría un revés irreparable la tarea de rehacer nuestra historia, a lo menos como yo la concibo». «Pero cuando, antes de acercarse a Vicuña Mackenna, uno se ha sumergido en las fuentes originales del pasado hasta extraer de él su alma, sus intuiciones geniales y sus fantasías, se separan como el grano y la cizaña al pasar por la criba. Y se experimenta el mayor de los placeres intelectuales: el contacto de un cerebro capaz de ver más allá del sentido común» (*Mi juicio sobre Vicuña Mackenna*, «El Mercurio», Mayo 21 de 1934).

En su libro sobre historiografía, Encina dedica innumerables párrafos y alusiones a Vicuña Mackenna, destacando su intuición.

un santo (3), a un hombre de estado, que fué Presidente de Chile(4), a un general que figuró en el número de nuestros

(3) El Dr. Don Manuel Vicuña y Larraín, primer Arzobispo de Santiago, administró su arquidiócesis desde 1839, año en que fué fundada, hasta su fallecimiento, ocurrido en Valparaíso en 1843.

Don Alejandro Vicuña Pérez es autor de una interesante vida del Arzobispo Vicuña.

(4) Don Francisco Ramón Vicuña y Larraín, hijo de don Francisco Vicuña Hidalgo y de doña Carmen Larraín, nació en Santiago en 1775, cuando el coloniaje español tocaba a sus postrimerías.

Muy joven, desde el alba de 1810, se incorporó a la Revolución de la Independencia.

En 1811 fundó una fábrica de pólvora de su propio peculio y formó parte del primer Congreso Nacional en esa misma época.

En 1814 fué desterrado a Mendoza por el gobierno del General Carreara, junto con otros jefes de la histórica familia de Larraín, llamada de los ochocientos.

Después de la victoria de Chacabuco, que restituyó a Chile su independencia perdida, el Director O'Higgins le dió su representación en el territorio norte de la República, con facultad de designar intendentes, gobernadores y todas las autoridades judiciales o administrativas que estimare necesario.

Cuando en 1818 ocurrió el desastre de Cancha Rayada, Vicuña acudió a San Martín, ofreciéndole cooperar a la defensa nacional en el grado de coronel de milicias. Aceptados sus servicios, le tocó desempeñar una importante comisión militar el día mismo de la batalla de Maipo.

Caído el gobierno de O'Higgins, en 1823, Vicuña fué elegido miembro del nuevo Congreso. Durante la administración del General Freire desempeñó la cartera de Hacienda, siendo designado más tarde Ministro del Interior.

Fué presidente del Congreso en 1825.

En 1828 fué elegido presidente del Senado y poco después presidente de la Comisión de Constitución.

Su actividad parlamentaria resultó notable, destacándose su proyecto de abolición de los mayorazgos y los destinados al establecimiento de una legislación civil y criminal que presentó en sesión del 28 de Marzo de 1828.

Designado Presidente provisorio de la República, asumió la primera magistratura el 14 de Julio de 1829. Ese mismo día nombró el siguiente Gabinete: Melchor José Ramos, Interior; Santiago Muñoz Bezanilla, Guerra; y Manuel José Huici, Hacienda.

Su gobierno fué tormentoso, pues le tocó encarar un período difícil, en que las fuerzas reaccionarias se aprestaban a la conquista violenta del poder y a la anulación de los principios liberales que informaban el régimen imperante. Vicuña hizo cuanto estuvo de su parte para defender sus prerrogativas constitucionales y el sistema democrático que representaba, a cuyo fin trasladó las sesiones del Congreso a Valparaíso.

El movimiento revolucionario triunfó, sin embargo, y los rebeldes apresaron al Presidente Vicuña, pero éste, con todo, se negó a firmar la renuncia de su cargo.

Años más tarde el ex-Presidente fué acusado ante el Congreso, siendo absuelto por el Senado, constituido en alta corte de justicia.

Falleció el 13 de Enero de 1849, cuando su nieto Benjamín alcanzaba la edad de 17 años.

Había sido casado con doña Mariana Aguirre y Boza, hija del Marqués de Montepío, y tuvo, entre otros hijos, a don Pedro Félix Vicuña, quien,

libertadores máximos (5), y a un filósofo idealista y revolucionario (6) que se destacó, más que por sus propios ta-

casado a su vez con doña Carmen Mackenna y Vicuña, fué el padre de Vicuña Mackenna.

Una biografía más detallada del Presidente Vicuña se encuentra en nuestra obra: *Vicuña Mackenna. Vida y trabajos*. (Cap. II).

Don Carlos T. Vicuña ha escrito una biografía interesante.

(5) Don Juan Mackenna O'Reilly nació en Clogger (Irlanda) el 26 de Diciembre de 1771, de don Guillermo Mackenna y de doña Eleonora O'Reilly. Hijo de una ilustre familia católica, hubo de escapar a las persecuciones religiosas de la época, dirigiéndose a España, bajo los auspicios de su tío el Conde de O'Reilly.

A la edad de 13 años ingresó a la Real Academia de Matemáticas de Barcelona. A los 16 recibió el grado de cadete del Regimiento de Irlanda y a los 21 era ingeniero extraordinario del ejército real.

Muy joven tomó parte en la campaña de Africa, y más tarde, rotas las relaciones de España con la Francia de la Revolución, tomó parte en esa guerra, distinguiéndose por su heroísmo en el sitio de Rosas, donde ganó los despachos de capitán.

Desengañado más tarde de las veleidades e injusticias de la corte, se trasladó a América, dirigiéndose al virreinato del Perú a través de las cordilleras y de Chile. En Lima administraba su ilustre compatriota don Ambrosio O'Higgins, quien le designó gobernador de Osorno, con cargo de proceder a su refundación.

Tocóle repoblar aquella ciudad chilena, de la cual fué, puede decirse, el verdadero fundador. Y durante catorce años realizó un gobierno que resultó admirable en todo sentido, ganándose el amor general.

En 1808 se trasladó a Santiago, en donde contrajo matrimonio, a poco andar, con doña Josefa Vicuña y Larraín, hermana del futuro Presidente Vicuña, de la cual hubo por hija a doña Carmen, que casó con don Pedro Félix Vicuña y Aguirre.

Estallada la Revolución de la Independencia, Mackenna se decidió por la causa de Chile y consagró todas sus fuerzas y su inteligencia extraordinaria al servicio de la libertad.

En 1811 fué miembro de la Junta de Gobierno.

Tomó parte en las principales campañas de la Patria Vieja y redactó un notable plan de defensa nacional que ha merecido los elogios de todos los técnicos a través de un siglo cumplido.

En 1814 el Gobierno de Chile le ofreció el cargo de general en jefe del ejército patriota, que declinó, con noble desprendimiento, para dar lugar a que un chileno, su íntimo amigo el Coronel O'Higgins, asumiera la jefatura.

Tomó parte destacada en el sitio de Chillán.

En Marzo de 1814, cuando avanzaba hacia Santiago el ejército español, a las órdenes del General Gainza, Mackenna le derrotó en Membrillar, donde realizó una acción tan heroica como inteligente, desde el punto de vista estratégico, el 20 de aquel mes. Ese día salvó a la capital; pero el comando supremo, por desgracia, no supo aprovechar la victoria.

En Abril, Mackenna se trasladó a Santiago, recibiendo el grado de general, que era el más alto que concedía la República. A su llegada fué recibido en triunfo por el pueblo.

Designado por el Gobierno para parlamentar con los españoles, a fin de evitar la pérdida completa del país, Mackenna, en compañía de O'Higgins, firmó el Tratado de Lircay, que era una suerte de armisticio indispensable.

Caído a poco el gobierno (que Carrera derribó), Mackenna, comandante general de armas de la plaza de Santiago a la sazón, fué desterrado a Mendoza, donde pronto se le reunió O'Higgins, después del desastre de

lentos, por una magnanimidad de alma extraordinaria (7).

En las venas de Vicuña confluyeron la sangre irlandesa, la

Rancagua, que puso fin a la Patria Vieja y abrió paso a la reconquista española.

Un mes después, el 21 de Noviembre de 1814, provocado a duelo por el coronel Luis Carrera, hermano del ex-mandatario chileno, Mackenna encontró la muerte en ese lance de honor, que tuvo lugar en el bajo de la Residencia, cerca de Buenos Aires.

Así, trágicamente, como quería su destino, murió el ilustre general irlandés en la flor de la vida, a los 43 años de su edad.

En 1854, su nieto Vicuña Mackenna, de regreso del primer ostracismo, hizo colocar una plancha de mármol conmemorativa en la iglesia del convento de Santo Domingo, en Buenos Aires, donde reposen sus cenizas.

El historiador don Gonzalo Bulnes ha dicho de Mackenna que fué la primera cabeza militar de la Independencia, y más alto aún era el concepto en que lo tenía el Libertador O'Higgins.

Es indudable que la herencia de Mackenna—inteligencia extraordinaria, tenacidad, temple heroico de alma, corazón magnánimo, espíritu realista, dotes de organizador, de administrador, de revolucionario—es lo que predominó en Vicuña Mackenna, y así lo manifestó siempre. Tocante a su imaginación creadora, característica del genio irlandés, le vino sin duda por la línea de Mackenna, en quien los azares y vicisitudes de una vida consagrada casi por completo a las campañas militares impidieron que se desarrollase en la medida del nieto.

Para comprender a fondo el genio de Vicuña, hay que tomar muy en cuenta este antecedente de sangre.

A mayor abundamiento puede citarse su notable *Vida de Mackenna*, cuya edición príncipe fué publicada en 1856 y la tercera y más reciente en 1937 (Véase el Vol. VII de las *Obras Completas de Vicuña Mackenna*).

Sobre el particular véase nuestra obra citada: *Vicuña Mackenna. Vida y trabajos* (Cap. I).

(6) Don Pedro Félix Vicuña y Aguirre, filésofo, economista, periodista y hombre de profundas y arraigadas convicciones democráticas, nació en Santiago el 21 de Febrero de 1805.

Publicó numerosos libros, ensayos y folletos, destacándose su obra filosófica *El Porvenir del Hombre*.

Periodista, a más de una decena de periódicos que tuvieron vida efímera, fundó *El Mercurio* de Valparaíso, decano hoy de la prensa de Sudamérica.

Parlamentario, fué miembro de la Cámara de Diputados y del Senado haciéndose notar por mociones y proyectos de ley en beneficio del pueblo y en defensa de las libertades públicas y de los principios constitucionales más avanzados.

Político y revolucionario, tomó parte activísima en la revolución de 1851, asumiendo la Intendencia de Concepción en Septiembre de ese año y organizando el gobierno en campaña del General Cruz, de quien fué secretario general y ministro universal.

Vencida la revolución, retiróse por algún tiempo a la vida privada, de la que más tarde le sacaron los días bonancibles de la administración del Presidente Pérez, largo período en que él y su hijo trabajaron cerca del gobierno.

Americanista de hondas convicciones, fué de aquellos que contemplaban, el problema de la unidad con los mismos ojos de Bolívar, cuyos puntos de vista en ese terreno acaso no se diferenciaron mucho de los de ese otro insigne libertador de pueblos que se llamó Bernardo O'Higgins. Fué miembro fundador de la Sociedad de Unión Americana de Santiago. En 1837

vasca española y la castellana. Pero fué la herencia de Irlanda—los Mackenna—la que predominó de modo definido, sien-

hizo circular un folleto—*Unico Asilo de las Repúblicas Hispano-Americanas*—en que «sostuvo con mucho empeño la formación de una liga hispano-americana, que debería ser regida por un congreso de plenipotenciarios».

Hombre de stampa romántica, de espíritu profundamente generoso y de alma cálida, abierta a los arranques magnánimos, su fallecimiento ocurrido en Santiago el 24 de Mayo de 1874, constituyó un duelo nacional.

Uno de los biógrafos de Vicuña Mackenna, don Pedro Pablo Figueroa, ha escrito en su libro *Historia del popular escritor don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, su carácter y sus obras*: «Pocos caracteres ha tenido nuestro país más enteros, varoniles, levantados y generosos que el suyo, porque siempre alentó sus esfuerzos una misma virtud de adhesión sin límites a sus conciudadanos y un noble anhelo de trabajo y de sacrificio por el programa que se había trazado en su carrera de apóstol de una causa de progreso y libertad».

Y en el editorial de «*El Mercurio*» consagrado a su memoria, acaso por la pluma de su propio hijo, se leen estas palabras justas: «Si pudiésemos trasladar al papel la fisonomía moral del señor don Pedro Félix Vicuña, según se nos representa a la imaginación, la trazaríamos completa; pero la pluma no obedece a nuestra voluntad sino prestando muy mediana expresión a lo que sentimos. No obstante, ella nos permite la satisfacción de decir que fué el hombre del trabajo, de la fe, del sacrificio y de la fidelidad. Que prestó a su patria cuanto tuvo: talento, labor, fortuna».

«Su hogar fué el hogar de todo desgraciado; su corazón el nido de grandes y nobilísimos afectos, su misión era dárlo todo en este mundo; así, dió con prodigalidad su pluma al pueblo, sus ternezas a la familia, su bolsa a los pobres.

«El luto y las lágrimas de todo un pueblo valen la inmortalidad. En este supuesto, la familia del ilustre finado, si bien inconsolable, porque no puede verle ya siendo el patriarca venerado del hogar, tendrá desde hoy la espléndida satisfacción de contarle entre los pocos que viven después de haber vivido».

Está por escribirse la vida de este prócer. En nuestra obra citada sobre Vicuña Mackenna hay una reseña biográfica (Cap. III).

Conviene apuntar que Vicuña Mackenna pensó en escribir su vida, la que, bajo el título de *Vida y escritos del ciudadano don Pedro Félix Vicuña*, abarcaría los volúmenes XIII y XIV, segunda serie, de la colección de sus obras completas que debió publicarse en París bajo su propia dirección (Véase el catálogo de P. Moliné).

(7) Entre los documentos autógrafos de Vicuña Mackenna que integran su archivo y se custodian en el Nacional de Santiago, hay el siguiente apunte del maestro sobre su ascendencia Vicuña.

I

Don Alfonso de Escobar se casó con doña María de Torres, hija de don Juan de Torres y de doña Luisa S. Gana.

II

Don Alfonso tuvo una hija, doña María Escobar, que se casó con don Inocencio Martínez de Aparicio.

III

Tuvieron éstos a doña María de Aparicio y Escobar, que se casó con don Gaspar Hidalgo y Velasco.

do de notar que él mismo reconocía esa influencia, sintiendo que en su pensamiento y en sus reacciones alentaban aquellos ancestros que tuvieron por lote la fe, el misticismo ardiente, la voluntad en lucha continua contra un medio adverso, y a modo de coronación, el esplendor de una imaginación potente. Podría decirse que en su espíritu sentíase la circulación material de esa sangre.

Tenía razón Amunátegui cuando, en frase ya recordada, manifestaba que en el juicio de Reclus sobre el genio de Irlanda, se advierten las características de Vicuña Mackenna. Y así es la verdad.

De los vascos, metódicos, tenaces, realistas, capaces de desarrollar un gran esfuerzo lento, gente con los pies sólidamente afineados en la tierra, heredó Vicuña la tenacidad, el empeño que puso al servicio de sus ideas, el espíritu realista, que se armonizó de modo tan notable con el idealismo y la imaginación que le venían de Irlanda.

De los castellanos, la hidalguía y la magnanimidad, que recuerdan al caballero manchego; porque lo más humano y generoso de su alma, abierta en ofrenda a cuantos sufrían persecución o anhelaban justicia, lo emparenta de cerca con el hidalgo español. Como Bolívar, como O'Higgins, como San Martín, como Martí, pertenecía Vicuña Mackenna a esa familia de don Quijote, tan corta en el número y tan combatida por los

IV

Don Gaspar Hidalgo se casó con doña María Nicolasa Zavala, y éstos tuvieron por hijas a doña Ignacia y a doña Josefa Hidalgo y Zavala.

V

Doña Josefa Hidalgo y Zavala se casó con el general don Tomás de Vicuña, hijo de don Fermín de Vicuña y de doña Ana María Berroeta y Aranibar.

VI

Don Tomás de Vicuña tuvo un hijo, don Francisco Vicuña Hidalgo, que se casó con doña Carmen Larraín y Salas.

VII

Don Francisco Vicuña Hidalgo tuvo por hijo a don Francisco Ramón Vicuña, que se casó con doña Mariana Aguirre.

VIII

Pedro Félix Vicuña.

IX

Benjamín Vicuña Mackenna.

(Véase el Catálogo de la Biblioteca y Manuscritos de D. Benjamín Vicuña Mackenna.—Santiago, Imprenta Cervantes, 1886).

infinitos criados de Sancho, que no Sancho mismo, como andan por el mundo.

Tres de sus antepasados tuvieron una personalidad representativa de esas tres razas, producto que en una de ellas—el General Mackenna—alcanzó las proporciones de una perfecta síntesis.

Su abuelo paterno, el Presidente Vicuña, hombre ecuaníme, de carácter reflexivo y muy dado a devociones cívicas, marcaba una línea doctrinaria pura, la línea del hombre fiel a sus deberes y a sus principios políticos. Esa continuidad de ideales y de propósitos se hace presente en la vida pública del nieto, en su consagración al bien de la comunidad y en su probado amor a la causa liberal, que fué en el siglo XIX la causa revolucionaria orientada en la defensa de las libertades, de las garantías democráticas y del respeto integral a la personalidad humana, que reconocía su basamento en la carta de los Derechos del Hombre.

De su padre viene la veta romántica. Enamorado de las doctrinas democráticas y libertarias que el abuelo había servido con abnegación desde el Gobierno, Vicuña Aguirre fué también el hombre de la fidelidad y del sacrificio. Apóstol y revolucionario, todo lo dió al ideal, y por él combatió, como el manchego a los molinos de viento, sin desanimarse ante ningún fracaso, y, lo que aún es más admirable, sin esperar acaso el triunfo. Era de aquellos que libran con mística fe las batallas del porvenir, de aquellos que ganan en el tiempo victorias que otros usufrutuarán, de aquellos motores del progreso que van despejando los caminos del mundo sin lograr nunca la satisfacción del triunfo personal. Era del grupo heroico de los sembradores... Y aparte de eso, en aquel hombre que fundó un diario que apenas dirigió breve tiempo y es hoy el más antiguo de su patria, había un don de generosidad bien poco común. Todo lo dió, en ideas, en esfuerzo personal, en calor humano, sin desear ni recibir nada en cambio. Y era en la tarde de su hermosa vida, tan optimista, tan encendido en la llama de su ideal, como si en el camino sólo hubiera cosechado rosas de gloria. De ese padre, admirable, proviene en no escasa parte la extraordinaria magnanimidad de Vicuña Mackenna, que sólo puede parangonarse, como hemos dicho al

guna vez, con la de otro prócer máximo: el Libertador O'Higgins.

Pero es de don Juan Mackenna O'Reilly, insistimos, de donde arrancan las facultades intelectuales potentísimas y la raíz de su genio: esa asombrosa imaginación creadora que no ha tenido igual en Chile. Mackenna, héroe, técnico, intelectual en alto grado, si bien no tuvo tiempo de hacerse una cultura superior, con raras dotes de administrador, según lo probó en su gobierno de Osorno, fué uno de los hombres más notables de su época. La suya ha sido una de las cabezas militares más altas de la Revolución Sudamericana, como dijera Búnes; y si no tuvo el lucimiento ni se alcanzó de ella el provecho que pudo obtenerse de un Bolívar o de un San Martín, debióse en primer término a su condición de extranjero y luego a las vicisitudes de un destino casi siempre adverso, pues en la edad en que suena para otros grandes la hora de las realizaciones largo tiempo maduradas, llegó para él el toque de silencio. Algo de lo trunco de ese destino se repite en el nieto, quien no logró alcanzar la presidencia de la República, quedando incumplido su programa de gobierno, que debía ser lo más sustantivo de su obra política.

Es digno de anotarse, como un signo de parentesco moral, el fuerte amor que Vicuña sentía por su abuelo Mackenna; y hay cierto patetismo en la expresión de ese amor, que pugna por romper con el prejuicio de los lazos familiares, y se prolonga a través de su existencia como una antorcha encendida en el tiempo infinito; porque de aquel amor quedó su hermosa biografía del héroe.

En el alba, una de sus primeras preocupaciones había sido la de ir en peregrinación romántica a Monaghan, en Irlanda, para visitar el castillo de Willville, morada de sus mayores. Pero abramos las páginas emocionantes de su *Diario de Viajes* (8): "¿Cómo podría arrancarse a mi memoria—escribe el joven revolucionario en el tercer año de su ostracismo—aquel cuadro que contemplé un fugaz instante, en la capilla de la aldea de Schenactedy?... Estaba yo recién llegado ahí (el 13 de Junio de 1853). Sin más guía que una vaga noticia,

(8) Páginas de mi diario durante tres años de viaje, tomo I, Cap. XIX. (Vol. I de las Obras Completas, edición de la Universidad de Chile).

pero bajo el impulso misterioso del presentimiento, entré al templo como para pedir una inspiración... Dos mujeres oraban con profunda devoción y eran los únicos asistentes en aquella hora... Me puse de pie, oculto a su vista trás de una columna... "Somos nosotras!" me parecía decir el eco confuso que de sus plegarias llegaba hasta mí... Yo me sentía entretanto poseído de mil emociones, temor, duda, esperanza... Pronto dejó una de ellas su sitio y se dirigió hacia la puerta... Dos ojos negros y ardientes se fijaron en los míos... Era Elena, la mayor de mis primas!... Así debíamos saludarnos después de ochenta años los hijos de dos hermanos!... Y así entró en relación con los deudos de Mackenna, sus primos lejanos de Irlanda. Fué a visitarlos en su casa modesta de la calle de Mainlaine y días más tarde conoció a la hermana mayor del General Mackenna, Mrs. Leticia O'Higgins—"extraña asociación de nombres!" apunta el joven—mujer de ciento seis años a la sazón, mayor en veinte del vencedor de Membrillar. Abramos esa otra página rebozante de ternura, y aproximémonos a aquel corazón que vibró como ninguno otro de su siglo en la cuerda de las emociones más delicadas: "Me parece verla todavía adelantarse hacia mí, con sus grandes ojos negros que un tinte amarilloso apagaba, animándose gradualmente al contemplarme, hasta que con un movimiento de energía que parecía una palpitación del corazón ya yerto que asomaba a los labios, y tendiéndome al cuello su descarnado brazo, exclamó: *Oh! yes! this is a Mackenna!*... Todo un siglo de amor y de recuerdos había en aquella exclamación! Era yo la imagen de su padre, la sombra aparecida de su hermano Juan a quien vió partir del umbral paterno a los 13 años de edad (en 1782) para no volver más... Una gruesa lágrima asomó a sus ojos y volvió a repetir, sentándose conmovida en su poltrona: *Si, este es un nieto de Juan!*..."

"*This is a Mackenna!*" En esa exclamación, salida de los más hondo del alma, está la mejor clave para descubrir muchos de los factores de la personalidad del prócer. ¡Era un Mackenna, ciertamente!

A fin de adentrarnos en el genio de Vicuña, en sus aspectos principales, sin agotar ni con mucho el tema, que será labor

de críticos futuros con la visión abierta al panorama de una América menos desunida y más solidaria, vamos a acudir a otras plumas, cumpliendo la consigna de ser severamente imparciales.

Tomemos al intuitivo. Armando Donoso le llama “un intuitivo genial”.

Al escritor. Don Gonzalo Bulnes ha dicho: “Predomina sobre sus méritos el de gran escritor. Tenía el arte supremo de interesar al lector en cualquier tema que tratara, aún en el más abstruso, porque sabía amenizarlo salpicándolo con un dicho gracioso, con una palabra de efecto, con una comparación oportuna o con una chuscada que hacía fruncir el ceño de la vieja escuela doctoral y solemne de una generación que no sabía reírse, y que deseaba que el escritor se mantuviera siempre en las alturas, sin bajar al plan. Y además de amena, su pluma tiene rasgos de la más alta elocuencia, con discursos a lo Tito Livio, como el de Carrera en vísperas del patíbulo...”.

Al historiador. Escuchemos de nuevo a Bulnes, juez eminente, que nunca pecó por exceso de benevolencia: “A la vez que gran escritor, fué gran historiador. Pocos en América rivalizan con él en el arte de reconstruir una época resucitándola, haciéndola resurgir del fondo obscuro del tiempo, tal como era... Lo llamo gran historiador, porque tenía el ojo y la visión del pasado. Le bastaba un dato, una anotación cualquiera, para comprender una época y penetrarla con su profunda mirada genial. Y es así como las líneas matrices de sus escritos, sus juicios fundamentales sobre un período y sus hombres, no han sido refutados. Porque supo siempre distinguir lo grande de lo que tiene sus apariencias, el consistente mármol del fragil y quebradizo yeso”.

En el editorial de “El Mercurio”, ya citado, se lee esta justa frase: “Este hombre ha subido la montaña iluminada mientras los demás se quedaban en el valle sombrío, y desde allá arriba ha visto por un lado las generaciones que lo precedieron y por otro el horizonte infinito de la futura historia de su patria”.

Al periodista. Don Carlos Silva Vildósola, maestro en el género, escribe en el prólogo de *Páginas Olvidadas*: “La revelación del genio periodístico indudable de Vicuña Mackenna

está en esos dos caracteres: en su sensibilidad y entusiasmo de artista y en que no rehusa asunto alguno de cuantos puedan interesar al público”.

Como periodista Vicuña escribía sobre todos los temas y en diversos diarios y revistas a la vez; siendo de notar que hubo ocasiones en que un solo diario publicaba dos y más escritos suyos en un mismo número. Y en todos se advertía el sello de su personalidad. Vicuña hizo del periodismo una tribuna desde la cual podía hablar a sus compatriotas de Chile y de toda la América española; para los unos ejerció una cátedra permanente de chilenidad, y para los otros levantó un púlpito de americanismo, no interrumpido ni aun en las horas ardientes de la Guerra del Pacífico. Acaso en este aspecto de su obra puede encontrarse una de las fuentes vivas de su acción de civilizador (9).

Si tocamos al parlamentario, para justipreciar la tarea realizada, basta, asomarse a los volúmenes que contienen sus discursos (XII, XIII y XIV de sus *Obras Completas*). Todos los temas y asuntos que interesaban a Chile y las posibilidades de política americana (discursos de adhesión a Estados Unidos, de adhesión al Perú en el conflicto de las Islas Chinchas, etc.) se encuentran ahí.

Si del parlamentario pasamos al administrador, suficiente sería el recordar la transformación de Santiago, tarea ciclópica realizada en el decurso de tres años, durante los cuales la gran aldea colonial del Mapocho se convirtió por milagro de su voluntad realizadora en la más adelantada capital sudamericana. Oigamos en este punto a un contemporáneo suyo y a otro nuestro. Dice el ilustre Justo Arteaga Alemparte en un estudio publicado en 1875: “*Intendencia de Santiago*: Apenas entra en funciones el señor Vicuña Mackenna, se siente que acaba de llegar a la Intendencia de Santiago una impulsión poderosa. Todo es vida y movimiento en sus oficinas. El nuevo Intendente, con la actividad febril de un general que

(9) «Fué como periodista todo lo que se puede ser en este oficio. No tuvo especialización. Improvisó cada día, como buen obrero de la prensa diaria, una nueva manera de interesar al público, de ilustrarlo, de guiarlo por cierta senda doctrinaria. Era a un tiempo cronista, colaborador, crítico, propagandista, político, polemista, corresponsal. No hay figura ni más compleja ni más completa en la historia de nuestro periodismo».

se apercebe a la batalla, recorre el campo de sus operaciones, cuenta sus hombres, cuenta sus escudos—¡cuenta triste!,—ve qué se ha hecho, proyecta qué debe hacerse”. “¿Hay ignorancia? Pues a crear escuelas. ¿Hay mal pavimento? Pues a transformar el pavimento. ¿El pueblo vive muriendo en hogares sin luz, sin aseo, sin aires de salud, pero azotados por el aire de la muerte? Pues a dar hogares a la pobreza. ¿La peste visita Santiago? Pues a establecer lazaretos. ¿Los alquileres suben? Pues a canalizar el Mapocho que permitirá crear nuevos barrios. ¿Las avenidas a la ciudad son difíciles? Pues a abrir anchas avenidas. ¿Las aguas para la irrigación de nuestra campiña disminuye? Pues a explorar fuentes que las alimenten. ¿Hay en uno de los costados de Santiago una aglomeración de rocas que dan albergue a la pereza y al crimen y son un huesped importuno para un barrio populoso? Pues a convertir la roca en paseo. Pues a hacer de las rocas salubridad, embellecimiento, hermosos panoramas”. “Nunca se había presenciado una actividad más febril”.

En el editorial citado, léese: “Administrador de la ciudad de Santiago en el cargo de Intendente, se adelantó sesenta años a su tiempo y fué mal comprendido por sus contemporáneos. En 1873 Vicuña Mackenna construía el único paseo realmente bello y original que ha tenido por muchos años Santiago, ese Cerro de Santa Lucía, obra de un vidente y de un patriota; señalaba la Laguna Negra como la sola fuente segura para dar a la capital su provisión de agua potable, tal como se haría medio siglo después; construía el Mercado Central; trataba de limitar el radio urbano con el Camino de Cintura; defendía los escasos recuerdos históricos; fundaba museos y bibliotecas; abría escuelas; ornaba la ciudad de parques y jardines; ofrecía al pueblo sus primeros baños públicos; promovía la higiene; prohibía la mendicidad; trazaba, en suma, todas las grandes líneas de una ciudad civilizada. Muchas de ellas sólo han sido ejecutadas años después y algunas están todavía por ejecutar”.

Pasando al hombre de Estado, cabe afirmar que su obra de

unificador de pueblos, que su labor de pacificador en el conflicto chileno-argentino de 1878, época en que las gentes maldicientes y chauvinistas le llamaban en Santiago "el más argentino de los argentinos", señalan con elocuencia la ubicación que en este aspecto le corresponde en nuestra historia.

Fué el apostol de la paz en la América del siglo XIX.

El americanista está juzgado a fondo por René-Moreno, el gran boliviano: "Vicuña Mackenna ha sido siempre el apóstol más elocuente de la unión y confraternidad americana desde que en 1861 resurgió esta idea con motivo de la invasión de México y anexión de Santo Domingo, y poco después con la doctrina sobre la reivindicación de las Chinchas". "Nadie ha sentido con más fuerza entre los escritores del Pacífico, nadie, la grandeza democrática de la combinación política, la fraternidad etnológica que le sirve de justísimo vínculo, el vértice piramidal de la empinada confluencia de intereses comunes, los raudales de armonía que de allí descienden al campo autonómico de las nacionalidades congregadas. Exáminese las compilaciones impresas sobre la materia y otros escritos congruentes que corren por separado. La gran unión y confraternidad hispano-americana vive cuerpo y alma en la mente de Vicuña Mackenna, habla por su boca, y encuentra en esta voz el eco más potente de sus ensueños generosos y de sus aspiraciones más razonables".

Recordemos su gran proyecto de libertar a Cuba y Puerto Rico, formando una fuerte coalición chileno-peruana, cuyas armas, primeramente secundadas por los patriotas cubanos, arrojarían de Sudamérica a las tropas españolas, poniendo fin al régimen colonial en el continente. Ese plan pudo emprenderse y contó con el apoyo entusiasta del General Prado, a la sazón jefe supremo del Perú, con poderes dictatoriales. Por desgracia no le secundó la cancillería de la Moneda.

A propósito de estas actividades y a modo de breve paréntesis, cabe extrañar que en ningún texto de historia chilena se les asigne su exacta importancia. Los historiógrafos chilenos modernos no han sabido darle a Vicuña Mackenna la ubicación histórica que le corresponde, y la explicación de este fenómeno, que no es singular en modo alguno, porque toda la historia oficial de los países americanos deberá rehacerse, la encontra-

mos en una frase de Encina: "Todos ven lo aparente en la historia" (10).

Examinemos al conductor de pueblos. Dice el editorialista citado: "Gran patriota, enamorado de su nacionalidad, penetrado de una fe mística en los destinos de Chile, intérprete elocuente del alma popular, profeta de los tiempos futuros de su raza, criollo en el más noble sentido de la expresión y audaz progresista en todo, Vicuña Mackenna alcanza durante la guerra de 1879, las proporciones de un conductor de pueblos. Con sus escritos, sus libros, sus discursos del Senado, su acción incesante junto a los combatientes y a los gobernantes, Vicuña Mackenna ilumina con su genio todo ese período y su personalidad se funde con el alma colectiva en un lirismo soberano".

¿Y qué decir del hombre, privado? ¿Qué de su magnanimidad casi sin precedentes? Hay que acudir a cualquiera de los libros escritos acerca de su vida para encontrar respuesta adecuada.

En su fecundidad no hay que insistir. Ya dijo Darío que había escrito más que el Tostado.

Y tocante a su capacidad de trabajo, puede agregarse que solía laborar de alba a alba, siendo frecuente, en las épocas de mayor actividad, que dictase a un tiempo a tres y cuatro secretarios, sobre los temas más diversos. Al historiador Encina le correspondió en cierta oportunidad actuar como escribiente suyo, y lo mismo ocurrió más de una vez a su discípulo Medina.

Para encontrar al genio de Vicuña Mackenna una síntesis justa, conviene, a modo de corolario, acudir al editorialista de "El Mercurio", que fué en la ocasión del Centenario el señor Silva Vildósola, si no estamos mal informados: "El pueblo lo amó, el pueblo lo entendió y es que su genio hecho de tradición y de ansia de progreso, era genio popular, era pueblo a su manera y en el hondo sentir de la raza".

Queda hecho el proceso del genio de Vicuña Mackenna por plumas extrañas y por jueces que no parecen sospechosos de parcialidad.

(10) *Mi juicio sobre Vicuña Mackenna* ("El Mercurio" de Santiago, Mayo 21 de 1934).

III

RETRATOS

Rubén Darío dejó acaso el mejor retrato de conjunto de Vicuña Mackenna. En profundidad, en detalle, en lo físico, en la extensión y en los reflejos de su genio otros pueden haber visto más. Pero como síntesis ninguna me parece más perfecta.

Escribe Darío, en su artículo ya citado: "Hace algunos años el joven monarca don Alfonso XII se dirigió a un escritor americano, rogándole le remitiera sus obras a la rústica, pues debían ser encuadernadas del mismo modo que todos los libros de su real biblioteca.

"El escritor que recibió tal muestra de admiración del rey de España se llamaba Benjamín Vicuña Mackenna, ese famoso que hoy es llorado por todo Chile, por toda América.

"¿Qué fué Vicuña Mackenna? Enmiendo: ¿qué no fué Vicuña Mackenna?

"Fué gran político, gran historiador, tribuno, viajero, poeta en prosa, crítico, literato, diarista incomparable, monstruo de la naturaleza.

"Escribía en francés como un parisiense y peroraba en inglés como un norteamericano.

"Tan sabiamente analizaba los detritus y las plantas como los poemas y las oberturas. Su cabeza era un enciclopedia.

"Viajó mucho; por donde pasaba recogía datos, adquiría conocimientos nuevos y acaparaba materiales para sus libros. Como dice el poeta Cañas, estos libros no caben en un catálogo.

“Escritor más fecundo, difícil es encontrarlo.

“Escribió más que el Tostado. Tómese la frase al pie de la letra.

“Fué, sin exageración, el carácter más admirable y la inteligencia más clara de toda la América Latina.

“Escribía un libro en menos tiempo que el que se puede emplear en leerlo. ¿No es esto un milagro?

“Su famoso libro sobre la guerra franco-prusiana es una maravilla... *El libro de la plata* es una recopilación de notas y de variados conocimientos de minería que dudamos haya habido quien pudiera hacer publicación de igual mérito.

“¡Oh, cerebro prodigioso donde las ideas no hacían distinción de conocimientos para prodigarse siempre fecundas, siempre amenas y regeneradoras!

“Así narraba con exquisito gusto y sabroso estilo sus viajes y aventuras el grande hombre, como trataba arduos problemas sociales de alta trascendencia política.

“Los diarios ingleses se disputaban sus artículos sobre economía, las revistas de todos lugares, sus profundos estudios científicos y literarios, y los periódicos de Chile (de los cuales redactó tres a un mismo tiempo en más de una ocasión, publicando además un libro semanal), díganlo *El Mercurio* y *El Ferrocarril*, y la multitud de diarios que se imprimen en la noble patria de O’Higgins y de Bilbao.

“En 1855, estando en Milán el personaje que nos ocupa, el rico librero Branca le presentó a César Cantú, quien más tarde fué su admirador apasionado.

“Su fama se acrecentaba cada día más. Las academias de todos los lugares le honraban con diplomas y homenajes, y su nombre es el más conocido de todos los americanos.

“¡Y ha muerto Vicuña Mackenna! ¡Y todo Chile siente la desaparición de tan grande hombre! Sabio, derramó a torrentes sus principios, y la generación que se levanta aprendió de sus labios preceptos y enseñanzas.

“Patriota, sirvió a la noble nación en donde tuviera cuna como el mejor de sus hijos.

“Escritor, deja para deleite y utilidad tanto y tanto libro como produjo. Justo es, pues, que su patria llore su muerte; que la América toda lamente su partida; que no es Chile, no

es la América la que ha perdido aquel fecundo cerebro: es la juventud, es el progreso, es la humanidad trabajadora que va para adelante!..." (1).

Examinemos ahora los retratos físicos del hombre.

Manuel Concha ha dejado, en un estudio anecdótico, su silueta de adolescente: "Conocí a Benjamín Vicuña Mackenna el año 1851. Era un joven, al parecer de veinte años, muy blanco, sonrosado, y de pelo rubio fuertemente ensortijado".

Un escritor canadiense contemporáneo, Armand Yon, ha trazado un retrato suyo en la época de su primer viaje a Estados Unidos. "Lors de son passage au Canada, don Benjamín se présente sous les traits d'un jeune homme de taille moyenne, a la large face carrée, au teint mat, aux longs cheveux noir rejetés en arrière. Sous le nez, une mince moustache en accolade. Le portrait rappelle celui de Balzac à trente ans. Avec les années, la riche chevelure fera place à une précoce calvitie, et, par contre, la moustache grisonnante s'allongera pour retomber tout autour de la bouche comme un saule pleurer".

Un daguerreotipo hecho en Estados Unidos lo muestra a la edad de veinte años. Rostro de notable belleza varonil en que el hombre y el adolescente se confunden todavía en una línea indecisa. Amplia cabellera con reflejos de sol, cejas pobladas, la nariz bien dibujada y los ojos magníficos, ovalados, profundos bajo el suave velo de largas pestañas; sobre la boca de labios anchos un bigote muy fino cae sobre la barba imperiosa.

Más, tarde, a los treinta años: La fisonomía fresca; los ojos, soñadores, imperiosos y grandes, huyen la sombra de las pestañas para clavarse en el horizonte ilímite. Sobre la boca fuerte y bien modelada el bigote acentúa la tez que fué alba y rojo y ahora han tostado los soles y los fríos de todos los climas. En la espaciosa frente cabe un mundo. El cuerpo se ha ma-

(1) El ensayo de Rubén Darío, fechado Managua, Febrero de 1886, apareció en "El Imparcial" de Managua (Nicaragua) en dicho mes y fué reproducido por primera vez en Chile, en "El Mercurio" de Valparaíso, el miércoles 7 de Abril de 1886.

cizado, la musculatura es recia, el andar nervioso, el ademán pleno de señorío. Y el conjunto, agradable en extremo, reboza seducción y fuerza. Su machismo rinde la admiración de las mujeres y obliga el respeto de los hombres.

Y en la hora del crepúsculo: El roble se inclina a tierra. El titán siente ya el temblor que presagia el supremo vencimiento. Mas no se inquieta, pues sabe que la vejez no ha de golpear a las puertas de su espíritu. Los hombres del temple de Vicuña Mackenna son fulminados por el esfuerzo y como el Moisés de Alfredo de Vigni sólo experimentan la tremenda necesidad de reposar... Su físico decae, sorda enfermedad lo mina implacable, pero el ánimo continúa alerta y los ojos brillan con fuego juvenil. Ha nevado en sus cabellos y el albo bigote es un paréntesis romántico sobre la fuerte boca; la mano sigue firme y en el corazón hay todavía un palpar inmenso...

Así lo hemos visto nosotros con los ojos de la sangre (2).

En su libro fundamental sobre Vicuña Mackenna, Ricardo Donoso traza este retrato del prócer en sus años finales (Cap. XXXVII): "Los años, en su correr inexorable, han nevado copiosamente sobre la altiva cabeza de Vicuña Mackenna. El frondoso y airado bigote, que tan marcial aspecto presta a su gallarda figura, blanquea impoluto. La nariz recta, la frente amplia, los ojos de mirada orgullosa y resuelta. El torso erguido. Era el autor de *La guerra a muerte* de mediana estatura, corpulento sin ser obeso, de músculos ágiles. A fines del 81, cuando aún no pasaban las graves preocupaciones de la guerra, la figura del glorioso escritor, tal cual la ha evocado el pincel de Marcial Plaza Ferrand, es todo un exponente de fuerza, de altivez, de potencialidad creadora".

Otro escritor chileno que lo conoció de cerca, don Samuel Ossa Borne, ha dejado una silueta interesante, que corres-

(2) EUGENIO ORREGO VICUÑA. — *Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos* (Universidad de Chile).

ponde a los años de apogeo. Escribe en *Mis recuerdos de Don Benjamín* (3):

“En uno de aquellos paseos al cerro de Santa Lucía, nos encontramos cerca de un grupo de personajes, en medio de los cuales se destacaba un caballero tocado con sombrero plomo de copa alta, a quien inmediatamente todos reconocimos, sin que hubiera sido necesario que alguien nos dijera que aquel señor de blanca tez y grandes mostachos que empezaban a emblanquecer era don Benjamín Vicuña Mackenna, Intendente de Santiago. Rojas y Sanhueza, avanzaron a saludarlo; estalló el polvorazo, saltaron algunas piedras, una acre nube de polvo nos envolvió breves instantes, al cabo de los cuales escuchamos una voz vibrante, acariciadora, que nos daba a saber que en aquel cerro se trabajaba un paseo para la juventud...”

“Aquí (en la Biblioteca Nacional) ví por segunda vez a don Benjamín, que conversaba con don Ramón Briseño. De estatura más que mediana, con tendencias a corpulento, erguido, desenvuelto, era su fisonomía de hombre sano, benévola y atractiva; tenía una hermosa cabeza de pensador, que la calvicie empezaba a despejar, ampliando la frente ligeramente combada; la tez era alba, ligeramente sonrosada, los ojos verdosos (glaucos) de mirar decidido, franco; la nariz recta y de buenas proporciones; el bigote abundante, oscuro, con algunas de sus hebras plateadas; los labios regulares, la dentadura blanca y pareja; el mentón bien conformado, el cuello regular: un compuesto agradable, de hombre bien parecido y varonil, donairoso, de gran simpatía”.

“El conocimiento personal de don Benjamín dejaba imborrables recuerdos. Su presencia inspiraba confianza desde el primer instante. Su apretón de manos era franco; su mirar amistoso, impregnado en bondad, en esa bondad ingénita que hacía decir de él: “Don Benjamín es bueno como el pan”. Su palabra, cuando se dirigía a los afligidos, iba llena de consuelo en el concepto, la inflexión de voz y la mirada era portadora de aquella flor de Basora, que según una hermosa poesía de

(3) Véase: BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.—*La Edad del Oro en Chile. Tomo I. Precedida de «Mis Recuerdos de Don Benjamín» por Samuel Ossa Borne.*—Biblioteca Vida Chilena, Santiago, 1932.

Zorrilla, lleva la paz y la ventura al alma de aquel a quién es ofrecida en prenda de amistad pura”.

Doña Martina Barros de Orrego anota en sus *Recuerdos Intimos*: “Conocí a don Benjamín Vicuña Mackenna en casa de mi tío Diego Barros Arana, poco antes de la revolución del 58. Aquella casa era entonces centro revolucionario, en donde se reunían muchos caballeros de gran valer personal que discutían con vehemencia; pero la palabra vibrante y sonora de Benjamín no producía alarmas, porque la suavizaban su mirada plácida y su sonrisa afable que reflejaban su bondad. Chiquilla entonces de pocos años, no era capaz de apreciar sus condiciones superiores, pero sí su simpatía. Tenía un aspecto tan juvenil que yo lo llamaba Benjamín sin respeto alguno; su carácter jovial y su alma de niño, con entusiasmos desbordantes y alegrías infantiles, me fascinaban”.

Contestando a Rubén Darío, portavoz de la comisión que fuera a darle el pésame por la muerte de Vicuña Mackenna, dijo el General salvadoreño Juan J. Cañas: “era irresistiblemente simpático, tenía la curiosidad y el atolondramiento de un chiquillo: era un niño con cabellos y enormes mostachos de nieve”. Y añadía: “La muerte de Vicuña Mackenna es una irreparable pérdida para la América española; su prensa y sus bibliotecas deben estar cubiertas de negros crespones, por haberse extinguido la antorcha que las bañaba con torrentes de luz”.

La mayoría de las semblanzas físicas corresponden a la etapa final de su vida y no remonta más allá de la Guerra del Pacífico, en la cual el físico hubo de quebrantarse al peso de una labor que, aún hoy, de no haber tantos testigos oculares y de no estar a la vista en sus escritos, cualquiera reputaría imposible.

De la última época es el siguiente retrato del periodista argentino J. M. C., publicado en “La Tribuna Nacional de Buenos Aires” en 1886: “Se nos presentó en traje de campo, sombrero de paja de anchas alas, saco de brin y zapato inglés de cuero crudo, anchos pantalones de hilo de color blanco. El señor Vicuña representaba alrededor de sesenta años, frente an-

cha y despejada, nariz de perfil griego, espesos y canos bigotes, ojos grandes y de mirada viva y serena, aunque velada por una sombra de melancolía que era fácil descubrir, aún debajo de su exquisita amabilidad y agradables maneras. Al descubrirse para saludarnos, pudimos admirar un cráneo apolono, digno de Byron, y escasamente cubierto de guadejas blancas como la nieve”.

“Sería interminable y materia de un libro interesantísimo narrar las largas y variadas pláticas en donde el vivo y chispeante espíritu del señor Vicuña descollaba siempre lleno de novedad y colorido. Hombre a quién los padecimientos físicos no habían debilitado en lo más mínimo su poderosa memoria, teniendo como a la mano un archivo riquísimo de una larga vida de cuarenta años bien empleados en viajes, lecturas, estudios, trato diario y frecuente con los hombres más distinguidos de su país y del extranjero. Todo esto enriquecido y esmaltado por un ingenio sorprendente, hacían de su persona un libro siempre nuevo, siempre interesante y siempre bondadosamente dispuesto a ser leído”.

“Era de ver con que afecto y respeto lo recibían en todas partes las sencillas gentes del campo. Parecía un patriarca antiguo de los primitivos tiempos de Israel o un Cincinato que había dejado la toga por el arado. Y en efecto, al ver aquella personalidad sencilla e ingenua, con los hábitos del hombre de campo, en medio de aquel paisaje agreste y solitario, hería fuertemente nuestra imaginación el contraste, sabiendo que aquel mismo hombre hacía poco había estado a punto de ser presidente constitucional de su país; que había sido ministro plenipotenciario en Estados Unidos y Europa; que había inundado la América con cien obras originales, una sola de las cuales bastaría a la reputación de un escritor; y que había llenado los periódicos con sus escritos y todo el continente con su nombre. Verlo ahora entregado a las faenas sencillas del campo y viviendo lo bastante para juzgar amargamente la ingratitud de sus propios compatriotas... entristecía y daba pena, al mismo tiempo que lo admirábamos con respetuoso silencio”.

Antes de recoger algunos juicios de sus contemporáneos y de los hombres de nuestro tiempo, para integrar su retrato moral, vamos a examinar un poco la prensa de la época de su muerte; con ello fijaremos mejor la emoción nacional, vislumbrando en esa hora de sinceridad otros aspectos de su trayectoria humana.

Primeramente la prensa extranjera.

The South American Journal, de Londres: "Vicuña Mackenna fué, bajo muchos aspectos, un hombre notable y merece figurar no sólo entre las celebridades de Sud América, sino entre las del Mundo. Dotado de grande inteligencia, de infatigable inventiva, de muy distinguida educación y de buena presencia, se hubiera hecho notar como uno de los favorecidos por la naturaleza en cualquier país o sociedad en que hubiera vivido.

"Su energía era tremenda en todos los asuntos públicos. Dirigió muchos movimientos de importancia y se le veía o se le oía constantemente en la mayor parte de los meetings públicos. Cuando se considera el número de sus obras y de sus tareas de publicista, es sorprendente que haya tenido tiempo para tanto. Bajo este respecto, como bajo muchos otros, puede ser comparado con nuestro Mr. Gladstone que tiene tiempo para disertar en polémicas sobre Homero y para discutir sobre la narración mosaica de la creación, en medio del torbellino de la vida pública".

La Nación, de Buenos Aires: "La América ha perdido en Benjamín Vicuña Mackenna uno de sus hombres ilustres; la República Argentina, el más noble y generoso de sus amigos de ultracordillera, y Chile un gran corazón y una gran cabeza".

El Siglo, de Montevideo: "...Nosotros, amigos y admiradores del genio que desaparece de la vida en la mitad, puede decirse, de su brillante carrera, nos limitamos a consignar, con el corazón dolorido, un recuerdo a su memoria".

Y la prensa nacional.

El Mercurio: "...La América, pues, debe cubrirse de luto,

al saber la desaparición de nuestro ilustre y querido compatriota, pues en él pierde toda ella una pluma que no hizo diferencia de patrias para servirla”.

El Ferrocarril: “...Era un soñador que tuvo el don de convertir en hechos lo que la generalidad creía utopías sólo de su fantasía”.

El Independiente: “Hoy, al saber que la muerte le había reclamado, cuando aún joven, sus virtudes, su ciencia y sus talentos tan útiles servicios podían prestar todavía al progreso y a la felicidad de la patria, no tenemos sino que repetir con San Agustín: *Dios lo crió para ornamento de su patria. Dios le hizo como hizo al sol para embellecer e iluminar este gran teatro del mundo*”.

La Patria: “Su nombre es el que más se ha extendido y el que más hondamente ha penetrado en la América latina. Su gloria es al mismo tiempo una gloria americana, una gloria popular que se ha irradiado por todo el continente, y penetrando a través de todas las capas de nuestra sociedad ha llegado hasta tocar el corazón del pueblo.

“No ha habido en Chile un hombre más íntima y universalmente conocido”.

“Pocas tumbas serán cubiertas con las flores de una emoción más sincera que la tumba de este gran escritor, y sobre pocas se podrá escribir con más justicia: *Sirvió a su país y honró a su patria*”.

El Padre Padilla: “El, que quería como pedestal para la estatua de Arturo Prat el pico del Aconcagua, tiene ya el pedestal para la suya en la cumbre del Santa Lucía y en el corazón de todos sus conciudadanos”.

El Bien Público: “Queremos rendir un justo homenaje de veneración y cariño a la memoria del ilustre escritor, cambiando, desde el próximo número, el nombre de nuestro periódico por el siempre glorioso de “*El Vicuña Mackenna*”.

El Sur, de Concepción: “Si abrimos cualquier boletín de Iconografía de Vicuña Mackenna

la prensa de los más borrascosos tiempos de la política chilena, ahí veremos sin esfuerzo estampado el nombre de Benjamín Vicuña Mackenna, siempre del lado del pueblo”:

El Mayaca: “Don Benjamín Vicuña Mackenna tuvo la más grande familia que puede tener un hombre: la humanidad”.

La Libertad: “Ningún hombre público dejó nunca en la historia de su país, ni huellas más útiles, ni enseñanzas más provechosas, ni ejemplos más puros y luminosos de civismo intelectual.

“Ningún escritor, en fin, alcanzó más títulos que él ante la consideración de su patria, de la América y del mundo”.

La Revista del Sur, de Concepción: “Vicuña Mackenna no sólo era un talento excepcional; constituía un genio, como no lo hemos tenido hasta aquí, en la esfera de acción en que se ejerció su actividad en servicio del suelo que meció su cuna y de la humanidad que glorificó con una existencia consagrada por completo al trabajo intelectual que honra y dignifica a los pueblos”.

La Araucanía: “El país entero está de duelo.

“Chile ha perdido a su hijo más esclarecido; las letras, a su más fecundo e inagotable propagandista; la política, a su más íntegro adalid; el ejército, al cantor de sus glorias; las clases desheredadas de la fortuna, a su constante protector; la democracia, a su apostol más distinguido y la humanidad entera, a uno de los genios que más la honraron”.

El Imparcial: “Sin exageración de verdad, sin dejarnos llevar de las emociones y sentimientos que ha causado en todo el país la muerte del señor Vicuña Mackenna, podemos asegurar que de todos los muertos ilustres de nuestro país, desde su nacimiento como nación hasta la fecha, no ha habido uno solo de la talla de Vicuña Mackenna, no ha habido uno solo que pueda ponérsele en parangón, aunque se mire la cuestión bajo el aspecto que se quiera, pues en Vicuña tenemos al más fecundo e ingenioso escritor americano y uno de los primeros del mundo en nuestros tiempos, al inspirado tribuno que con una sola palabra que sus labios pronunciasen bastaba para

electrizar al pueblo y subyugarlo de tal suerte que podía disponer de él a su antojo, al político consumado, al gran patriota, al defensor de los derechos del pueblo y del desheredado de la fortuna, al eminente estadista...”

El Pueblo enluta todas sus columnas ante el duelo nacional y manda su tributo de veneración y de respeto a las cenizas del grande hombre.

“El señor Vicuña Mackenna ha podido decir en su lecho de muerte: Me retiro del mundo sin llevar una gota de hiel; no dejo un solo enemigo y no hay esfuerzo que no haya hecho en beneficio de la humanidad”.

Casi medio siglo más tarde, al conmemorarse con solemnes fiestas nacionales el primer centenario de su nacimiento, los principales diarios y revistas de Chile consagraron números especiales a su memoria. El juicio en ellos emitido era más cálido si cabe.

Veamos, casi al azar, unos pocos juicios de sus contemporáneos.

Dijo en sus funerales nacionales, en nombre del Gobierno, el Presidente Balmaceda: “Asistimos a un duelo público, nacional, porque la patria ha perdido una parte de su existencia moral e intelectual. No pierden las familias o los pueblos a hombres dotados de un gran corazón y de un espíritu superior, sin que nuestro ser se conmueva íntimamente, y sin que experimentemos el dolor intenso de los vacíos irreparables”.

“Felices aquellos que como Vicuña Mackenna cumplieron el deber, que hicieron el bien, que amaron a la humanidad, que la sirvieron, que la ilustraron y la ennoblecieron con la virtud y el trabajo. Esos labraron la verdadera escala de Jacob para subir a la inmortalidad.

“La memoria de Benjamín Vicuña Mackenna vivirá al través de las generaciones venideras, conservada en Chile por una tradición de amistad y de cariño, y por las obras de todo género con que honró su nombre y su siglo”.

Expresó Bartolomé Mitre: "La vida de Vicuña Mackenna está escrita en sus libros, que casi llegan a cien, y cada uno de ellos es una página histórica destinada a vivir. Es, como lo decíamos ayer, cuando aún vivía, el escritor más fecundo, más brillante y ameno, a la par que más original que haya producido la América del Sur, y en muerte como en vida, es el Hércules de la literatura chilena, que en cada año realizaba tres trabajos útiles en otros tantos libros".

Escuchemos a José Victorino Lastarria: "Una vida tan intensa y prolongada, como la de ese hombre múltiple, no se puede historiar sino después de mucha investigación y serio estudio".

"Su obra es inmensa, porque es la de un escritor verdaderamente nacional, que por primera vez aparece entre nosotros; y no se puede apreciar ni juzgar sino apreciando y juzgando la época en que se ha realizado. ¿Cómo encerrar su biografía en pocas páginas?

"No comprendo la labor de Vicuña Mackenna sino imaginándome que ha llegado a ser un escritor nacional, representando a la sociedad en que ha vivido, porque ha prescindido de partidos y sistemas y ha acatado todos los ideales, desde que dejó de luchar como adepto de un partido político. Así ha podido mantener, en medio de la anarquía moral, la unidad de su acción como escritor, huyendo de ideas exclusivas en sus obras sociológicas, y consagrándose en sus últimos años a ser el intérprete y aún el cantor en prosa de las glorias nacionales, ante las cuales han desaparecido las sectas y las pequeñas verdades, todas las esferas en que se habrían situado para luchar los intereses opuestos, todas las reglas de convención, todas las banderías de intereses diversos.

"En sus últimos años, su nombradía llegó hasta la gloria".

Don Crescente Errázuriz, en un editorial histórico de "El Estandarte Católico" (Junio 24 de 1876): "Su actividad no ha tenido ejemplo y probablemente no será superada jamás entre nosotros; ha conseguido despertar de un confín a otro de la República ardientes y numerosas simpatías, se ha visto por todas partes aclamado y auxiliado poderosamente; ha manifestado cualidades sobresalientes de organizador. En una pa-

labra, el señor Vicuña ha sabido despertar por doquiera el espíritu público y ha dado brillantes muestras de ser un grande organizador político.

Gabriel René-Moreno: "Vicuña Mackenna ha sido siempre el apóstol más elocuente de la unión y confraternidad americana.

"Nadie ha sentido con más fuerza entre los escritores del Pacífico, nadie, la grandeza democrática de la combinación política, la fraternidad etnológica que le sirve de estrechísimo vínculo, el vértice piramidal de la empinada confluencia de intereses comunes, los raudales de armonía que de allí descienden al campo autonómico de las naciones congregadas. Examínense las compilaciones impresas sobre la materia y otros escritos congruentes que corren por separado. La gran unión y confraternidad hispano-americana vive cuerpo y alma en la mente de Vicuña Mackenna, habla por su boca y encuentra en esta voz el eco más potente de sus ensueños generosos y de sus aspiraciones más razonables".

Don José Toribio Medina, en la ocasión más solemne de su vida, cuando la sociedad de Santiago festejaba las bodas de oro de su vida intelectual, pronunció estas palabras: "Y, pues que tal dicha me cabe, justo será que consagre un recuerdo a los que, dentro de mi disciplina predilecta—digo en el campo histórico—pudieron aspirar al lauro que no lograron, y seguro estoy que al formularlo, viene en el acto a vuestra mente, como a la mía, el nombre del más genial de nuestros escritores, de aquél que como ninguno supo penetrar en el ambiente del pasado y en el de sus días, el más chileno de todos, puedo afirmar, don Benjamín Vicuña Mackenna".

Se lee en un soneto del poeta Guillermo Blest Gana, que alcanzó mucha publicidad:

"Grande su nombre nuestra edad aclama;
Y mientras en el mundo haya un chileno,
Habrá en la tierra un corazón que lo ama!"

El famoso tallador dalmata Andrés Stambuk, que colaboró en las obras del Cerro Santa Lucía, ha trazado esta síntesis

admirable: "En el transecurso de mi vida que llega ya a los cincuenta años, no he conocido inteligencia más creadora ni corazón más bondadoso, espíritu más noble ni naturaleza más privilegiada".

"No he conocido hombre más amigo del hombre, ni amigo más amigo de la civilización".

Y para terminar esta ya larga serie de retratos y de síntesis, asomemos la mirada por el juicio de los hombres de hoy.

Escribe Domingo Melfi: "Vicuña Mackenna es el tumulto, la voluntad titánica, la imaginación exasperada por una fuerza en constante tensión. Cuando se penetra en su obra, se sienten los llamados exitantes del frenesí creador: voces ardientes y rebeldes, grandes tropes en desorden, fulgores y delirios, adivinaciones estupendas que abren anchas zonas de luz en el espesor de nuestra mudable psicología, signos de voluntad sobrehumana. Causa estupor la muchedumbre inmensa de hechos y conocimientos sobre los sucesos y los hombres de nuestra historia que él animó en páginas vibrantes y en las que se oye, en cada recodo, el poderoso grito de la vida. Hay, además, en Vicuña Mackenna, la grandeza del revolucionario. Aún en la cárcel, a donde lo lleva a empujones el hierro de la tiranía, su cólera de hombre libre, estalla en altivas condenaciones. Cada etapa de su existencia inquieta y romántica, es un libro. Está hecho para la acción y el movimiento, para el combate contra todas las tiranías. Conspira contra los déspotas. Lo destierran, pero no calla. Su alma se hincha de indignación. Y su indignación se convierte en arengas, en libros, en campañas, en obras de belleza. Es el hombre para el que existe una patria y por cuya libertad él ha hecho el don supremo de su vida".

El peruano Luis A. Sánchez: "Benjamín Vicuña Mackenna tiene una personalidad tan definida y rotunda en la historia americana, que resulta pleonasma repetir aquí algo de su vida y de sus obras..." "En la bibliografía chilena, Benjamín Vicuña Mackenna ocupa un lugar preeminente". "Vicuña Mackenna lleva sobre todos una ventaja enorme: la de su estilo. Estudia, investiga, analiza, y, luego, todo lo descri-

be con un fuego que arrebató y a menudo recuerda el impulso de los grandes oradores”.

J. Schneider Labbé: “Después de un siglo, Vicuña Mackenna sigue imponiéndose a las generaciones actuales como una fuerza desbordante de nuestra nacionalidad. Todos los elementos que componen el carácter y la psicología chilena enriquecen los múltiples resplandores de su personalidad de luchador, de hombre de acción, de escritor y de ciudadano.

“En vano la mano fría de la historia pretenderá inmovilizar sus rasgos. Vicuña Mackenna vive y adquiere, a través del tiempo, esa influencia animadora de los hombres símbolos, modeladores de razas, arquetipos de las más altas y vigorosas virtudes de un pueblo. Su obra sigue en pleno desarrollo y proyecta nuevas irradiaciones morales, espirituales y patrióticas que se refunden con el crecimiento constante de nuestro país. Alejados de su actuación inmediata, aún no podemos abarcar la órbita integral de su vida. Fué un tribuno, un luchador social, un artista, un visionario clarividente, un portentoso animador de todas las energías latentes de nuestra nacionalidad. Por la riqueza polifacética y multiforme de su personalidad llegó a esa etapa superior de los caracteres que constituyen en sí mismo un sistema. Es imposible vaciarlo en el molde estrecho de una clasificación. Para sus contemporáneos debió aparecer absurdo e incomprensible. La historia que él cultivó con tanto amor, no alcanza a reflejar su influencia, sino en forma fragmentaria. Sólo la patria lo comprendió desde el primer instante y continúa siendo su amada inmortal. Su misión inspiradora vuela hacia el porvenir en las alas espirituales de nuestra nacionalidad. Las voces dormidas de la leyenda y del romance popular lo proclaman en el corazón de todos sus conciudadanos, como el primer poeta de la chilénidad”.

El actor Alejandro Flores: “Es necesario que corran aún muchos años para que se escriba la historia de Vicuña Mackenna, porque hombres de semejante altura moral, de tan extraordinario tesoro de virtudes ciudadanas, requieren la perspectiva inmensa del tiempo para aparecer en toda su grandeza. El patriota, el publicista, el historiador que hubo en don

Benjamín Vicuña Mackenna tiene contornos tan recios que no necesita del recuerdo escrito para vivir como vive en el alma de todo chileno”.

Ricardo A. Latcham: “Vicuña Mackenna—por fin—realza en su laboriosa vida el intelecto y la acción. Difundió ideas ricas y generosas que, más tarde culminaron en obras de resonancia chilena”.

Don Samuel Ossa Borne: “Leemos en Salustio que “muchos hombres son elogiados, unos por haber hecho grandes cosas; otros por haberlas escrito”. Don Benjamín Vicuña Mackenna lo ha sido por ambos motivos. Testimonio de ello dan los monumentos erigidos en homenaje a su excelsa memoria, en el bronce, en el libro y, mayormente, en el alma chilena”.

Don Tito V. Lisoni: “Era Vicuña Mackenna, según la frase de Martí, “de los que se quedan despiertos cuando todo se reclina a dormir sobre la tierra”.

Diego Muñoz: “Quien haya comenzado la lectura de cualquiera obra de este genio americano no abandonará ya sus páginas hasta el final, y el interés lo arrastrará a seguir cada tomo de la colección completa. ¿Qué sortilegio, qué hechizo contienen las páginas de Vicuña Mackenna? Desde luego, su estilo nervioso, ágil, liviano; y luego una sucesión de personajes y de acontecimientos, cada vez más sorprendentes y vivos, cada vez más numerosos. Toda una época se vacía tumultuosamente y llega a nosotros fresca, reciente, llena de un movimiento propio que arrastra y se comunica con el poder inconfundible del genio.

“No hay otra obra comparable a la de Vicuña Mackenna en tanta vastedad y diversidad. Uno penetra en este mundo nutrido de realidades fantásticas y se aprieta en ellas con un goce inesperado y a cada instante súbito. Animador de su propia época, el genio del gran historiador chileno abandona la frialdad tradicional del género que había de ser la pasión de toda su vida y toca los límites de la creación llena de ins-

piraciones y de fiebres, exaltado por su propio ritmo incontenible y ardiente”.

Guillermo Feliú Cruz: “...es el más chileno de los escritores nacionales. Es el que mejor ha comprendido el alma inestable, versátil y tornadiza de nuestro pueblo. Es el que mejor ha buceado en el alma nacional. Desde el *pililo*—creación suya—pasando por el *roto*, deteniéndose en el *siútico*, hasta llegar al buen burgués rural de nuestra aristocracia, las cuatro escalas de la estructura social chilena, Vicuña Mackenna las ha comprendido todas, las ha sentido en el rol de sus singulares manifestaciones, reuniendo un considerable aporte para hacer con estas observaciones un libro que hace falta entre los suyos: el *Idearium* de un pueblo.

“Desde que surge en el campo de las letras y especialmente desde que Vicuña se consagra al cultivo de la historia, aparece en la literatura chilena un contingente nuevo: la imaginación. Es la suya una imaginación de artista que, sin desnaturalizar la realidad, sabe darle una interpretación de color... Vicuña Mackenna irrumpe con su fantasía, que sabe darle color a las cosas; evoca con sensibilidad, con arte, con esplendor, porque en su cerebro todo toma luz y brillo. Ha introducido, pues, un valor nuevo en nuestras letras: la sensibilidad y la fantasía...”

“La grandeza moral de América fué hecha por hombres iguales, pero en ningún caso superiores a Vicuña Mackenna...”

Claudio Arteaga Infante (Clarín): “Cada decenio que pasa, don Benjamín Vicuña Mackenna y su obra agigántanse en la perspectiva histórica y se proyectan más recios sobre Chile y América.

“Con razón se ha dicho que Vicuña Mackenna ha sido el chileno más ilustre y una de las más altas cumbres americanas. Su espíritu abarca todos los aspectos de la vida, expresándose con un valor moral y con una intuición que lindaban con el genio.

“Vicuña Mackenna es luz que debe llegar hasta lo más profundo de nuestra raza, para iluminarla y fortificarla en

la conciencia de su ser y de sus destinos americanos". (Editorial de "Zig-Zag", Santiago, 11 de Octubre de 1936).

Tomás Lago: "Las generaciones anteriores a la nuestra, leyendo a Vicuña Mackenna, conocieron la historia más de cerca, aún más, puede decirse que hicieron historia, exaltados por los libros llenos de acento vital de este hombre extraordinario".

"Escribía un libro de historia con la fogosidad que lo haría un muchacho de veinte años y la sabiduría de un hombre de cien. Es tan exorbitante la obra realizada en su vida que no hay con quien compararlo en la historia de Chile".

"Los países van formando su cultura por estratas o movimientos característicos de espíritu. En la historia de Chile hay una época Vicuña Mackenna, un criterio nacional Vicuña Mackenna, un tipo chileno a lo Vicuña Mackenna, y más que esto, porque toca a las raíces mismas de la cultura, hay una sensibilidad Vicuña Mackenna".

Hernán Díaz Arrieta (Alone): "Vicuña Mackenna ha sido uno de los escritores mejor dotados en Chile y por momentos se le escapan pequeños cuadros y hasta escenas completas que recuerdan a puros artífices modernos".

Norberto Pinilla: "La Universidad de Chile ha tomado a su cargo la gran empresa de publicar las "obras completas" de Benjamín Vicuña Mackenna. He aquí una labor digna de la misión del más alto Instituto de cultura y enseñanza chilena".

"La Universidad de Chile le levanta hoy un nuevo monumento al gran chileno con la publicación de sus "obras completas".

Y cerraremos con las palabras de un obrero. José Luis Quezada, hablando el día del Centenario en nombre de los obreros asociados, dijo: "Hacer de Chile el primer pueblo de la América fué su sueño de poeta y su ilusión de patriota; sueño e ilusión que se habría convertido en hermosas realidades si hubiésemos tenido siquiera una docena de gobernantes de su pasta; con algo de su abnegación, de su patriotismo, de su amor al pueblo, de su generosidad, de su genio político, en una palabra".

IV

BIOGRAFOS Y BIBLIOGRAFOS PRINCIPALES

Para valorar la influencia que ha ejercido Vicuña Mackenna en la cultura chilena y americana, conviene decir que de ninguna otra figura nacional se ha escrito un número mayor de biografías y libros, sin exceptuar al propio O'Higgins, fundador de la República.

La literatura vicuñista es muy copiosa, y se incrementará notablemente en lo futuro, en cantidad y en calidad, a medida de que los estudiantes y la juventud en general vayan conociendo mejor la vida y la obra del prócer.

No corre impresa sino una sola bibliografía vicuñista, que por la fecha de su publicación ya se halla anticuada: la del historiador Ricardo Donoso, que integra el apéndice de su Vida de Vicuña Mackenna.

Inédita aún, existe otra, completamente al día, compuesta por el destacado vicuñista don Alejandro Benelli Bolívar. Su texto puede consultarse en el Anexo Bibliográfico de este libro.

Nosotros abandonamos a otras manos esa tarea de investigación, de suyo interesantísima, y nos limitaremos en este capítulo a pasar en revista a los principales biógrafos y bibliógrafos del maestro (1).

(1) Algunas de las principales fuentes para el estudio de Vicuña Mackenna, aparte de los textos que se indican en el presente capítulo, son las siguientes:

Comenzaremos cronológicamente por aquellos que han dedicado mayor suma de trabajo a investigar la vida y obra de Vicuña.

Don Pedro Pablo Figueroa, que contó en las filas de sus discípulos e imitadores, publicó en 1903 una *Historia del popular escritor don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, su carácter y sus obras*. Desgraciadamente quedó inconclusa esta producción que, según los propósitos que se manifiestan en las varias introducciones y noticias que contiene, debió ser tan extensa como interesante por los datos que poseía el autor y su conocimiento de la obra vicuñana. Lo hecho abarca desde el nacimiento del prócer hasta la iniciación de su vida pú-

Anales de la Universidad de Chile. Homenaje a Vicuña Mackenna. Año I, Tercero y Cuarto Trimestre de 1931 y Año II, Primero y Segundo Trimestres de 1932. Tomos I y II. Dos volúmenes. El primero, de 501 páginas, comprende las obras de Galdames y Feliú, un ensayo de Gustavo Labatut (*Vicuña Mackenna y Sarmiento*) y varios trabajos bibliográficos. El segundo, de 556 páginas, encierra el texto completo del Autor, varios discursos pronunciados en los homenajes universitarios del Centenario y una selección de juicios críticos.

Hoemnaje de la Biblioteca Nacional. Un volumen de 239 páginas, que abarca la bibliografía hecha por Feliú Cruz y los discursos de la velada del Centenario. Hay otra edición corriente en forma de boletín, a dos columnas. (Año 1932, Imprenta de La Tracción).

El Mercurio de Santiago. Número especial del 25 de Agosto de 1931, consagrado a Vicuña Mackenna. Contiene innumerables artículos, trabajos diversos, reproducciones, retratos y fotograbados, fuera de informaciones sobre la celebración oficial del Centenario. Parte del material se publicó simultáneamente en la edición de Valparaíso de la misma fecha. Es el homenaje más completo y amplio que la prensa de Chile haya hecho a un chileno.

El Diario Ilustrado. Número especial del 25 de Agosto de 1931, consagrado a Vicuña Mackenna, con un material tan rico y variado como el de «El Mercurio».

El resto de la prensa del país consagró páginas especiales a Vicuña en el día del Centenario, destacándose *El Sur* y *La Patria* de Concepción. *El Tamaya* de Ovalle, diario fundado por el prócer con ocasión de su campaña presidencial, le dedicó un número especial. Informaciones gráficas del Centenario fueron recogidas por *Zig-Zag*.

Atenea, revista oficial de la Universidad de Concepción, le consagró un número especial (Agosto de 1931).

El Boletín de la Municipalidad de Santiago le consagró un número especial (Agosto de 1931).

Con ocasión de conmemorarse el Centenario de la muerte del prócer la prensa chilena le rindió homenajes especiales en sus ediciones del 25 de Enero de 1936. Señaláronse *El Diario Ilustrado*, *El Sur*, *La Patria*, *Zig-Zag*, *El Tamaya*, *El Mercurio* y el *Boletín de la Municipalidad de Santiago*.

blica e incluye algunas notables páginas del Diario Intimo o Memorias de Vicuña Mackenna (2).

Con anterioridad, Figueroa escribió varios folletos y ensayos, algunos de los cuales constituyen hoy curiosidad bibliográfica. Uno de ellos fué inspirado por una visita al hogar de Vicuña, realizada semanas después de su muerte, la que produjo en su espíritu honda emoción. Enumeremos esos trabajos:

Benjamín Vicuña Mackenna. Opúsculo histórico. Fué impreso en Talca en 1885 y consta de 39 páginas.

Apuntes históricos sobre la vida y las obras de D. Benjamín Vicuña Mackenna, editados en la Imprenta Victoria de Santiago, en 1886; consta de 48 páginas en 4.º.

La sombra del genio. Una visita al hogar huérfano de D. Benjamín Vicuña Mackenna, folleto de 24 páginas, impreso en Santiago en 1887.

Glorificación póstuma del ilustre patricio don Benjamín Vicuña Mackenna, folleto de 20 páginas, impreso en 1891, en Santiago.

(2) El Diario de Vicuña Mackenna quedó en poder de su viuda, y ésta por desgracia, no lo incorporó al Archivo Vicuña Mackenna al pasar a manos, del Estado en los últimos días de la administración Santa María. En 1892, a raíz de la revolución que depuso al Presidente Balmaceda, y en ausencia de la familia, fué incendiada la Quinta Vicuña Mackenna, saqueándola previamente. El móvil de ese incalificable atentado, habría sido un venganza política de ciertos sectores balmacedistas que pretendían tomar represalias de una imaginaria intervención de doña Victoria Subercaseaux contra ellos, o, más probablemente, de la participación del Coronel don Salvador Vergara Alvarez, yerno de doña Victoria, en las batallas de Concón y Placilla, que trajeron por tierra a aquel gobierno. En realidad la actuación de la viuda del prócer, mujer de sentimientos nobilísimos y delicados, se redujo a ayudar a los revolucionarios perseguidos antes del triunfo de esa fuerza y en proteger, en seguida, a los partidarios de Balmaceda perseguidos por los vencedores; en su casa, v. gr., estuvo asilado el General Velásquez, Ministro de Guerra del gobierno caído. En Santa Rosa de Colmo tuvo lugar parte de la batalla decisiva de Concón y muchos de los muertos quedaron en sus campos; doña Victoria los hizo recoger, sin distinción de bandos, y les dió sepultura, erigiendo sobre ella un monumento expiatorio, que fué inaugurado en 1892....

Ahora bien, el *Diario* de Vicuña y las obras inéditas suyas que habían quedado en la Quinta, desaparecieron, siendo adquiridas más tarde, según parece, por el historiador Figueroa, quien pretendió publicarlas, iniciando esa tarea con el *Diario*. Doña Victoria se opuso de modo enérgico y solicitó la devolución de dichos manuscritos, la que no le fué posible obtener.

El proceso por el saqueo e incendio, se vió sobreesfido, por otra parte, pues doña Victoria no quiso que se persiguiese ni se encarcelase a nadie por sospechas. De tal manera no pudo recuperar los papeles perdidos, ni

Todos estos trabajos, empero, incluyendo la vida inconclusa que hemos señalado en primer término, no constituían un aporte de conjunto para apreciar la obra de Vicuña Mackenna y esta tarea fué llenada por primera vez por el historiador Ricardo Donoso, quien obtuvo el premio de la Universidad de Chile en un concurso público abierto para una vida del prócer.

El libro de Donoso, que es hasta hoy uno de los trabajos fundamentales sobre Vicuña Mackenna, del cual no podría prescindir ningún investigador serio, fué impreso en 1925 y se intitula: *Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su Vida, sus Escritos y su Tiempo (1831-1886)* (3).

Con estilo claro, con espíritu severo de investigador, y con mucha amenidad, Donoso ha compuesto en él una obra magistral. Todos los aspectos principales de su vida pública y de su obra de escritor y de historiógrafo, están tratados minu-

el señor Figueroa, gran admirador del maestro, se resignó a devolverlos, como procedía....

Nosotros hemos realizado algunas gestiones infructuosas, durante varios años, para seguir la pista de dichos manuscritos, y aún cuando no hemos tenido ningún éxito hasta hoy, abrigamos la esperanza de que aparezcan algún día.

(3) Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, MCMXXV. Consta de 671 páginas.

En el prólogo, a modo de conclusión, escribe Donoso: «Ha pagado Chile la deuda de gratitud que tiene para con el autor de la «Historia de Santiago»? Es verdad que su gallarda figura se halla fundida en bronce; que calles, paseos y avenidas están consagradas a su memoria; pero el fruto de su labor intelectual de treinta años se encuentra abandonada en periódicos olvidados y en libros que apenas si sirven a la curiosidad de los eruditos. Obra de reparación y homenaje de justicia sería la de dar a la estampa una edición de sus obras completas. La más grata de las satisfacciones sería la nuestra si estas modestas páginas contribuyeran, siquiera en pequeñísima parte, a la realización de ese propósito».

Galdames llega en su libro a una conclusión idéntica, cuando dice: «La columna imperecedera en que ha de descansar la gratitud de todos los chilenos debería estar ya construida con la colección de sus *Obras Completas*, editadas por suscripción popular, a base de una clasificación en lo posible metódica, según los tópicos más o menos afines que en ellas se tratan. Raudal desbordado el suyo, llevó la fertilidad a muy diversos campos; pero si en ellos hay alguna maleza, también hay siempre doradas espigas y lozanas, flores. Más de una vez se intentó esa edición, en los últimos diez años de su vida y aún con posterioridad; pero el proyecto nunca llegó a realizarse. Quizás si el tiempo de hacerlo se aproxime». (*La Juventud de Vicuña Mackenna. Cap. XXX*).

La Universidad de Chile ha recogido esa noble idea, que constituía una aspiración nacional, y la está realizando en la presente edición oficial.

ciosamente, con derroche documental. Hay pinturas muy felices y páginas del más vivo interés, junto a juicios tan ponderados como certeros. No siempre enfoca el autor a su héroe en la medida deseable ni encuentra la ubicación exacta en todos los aspectos, tarea acaso imposible de lograr en un primer ensayo de fondo, pero en su conjunto puede afirmarse que la vida escrita por Donoso es un libro clásico en el género.

Analizándolo, si resulta sensible que el político y el americanista no alcancen el relieve que la crítica histórica ha reconocido ya, en cambio, el historiador, el transformador de Santiago, el conductor de pueblos y el civilizador están interpretados con notorio acierto.

Un nutrido apéndice con anexos bibliográficos completa el volumen.

Donoso ha escrito también otro estudio interesante—*Una amistad de toda la vida: Vicuña Mackenna y Mitre*—que fué publicado primeramente en “La Nación” de Buenos Aires en Septiembre de 1924, y después en folleto, en Santiago. Se investiga ahí la estrecha vinculación que tuvo con su ilustre colega argentino, a través de la correspondencia de ambos y de sus mutuos reflejos en la vida americana, y se pone de relieve el fundamental aporte de Vicuña Mackenna a la paz entre Chile y Argentina, amenazada gravemente en 1878 por el conflicto de la Patagonia.

Es de esperar que el señor Donoso consagre a Vicuña otras páginas no menos notables y otras horas de acuciosa investigación.

Sigue, en orden cronológico, el libro de don Luis Galdames, *La Juventud de Vicuña Mackenna*, editado por la Universidad de Chile, e incluido en el primer tomo del *Homenaje a Vicuña Mackenna* rendido en los números extraordinarios que sus *Anales* consagraron a la conmemoración del Centenario del prócer.

La obra de Galdames, de considerable valor literario por su estilo magnífico y por su fondo, y de no escasa importancia crítica, abarca la vida y en particular la labor literaria de

Vicuña hasta la edad de treinta años. Cree el autor, y tal es su teoría, que las características fundamentales de un hombre superior están trazadas antes de la cuarentena (4).

La obra de Galdames—que cuenta entre los clásicos chilenos del siglo XX—constituye un aporte muy valioso.

Seguiría, siempre en orden cronológico, *Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos*, obra que también fué incluida en el tomo segundo del *Homenaje* hecho en los Anales de la Universidad

(4) Escribe Galdames: «Parece en realidad efectivo que no sólo los grandes escritores sino todas las mentalidades de selección asimilan en la juventud sus ideas directrices y que es entonces cuando manifiestan lo que pueden ofrecer de originalidad relativa y de potencialidad creadora. Cuanto produzcan en la edad madura o en la vejez no sería sino la derivación o desarrollo de sus primeras concepciones. Las células cerebrales adquirirían ya cierta predisposición para reaccionar en un mismo sentido, cualesquiera que fuesen los estímulos exteriores que obraban sobre ella más tarde. El «renovarse o morir» de D'Annunzio no vendría a tener así otro alcance que el de proporcionar cierto grado de elasticidad a las ideas hechas con antelación para plegarlas a los imperativos del tiempo y de las circunstancias; pero nada podría agregar, fundamentalmente, a lo que ha llegado a componer la psiquis juvenil».

Y particularizando: «La obra realizada por Vicuña Mackenna hasta los treinta años no fué superada por él mismo después, en cuanto a ideas matrices ni a procedimientos y ejecución. Es natural que adquiriese con el tiempo y a medida de que la personalidad se afianzaba, una amplitud mayor, un tono y una influencia que en el comienzo no podía tener; pero aun cuando no hubiese logrado su máximo desarrollo, no se habría perdido lo que en ella había de medular y suyo, lo que constituía su vitalidad más duradera, lo que realmente vendría a enriquecer el patrimonio intelectual del país. Sus tres libros fundamentales de esa época,—el de los *Viajes* y los dos *Ostracismos*—, sus folletos y estudios de diverso orden y sus escritos de la prensa política, contienen en germen y plenamente desenvueltos los principios ideológicos que llenaron su vida. Y no hagamos referencia al estilo porque muchas de sus mejores páginas están en esas publicaciones, y ya éstas mismas lo individualizaron de modo inconfundible»....

Más adelante, añade: «Vicuña Mackenna fué uno de esos hombres que se dieron desde niños a un ideal, que lo vivieron plenamente en su juventud y lo conservaron incólume hasta la edad madura. El no conoció la vejez, aunque supiera del agotamiento; pero su carácter se mantuvo sin quebrar la línea marcada ya en la adolescencia. La patria simbolizó su ideal; y a ella se consagró entero, porque la patria era joven como él y necesitaba constituirse en un reajustamiento de clases y valores.

«Su generación intelectual vibraba con emoción de lucha ante el relato de las gestas emancipadoras; y el pueblo gemía aún humillado y misérrimo. Realizar también en esta muchedumbre la patria, que a sus ojos era el imperio de la libertad y la justicia; expandir toda forma de cultura y vigorizar a la vez las fuerzas sociales; he ahí una misión digna de llenar una vida y muchas vidas. Así trabajó su pensamiento, a ras de tierra y en función del ambiente, hasta elevarse a la excelcitud del ideal. Y lo predicó sin ambages, no ya cuando «el sol resplandecía sobre sus espaldas», sino cuando bañaba su frente de luz».

de Chile. Trátase de un extenso volumen que acaso constituya nuestro trabajo de más largo aliento (5).

Dentro de ese aporte personal, puede incluirse otro ensayo publicado en los *Anales* (tercer trimestre de 1934), con su respectiva separata, bajo el título de *Vicuña Mackenna en la Universidad de Chile*, y, finalmente, esta *Iconografía*, que forma el primer volumen preliminar de la edición universitaria de sus Obras Completas.

El erudito investigador y polígrafo don Guillermo Feliú Cruz, conservador de la Biblioteca Medina, es autor de un extenso estudio que también fué incluido en el primer tomo del *Homenaje* citado, editándose en volumen en 1931, año del Centenario, bajo el título de *Las Obras de Vicuña Mackenna*. Contiénese en él una extensa bibliografía general, que adolece de algunos errores, y lo integran varias bibliografías parciales de lo obra vicuñana debidas al recordado investigador don Carlos T. Vicuña. El ensayo de Feliú, muy personal, está escrito con elegancia, si bien alguno de sus conceptos padecen de alguna lijereza. Hay aciertos críticos parciales, con todo, que muestran la vigorosa visión del autor.

Feliú Cruz ha escrito, también, una *Interpretación de Vicuña Mackenna*, que vió la luz en 1931 (6).

La obra más reciente, inédita aún, se debe a la pluma de Tomás Lago. En sus capítulos, plenos de colorido, trazados con arte notable, hay una evocación del prócer que llamará poderosamente la atención. A no dudarlo, esta Vida, escrita por el antiguo colaborador de Pablo Neruda, ha de figurar entre las mejores de nuestra literatura contemporánea (7).

Debemos anotar, finalmente, la interesante obra de don Ismael Moyano, administrador que fué de la estancia de Vicuña. Titúlase *Historia de Santa Rosa de Colmo, última morada del ilustre escritor B. Vicuña Mackenna. Documentos y*

(5) Con el título de *Benjamín Vicuña Mackenna* compusimos una monografía para el Instituto de Investigaciones Históricas de Buenos Aires, que dirige el prestigioso historiador argentino don Emilio Ravignani. No ha sido impreso todavía.

(6) *Interpretación de Vicuña Mackenna*, Santiago, 1931. Imprenta Universitaria. Un folleto de 16 páginas.

(7) Tomás Lago leyó un capítulo en la Universidad de Chile, en 1937.

noticias históricas acerca de la heredad donde pasó su vida de hacendado aquel gran ciudadano (8). Su consulta es útil y curiosa para los investigadores vicuñistas.

Examinemos en seguida los trabajos menores.

En término primerísimo debemos anotar el estudio de Rubén Darío, publicado en "El Mercurio" de Valparaíso en 1886 y reimpreso innúmeras veces. Baste recordar que en capítulos anteriores ha sido utilizado en proporción a su valía.

Pasando a las biografías, señalaremos dos que fueron publicadas en vida de Vicuña. Una está escrita por don Moisés Vargas y ha sido reimpresa varias veces (9), siendo pieza de interés como testimonio contemporáneo, y la otra, escrita y dada a la estampa en 1875, en folleto, con ocasión de la campaña presidencial (10), se debe a la pluma de aquel escritor magnífico, tan mal conocido hoy, que se llamó Justo Arteaga Alemparte (11). De las biografías primitivas la de Arteaga es sin duda la mejor; aún cuando se resienta de la falta de perspectiva, que, pese a su talento fortísimo, le impidió ver a Vicuña en sus verdaderas proporciones (12).

De gran calidad crítica es el ensayo de Gabriel René-Moreno—*Benjamín Vicuña Mackenna*—que fué publicado en el tomo IV de la "Revista de Artes y Letras" e incluído en su libro *Bolivia y Argentina* (Santiago, 1901). En ese mismo volumen figura otro estudio crítico, bajo el título de *D. Benjamín Vicuña Mackenna ante su libro reciente*.

Los juicios más acertados que conocemos sobre la trascendencia de la obra americanista del prócer, se deben a este ilustre boliviano, que lo conoció muy de cerca, que fué su amigo durante varios lustros y era de los huéspedes más asiduos de la Quinta del Camino de Cintura.

(8) Santiago, Imprenta «Victoria», 1887, un volumen en 16.º de 202 páginas.

(9) *Benjamín Vicuña Mackenna*. «Revista de Santiago», 1872, tomo II.

(10) Martín Palma, años más tarde, escribió animadas páginas sobre Vicuña Mackenna: *Los tres Presidentes sin serlo*, folleto, Santiago, 1881.

(11) *Los candidatos en candelero. I Don Benjamín Vicuña Mackenna*. Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1875; 53 páginas, en 16.º. Arteaga Alemparte se refiere en forma extensa a Vicuña en su *Historia del año 75*, publicada en Santiago en 1876.

(12) Santiago, 1876, 8.º, 56 páginas.

Don Bartolomé Mitre, sin duda su mayor amigo argentino, le consagró algunos interesantes escritos. Su artículo sobre *La Patagonia*, publicado en "El Mercurio" el 8 de Abril de 1880, tiene interés desde el punto de vista internacional.

Entre los ensayistas que han estudiado aspectos parciales de su obra, vale anotar al profesor Gustavo Labatut Gлена, autor de una memoria sobre el *Juicio de imprenta seguido a don Benjamín Vicuña Mackenna con motivo de la publicación del "Ostracismo del General O'Higgins"* (13). Labatut analiza allí, con acucioso espíritu, todo ese episodio de la vida del maestro en que su heroísmo cívico, en lucha con el *familismo colonial*, adquiriera tan grande realce. Se proponía escribir una obra larga y completa sobre su vida y es lástima que aún no haya tenido el sosiego indispensable para llevarla a cabo.

Sobre el mismo tema existe un trabajo de M. G. Carmona, intitulado *Vicuña Mackenna ante el Jurado de Valparaíso*, impreso en Valparaíso en 1861 (14).

En 1876, a raíz de la criminal intervención electoral del gobierno de Errázuriz Zañartu en contra del Candidato de los Pueblos, don Félix Garmendia, que fué destacado vicuñista, publicó un estudio pleno de interés y de datos históricos, con el título de *Las elecciones infames*. Es una obra de aliento, editada en la Imprenta de "El Independiente" (15).

Existen numerosos ensayos críticos sobre sus obras históricas, algunos de los cuales tienen verdadero interés.

Entre los ensayistas e investigadores extranjeros que han estudiado la obra del maestro hay que anotar al famoso profesor alemán, Dr. Gerhard Wunder, cuyo ensayo es medular. En *Ibero-Amerikanisches Archiv* (1936), ha realizado una sólida contribución al análisis del genio de Vicuña (16).

El doctor Armand Yon escribió un trabajo en que exami-

(13) Santiago, Imp. Universo, 1921. Un folleto en 4.º, de 74 páginas.

(14) Imprenta y Librería del Mercurio, de Santos Tornero. Un folleto en 4.º de 24 páginas a dos columnas.

(15) Un volumen en 16.º de 102 páginas.

Un enemigo del prócer, Clodomiro Mujica Valenzuela, dió a la estampa un folleto extenso y ramplón que sólo puede recordarse como dato bibliográfico, titúlase *B. Vicuña Mackenna*.

(16) *Don Benjamín Vicuña Mackenna* (*Ibero-Amerikanisches Archiv*. —Berlín, 1936).

na especialmente su Diario de Viajes, algunas de cuyas páginas traduce, bajo el título de *Un touriste du Chili au Canada en 1853. Don Benjamín Vicuña Mackenna*. Se publicó en "Le Canada Francais" (17).

En Cuba, Emilio S. Santovenia ha publicado un estudio bajo el título de *Misión de Vicuña Mackenna* (18), acompañando las páginas pertinentes del libro sobre la labor que realizara en Estados Unidos como agente confidencial de Chile; examina en él la empresa libertadora del prócer en su país. La reimpresión de esas páginas, hecha con el nombre significativo de *La Independencia de Cúba y Puerto Rico*, abarca buen espacio de la "Revista Cubana" (19).

Podrían añadirse muchas otras fichas contemporáneas; pero dejamos su examen a los investigadores vicuñistas que se han especializado en el estudio de su bibliografía.

Vamos a referirnos, de paso, a otros ensayos críticos del pasado; señalando, en primer lugar, los que le consagró don Crecente Errázuriz, que tienen mérito especial, porque el ilustre historiador, sin haber sido su partidario político por razones de orden religioso, fué un vicuñista entusiasta, empero. Dos estudios han sido señalados por Donoso: *Los Lisperguer y la Quintrala*, inserto en "El Estandarte Católico" el 24 de Marzo de 1877, y *La publicación del Padre Rosales*, que lo fué en el número correspondiente al 17 de Abril. Es también de gran valía histórica el editorial que en el mismo diario le consagró en Junio de 1876, a raíz de las elecciones presidenciales.

Zorobabel Rodríguez, que fué gran periodista, y ese otro maestro de nuestras letras que se llamó Augusto Orrego Luco consagraron estudios críticos a Vicuña. Rodríguez escribió sobre *Francisco Moyén* (20), sobre la *Edad del Oro en Chile* (21), acerca de *Un nuevo libro del señor Vicuña Mackenna* ("Ensayo histórico sobre el clima de Chile") (22) y

(17) Vol. XXV, N.º 6; Quebec, février, 1938.

(18) «Revista Cubana», vol. III, N.º 7; Julio de 1935.

(19) Id. Números 7 y 8-9 (Julio y Agosto-Septiembre de 1935).

(20) «La Estrella de Chile», tomo I.

(21) «El Mercurio», 28 de Febrero de 1882.

(22) «El Independiente», Septiembre 27 de 1877.

mantuvo polémica con él sobre librecambismo (23). Orrego Luco ha escrito en la "Revista Chilena" dos estudios extensos acerca de *Cambiaso* y *El 20 de Abril*.

Debe mencionarse entre los críticos al insigne Lastarria, que fué el primero en señalar su ubicación nacional, como queda referido. Lastarria escribió una carta a propósito de "El Libro de la Plata", que se publicó el 25 de Enero de 1883, en "El Mercurio" (*El desierto de Atacama y su progreso*).

Don Julio Bañados Espinoza es autor de un ensayo crítico: *Ligeras consideraciones sobre las cualidades literarias del Sr. B. Vicuña Mackenna*, que vió la luz en el tomo XXIII de la "Revista Chilena".

Rómulo Mandiola escribió en "El Estandarte Católico" largos estudios acerca de varios libros de Vicuña, siendo harto extenso el dedicado a *Cambiaso* (Diciembre de 1877 y Enero de 1878). Acaso con todos ellos se pudiera componer un volumen, que de quien los inspiró puede decirse que su labor constituía de por sí un llamado a la fecundidad.

Silva Vildósola, que en materia de periodismo ocupa en nuestras letras contemporáneas un sitio de primer orden, le ha dedicado muchas páginas, algunas de las cuales fueron recogidas en su libro *Retratos* y en el Prólogo de *Páginas Olvidadas*.

Don Paulino Alfonso es autor de un hermoso ensayo y dejó una biografía inédita, acaso inconclusa (24).

Otro periodista notable, don Roberto Hernández, que cuenta entre los mejores historiógrafos de hoy y es gran vicuñista, le ha consagrado muchos artículos interesantes. Es de esperar que pronto dé cima a un libro sobre el maestro de que se nos ha dado noticia.

Larga tarea, que a otras manos dejamos, sería la de hacer

(23) Véase *Terra Ignota*, de Vicuña Mackenna, edición publicada por la Municipalidad de Valparaíso con ocasión del Centenario del prócer; la dirigió el distinguido historiador vicuñista don Roberto Hernández.

(24) *Mitre y Vicuña Mackenna*. «Revista Chilena», Julio y Agosto de 1923.

un examen relativamente completo de los estudios críticos y biográficos de orden vicuñista (25).

Vamos a pasar al estudio de las bibliografías.

El primer bibliógrafo de conjunto de Vicuña es don Ramón Briseño, quien, después de haber anotado su producción entre 1849, año en que publicó *El Sitio de Chillán* en "La Tribuna", hasta 1876, en que termina la *Estadística Bibliográfica de la Literatura Chilena*, escribió un folleto sobre la producción global de Vicuña: *Catálogo, por el orden alfabético de sus títulos, de las publicaciones que por la prensa hizo don Benjamín Vicuña Mackenna, desde que comenzó su fecunda carrera de escritor público hasta que falleció* (26). Briseño, y es dato que se contiene en la primera edición de su bibliografía, dice que Vicuña publicó, en treinta y seis años de vida literaria, ciento sesenta volúmenes, con un total de cuarenta y tres mil cuatrocientas dos páginas, sin contar los artículos esparcidos en revistas y en la prensa chilena y extranjera.

Con anterioridad a Briseño, cuando se pensó hacer en París una edición de las obras completas del maestro, P. Moli-

(25) No todas fueron rosas, ni la justicia anduvo siempre por sus cabales; que mejor pudiera decirse que su camino corrió a menudo entre espinas y pedruscos, siendo numerosos los ataques con que hubo de enfrentarse a lo largo de su apostolado.

Entre los escritos con más veneno figuran en primer término los de ese famoso pícaro, no escaso de ingenio y con goce de una pluma harto elegante, que fué don Antonio José de Irisarri. Irritado este hombre que amó la polémica y la lucha, que colaboró con libertadores y con tiranos, que hizo bienes y males a destajo, por lo que de él dijera Vicuña en su *Portales*, las emprendió contra su autor en una serie de folletos muy curiosos.

Titúlense: *El charlatanismo de Vicuña, o crítica del disparatario titulado: El ostracismo del general don Bernardo O'Higgins*; su autor B. Vicuña Mackenna. Leipsique, publicado en casa de Ernesto Schultzenberg, Plaza Vieja, N.º 266, 1863, 8.º, 37 págs.

Carta de don Antonio José de Irisarri a su hijo don Hermógenes sobre la Introducción de la historia de los diez años de la administración Montt. Sin pie de imprenta.

Carta de don Antonio José de Irisarri a su hijo don Hermógenes sobre las tonterías que han hecho publicar en «El Ferrocarril» de Santiago de Chile Vicuña, Concha, Grez y Valdés Carrera. 4.º, 32, págs. Sin pie de imprenta.

Los pies de imprenta son falsos, pues todas esas piezas fueron impresas clandestinamente en los últimos años de la vida de Irisarri.

(26) Santiago, 1886, 29 páginas en 4.º

Con anterioridad, en los *Anales de la Universidad de Chile* (1886, tomo LXX, 2.ª sección), Briseño había publicado el mismo catálogo, con separata que lleva este título: *Bibliografía Chilena por un solo chileno*. Posteriormente tuvo muchas otras ediciones.

né, agente de la librería francesa de Abel Pilón y Cía., publicó una bibliografía que abarca su producción hasta 1876, bajo el título de *Obras Completas de don Benjamín Vicuña Mackenna*. De ellas nos ocuparemos en otra parte de esta obra.

En 1879 apareció un catálogo que se atribuye al propio Vicuña y fué impreso en el Centro Editorial de Rafael Jover, en folleto en 4.º, de 15 páginas, bajo el título de *Bibliografía Completa de las Obras de don Benjamín Vicuña Mackenna*. Es incompleta, con todo, como ha ocurrido sin excepción con las bibliografías publicadas hasta hoy.

Otro de los bibliógrafos y vicuñistas más destacados es don Carlos T. Vicuña M., autor de una *Bibliografía Parlamentaria de Vicuña Mackenna*, que se insertó en el primer tomo del Homenaje de los *Anales*, y de la cual dice Feliú Cruz que es un modelo y está confeccionada "con sabio método", de acuerdo con la clasificación decimal. El mismo erudito ha escrito las bibliografías correspondientes a "El Nuevo Ferrocarril", "El Mercurio" de Valparaíso (trabajada de acuerdo con las indicaciones de don Hermógenes Pérez de Arce), "Revista de Buenos Aires", "Revista del Plata" y "La Lectura".

Como bibliógrafo de conjunto cabe mencionar en seguida a don Ricardo Donoso, quien compuso, en su libro ya citado, una *Bibliografía General*, una *Bibliografía Vicuñista*, que es la primera en su género publicada hasta la fecha, y las siguientes bibliografías parciales: "Nómina de los editoriales publicados por Vicuña Mackenna en "El Mercurio" durante la época en que lo redactó, 1863-1864; Nómina de las correspondencias dirigidas por Vicuña Mackenna a *El Mercurio* con indicación de su título, lugar y fecha de procedencia y fecha de su publicación, 1870-1871; Colaboración en *El Ferrocarril*, 1878-1879; Artículos publicados en *El Nuevo Ferrocarril*, 1879-1881; Colaboración en *El Veintiuno de Mayo* de Iquique, 1882; Colaboración en *El Mercurio* 1880-1885".

Posteriormente, Guillermo Feliú Cruz elaboró una bibliografía para su libro *Las Obras de Vicuña Mackenna*. La parte bibliográfica, como ya dijimos, adolece de algunos errores y omisiones, y tiene una edición anterior, con separata, compuesta para el *Homenaje* con que la Biblioteca Nacional con-

tribuyó a la conmemoración del Centenario (27). Con todo, el trabajo de Feliú es en su género el más completo que se haya impreso en años anteriores, pues está acompañado de valiosas indicaciones para estudios parciales y de conjunto.

El vicuñista Alejandro Benelli Bolívar ha escrito, una bibliografía, producto de largos años de estudios y de vinculación, que significa un aporte fundamental en la materia.

Y nosotros mismos hemos puesto nuestro grano de arena, estudiando la bibliografía de Vicuña en la Universidad de Chile (28).

(27) *Ensayo de una bibliografía de las obras de D. Benjamín Vicuña Mackenna, 1850-1931*.—Santiago de Chile, Imprenta «La Tracción», 1932. Un vol. de 102 páginas.

Biblioteca Nacional. Homenaje a D. Benjamín Vicuña Mackenna en el Centenario de su Nacimiento, 1831-25 de Agosto-1931.—Santiago, Imprenta «La Tracción», 1932. Un vol. de 241 páginas.

(28) *Vicuña Mackenna en la Universidad de Chile* (Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1934; y *Anales*, Tercer Trimestre de 1934).

V

INFLUENCIA DE VICUÑA MACKENNA SUS DISCIPULOS

La influencia considerable que ha tenido Vicuña Mackenna en la literatura continental, singularmente en el orden historiográfico, no ha sido estudiada todavía. Es un campo virgen para los críticos, y resultaría curiosa la constatación de ese vacío, de no saber que ha habido carencia de críticos bien informados en Chile y que los existentes—un Armando Donoso vg.—vieron su interés solicitado por temas anteriores, pues la literatura americana del siglo XIX, aún en sus primitivos personeros y maestros, es también, bajo muchos aspectos, campo virgen que espera la mano de los buenos trabajadores.

Debe tenerse en vista otra razón, cuya evidencia no puede ocultarse a los observadores menos atentos: el aislamiento en que han permanecido y permanecen aún casi todos los países americanos, a punto de constituir verdaderas islas de cultura en el panorama general. ¿Qué se sabe en Chile, por ejemplo, de la literatura brasilera? Apenas algunos nombres; apenas si se conoce el clásico ensayo de Nabuco sobre Balmaceda y alguna otra producción traducida a nuestra lengua. Y en Brasil ocurre otro tanto respecto de los chilenos. Algo más conocemos a los norteamericanos, a los peruanos y a los argentinos y un poco éstos a nosotros. Es casi excepcional el conocimiento y el interés que se advierten desde hace algunos años en Estados Unidos por las letras de la América Latina.

Y es de creer que ese ejemplo, ayudado por las corrientes de intercambio cultural que comienzan a manifestarse, sea poderoso estímulo para que emprendamos con fe y acaso con paciencia la tarea de conocernos. Vale decir que estamos en la necesidad urgente de *descubrirnos*, tarea que nos procurará la sorpresa de saber que poseemos valores intelectuales de gran calidad en cada país, cuya suma constituye una cultura americana que hemos subestimado torpemente, y es sólo culpa de nuestra mutua ignorancia.

Vicuña Mackenna es una excepción a esa regla de mutuo desconocimiento, o lo fué en su época, porque entonces, para vergüenza general, si bien los medios de comunicación eran infinitamente más difíciles, las Repúblicas del Sur, animadas aún del soplo potente que venía de los días de la Independencia, se conocían mejor y se estimaban más, al menos en el terreno intelectual.

Vicuña gozó en la última etapa de su vida, a partir de su campaña presidencial, un prestigio americano que en los años finales alcanzó hasta la gloria, al decir del profesor Galdames. Sus libros, editados en gran tiraje, eran difundidos por la editorial de Rafael Jover, que tenía sucursales en varias capitales sudamericanas. Y sus artículos de prensa eran reproducidos por los principales diarios de la América española; a lo que puede agregarse su colaboración directa en algunas revistas extranjeras.

Tan conocidas eran la obra y la personalidad de Vicuña Mackenna en la época de su muerte, que Bartolomé Mitre señalaba su desaparición como un duelo americano con repercusión nacional en Argentina. En el Perú y en Bolivia se le conocía más aún y sólo la cercanía de la guerra que acababa de terminar, impidió que se le hiciera justicia oportuna; singularmente en Lima, donde el prócer vivió y a cuyo pasado se hayan consagradas muchas de sus páginas vitales.

Para valorar esa indiscutible radiación americana, cabe recordar, según Darío refiere en su carta a la viuda de Vicuña, ya citada, cómo, al conocerse la noticia de su fallecimiento, varios de los más connotados personajes de Nicaragua fueron a dar el pésame al general Juan José Cañas, que había sido amigo personal del prócer, y de la comisión, que presidiera el

general Carlos F. Avilés, fué portavoz el propio poeta (1). Este episodio de la vida de Rubén Darío es el mejor barómetro para apreciar el hecho que dilucidamos.

Por otra parte, bastará echar una ojeada a la prensa chilena y sudamericana del primer semestre de 1886 para justipreciar nuestro acerto.

Ahora bien, ¿cuál fué la influencia literaria de Vicuña en las letras del Sur y qué medida tuvo? El asunto puede ser materia de larga investigación crítica. Pero, desde luego, párecenos que esa influencia no es extraña, por ejemplo y entre otros escritores, a la obra misma del insigne Ricardo Palma, que fué su amigo y admirador. En Argentina, hay que anotar el hecho de que el ilustre Mitre estudió a San Martín con posterioridad a Vicuña y su libro sobre el Libertador sigue las aguas del maestro chileno, afirmando en sus líneas generales la ubicación histórica que éste le había dado. Mitre fué amigo íntimo de Vicuña Mackenna y cultivó con él larga correspondencia. Esa influencia en hombres que no fueron sus discípulos y sí amigos y admiradores sincerísimos, no podría ocultarse a ningún observador atento.

Un estudio prolijo del movimiento intelectual americano del siglo pasado ha de procurar mejores elementos de juicio.

La influencia ejercida en Chile y entre los chilenos, fué enorme, como es natural, y de ella se dá buena cuenta en la profusa literatura vicuñista que hemos venido utilizando.

Afirmarla con nuevas citas, en cualquiera de los campos en que actuó, sería redundancia. Nos limitaremos, a señalarla en la vida parlamentaria, dentro del terreno político, y a pasar en rápida revista a sus discípulos en el campo literario, no sin antes haber fijado un poco su radiación dentro de nuestros historiadores.

En el parlamento, donde actuó cerca de veinte años, desde 1864 a 1885, habiendo estado ausente en un solo período, hubo de ejercer grande influjo, que en el Senado, a partir de 1876, llegó a ser avasallador, pues su labor de los tiempos de la

(1) Dice Darío: «Yo tuve la inmerecida honra de exponer al señor Cañas, en nombre de los visitantes, el objeto de aquella espontánea manifestación, y él contestó con sentidas palabras que fueron reproducidas en *El Mercurio* del 7 de Abril del año corriente». («El Mercurio» de Valparaíso, Julio 22 de 1886).

guerra, como se expresa en el histórico editorial de "El Mercurio" de 25 de Agosto de 1931, le dió "las proporciones de un conductor de pueblos".

Vicuña Mackenna aportó a la vida parlamentaria chilena un factor nuevo; el *humour*; y esa característica de su oratoria, que le venía sin duda de la influencia irlandesa de su sangre, modificó en cierto modo el estilo parlamentario de su tiempo, que fué la época clásica de la oratoria chilena. Antes, los oradores del Congreso se mostraban ampulosos, fríos, académicos en exceso; la sonrisa estaba desterrada del hemisclero de sesiones, la risa franca hubiera provocado escándalo. Vicuña les enseñó a sonreír a la manera británica, y acabó haciéndoles reír abiertamente con sus salidas criollas. Hay a menudo en sus discursos notas y arranques humorísticos y la ironía aparece a flor de labios en las circunstancias más inesperadas. Aca-so quería educar con la burla, una suerte de burla fina y siempre amable, que nunca llegó a la agresión ni al sarcasmo. Una anécdota mostrará mejor la constatación de esa nota del buen humor y la reacción que provocaba en los hombres graves, terriblemente protocolares y a menudo de alcances harto limitados, que componían la primera plana del parlamento chileno antes de su apogeo en el siglo pasado. Pero vamos al caso: el Diputado Matta, en cierta oportunidad, hizo una interrupción amarga, a propósito de sus salidas, calificándolo de aficionado a las farsas. Vicuña, sin perder su habitual bonomía y aludiendo a las aficiones clásicas y rebuscadas de Matta, le replicó con esta frase característica, en medio de la risa general de la Cámara: "Yo soy un héroe de los de aquí, de los de *mote de maíz*". En esas palabras de un sentido humorístico admirable, se advierte un aspecto de su enorme chilenidad, de esa chilenidad que le hacía clavar los pies en la tierra de su patria, y es precisamente este factor uno de los motores más eficaces de su influencia.

El humor constituía sólo un aspecto de su oratoria. En el fondo de ésta actuaba un conocimiento hondo de su tierra y de todas las tierras de América, que se traducía en elocuencia rica y generosa. Su oratoria poseía una vasta gama de recursos, que iban de lo épico a lo tierno, del grito de imprecación airada, del dramático gesto que sobrecogía a los auditores

en el punto culminante de una interpelación, a la nota sentimental y delicada que descubría las fibras de su alma plena de generosidad, o al rasgo genuinamente romántico por donde se demostraba hijo de su siglo. Sobre aquellos matices planeó siempre la gracia espiritual de su *humour*.

Hemos dicho que en tal sentido influyó en el tono de las polémicas parlamentarias y en muchos de los mejores oradores de su tiempo. En el más famoso y celebrado de ellos, en el insigne Isidoro Errázuriz, político y artista, historiógrafo y buceador de realidades, pueden encontrarse algunos de esos rasgos y de ese tono. Y el propio Lastarria, que fuera maestro suyo en las humanidades, tenía salidas espirituales y de buen humor que se hacen más frecuentes cuando la influencia de Vicuña alcanza cierta extensión. Algo de lo mismo podría repetirse de Arteaga Alemparte.

En el terreno de la literatura histórica la influencia vicuñista es indiscutible.

En el modo de hacer historia, en los temas, en la manera de contemplar determinados acontecimientos. Sólo que Vicuña supo colocarse por encima de las pasiones y de los partidismos, para hacer historia como nadie la había escrito antes en América. Sus contemporáneos enfocaban la Revolución desde dos ángulos—o'higginistas y carrerinos—mirándose unos a otros con reservas mentales y hostilidad (2). Barros Arana, vg., era apasionado de O'Higgins. Pero nuestro prócer, situándose en lo alto de la montaña, miró los hombres y los acontecimientos con mirada profundamente nacional. En su pluma todo mérito tenía elogio y toda culpa castigo, y su pensamiento era como un centro de suprema reconciliación.

En cuanto a los temas, fué Vicuña el que llevó a la histo-

(2) Tales eran las pasiones de la época que, corridos más de cincuenta años en el primer cuarto del siglo XX, Armando Donoso, que preparaba sus entrevistas a octogenarios que ya pasaron la puerta oscura, se encontró un día con cierta anciana próxima a la centuria. Recibiólo la dama en un viejo salón con olor de otro tiempo, acurrucada en un sofá como un terrón; y cuando el escritor le habló de O'Higgins, revolvióse ella y poniéndose en pie, con los ojos llameantes, halló en su voz cascada acentos de fulguración: —«¡El guacho, dirá usted!» exclamó.... El odio la había hecho rejuvenecer muchos lustros durante ese breve segundo....

Cuenta Donoso que en ese instante vió levantarse ante él todas las pasiones de los días de la Independencia, cual si el tiempo no hubiese corrido....

riografía nacional, entre otros senderos no hollados aún, por el camino de la tradición y de la crónica íntima.

Hablando de la influencia ejercida por el maestro sobre historiadores tan distinguidos como Barros Arana y Sotomayor Valdés, Encina escribe: "Era un fenómeno inevitable. Había entre Vicuña Mackenna y los últimos escritores demasiada desnivelación intelectual para que la sugestión no se produjera, aún contra sus voluntades" (3). La frase es algo dura, pero sirve, en todo caso, para enfocar el fenómeno de su influencia desde el punto de vista de un examinador tan severo como el aludido.

Donde más palpable se nota la influencia vicuñana es en los discípulos; en todos ellos, en los grandes, en los pequeños, y aún en esos colaboradores íntimos que se veían contagiados por su laboriosidad prodigiosa, y sin tener idea de letras, se hacían cronistas y hasta escritores por el solo milagro de su ejemplo. Tal aconteció a algunos de sus secretarios, y hasta al propio administrador de Colmo, que anotaba día a día las impresiones de la existencia diaria del grande hombre, con las cuales compuso un libro lleno de interés por los datos íntimos que allí se encuentran (4).

Otro de sus secretarios, Mauricio Cristi, redactó el Catálogo de la Biblioteca y del Archivo de Vicuña Mackenna (5) y al correr de una pluma que no carecía de amenidad, tocóle recoger anécdotas y recuerdos de su jefe (6).

Los escritores menores, los cronistas y los hombres de prensa que procuraban imitarle, fueron infinitos.

El vicuñista don Pedro Pablo Figueroa, de cuyas obras acerca del maestro ya hemos hablado, seguía paso a paso sus huellas literarias, imitándole hasta en la clásica manera de subdividir los capítulos en párrafos cortados con numeración romana; manera, cabe decir, que influyó en numerosos escritores de primer rango.

Se le imitaba o tratábase de imitarlo en el estilo, que era

(3) F. A. Encina: *Mi juicio sobre Vicuña Mackenna*, ya citado.

(4) Ismael Moyano: *Historia de Santa Rosa de Colmo*, ya citado.

(5) *Catálogo de la Biblioteca y Manuscritos de don Benjamín Vicuña Mackenna*.—Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1886.

(6) *Dos historiadores chilenos en la mesa. Vicuña Mackenna y Barros Arana*. («El Ferrocarril», Julio 23 de 1882).

tan suyo como para no poder ser copiado por nadie. En los temas, según hemos dicho. En la manera de anotar. En el amor a la anécdota. En las predilecciones históricas o literarias. En los gustos. En la manera de hablar en público, esto es, en su oratoria y en sus arranques tribunicios. Y no puede olvidarse que sus aficiones democráticas y su caluroso afecto por los *rotos*—por los *píulos*, como él los bautizara en los días de la guerra—determinó una corriente de aproximación al pueblo que ha contribuido por mucho a la evolución democrática de Chile.

Antes de poner término a este capítulo, que es sólo una invitación a los estudiosos, vamos a ocuparnos brevemente de su principal discípulo, del más ilustre sin discusión, del chileno que ha prestigiado más el nombre de Chile en el mundo científico universal durante el último medio siglo: don José Toribio Medina.

Medina, en el comienzo de su juventud consagrada por entero al trabajo, como habría de ocurrir con toda su vida ejemplarísima, se acercó a Vicuña Mackenna.

En 1875 había iniciado sus actividades literarias y eruditas y en 1876 presentó a la Universidad de Chile la primera de sus obras importantes: *Estudios sobre la literatura chilena del Coloniaje*. Vicuña, miembro de la Facultad de Humanidades, fué designado, en compañía de don Gregorio Víctor Amunátegui, para juzgar el mérito de esa obra, y el maestro elevó su informe en Octubre de aquel año (7), al que adhirió más tarde el señor Amunátegui (8).

En el comienzo de aquel informe, que cuenta entre los documentos más notables en su género que haya producido nuestra Universidad, Vicuña apunta las razones que lo impulsan a estimular los trabajos de la juventud estudiosa. Escribe: "En una época de transición social, política y especialmente literaria, como la que atraviesa desde algunos años atrás nuestra

(7) El informe de Vicuña Mackenna fué publicado en los *Anales* de la Universidad y reproducido en la prensa bajo el título de *Los cuatro poemas épicos de Chile*. En 1933, a insinuación nuestra, fué insertado de nuevo en los *Anales* (Año XCI, Tercer Trimestre de 1933, N.º 11 de la 3.ª Serie).

(8) Dice Amunátegui en su informe: «Después del extenso y luminoso informe de mi colega don Benjamín Vicuña Mackenna, considero excusado entrar por mi parte en un prolijo análisis de una composición que revela en su autor grande erudición y una sana crítica».

patria, amortiguado el entusiasmo natural de la juventud por aquellas obras y quehaceres que sacan toda su luz y todo su estímulo de la gloria, y desencaminada su buena y generosa índole de toda ocupación o carrera que no arranque de cerca o de lejos de algún aprovechamiento de dinero, único que no sólo se busca por todos más o menos (y lo que es más peculiar y doloroso, único que se enseña a buscar), se necesitaría una rigidez más que severa para no alentar, siquiera con la indulgencia, empresas que no producen sino sinsabores y pobreza. Sabido en demasía es que en Chile los moldes de las imprentas, costosos de por sí, sólo rinden utilidad al que los emplea en papeles de comercio o devoción, o cuando más en textos manuales, cuya venta gradual asegura la enseñanza forzosa de los niños en los colegios públicos. Por manera que cuando se nota un movimiento de observación, de constancia, de desinterés, de amor al renombre, junto con notables y naturales dotes de estilo y exposición, de método y a la vez de brillo, experimentase como un involuntario regocijo al aplaudir”.

Y refiriéndose al mérito de la obra del joven Medina, el examinador afirmaba: “¿cómo ha cumplido el autor de que nos ocupamos su harto difícil y aún atrevida tentativa? A nuestro juicio, señor Decano, con un raro acierto y un impulso feliz y sostenido, que promete a nuestra literatura un cooperador de no escaso merecimiento para lo venidero”. Y más adelante: “nos complacemos en reconocer que el escritor chileno ha tratado la exposición y desarrollo, el argumento y el mérito intrínseco y literario de cada uno de aquellos poemas (los cuatro poemas épicos de Chile) con un talento indiscutible y con un estudio y madurez igual a la manifestación fácil y brillante de su ingenio. No excusa ningún detalle, porque no se ha evitado la fatiga de ninguna investigación. Razona con abundancia, porque ha estudiado sin pereza. Retrata y comprueba hechos dudosos y pocos esclarecidos, afirma y rectifica nombres y fechas, dá dictámenes sobre accesorios o juzga a fondo sobre los caracteres y las situaciones, porque el autor, para escribir sobre la poesía del coloniaje, ha compren-

dido con laudable sagacidad (no imitada por todos y en especial por la gente novel y presuntuosa de nuestra milicia literaria), que para escribir sobre los versos de épocas ya remotas, es preciso, a fin de acertar, escudriñar a fondo su historia, su sociabilidad, sus corrientes dominantes y hasta la crónica casera y la vida íntima, así de los cantores como de sus héroes supuestos o verdaderos”. “El autor que analizamos ha tenido, a nuestro juicio, un mérito más que debemos tomar en cuenta. Ha sido consultivo y humilde, gran dote de toda inteligencia que comienza a remontar el vuelo...”.

Desde aquel momento Medina se convirtió en discípulo de Vicuña y fué a lo largo de su dilatada existencia uno de sus panegiristas más entusiastas. Durante los diez años que siguieron hasta la muerte del maestro, el futuro polígrafo lo trató con frecuencia, fué su huésped en la Quinta del Camino de Cintura y en Santa Rosa de Colmo, en donde le acompañó en más de una gira campestre, siendo su ayudante en la excursión que hiciera a la fortaleza incarial del cerro de Mauco, según se lee en el libro *Al Galope*. Y ese afecto y admiración por el hombre que le había armado caballero de una orden sin Quijotes (que la excepción hace la regla y aquí las hay muy escasas), le acompañaron hasta el fin de sus días. En la ocasión más solemne de sus viejos años, cuando la sociedad de Santiago conmemoró las bodas de oro de su vida intelectual, según hemos anotado, el ilustre escritor invocó su memoria con profunda emoción. Parécenos a nosotros verlo en ese día de 1925, ya un poco lejano, en el salón de honor de la casa universitaria, plena de estudiantes entusiastas, de personajes estirados y de todo aquello que compone lo que llaman los gacetilleros el mundo oficial; parécenos verlo de pie en la tribuna, vestido de negro, pequeño de estatura, seco y enérgico el ademán, los ojos brillantes bajo las gafas, y aún escuchamos su voz velada por una noble emoción... “Seguro estoy que viene en el acto a vuestra mente, como a la mía, el nombre del más genial de nuestros escritores, de aquel que como ninguno supo penetrar en el ambiente

del pasado y en el de sus días, el más chileno de todos, puedo afirmar, don Benjamín Vicuña Mackenna"...

El que esto escribe fué amigo de Medina en el atardecer del gran trabajador, y recuerda, entre las memorias más gratas de otro tiempo, las veladas de La Cartuja, en San Francisco de Mostazal, y las charlas bajo los árboles centenarios que su mano campesina cuidaba, y evoca con profunda simpatía el culto que Medina profesaba a Vicuña (9).

Medina debió mucho a Vicuña Mackenna sin duda, y como se lo oímos alguna vez, a su ejemplo de laboriosidad sin tregua ni fatiga, se debió su propia laboriosidad y ese su admirable espíritu de trabajo que le convirtieron en el bibliófilo y en el polígrafo más fecundo que se haya conocido (10).

No sólo ese ejemplo le debió. Muchas de sus directivas intelectuales, y no poco de la producción inmensa con que asombró al mundo, arrancaron sin duda de sus consejos.

(9) Nuestra amistad duró los mismos diez años que abarcara la del maestro y el discípulo. Nos veíamos con frecuencia en la Biblioteca Nacional, en donde trabajé entre 1921 y 1925. Charlábamos en el escritorio de don Ramón Laval, ese hombre bueno y noble como pocos a quien llamábamos familiarmente «don Ramoncito» y fué durante largos lustros sub-director de la Biblioteca; o bien en el rincón que yo ocupaba en compañía de Enrique Aldunate Larraín, en un ángulo del histórico salón del Consulado, donde se reunió el Cabildo abierto de 1810 que hizo de Chile una República y de los chilenos, ciudadanos que tenían una patria. Cuando compuse mi ensayo histórico sobre *Medina y Harisse*, que se publicó por aquel tiempo en la «Revista Chilena de Historia y Geografía», el propio Medina me proporcionó los datos necesarios y juntos leímos las pruebas de imprenta.

Más tarde, con ocasión de mi título de abogado, recibido en 1924 (con distinción especial la memoria de licenciatura que presenté bajo el título de *El Espíritu Constitucional de la Administración O'Higgins*), Medina organizó en mi honor un banquete de grandes proporciones al que concurrieron, a invitación suya, los elementos más destacados del mundo intelectual chileno. Siempre he visto en aquella manifestación, para mí memorable, más que un propósito de noble estímulo, un homenaje que el discípulo ilustre rendía a su maestro a través del nieto....

Marcando contraste con esa manifestación, vamos a referir un episodio de la vida del sabio, que nos ha sido contado por don Emilio Rodríguez Mendoza. Cuando ese distinguido diplomático y hombre de letras era embajador en España, el Duque de Alba organizó un banquete en conjunto de las cuatro academias españolas en honor de Medina, y como prólogo al otorgamiento del Premio Nobel, que debía adjudicársele en breve (1929). Medina, rehuendo toda sollicitación, salió furtivamente de Madrid, y desde París respondió a los ruegos de Rodríguez Mendoza y de Alba con esta frase: «¡Vengan a buscarme!».

Singular caso, único sin duda en la historia moderna, el de este chileno que desdeñó el Premio Nobel....

(10) El discurso de Medina en la velada de la Universidad de Chile a que nos hemos referido, concluyó con estas palabras admirables, aludiendo a su labor de medio siglo: «He trabajado mucho y me he cansado "poco"».

¿Cuál fué la exacta medida de la influencia de Vicuña en su discípulo principal?

¿Cuál su influjo en otros hombres notables de su tiempo, y en los escritores jóvenes que hoy alcanzan magnífica madurez intelectual? (11).

Queda este interesante capítulo abierto a los estudiosos.

(11) Es indiscutible el interés que despierta en las generaciones nuevas de Chile que están haciendo el redescubrimiento de Vicuña Mackenna. Casi todos han escrito sobre él páginas entusiastas: Melfi, Latcham, Latorre, Rojas, Muñoz, Feliú, Sady Zañartu, Lago.... Pablo Neruda, busca sus libros como una fuente pura de chilenidad y Julio Barrenechea saluda su nombre en muchos de esos magníficos discursos en que el político y el escritor se dan la mano.

VI

LA OBRA HISTORIOGRAFICA

Lastarria y Bulnes vieron el grande escritor que había en Vicuña Mackenna, pero no su proyección total. Lastarria, al hablar de lo inmenso de su obra, por ser “la de un escritor nacional que por primera vez aparece entre nosotros”, descubría una parte de su ubicación, la de su chilenidad, pero no la del historiador americano que percibió mejor René-Moreno, como era lógico. Bulnes, en lo netamente literario, llegó a decir que predominaba “sobre sus méritos el de gran escritor”.

Hay en Vicuña las calidades del escritor de genio, del hombre de letras que realiza obra creadora. Desde luego debe notarse la extensión y casi universalización de los temas tratados y del público a que se dirige, que en gran parte de su labor es el de toda América. Y en seguida los elementos meramente intelectuales: el estilo, la imaginación, el humor, el sentido dramático, el don poético.

Puede decirse, tocante al estilo, que era llano y fácil. Pero eso merece observación más atenta, pues nada es más difícil que conseguir la sencillez en literatura. Esa sencillez constituye uno de sus méritos esenciales. “El habla de Vicuña —miembro correspondiente de la Real Academia Española por designación de ésta entidad— llegó a ser la de un clásico hacia el fin de su vida”, al decir de René-Moreno (1). Ello indica

(1) Dice René-Moreno: «No se debe confundir la exuberancia con la riqueza; y nada iguala a la riqueza de su estilo, preñado de intuiciones, evocaciones y remembranzas de toda especie, que de paso prorrumpen en un reguero de luces de mil colores sin ofuscar jamás ni apagar la lámpara cen-

algo más que un mero reconocimiento del culto a las formas elegantes del lenguaje, por cuanto clásico es todo lo que dentro de cualquiera escuela ha alcanzado superioridad reconocida. El mérito esencial de su habla era la llaneza límpida y la riqueza popular en la expresión. Como escribía para el pueblo y la juventud, para las masas americanas, empleaba términos accesibles al común y su estilo respiraba sencillez; de ahí la extensión de su popularidad en el continente, de esa nombradía que al decir de Lastarria llegó finalmente hasta la gloria. Pero la sencillez de habla y de estilo le dan prestancia clásica, en el sentido de que su lenguaje era el del pueblo en su pura riqueza sencilla, y vale observar que el propio Cervantes fué sencillo en el Quijote y empleó el habla popular de su tiempo con sus incorrecciones de entonces que son expresión clásica hoy, como las incorrecciones, chilenismos y americanis-

tral de la unidad. Sus pensamientos alientan y discurren en ambiente tan puro y si decimos tan vibrante, que hasta los más fútiles y falsos alientan al contacto y se incorporan animosos en las ondas que se suceden a las ondas y a las ondas como raudal circulatorio en el organismo del escrito. La gentileza de su habla castellana, que en los últimos años ha tocado, por fin, a un raro primor de vocabulario y de corrección a la moderna, no es gentileza elegante sino desenvuelta, *que coloca a este prosador muy sobre encima de los puristas esmerados, faltos a menudo de calor, de espontaneidad y de brío.*

«Digan lo que quieran los que dicen: yo me contento con ser claro. La desnudez de estos escritores, sino es en su caso un estilo relevante de desnudez, pondrá sus más originales concepciones a merced del primero que las hiciere suyas, imprimiéndoles la vida palpitante del estilo. Según lo acreditan los anales del arte, esa vida consiste en la juventud duradera de las obras. Y decimos que, si a tan precaria suerte queda expuesto el robusto parto lanzado en cueros al campo de las letras, o con indigente vestidura, no debemos olvidar que imitando Solís la magestad de las formas historiográficas latinas, escribió con el pincel elocuente de su estilo la peor conquista de México que se conoce, y la escribió en las páginas de un libro que no envejecerá fácilmente.

«Recordando que no pocos escritores, hoy olvidados, causaron la admiración de sus contemporáneos, nos hemos preguntado con inquietud: ¿hasta qué punto este éxito corresponde al de esa lozanía persistente de los campos elíseos de las letras, lozanía que no agotan los tiempos, o bien al de la gallardía matutina de las rosas, que duran lo que todos sabemos que duran? ¿Quién se atrevería hoy a afirmar lo uno u lo otro? Entre tanto, nada impide reflexionar sobre la hipótesis de que muy bien pudiera suceder que notoriedad tan calificada, es en las obras de Vicuña Mackenna síntoma de larga y duradera vida».

mos del tiempo de Vicuña, importan lo clásico americano de nuestro tiempo (2).

El factor imaginativo es fundamental en Vicuña. Su imaginación creadora, reconocida y elogiada por todos, va determinando en la obra literaria una penetración y una fuerza potente que producen belleza, a la vez que significan aporte medular en la tarea historiográfica que fué su expresión principalísima.

El humor es otro de los factores primordiales, y ya hemos anotado cómo fué Vicuña el primero en llevarlo a la vida parlamentaria. Era un humor que en muchas páginas suyas llega a lo perfecto, y que lo individualiza de modo característico en la literatura histórica española, en la cual es el único que lo maneja con acierto, pudiendo decirse que está como involucrado en su estilo.

Al sentido del humor se mezcla sabiamente en el maestro el don del patetismo, que hubiese hecho de él un formidable dramaturgo, y la ternura que determina una afinación poética de su personalidad de escritor. Factores románticos ambos, que constituyen parte de su modalidad literaria. Esto último ha sido reconocido por algunos críticos que ven en él un poeta potentísimo realizado parcialmente en el historiador.

Todas estas características—salvo el estilo, todavía en formación entonces—se advierten en su primer libro de aliento, en esas *Páginas de mi Diario*, escritas en la primera juventud, que exultan de ímpetu inicial, de visión clara y pura, como de fuente de aguas que no han sido fecundadas todavía por los elementos de la tierra, estimuladores y disociadores a la vez. En esa obra, el arranque lírico, el pensamiento analítico, el don de la síntesis, se alían a la amenidad, a la gracia burlesca y riente, al espíritu de aventura—fué el viaje de su ju-

(2) Recuérdese que Cervantes al escribir el *Quijote* pensó componer una obra para el pueblo, de mero entretenimiento. En cambio puso todo su cuidado, el mayor atildamiento y preciosismo, en obras como *Gulatea* y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que hoy son clásicas por ser suyas, pero están del todo fuera del comercio popular, y no por sobra de méritos o riqueza de sabiduría...

Sólo al escribir para el pueblo conquistó Cervantes las cumbres eternas. Su obra esencialmente popular debía ser la mayor de la literatura hispánica.

Con el lenguaje del pueblo escribió esa Biblia del héroe y del caballero perfectos, es decir, del hombre que todo lo da al ideal.

ventud—, a la nota emotiva y delicada y al buen humor que llega a tener salidas maestras en el género. Todo ello al punto de sentir, cuando se concluye su lectura, que el autor no hubiese dedicado mayor espacio de su obra a libros de tal género.

Pero puede decirse que en donde el literato se encontró a sí mismo fué en la historia. Todas sus cualidades de escritor y de artista, de poeta y de intuitivo (con intuiciones geniales precisamente porque era poeta), hallan su plena realización en el campo historiográfico; ahí cosechó sus mejores laureles y creó las páginas que llevarán su nombre hasta el límite de los tiempos más remotos.

Vicuña aportó a la historia todas las características de su genio y cumplió su programa dentro de un escenario que no tuvo en general otros lindes que los del continente hispanoamericano, ampliándose a todo el panorama de América en ciertos aspectos y direcciones. Se preocupó especialmente de la historia de Chile, pero en etapas en que se hallaba ésta en íntima interdependencia con la historia de las otras naciones americanas, de modo que al estudiar a O'Higgins, a Mackenna y a Carrera, estudiaba a un tiempo a San Martín, a Bolívar y a Sucre. Trátase, pues, en lo más trascendente, de un historiador de América que escribe para todos los americanos, en su tiempo y para todos los tiempos.

Se ha querido erróneamente ubicar a Vicuña en el solo terreno de la biografía. Nada más inexacto. Cultivó el ensayo biográfico, pero como un medio de expresión mas que como una modalidad literaria. En sus libros biográficos—*Vida de O'Higgins*, *Portales*, vg.—el maestro examina y estudia una época a través de sus personeros más característicos; el héroe es el pretexto, aun cuando muy importante; lo esencial es la reconstrucción de un período muerto, la resurrección de una sociedad con todo lo característico que tuvo, es decir, con la expresión de su propia alma extraída de las cenizas del tiempo.

Pero acudamos al propio Vicuña Mackenna para que nos diga cuál fué el proceso de su formación historiográfica, de los móviles y de los estimulantes que lo llevaron al cultivo de la historia. En seguida él mismo habrá de darnos la clave de su método.

“Desde su más temprana edad,—anota Vicuña en la Introducción de la *Historia General de la República de Chile*—el que esto escribe, sintió tan viva inclinación al cultivo de la historia que, arraigada aquélla con el curso de los años y de los estudios, ha venido a hacerse en él su tarea predilecta, la más intensa preocupación de su espíritu.

“A esta afición innata, pero ardiente, a la admiración profunda por los grandes hechos de la revolución, al amor entusiasta por la memoria de sus ínclitos autores, al culto en fin de las ideas que germinaron en el pensamiento de aquellas generaciones dignas de imperecedero recuerdo es a lo que obedecemos al emprender la presente obra.

“Explicar sucintamente el encadenamiento de los móviles que nos han inducido a este trabajo es por consiguiente poner en claro su objeto, su alcance y los recursos de que somos dueños para llevarlo a su cumplido término.

“Esto es lo que vamos a emprender en este breve prefacio.

“Nacido cuando comenzaban a morir unos en pos de otros los grandes soldados y los más ilustres pensadores de la revolución, fué el culto de mi niñez acercarme a esos seres venerables e interrogar su memoria sobre los acontecimientos de que fueron testigos o actores; y como tuviera la advertencia de poner por escrito sus relatos a medida que los escuchaba, he hecho en el curso de cerca de veinte años un abundante acopio de esta prueba oral, pero respetabilísima, de nuestro pasado.

“De los hombres era natural que pasara a los libros y de éstos a los documentos inéditos. Consagré así algunos años de mi juventud al estudio de las publicaciones nacionales existentes en la biblioteca pública de Santiago y al examen de los archivos de gobierno, logrando de esta suerte adelantar considerablemente el propósito que acariciaba entonces como un sueño de oro, de escribir algún día la historia de la revolución de mi patria. Algunos millares de páginas en las que estampé mis notas y extractos, fueron el fruto de este trabajo, ingrato en aquella época, pero que en el día sirve de poderoso auxiliar a mi empresa desde tan largo tiempo preparada.

“A ese mismo anhelo por el estudio de los hombres y de las cosas de mi país debí la adquisición que hice gradual-

mente, tanto en Chile como en el extranjero, de una biblioteca americana de más de tres mil volúmenes, y la que nos ha cabido la suerte de ver hoy distribuída, gracias a la ilustración de los gobiernos respectivos, y casi por iguales partes, en las bibliotecas públicas de Lima, Buenos Aires y Santiago.

“Pero más que todo esto vino a enriquecer el ya no despreciable archivo de mis materiales para la historia, la adquisición gradual que he hecho, favorecido por la amistad y la fortuna, de los papeles privados de algunos de los hombres más caracterizados de la Revolución.

“Figuran entre éstos, en primera línea, los que heredé de mi abuelo el General Mackenna, único patrimonio que dejara a sus hijos y que salvara del olvido, después de su trágica muerte en Buenos Aires, su primo y compañero de destierro entonces, don Antonio José de Irisarri.

“Durante mi residencia en Mendoza en 1855, cúpome la buena estrella, rara en aquellos días, de que se nos permitiera copiar los documentos del archivo de gobierno, y de esta suerte fuí dueño de los papeles más interesantes del General San Martín. Completólos después con suma bondad su digno hijo político don Mariano Balcarce, ministro plenipotenciario de la República Argentina en Francia, enviándonos de París a Lima, en 1860, copia certificada de todo lo que existía de notable, sin excusar lo secreto, en el precioso archivo de aquel gran americano. Este tesoro histórico era tanto más valioso cuanto que San Martín fué siempre poco afecto a conservar papeles, y por haber sucedido respecto de los de Mendoza, que una gran parte desapareció en el gran terremoto de 1861.

“Hube de adquirir después los papeles de los Carreras y los del General O’Higgins, mediante la generosa amistad de sus deudos, reuniendo así las tradiciones más opuestas de la Revolución, junto con las pruebas hasta ahora desconocidas; y en tan copioso número, en uno y otro caso, que me ha sido preciso formar cerca de cien gruesos volúmenes en folio para contener aquéllas.

“Ricos ya con la posesión de tantos y preciosos elementos de comprobación y de trabajo, era natural que nos creyésemos en aptitud de emprender la formación de la Historia Nacional, realizando así la aspiración más antigua y más ardien-

te de mis primeros años. Pero dos razones poderosas lo habían estorbado hasta aquí. Era la primera los azares de mi vida política que durante diez años apenas dieron tregua a mi reposo, y lo último la consideración desinteresada y sincera de que ya aquella empresa había sido acometida por inteligencias superiores.

“Me he limitado, por consiguiente, a echar a la prensa, de tiempo en tiempo, la relación de algunos de los episodios más notables de la era revolucionaria, mientras que otros ingenios más favorecidos daban sólido cuerpo y nobles formas a la historia general de la República.

“Mas, como conservase inédita e inexplorada, y por lo tanto estéril para las letras y la historia patria, la gran masa de mis notas, extractos, recuerdos orales y documentos privados, era preciso que de alguna manera y en algún día, antes que el egoísmo o el cansancio se adueñasen de mi espíritu, las utilizase en bien de mi país”.

En esa misma introducción, que constituye un documento fundamental para el estudio de su obra, el maestro dice: “La historia se ha escrito entre nosotros hasta hoy día, en verdad, como se escribe la historia de todos los otros países o de las nacionalidades modernas que pueblan el globo: la misma forma, la misma síntesis, las mismas apreciaciones generales, la misma obediencia casi servil a las reglas uniformes que han constituido nuestra enseñanza y nuestro inevitable y arraigado espíritu de imitación. Podría por esto leerse en Europa con perfecta inteligencia todos los ensayos redactados con el talento de los escritores del viejo mundo, a más de las galas propias de las imaginaciones privilegiadas de nuestro hemisferio. El desarrollo político de la historia está pues trazado casi siempre con mano irreprochable.

“Pero no sucede así al pasar en revista los caracteres sociales de nuestra existencia de pueblo americano... Lo que propiamente se ha escrito hasta aquí es la historia de los *gobiernos de Chile*, no la de su *sociedad*, menos la de su *pueblo*.

“Hémonos, pues, esforzado en colmar esta laguna, vertiendo en ella todos aquellos accidentes y peculiaridades de nuestro modo de ser como comunidad social, que sin ser ajenos de la elevación y de la dignidad de la historia, se hacen in-

dispensables para comprender el desarrollo de ésta. Poseedores, como ya lo insinuamos, de los papeles íntimos más importantes de la Revolución, hemos sido colocados en una posición que favorecía nuestras miras y de la que otros tal vez se alegraran o por carencia de medios, o por una excesiva reserva, o lo que es acaso más cierto, por ese apego innato a las preocupaciones que nos rodean, en medio de las cuales nos hemos formado y que, por lo tanto, nos cuesta más que ningún otro sacrificio abandonar.

“No hemos vacilado, por consiguiente, en escribir la historia de los *hombres*, puesto que otros han escrito la historia de las *cosas*. Y era ya preciso que se entendiera bajo este concepto la difícil misión del historiador. Hasta aquí sólo se ha tolerado de buen grado el que hubiera en nuestra literatura cronistas áridos o biógrafos indulgentes, preocupaciones lamentables, porque ¿qué otra cosa es la historia sino el trasunto de las acciones humanas en todos sus significados íntimos o exteriores, en su audacia desembarazada como en sus arcanos impenetrables, en su noble y responsable franqueza como en las tímidas excusas de un cobarde egoísmo? Por eso cada capítulo de la historia es la vida del hombre, y la historia misma, puede decirse así, no es sino la vida de la humanidad. Por eso también buscar al hombre, desenterrar sus cenizas sin profanarlas, exhumar su pensamiento y su corazón sin lisonja ni calumnia, estudiarlo en todas sus facetas, excepto la única que hay vedada para el escritor honrado y de conciencia: la del hogar, es trazar la existencia misma de una época con todas sus sombras y sus espacios luminosos y hacer revivir como en un cuadro animado la sociedad, el pueblo y los gobiernos que las generaciones, esas lápidas mudas que se van renovando periódicamente sobre el vasto sepulcro del linaje humano, han ido cubriendo y olvidando. Tal manera de concebir la historia no hace de esta sólo una enseñanza, constituye casi una resurrección.

“Por otra parte, el hombre es siempre el mismo. Las luchas que le trabajan en la plaza pública, no dejan en su ser huellas menos profundas que los cuidados y los afanes de su existencia íntima, y así como una palabra, un gesto, un ademán traiciona muchas veces en el recinto de sus afecciones los

secretos más recónditos de su alma o de su mente, así una palabra, un gesto, un ademán que se haya hecho espectable en el tumulto de una asamblea, en el bullicio de las pobladas o en el estruendo de las batallas, cosas todas tan propias de nuestra organización turbulenta y democrática, ponen a menudo de manifiesto la verdad de acontecimientos que esas piezas escritas que llamamos de buena fe “documentos históricos”, se han encargado muchas veces de disfrazar con falsedad y astucia.

“Adoptando el sistema que acabamos de trazar, encuentran por sí solos legítima cabida, en las páginas severas de la historia, todos aquellos episodios que se han juzgado frívolos o vulgares, todos aquellos rasgos del carácter individual que se reputan ajenos del vasto conjunto de hechos y de acciones que representan una época colectiva, todos aquellos pormenores minuciosos que conservan la memoria fiel de los testigos presenciales, aquellos epígramas palpitantes arrancados de la prensa o la tribuna, el veneno mismo de esos pasquines sigilosos que son, a la manera de esas viles aves de la noche, los precursores de la luz, las anécdotas en fin y hasta los chistes característicos de una época o de una sociedad, y que es la tarea del concienzudo escritor entresacar de la era de los tiempos, como el paciente labriego aparta el grano de la paja vana que arrastra el viento en la cosecha de las mieses”.

Empero, esas declaraciones sólo contienen elementos—de mucha importancia—para buscar su ubicación, pero no la ubicación misma. Vicuña no podía verse en su expresión profunda ni mucho menos en su significado total. Sólo nuestros contemporáneos y en estos tiempos, medio siglo después de su muerte, se hallan en la posibilidad de analizarlo con cierta justeza.

No vamos a realizar nosotros esa tarea, pues nuestro propósito, más modesto, es el de allegar los elementos necesarios a un juicio completo, no logrado todavía.

Desde luego, y con tal finalidad, debemos hacer notar la extensión de su obra historiográfica, que se explica en primer término por la fuerza motora que impulsaba su pluma, vale decir, su pensamiento, en un doble sentido nacional y americano—casi como una visión genial de la línea de nuestro tiem-

po, que es precisamente esa—y en seguida por la cultura enciclopédica del maestro, que fué un humanista en su verdadero sentido, no en el que quisieran darle los pedantes y los pseudos filólogos que andan por ahí doctorados en majadería.

Para precisar dicha extensión, que está precisamente condicionada por su espíritu americano, baste decir que estudió los fenómenos y los hombres del período de la Conquista (Almagro, Valdivia, etc.); los del coloniaje (Lautaro, Francisco Moyén, La Quintrala, etc.); la Revolución de la Independencia en su conjunto y en muchas de sus particularidades (San Martín, O'Higgins, Carrera, Mackenna, la *Revolución del Perú*, el *Tribuno de Caracas*, Sucre o el *Washington del Sur*, la *Guerra a Muerte*, etc.); la República y su devenir en lo nacional (Portales, Montt, los volúmenes de la Guerra del Pacífico, etc.); y en lo americano (*Misión en Estados Unidos*, *Colección de ensayos y documentos relativos a la unión y confederación de los pueblos hispano-americanos*, *Guerra de Chile con España*, también las Historias de la Guerra del Pacífico, en cierto modo; las biografías de Gutiérrez, Unanue, Pardo, etc.). En lo social y económico ahí están la *Historia de Santiago*, la de *Valparaíso*, *Los Médicos de Antaño*, *Tierra Ignota*, *El Libro de la Plata*, *La Edad del Oro en Chile*, etc.

Puede estructurarse una Historia de Chile que abarcaría los siguientes títulos principales: *Diego de Almagro*. Ensayos sobre don *Pedro de Valdivia*, *Lautaro*, *Historia de Santiago*, *Historia de Valparaíso*, *Vida de O'Higgins*, *Vida de Mackenna*, *El Ostracismo de los Carreras*, *La Guerra a Muerte*, *Don Diego Portales*, *El 20 de Abril de 1851*, *Historia de la Administración Montt*, *Diez meses de misión en los Estados Unidos*, *Historia de la Guerra de Chile con España*, *Las dos Esmeraldas*, *Historia de la Campaña de Tarapacá*, *de Tacna*, *y de Lima*.

En toda la obra histórica de Vicuña, que puede calificarse de montañosa, campean las excelsas cualidades del escritor. No hay en ella orden ni método precisos, como suele verse en los historiadores y cronistas del común, porque es propio de todo escritor genial el aparente desorden en medio de la riqueza excesiva de la inspiración y de los materiales, de las ideas y de los juicios que pugnan por abrise paso en el tumulto.

to de la efervescencia creadora. No se encontrará en Vicuña esa paciencia de benedictino que puede conducir a la erección de monumentos eruditos fríos y desprovistos de alma y de calor de vida. Hay en su obra médula, nervio e imaginación. Algunos datos pueden ser errados, pero la esencia de cada época habita en sus libros, captada con maravillosa intuición, y eso es lo genial.

Han dicho algunos criticastros de criterio ratonil que se nota inexactitud en ciertos datos o en algunas fechas; así, por ejemplo, tal combate ocurrió en 24 de Junio y no el día 23, o en cual escaramuza murieron quince soldados y no 22. Es posible que haya yerros de esa clase, que carecen de todo interés, y sobre los cuales el propio documento puede errar, pero—y esto es lo importante—la esencia de cada época habita en sus libros...

Esa intuición suya acusa al genio.

Ya hemos visto lo que dicen críticos tan severos como don Francisco A. Encina acerca de su intuición. Ahí está lo grande, lo que es suyo y personalísimo, aquello que nada podría reemplazar. Como los sabios pueden con un hueso reconstruir el esqueleto de determinado animal prehistórico, Vicuña, en datos oscuros, en documentos borrosos, en la huella de una carta, en el sabor de una anécdota, capta toda una realidad, y así, con riqueza de material humano, que no se sabe de cual modo pudo acopiarse, resulta analizado un hombre o un período, rematando el conjunto en síntesis que suelen ser asombrosas y que recuerdan sin desventajas a los mayores maestros de la historia universal. En su género es posible que se hayan escrito en el mundo libros iguales a la *Historia de Santiago*, pero ninguno superior.

El don de la síntesis, el privilegio de ver lo que la vista de los más no percibirá nunca, de remontarse por encima de los hombres, de los documentos y de los hechos, para apreciar el espíritu del suceder; la facultad de captar en líneas breves un mundo y de aprisionar lo casi inaprehensible en la fina malla de oro de un pensamiento feliz, que es don de los maestros realmente grandes, eran calidades de Vicuña, evidenciadas en su obra con frecuencia. El caracterizó al coloniaje, vgr., como una siesta a calzón quitado, definición que tiene

una extraordinaria riqueza de símbolos. Suya es aquella síntesis del Chile pre-republicano que comienza con esta frase: "En una cama de pellones, con un burdo rebozo de bayeta echado a la cabeza, que le tapaba las sienes y la vista, el alma remojada en agua bendita y los labios húmedos de vaporoso *chacolí*, dormía Chile, joven y gigante, manso y gordo, *huaso*, semi-bárbaro y *beato*, su siesta de colono, echado entre viñas y sandiales, el vientre repleto de trigo, para no sentir el hambre del trabajo, la almohada henchida de novenas y de reliquias para no tener miedo al diablo y a los espíritus en su lóbrega noche de reposo" (3).

Ningún historiador americano ha logrado crear de modo más completo el clima de la época estudiada, reconstruyendo ambientes con una fuerza realista que no puede menos de deslumbrar al lector, causándole ese supremo placer intelectual, que decía Encina, "que produce el contacto de un cerebro capaz de ver más allá del sentido común". En algunos de sus libros—la *Historia de Santiago*—el poder sugestivo de la evocación llega al límite de lo asombroso, pues la densidad del ambiente y la fuerza reconstructora son de tal naturaleza que el lector se siente arrancado del cuadro de su época para habitar en pleno Coloniaje. Dijérase que al través de esas páginas brujas se respira el aroma a azahar y a magnolia de las huertas santiaguinas por primavera, que el humo de los velones de cera se mete en nuestras narices, que nos hostiga el oído el golpeteo de los azotes en las espaldas de los penitentes... El pasado nos envuelve y una mano que viene del fondo de los años nos ase fuertemente y nos arroja en medio de los paisajes extintos, de los hombres y de los edificios que tiempo ha se disolvieron en polvo y ahora revisten sus carnes y sus afeites y el tedio de sus vidas obscuras para placer o espanto nuestro. Una pluma prodigiosa ha realizado el milagro de volver la hoja de los siglos como ante un conjuro. Así, con esa varita bruja de su imaginación creadora, transformó un día las peñas áridas del Huelén en los jardines encantados del Santa Lucía...

En los libros históricos de Vicuña Mackenna se advierte un

(3) *Vida de O'Higgins*, Cap. IV (Volumen V de sus *Obras Completas*).

profundo sentido de dramaticidad, que llega a veces a dar la nota de lo patético en su tono más agudo. Recuérdense los capítulos consagrados al proceso y ejecución del Coronel Vidaurre, en la segunda parte de *Portales*, o el cuadro angustioso de los últimos momentos de don José Miguel Carrera. Junto a ese poder de patetismo, y marcando un contraste que causa infinito placer, se haya su don del sentimiento. Nadie como Vicuña puede dar la expresión justa de lo delicado y emocionar con un rasgo tierno, con un toque sentimental imprevisto. En ese cuadro de la marcha al patíbulo de Vidaurre y de sus oficiales, a través de las calles de Valparaíso, la carreta en que van los condenados, en medio de la muchedumbre silenciosa, se detiene en una esquina; uno de los reos, apuesto muchacho de veinte años, siente sed y sus labios lo dicen casi inconscientemente... De súbito una mujer del pueblo alza sus manos hacia la carreta y ofrece una naranja al adolescente que va a morir... O cuando el General Carrera avanza por la plaza de Mendoza hacia el lugar en que lo aguarda el cuadro de tiradores, un pilluelo saca la lengua y el héroe sonríe; un instante más tarde alguna señora saluda con leve movimiento de cabeza al General y éste responde quitándose su gorra con la cortesanía de un gentilhombre francés de la Revolución.

Si se añade que a la amenidad constante del relato, al patetismo de ciertas escenas y a los toques de emoción, se une el sentido del mejor humorismo, de aquel que recuerda a Larra y no desmerece del de Queiroz, se puede tener idea clara de los elementos con que Vicuña Mackenna componía la trama literaria de sus obras.

En ellos, en el don de síntesis, en la magia del poder evocador, en la intuición asombrante, en la facultad de captar ambientes y de reconstruir almas y climas, tanto como en la sencillez sabia con que tales factores se combinan, está la clave de su éxito, esto es, la esencia de su maestría como historiador.

Podemos añadir aún otro rasgo que tiene en cierto modo la importancia de un símbolo. Le han reprochado su afán de magnificar el escenario y un admirador suyo ha dicho que

exageraba las proporciones de hombres y de hechos. "Escribe sobre y para una raza de titanes", apunta René-Moreno.

Esta magnificación que no altera en modo alguno la verdad histórica, puesto que él ha visto así los sucesos y así los ven sus lectores inteligentes, ni tampoco la verdad literaria, que antes bien gana y se ennoblece, es en relación a proporciones como la ampliación o disminución de una tela o de una fotografía... Es un lente puesto sobre la historia para aproximar a los hombres y a los sucesos o ponerlos en contacto más eficaz con el pueblo, porque para el pueblo fué compuesta toda esa maravillosa producción histórica de Vicuña Mackenna.

Y aquí viene el símbolo. Vicuña Mackenna quería compensar, por una parte, el desnivel entre los hombres de América y de Europa, desnivel que exageraba cierto injusto complejo de inferioridad, y por la otra dar a los americanos una enseñanza objetiva. Quería enseñarles a comprender y amar las cosas de su América. Deseaba hacer de los hombres en formación todavía en el siglo XIX y en el siglo XX que sus ojos no vieron, verdaderos ciudadanos de una América consciente de su propia grandeza y con fe profunda en la trascendencia de su misión humana.

Y es que Vicuña Mackenna fué esencialmente un civilizador.

VII

LA OBRA PERIODISTICA

Silva Vildósola y Ricardo Donoso han estudiado a fondo la obra periodística de Vicuña Mackenna, según ha podido verse en capítulos anteriores.

“No hay figura ni más compleja ni más completa en la historia de nuestro periodismo”, ha escrito Silva. Y en otro ensayo consigna este juicio certero: “La revelación del genio periodístico indudable de Vicuña Mackenna está en esos dos caracteres: en su sensibilidad y entusiasmo de artista, y en que no rehusa asunto alguno de cuantos puedan interesar al público”.

En su obra periodística realizó una parte considerable de la misión civilizadora que se había impuesto; porque no podía encontrar una tribuna más adecuada para hablar a los americanos en su conjunto y a sus compatriotas de Chile particularmente. Así lo comprendió desde temprano, y el instrumento resultó eficacísimo.

Escribió en la prensa durante toda su vida literaria, a veces de modo transitorio, pero por largas temporadas con grande asiduidad. En las épocas de culminación de la historia de Chile, que eran horas supremas en su propia vida, se multiplicó hasta lo increíble, realizando verdaderos prodigios, que aún hoy parecen increíbles. Así, vgr. en los días de la Guerra del Pacífico escribía en dos o tres diarios a un tiempo y en forma casi cotidiana, habiéndose fundado un periódico—“El

Nuevo Ferrocarril”—con el exclusivo objeto de recoger su colaboración y de ponerlo en contacto con los ejércitos en campaña y con los ciudadanos que seguían en los diversos puntos del país las vicisitudes bélicas. No se ha analizado aún la influencia que ese periódico, que todos leían en los campamentos, de capitán a paje, desde el generalísimo hasta el último ordenanza, ejerció en el desarrollo y en el éxito de la guerra.

En ese periodo, que fué intelectualmente de máxima actividad, dió a las prensas el mayor número de artículos que hombre alguno en el mundo haya hecho en un espacio de tiempo similar. Escribía a toda hora, en la mesa, al tiempo de comer; en el carruaje, camino del Senado; en su pupitre, si se hallaba en el Congreso; apoyado en algún pilar, si acompañaba a la iglesia a su mujer, y hasta en el taller mismo de los cajistas, cuando estaba en la imprenta.

De esa labor combinada del periodista, del tribuno y del político, resultó su acción como conductor de pueblos, que se señaló muy bien Silva Vildósola.

En el orden cultural su influencia alcanzó a toda América, pues en los principales rotativos y en la mayoría de las capitales de habla española se reproducían sus artículos, alcanzando así una difusión que ningún otro escritor americano ha tenido antes o después (1).

De ahí que merezca el título de Civilizador.

En su labor periodística trataba de todo, siendo amplísimo el registro de sus temas. Ya era un suceso histórico, un hecho de actualidad, una nota biográfica, un ensayo político o internacional, un juicio de crítica literaria, un puñado de anécdotas, una correspondencia de guerra, una desquisición geográfica y lingüística, un comentario social, un editorial de circunstancias, que siempre sustentaba ideas dentro de su pura línea doctrinaria que jamás se rompió. Y todos esos temas variadísimos estaban enfocados en una finalidad de cultura y de enseñanza, vale decir, civilizadora.

(1) «Así también ha sido Vicuña Mackenna el periodista de América mas leído en todo el Plata y el que ha ejercido más influencia sobre la opinión pública». (Palabras de don Lorenzo Anadón, Ministro de la República Argentina en Chile, durante la inauguración del Monumento al prócer el día 17 de Septiembre de 1908. Véase «El Mercurio» y «El Ferrocarril» de Santiago, núms. del 18 de Septiembre).

En el terreno político se sirvió de la prensa para difundir las ideas democráticas que cultivó toda la vida y que constituyeron la esencia de su doctrinamiento; desde las columnas de los periódicos abrió cátedra y púlpito, enseñando, con el ejemplo, cómo se debía sufrir en defensa de la libertad. De uno de sus diarios—"El Liberal"—apareció un solo número, pues los propios compañeros se asustaron del espíritu ideológico evidenciado. Otro, el más importante—"La Asamblea Constituyente"—tuvo tan considerable influjo que dió su nombre a la Revolución de 1859.

En el terreno americanista utilizó los diarios sudamericanos en general para sembrar su pensamiento unitario, que se afinaba en Miranda, en Bolívar y en O'Higgins. En 1865 y 66, un periódico suyo, editado en Nueva York—"La Voz de América"—sirvió de órgano a la expresión de esos ideales que se abren hoy, medio siglo después de su muerte, un lento pero seguro camino concetado con su propia obra.

La labor periodística de Vicuña Mackenna se halla diseminada en las siguientes publicaciones y años:

"El Mensajero de la Agricultura", por él fundado, (1856 y 57), con nutrida colaboración personal.

"El Ferrocarril", (años de 1856 a 1857, en que se publicaron en sus columnas *Páginas de mi Diario y Ostracismo de los Carreras*. En 1878 y 79 colaboró también activamente).

"El Liberal", (Diciembre 24 de 1857).

"La Asamblea Constituyente", fundada y dirigida en 1858. Formaron su grupo central Isidoro Errázuriz, Angel Custodio Gallo, los hermanos Matta y otros.

"El Mercurio", que lo redactó en jefe en los años 1863 a 64 (2), durante los cuales se publicaron en sus columnas 123 editoriales. Más tarde escribió, para el viejo diario fundado

(2) Vicuña Mackenna aceptó la redacción en jefe bajo las siguientes condiciones: «1.º absoluta independencia en la redacción política del diario; 2.º que fijaría su residencia en Santiago; y 3.º que tendría como obligación única enviar un editorial diario al *Mercurio*, sin tener la más mínima participación en el resto del periódico. Las condiciones de Vicuña Mackenna fueron aceptadas y se estipuló que disfrutaría de un sueldo anual de cuatro mil pesos, que era el doble de lo que se acostumbraba a pagar a los redactores por aquellos años, y que no podía menos de tener las características de un hecho inaudito».

por su padre, las correspondencias de guerra que se imprimieron con el pseudónimo de San-Val (abreviatura de Santiago y Valparaíso, las ciudades amadas), y por las cuales el director, don Santos Tornero, le pagó un "salario de rey". La colaboración en "El Mercurio", se prolongó hasta los últimos días y abarca ochocientos nueve títulos entre el 5 de Febrero de 1852 (*Seis reales, señores Editores, para un pobre enfermo*), y el 8 de Diciembre de 1885 (*Una visita a la República de Andorra, de Valparaíso. La Quebrada de Alvarado*). En el espacio de treinta y tres años se encierra, a través de todos los temas y géneros, la flor de su espíritu. Muchos volúmenes han de recoger esa larga colaboración, nutrida de su genio (3).

En 1855 fundó "La Voz de América", órgano de su actividad americanista, como queda dicho, cuyo objetivo era luchar en pró de la aproximación de los pueblos americanos, en favor de la libertad de Cuba y Puerto Rico según el plan elaborado por él mismo, y en defensa de los intereses inmediatos de Chile y Perú durante el conflicto bélico con España. Tuvo circulación y repercusión continental. El número uno vió la luz el 21 de Diciembre de 1865 y el número diez y nueve y último el 21 de Junio de 1866, contándose, además, algunos suplementos extraordinarios.

Para apreciar la importancia de los temas tratados en sus páginas, en relación con la época, vale recordar los títulos de algunos de los escritos publicados por Vicuña: *La Voz de América; Chile y los Estados Unidos bajo un punto de vista comercial; Cuba y Chile; La Revolución del Perú y la Dictadura de Prado; Los Estados Unidos y Chile; La Guerra entre Chile y la España. Su verdadera causa, su origen, su objeto; El rol de Chile en Sud-América; El Club de la Liga Unionista; Gran meeting en honor de la Doctrina Monroe y de las Repúblicas de Chile, Perú y Santo Domingo; La independencia de Cuba y Puerto Rico; Nuevas tendencias de la América a propósito del conflicto hispano-americano; Venezuela y Chile;*

(3) Sólo las correspondencias de San-Val, que comprenden en su mayor parte relatos de la guerra Franco-Prusiana de 1870-71, abarcan noventa y tres artículos variados. Una parte, y no fielmente, fué recogida por Nemesio Marambio en un volumen ilustrado que vió la luz en 1870.

Evoluciones y Revoluciones; Incorporación del Ecuador y de Bolivia en la alianza sud-americana; Unidad de la idea de la Independencia; Libertad de los Negros; La gloria del Perú y la fuga de España; La Doctrina Monroe y la Unión Americana; El sentimiento Americano; Oportunidad de un nuevo Congreso Americano, etc.

En "El Nuevo Ferrocarril", órgano creado especialmente para él, como se ha dicho, y que ostentaba al lado del título la mención "*Colaboración permanente de don Benjamín Vicuña Mackenna*", su labor fué acaso más basta aún, pues se realizó en un espacio de tiempo muy reducido (años de 1879 a 81), durante el período principal de la guerra. Los temas eran atingentes a ésta y a sus diversos problemas, como es lógico, y el bibliógrafo don Carlos T. Vicuña la ha dividido en los siguientes rubros: Rumbos generales de la Guerra del Pacífico (títulos 1 a 68), Biografías de militares (títulos 69 a 117), Recompensas militares y protección a las familias de los soldados (títulos 118 a 129), Artículos sobre el Perú, Bolivia, Argentina y Brasil (títulos 130 a 151); Artículos sobre Arturo Prat y la Marina (títulos 152 a 165); Candidatura Baquedano (títulos 166 a 169); Miscelánea (títulos 170 a 212). Ya aludimos a la influencia, no estudiada aún en su exacto alcance, que tuvo en el desarrollo de los acontecimientos.

En "El Veintiuno de Mayo", de Iquique, colaboró con cierta regularidad en 1882, registrándose treinta títulos entre el 15 de Marzo y el 14 de Diciembre.

En "La Nación", de Valparaíso, escribió también en 1881. Se registran quince títulos.

Colaboró ocasionalmente en la "Revista del Pacífico", en la "Revista de Santiago" y en la de "Artes y Letras".

Entre las publicaciones extranjeras que recibieron colaboración directa, deben mencionarse "La Revista de Buenos Aires" (años 1863 a 1871) y "La Revista del Río de la Plata" (años 1871 a 1874).

En 1878 redactó algunos trabajos para "La Lectura", semanario editado en Chile por don Rafael Jover.

Añadiremos que en 1878 pensó Vicuña Mackenna publicar un diario que llevaría por título "La Nación Chilena", que

dirigiría personalmente, siendo Jover su editor. La idea no prosperó, por razones no averiguadas, y fué lástima (4).

La simple exposición de esa labor ciclópica, que abarca millares de artículos y decenas de miles de páginas, puede dar idea del significado americano y nacional de su obra periodística.

(4) «El Mercurio» señaló su aparición para el primero de Abril de 1879. Dice R. Donoso que se alcanzaron a contratar suscripciones, e inserta en el Cap. XXXIII de su obra sobre el prócer un fragmento de carta de Jover a Vicuña, acerca del proyecto.

VIII

LA OBRA NACIONAL

Desde que se inicia su vida pública hasta el instante último, Vicuña actuó en función de su doble misión chilena y americana. Hay en esa vida y obra un ritmo de continuidad, una suerte de fervor místico que no hace sino crecer con el tiempo hasta culminar en lo épico de la epopeya del Pacífico. Es como una orquestación que iniciada en los vivaces de la infancia y en los allegros de la juventud, sube a lo patético y a lo heroico para terminar en los emotivos trémulos de la última etapa. En el fondo como en la forma de esa sinfonía humana, que es la mayor de nuestra historia, hay un doble motivo que se repite in eternum: Chile y América...

Nadie ha sentido de modo más vehemente, con un espíritu de abnegación cívica mayor, con un afán de darlo todo sin pedir nada en cambio, como refiriéndose a él dijera el Presidente Montero (1), el amor de la patria. Nadie la ha llevado con una continuidad tan dramática en su alma, sin escalas ni alternativas; porque los héroes que mueren gloriosamente en las batallas, entregan con la vida el heroísmo de un minuto, en tanto su vida toda fué una ofrenda a Chile, un darse entero cada hora y en cada ocasión. Y así, en otro sentido y con otra medida, respecto a América.

Primeramente se enroló en las filas de los revolucionarios

(1) «Es necesario dignificar la memoria de los hombres que, como Vicuña Mackenna, todo se lo dieron a la patria y nada pidieron para sí». Declaración autógrafa del Presidente de la República don Juan Esteban Montero en el número especial consagrado por «El Diario Ilustrado» al Centenario de Vicuña (Agosto 25 de 1931).

que deseaban restituir a su país las libertades democráticas entabadas por un régimen autoritario, y combatió con las armas en la mano, siendo condenado a muerte y obligado a exilarse más tarde (1851).

En el ostracismo—el primer ostracismo—visita Estados Unidos y Europa en busca de mayores horizontes culturales y de experiencias que poner al servicio de su país. Con ese objeto estudia agricultura en el Real Colegio de Cirencester, en Inglaterra, y publica en Francia, en idioma francés, un volumen sobre Chile (*Le Chili*, 1855).

De regreso al terruño da vida a la Sociedad de Agricultura y funda una revista, “El Mensajero de la Agricultura”, porque piensa que deben explotarse al máximun las posibilidades agrarias de la nación, transformando en lo posible su economía colonial. Varias memorias y libros complementan esa labor.

Al mismo tiempo insufla nuevo espíritu y actividad a la Sociedad de Instrucción Primaria, de la que llega a ser el alma, porque comprende que lo esencial es la culturación del pueblo, la instrucción de los rotos abandonados y miserables, en favor de los cuales hay que realizar toda suerte de sacrificios. En ese terreno, entre muchas otras conquistas, impulsa la pintura decorativa como una rama del artesanado y abre personalmente una exposición obrera de ese tipo, según recuerda Fermín Vivaceta.

Vuelto a la lucha política ardiente, en defensa de sus ideales democráticos y libertarios, que predicó con el ejemplo, que defendió con las armas y la palabra, dió nombre doctrinario a una nueva revolución, la de 1859, desde las columnas de su diario “La Asamblea Constituyente”.

Nuevamente desterrado, emplea su segundo ostracismo en otros viajes. Registra archivos en España y compone en el Perú la vida del Libertador O’Higgins.

De regreso, entra de nuevo en la política activa; es elegido diputado y su acción parlamentaria se torna en el centro, en la obligada tribuna del progreso nacional. ¿Qué hace entonces por su país? ¿Qué no hace y dice? Levanta monumentos a los héroes en las plazas, hace repatriar las cenizas del fundador de la República, promueve leyes de interés general...

Y no sólo eso. Vincula a Chile en un movimiento de solidaridad americana, con motivo de la agresión española de que es víctima el Perú. Y cuando Chile se alza en favor del país hermano y declara la guerra al gobierno de Isabel II, marcha a través del continente en una cruzada de solidaridad y de americanismo. En Estados Unidos compra armas y barcos para la defensa nacional, arrostrando persecuciones y calumnias de los mismos a quienes ha tendido su mano.

Después de un tercer viaje a Europa es nombrado Intendente de Santiago y entonces su fuerza creadora se expande en una labor prodigiosa. Realiza, casi sin dinero, con erogaciones particulares en gran parte, y a fuerza de economía y de ingenio, el milagro de la transformación de Santiago. De la vieja aldea con olor a colonia y a vejez, hace una metrópoli moderna, una gran capital que se coloca a la cabeza de las ciudades hispano-americanas de su tiempo. Abre avenidas, calles y plazas; crea parques y jardines; funda mercados y bibliotecas; establece escuelas, fomenta el arte, coloca estatuas y mármoles en los sitios públicos; dicta reglamentos adecuados con una línea abierta al progreso y al tiempo; prepara la canalización del Mapocho, grave problema secular de la ciudad; descubre las fuentes de agua necesarias al futuro desarrollo de una gran urbe, y para coronación de este milagro urbanístico realizado en tres años, convierte el peñón del Hueñén, asilo de granujas y botadero de basuras, en el jardín más hermoso de América.

Entonces, y a propósito de esa labor casi inverosímil, escribía su contemporáneo Arteaga Alemparte: "Su actividad no conoce la fatiga. Su fecundidad parece inagotable. Es un hombre que duerme de pie y que puede decir sin jactancia: Mi descanso es el pelear...". Ocho decenios más tarde, a propósito del mismo tema, Silva Vildósola le llamaba "el hombre que camina cincuenta años delante de sus conciudadanos, e ideó todos los progresos que, arrastrándonos y con torpeza, hemos ido obteniendo después, y los que todavía esperamos...".

En 1875 las masas, espontáneamente, con ese profundo sentido de adivinación que sólo en el pueblo se encuentra, lo

proclamaron candidato a la Presidencia de la República. Y Vicuña Mackenna, en comunión íntima con el alma de los chilenos, que le hacían su caudillo, adoptó el título simbólico de *Candidato de los Pueblos*, que ningún otro hombre ha llevado antes o después.

Su campaña presidencial fué una sucesión ininterrumpida de apoteósisis populares. Las muchedumbres en delirio arrastraban su carruaje a la entrada de cada lugar o le llevaban en hombros. Todo el país se puso en pie para escuchar su mensaje; pero pudo más la voluntad de la oligarquía gobernante y las elecciones—con su abstención oficial y forzada—se desarrollaron en medio del terror político y del intervencionismo más desenfrenado. Quedó, pues, sin realizarse su programa democrático de gobierno que consultaba reformas para el progreso de un siglo. ¿Qué habría sido Chile, de triunfar Vicuña Mackenna? Lo que hizo en la Intendencia de Santiago puede dar una idea pálida de lo que hubiera hecho en la administración del país. Sus ideas sobre inmigración pueden hacernos presumir qué gran país habría plasmado su voluntad chilena...

De ese período de agitación democrática ha quedado un rasgo suyo que recuerda el gesto de la abdicación de O'Higgins. A raíz de las elecciones intervenidas y fraudulentas, varios altos jefes militares le ofrecieron iniciar un movimiento revolucionario para colocarlo en el poder, pero el prócer rechazó con palabras de gratitud el patriótico ofrecimiento. ¿Pueden calcularse las consecuencias de aquel error histórico? Pensemos en la revolución de 1891...

Sin desanimarse, sin volver la vista atrás, sin vacilar un segundo, Vicuña siguió actuando desde el Senado a donde le llevaron los electores de Coquimbo, en batalla campal contra el oficialismo, y desde su sillón propuso leyes, defendió derechos y predicó la paz. De esa época y de esa actuación arrancan las raíces profundas del entendimiento chileno-argentino. Evitó la guerra y sembró las bases de una amistad más poderosa hasta hoy que las veleidades de los hombres y los actos torpes de los gobiernos.

Pero cuando su acción cívica culminó fué en la Guerra del Pacífico. Estallada ésta, a pesar de Chile, a pesar de Vicuña y del Gobierno (que hizo lo posible por evitarla), el prócer

asumió desde el primer instante actitud de máxima consagración y se tornó en el supremo conductor de Chile. Encabezó la oposición en el Senado en un sentido netamente constructivo, levantó las masas en un ímpetu de amor a la patria y puesto en contacto con los comandos militares, con los jefes y soldados, de capitán a paje, se transformó en el animador nacional y en el historiador de las glorias chilenas. La labor de los años 1879 a 1884, que marca el fin de su vida pública, supera en actividad y eficacia todo lo que pudiera imaginarse. Lo que verdaderamente sorprende no es su importancia imponderable, sino el desconocimiento oficial que de ella ha existido hasta ahora. Bien es cierto que el pueblo lo conoció a fondo y se la tornó en amor ilimitado (2).

“Y un día—escribe Silva Vildósola—se derrumbó porque se había dado todo a sus semejantes, todo a su patria, todo a sus ideales de libertad, a su sueño de un Chile mejor y nada había guardado para sí en el sublime desecido de una generosidad que los mercaderes de su tierra y de todos los tiempos llamaron imprevisión y locura”.

“Y lo llevamos nosotros, los pequeños, los que lo entendíamos, el pueblo que lo amaba... Lo llevamos a la roca donde se había labrado su sepulcro y su monumento con una emoción que iba sacudiendo a los humildes desde el Morro, que por orden suya no hemos soltado, hasta el Cabo de Hornos que dobló un día camino del destierro...”

Cerraremos este capítulo con palabras que tienen ya consagración histórica. “Este hombre—se lee en el Editorial del

(2) Escribe Silva Vildósola: «Mucho antes de que nadie hubiera imaginado el sentido histórico de esa frase (*¡No soltéis el Morro!*) Vicuña Mackenna levantaba la opinión chilena a la conciencia del valor de Arica y creaba con el sólo esfuerzo de su alma, con su elocuencia y su pasión patriótica la doctrina que más tarde la opinión pública había de imponer a los Gobiernos de Chile durante medio siglo. A justo título está esa frase gravada en el pedestal de su estatua al pie del Morro de Arica...».

Se lee en el principal Editorial del Centenario: «Gran patriota, enarrollado de su nacionalidad, penetrado de una fe mística en los destinos de Chile, intérprete elocuente del alma popular, profeta de los tiempos futuros de su raza, criollo en el más noble sentido de la expresión y audaz progresista en todo, Vicuña Mackenna alcanza durante la guerra de 1879, las proporciones de un conductor de pueblos. Con sus escritos, sus libros, sus discursos del Senado, su acción incesante junto a los combatientes y a los gobernantes, Vicuña Mackenna ilumina con su genio todo ese período y su personalidad se funde con el alma colectiva en un lirismo soberano».

Centenario—ha subido la montaña iluminada mientras los demás se quedaban en el valle sombrío, y desde allá arriba ha visto por un lado las generaciones que lo precedieron y por otro el horizonte infinito de la futura historia de su patria”.

“El pueblo lo amó, el pueblo lo entendió y es que su genio, hecho de tradición y de ansia de progreso, era genio popular, era pueblo a su manera y en el hondo sentir de la raza”.

IX

LA OBRA AMERICANA

En las páginas que anteceden está descrita, a vuelo de pájaro, la acción americanista de Vicuña Mackenna, y subrayada con algunas citas oportunas.

Esa obra debe ser estudiada largamente y examinada a la luz del suceder histórico, en todas sus facetas y en su cabal importancia. Nosotros le consagramos algunos capítulos en el libro principal dedicado a su vida (1), y ahora nos limitaremos a un punto de vista general, luego de exponer sucintamente los jalones de la tarea cumplida.

Digamos que recogió en plena juventud la bandera unificadora que había caído con la muerte de las manos gloriosas de Bolívar, después del crepúsculo de Santa Marta en que el Libertador creyó haber arado sobre el mar, cuando, como Vicuña, había arado en el corazón de un continente. Fué él quien más alto habló de unidad y de vinculaciones continentales en toda la América del Sur, durante la segunda mitad del siglo XIX. Y en una centuria cumplida ninguna otra voz más alta se ha alzado en el mundo de Colón (2).

En el sentido de sus aspiraciones americanistas, realizó obra práctica desde la Sociedad de Unión Americana de Santiago, de la cual fué miembro fundador, y en cuyo seno se le enco-

(1) *Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos* (Universidad de Chile, 1932).

(2) Hemos analizado este aspecto, si bien muy brevemente, en uno de los capítulos de nuestro ensayo *Los Problemas de la Unificación Americana* (Universidad de Chile, 1933).

mendó la *Colección de Ensayos y Documentos relativos a la Unión y Confederación de los Pueblos Hispano-americanos*, cuyo primer volumen vió la luz en 1862. Las actas de las sesiones celebradas contienen el eco de sus invocaciones unificadoras.

Fruto de esa actividad fueron las *Bases para la Unidad de América*, que redactó en compañía de Isidoro Errázuriz y de otros hombres eminentes, pero cuya fundamentación ideológica y cuyo estilo son suyos. Ese documento tiene carácter básico en el proceso unificador y ha de ser considerado por la historia como una piedra miliar (3). En él se sustentaban ideas muy razonables, que en su tiempo pudieron parecer utópicas pero que ahora contienen elementos que serán aprovechados en la hora oportuna.

Al estallar el conflicto del Perú con España, que invadía su territorio nacional en agresión tan torpe como injustificable, Vicuña tronó en la Cámara, pidiendo la intervención de Chile, y fué de los que despertaron el espíritu de solidaridad americana, posibilitando y aún forzando esa intervención.

Cuando la nación, puesta decididamente del lado del Perú, declaró la guerra a España, marchó a Estados Unidos como Agente Confidencial de Chile. Se detuvo en Lima y Panamá, desarrollando activa labor de propaganda, en mítines, en asambleas, en discursos y en artículos de prensa. En Nueva York organizó diversas manifestaciones públicas y agitó la opinión norteamericana, hablando en inglés como un yankee, al decir de Darío. No se limitó a eso, adquirió barcos y armas que debían emplearse en la defensa americana y fundó "La Voz de América", órgano continental que tuvo gran influencia y en cuyas columnas se vació todo su pensamiento (4). Aquella labor suya, árdida y fecunda, despertó las iras de los agentes españoles y Vicuña sufrió persecución y debió

(3) Véase nuestro ensayo citado (*Los Problemas de la Unificación Americana*).

(4) Escribe Justo Arteaga Alemparte: «*Misión en Estados Unidos: Si no armó al mundo entero en nuestra defensa, hizo llegar a su noticia nuestra guerra, nuestra justicia, nuestra energía, nuestros propósitos....*».

presentarse ante los tribunales, acusado de violar la ley de neutralidad.

Fué en esa época cuando trató de obtener la independencia de Cuba y Puerto Rico por medio de una expedición armada chileno-peruana, para la cual obtuvo en Lima el beneplácito del Presidente Prado, que accedió a secundar sus ideas, las que fracasaron por la incomprensión de que dió muestra el gobierno de la Moneda.

En contacto con los patriotas cubanos y portorriqueños, fomentó, empero, el movimiento de independencia y puso a disposición de la causa las columnas de su diario, su colaboración personal y la de sus amigos.

¿Cuánto influyó su acción en el proceso liberatorio que culminó a fines del siglo? La historia podrá decirlo más tarde.

Corrido el tiempo y en medio de sus actividades nacionales para hacer de Chile el gran país que es hoy, lo sorprendieron los peligros de guerra con Argentina, por disputa de fronteras. Y puso al servicio de la paz y de la amistad entre los dos pueblos toda su influencia personal y el calor de su propia alma. El éxito más completo coronó la intervención del prócer (5).

Más tarde, durante el desarrollo de la Guerra del Pacífico, luchó por apurar el desenlace de las campañas militares, a fin de evitar mayor sacrificio de vidas humanas *en todos los bandos en lucha*; es decir, hacía coincidir el interés nacional y el espíritu humanitario. Conviene añadir que en sus artículos ardientes de esos días y en los diversos volúmenes en que hizo la historia de la guerra no se contiene ninguna frase que pueda herir los sentimientos nacionales de los tran-

(5) Véase el Cap. LXII de *Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos*.

Escribe Ricardo Donoso, sobre el particular: «la causa de la paz americana y del entendimiento cordial entre Chile y la Argentina reconoce en Vicuña Mackenna el más esforzado de los paladines y el más eficaz de los servidores». (*Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, sus escritos y su tiempo*). Y en otro ensayo del mismo historiador se lee: «La paz americana debe a sus esfuerzos los más legítimos triunfos y los dos grandes hombres (Vicuña y Mitre) aparecen a través del tiempo como el mejor símbolo de lo que deben ser las relaciones chileno-argentinas, para la prosperidad de ambas naciones y para la felicidad de toda América».

«Mitre lo secundó en ellas (las gestiones del pacto Fierro-Sarratea) con la más patriótica discreción y con una lealtad a toda prueba». (*Una amistad de toda la vida: Vicuña Mackenna y Mitre*).

sitorios contendientes de Chile. Planea en el alma de esos escritos su espíritu americanista (6).

Advenida la paz, fué de los primeros en tender la mano a los antiguos adversarios y puede señalarse, como símbolo, que su último acto público, días antes de morir, debía ser un brindis americanista en honor del Ministro de Bolivia en Chile, don Aniceto Arce. Para pronunciarlo, muy enfermo ya, hizo viaje de su estancia de Santa Rosa de Colmo a Viña del Mar.

En todos sus escritos, en muchos de los artículos salidos de su pluma, y en la mayoría de sus libros fundamentales sobre los hombres y los hechos de la Independencia (*San Martín, Vida de O'Higgins, Vida de Mackenna, El Tribuno de Caracas, El Wáshington del Sur, La Revolución del Perú*, etc.), hay expresiones diversas que contienen los elementos necesarios al estudio de su americanismo. Con las páginas que guardan ese pensamiento americano podrían formarse algunos volúmenes.

Vamos a cerrar este capítulo, repitiendo, una vez más, las hermosas palabras con que Gabriel René-Moreno, el primero, señalaba su acción americanista. Dice el gran boliviano en uno de sus estudios sobre el prócer: "Vicuña Mackenna ha sido siempre el apóstol más elocuente de la unión y confraternidad americana... Nadie ha sentido con más fuerza, entre los escritores del Pacífico, nadie, la grandeza democrática de la combinación política, la fraternidad etnológica que le sirve de estrechísimo vínculo, el vértice piramidal de la empina-

(6) Nada tiene mayor elocuencia, para fundar nuestro aserto, que las palabras atingentes del distinguido escritor boliviano Julio L. Jaimés. Escribe: «Para los espíritus rencorosos y persistentes no dejaré de ser muy extraño el que sintiéramos pena, y pena sincera, por la muerte de quien, en concepto de aquéllos, fué el más terrible enemigo de Bolivia y el Perú, en cuyo servicio nuestra pluma, movida por el más puro patriotismo, se manejó con energía y hasta con acritud en respuesta a los provisos y siempre acertados, para Chile, escritos de don Benjamín Vicuña Mackenna.

«... No cabía el rencor en esa alma forjada para los nobles sentimientos, ni en esa vastísima memoria, emporio de grandes recuerdos, cabía ninguno que no fuese destinado a las acciones generosas.

«Ese espíritu justiciero se ha revelado en muchas partes de sus obras sobre la guerra del Pacífico.

«Hay que reconocer en aquel hombre, además de las intachables virtudes domésticas, las grandes virtudes del escritor trascendental, del patriota sincero y del americano ardiente».

da confluencia de intereses comunes, los raudales de armonía que de allí descienden al campo autonómico de las nacionalidades congregadas. Examínese las compilaciones impresas sobre la materia y otros escritos congruentes que corren por separado. La gran unión y confraternidad hispano-americana vive cuerpo y alma en la mente de Vicuña Mackenna, habla por su boca, y encuentra en esta voz el eco más potente de sus ensueños generosos y de sus aspiraciones más razonables”.

X

VICUÑA MACKENNA EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE

I

Vicuña Mackenna mantuvo con la Universidad de Chile relaciones que alcanzaron trascendencia nacional y supusieron un aporte azás valioso al instituto fundado por Bello. Formó parte de éste en calidad de miembro de la más importante y activa de sus facultades, la de Filosofía y Humanidades, y en su seno trabajó con ahinco por la obtención de reformas, cumpliendo su sino intelectual de revolucionario y de civilizador (*).

La Universidad le debió serios impulsos en el sentido de su progreso y de su autonomía, y en la obra misma del gran historiador han quedado no pocas huellas del interés que por la Universidad sentía y es que, considerándola centro de la cultura chilena en el siglo XIX, no podía sino mirarla como algo propio, como algo que interesaba fundamentalmente a todo el que sintiese en algún modo el amor de Chile y de su progreso.

(*) El ensayo que integra este capítulo fué publicado por la Universidad de Chile (y en sus *Anales*, Tercer Trimestre de 1933), bajo el mismo título.

Hemos hecho en el texto algunas alteraciones de escasa importancia, para evitar repeticiones.

Véase: *Vicuña Mackenna en la Universidad de Chile* (Prensas de la Universidad de Chile, 1934).

Hemos dicho ya, en algunos de nuestros estudios históricos y biográficos—especialmente en el que, con el título de *Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos*, publicaran los *Anales* universitarios—que considerábamos a Vicuña como él máximo chileno de nuestra historia, amparándonos de juicios de tal autoridad, de tan ilustres opiniones, que iba la nuestra como fundida en basamentos de lógica irredargüible. Era de interés, por ello, estudiar su influencia en la vida y en el desenvolvimiento de nuestra Universidad, y de modo especial sus relaciones con ésta, tarea que llenamos sólo en líneas generales en la obra citada.

El presente ensayo está destinado a ampliar ese estudio, añadiéndole nuevos datos biográficos y biobibliográficos.

II

Obtenido el título de Bachiller en Leyes y Ciencias Políticas, otorgado por la Universidad de Chile en sesión que celebrara su Consejo el 12 de Mayo de 1849, Vicuña ingresó a la Academia de Leyes y Práctica Forense cuando recién comenzaba su adolescencia. En un donoso relato (1), en que campea toda la brillante amenidad de su estilo, Vicuña Mackenna refiere: “Cuando me incorporé a la *Academia de Leyes y Práctica Forense* en el mes de Mayo de 1849, habiendo cumplido hacía poco los primeros 17 años de mi vida, regíala como su director el deán don Juan Francisco Meneses, que frisaba ya en los 70 de la suya, harto rara y trabajada”.

Los estudios de leyes, a que el joven se entregaba más por pasión literaria y por afán de cultura que por vocación jurídica, eran entonces muy incompletos. “Como institución de enseñanza técnica—ha recordado en aquel escrito—la Academia de Leyes (2) era en extremo deficiente; pero considerada como un elemento de disciplina intelectual, como un gimnasio del espíritu, del pensamiento y de la palabra, ofrecía a la juventud una arena de luz y de combate que la pre-

(1) Benjamín Vicuña Mackenna: *La Disolución de la Academia de Leyes (Crónica Estudiantil)*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, de Recaredo S. Tornero, 1868, 4.º, 25 páginas a dos columnas.

(2) La Academia de Leyes había sido fundada en las postrimerías del Coloniaje, a fines del siglo XVIII. Sus estudios, empero, fueron renovados en 1834, bajo la presidencia del General Prieto.

paraba admirablemente para las exigencias de la vida pública. Bajo la primera presidencia (1849) del popular magistrado don Miguel María Güemes (electo para aquel puesto por los bachilleres que la víspera habían sido sus alumnos en la aula de derecho) alcanzó la *Academia de Leyes* la cúspide de su prestigio. No menos de sesenta bachilleres y abogados asistían en esa época a sus doctas y luminosas discusiones, que tenían por tema todo lo que es propio de la jurisprudencia como ciencia y como práctica”.

Regía la Academia en tiempos de Vicuña Mackenna don Juan Francisco Meneses, elérigo de ideas marcadamente reaccionarias, monarquista recalcitrante y hombre duro y apasionado (3). La presidencia titular era desempeñada por don Máximo Mujica, hombre no menos duro ni mejor estimado de la juventud, pero que tenía con ésta menor contacto, pues era regente de la Corte de Apelaciones de Santiago.

Los primeros meses corrieron sin novedad, consagrados parcialmente al estudio. Después de los exámenes iniciales y de las vacaciones comenzó el nuevo año docente y en su decurso, en los días de invierno, sobrevino un incidente de que fué protagonista y al que siguió la primera huelga estudiantil que se recuerde en la Universidad de Chile.

Entrándonos en el caso, digamos que habiendo sido designado Mujica para desempeñar el Ministerio de Instrucción Pública y de Justicia, se dirigió Meneses a la Academia (4) y empezó a dictar ante los alumnos una nota al nuevo secretario de Estado. Como fuese redactada en nombre de la institución, significando aplauso para una maniobra política que favorecía la candidatura oficialista de don Manuel Montt a la presidencia de la República, candidatura que era resistida por los estudiantes, éstos protestaron, haciéndolo Vicuña Mackenna en forma más ruidosa que sus compañeros.

Meneses interpeló violentamente al joven.

—¡Hola! ¿quién es usted?

—Soy Benjamín Vicuña.

—Celebro mucho conocerlo.

(3) En su opúsculo citado, Vicuña Mackenna ha hecho con vivo pincel un retrato de Meneses.

(4) Sesión de la Academia, el día 12 de Julio de 1850.

—Yo también le conozco demasiado señor Director!

Fueron y vinieron palabras, irritáronse más los ánimos hasta que el muchacho gritó, airado: —¡Basta de raspas! A lo que Meneses le ordenó salir. Como Vicuña se resistiese, poniendo en duda la facultad de expulsión de que hacía uso el Director, éste reiteró el mandato, con lo que su contendor se caló el sombrero en plena aula y salió a grandes trancos.

Puesta en votación la nota de Meneses a Mujica, fué aprobada por 12 votos contra 3!

El Consejo Universitario se reunió el 13 de Julio, tomando nota de un oficio en que se pedía la expulsión del alumno Vicuña hasta que diese a la Academia y a su Director, “por escrito, una satisfacción aprobada por el mismo director, y no en otra forma”. Aceptada la separación provisional del joven, se rechazó la idea de modificar el reglamento académico, propuesta también por el iracundo Meneses.

En la reunión del día 16 notificóse a Vicuña el acuerdo del Consejo, con nuevas protestas de éste, y el 17 se recibió en aquel cuerpo una nota de reclamo en que el futuro caudillo solicitaba reparo de su agravio. Aquella nota, publicada a poco en “El Progreso”, causó revuelo en la ciudad. Entre tanto el Consejo declaró que no era de su resorte entender en tal reclamo, con lo que indignados los alumnos, se reunieron y acordaron reintegrar a su compañero al seno universitario. Pero Meneses, días más tarde, dió lectura a un decreto del gobierno que importaba prácticamente la disolución de la Academia, pues derogaba su reglamento y la transformaba en instituto de práctica, sometido al capricho de quien lo dirigía...

Al atropello gubernativo siguió una insurrección formal y los alumnos comenzaron una campaña de vigorosa agitación que halló eco en casi toda la prensa y en la propia Cámara de Diputados. El alma del movimiento, su inspirador y jefe era Vicuña Mackenna.

La campaña iniciada sacudió a la opinión pública y pronto el aura popular rodeó a los jóvenes. El tono de los periódicos de guerrilla se hizo violento, mordaz en grado extremo, y en el de la prensa seria no se ocultaba la mayor condenación a la actitud observada por el gobierno. Mitre, desde las columnas de “El Comercio” de Valparaíso, defendía calurosa-

mente a Vicuña y a sus compañeros. Uno de los diarios principales—"El Progreso"—comparaba editorialmente a Vicuña y a Franklin (edición del 25 de Julio): "Benjamín Franklin temió por el porvenir de la libertad en su país a causa de la importancia que se le daba al estudio de las lenguas muertas, juzgando que el espíritu anti-democrático de la antigua civilización podría infiltrarse de esa manera... Benjamín Vicuña perderá nueve años de penoso aprendizaje porque no quiso mancharse felicitando a un ministro que no cree digno del difícil y honroso destino que se le ha conferido..."

Ante la agitación que cundía, el déan Meneses y sus amigos del gobierno no pudieron menos de alarmarse, abriéndose paso con ello a la idea de buscar avenimiento. Ya una comisión encabezada por Ramón Vallejo—que desde el comienzo de la contienda habíase constituido en uno de los lugartenientes de Vicuña, al que, sin conocerlo casi, estrechó un día la mano, diciéndole: "cuenta usted conmigo", y fué contar hasta su muerte, acaecida bien temprano, en lides revolucionarias—había enviado nueva nota al Consejo, solicitando ser juzgados y pidiendo que si se veía de cómo habían obrado en conformidad a sus derechos, se les dejase en paz. El asunto fué debatido largamente, defendiendo don Lorenzo Sazié, decano de la Facultad de Medicina, el derecho del cuerpo universitario para entender en la materia, a lo que se agregó una proposición del secretario general, don Salvador Sanfuentes, en el sentido de mediar, procurándose "cortar el asunto de un modo amigable y decoroso para ambas partes", proposición que fué aprobada.

El Rector don Andrés Bello inició de inmediato las gestiones del caso, conversó con unos y otros (5), y Meneses, que había sido reciamente vapuleado por la prensa, puso por condición que cesara toda campaña periodística sobre el asunto. Vicuña reingresó triunfalmente a la Academia, continuando

(5) Bello dirigió una carta a los delegados estudiantiles. He aquí su texto: «Señores don Juan de Dios Cisternas Moraga, don Ramón A. Vallejo y don Santos Cavada. Agosto, 25 de 1850. Muy señores míos: He tenido una conferencia con el señor decano de leyes y me ha manifestado conformarse con la sustancia de las explicaciones de ustedes, pero con una condición a que me parece no se rehusarán ustedes. Les ruego me oigan acerca de ella. A las 11 de la mañana de cualquier día me hallarán ustedes en esta casa. Me repito de ustedes atento y S. S.—Andrés Bello.»

en ella sus estudios hasta que en el otoño del año 51 los acontecimientos políticos lo obligaron a alejarse temporalmente de la Universidad. Perseguido después de la revolución del 20 de Abril, condenado a muerte, prófugo luego y vencido en las batallas, hubo de partir al ostracismo.

Aquella victoria estudiantil obtenida en contra de un gobierno autoritario y duro, empapado en las tradiciones de Portales, debía, con todo, señalar una hermosa fecha en sus recuerdos y en su vida.

III

De regreso a Chile, a fines de 1855, Vicuña se consagró de lleno a trabajar en la cosa pública. Venía con los ojos saturados de los paisajes y de las realidades vistas, con la mente plena de la cultura adquirida, y ansiaba servir a su tierra en la medida de sus fuerzas, con árdida pasión juvenil. Pronto llegó a ser el alma de la Sociedad Nacional de Agricultura y de la de Instrucción Primaria; fundó una revista—*El Mensajero de la Agricultura*—y comenzó a dar a la estampa sus primeras obras históricas.

No pasó mucho tiempo sin que su atención tornase a la Universidad, con deseo de poner término a sus interrumpidos estudios de derecho. Reanudados en la intimidad de su gabinete de trabajo, cuando le parecieron completos presentó solicitud para que se le recibiese examen de lincenciatura, en vista de haber rendido el de Práctica Forense. Dado el pase reglamentario el 19 de Mayo de 1857, en el sorteo de cédula que siguió, tocóle en suerte la cuarta de Derecho Canónico: “Del matrimonio y de las iglesias, fiestas, ayunos, abstinencia y sepultura”. El 22 de Mayo se realizó la prueba de fondo ante una comisión, formada por los profesores Juan F. Meneses, Pedro Francés Lira, Pedro Fernández Recio, Francisco Vargas Fontecilla y por el secretario de la Facultad, don Miguel María Güemes. Luego de obtener aprobación unánime, dió lectura a su memoria que versaba sobre el sistema penitenciario, alcanzando, con el voto del jurado, un éxito brillante. En sesión de 23 de Mayo del Consejo Universitario se

le hizo entrega del diploma de Licenciado, con lo cual pudo dar el examen de rigor ante la Corte.

El trabajo de Vicuña—*Memoria sobre el sistema penitenciario en general y su mejor aplicación en Chile*—fué publicado por los *Anales de la Universidad* (6). Trabajo de mérito notable para su tiempo, en él se demostraba de cómo el sentimiento del castigo hacía desaparecer la idea de la corrección, y poniendo en evidencia los errores del sistema penitenciario nacional proponía la adopción de un nuevo reglamento que había confeccionado en vista de los que regían en algunos estados americanos (7).

Pero no era aquel el más interesante de sus aspectos. Con su intuición poderosa, indagaba la raíz de la delincuencia en factores de orden social, hoy día agravados con el tiempo y la diferenciación cultural. La sonda de Vicuña Mackenna rastreaba a fondo. “No lo dudemos—dice en la segunda parte de su memoria—; hay en las clases pobres de Chile una predisposición innata a la tristeza; sólo los hábitos de una vida de peligros, la reunión de muchos y los efectos de esos vicios brutales que aletargan para siempre el espíritu pueden distraer el pensamiento del proletario siempre fijo en consideraciones melancólicas. Preguntad en qué pasa sus noches toda familia honrada, todo hombre que no está en la taberna. Agrupados alrededor del fogón o del toseo brasero, los niños del pueblo duermen o escuchan el monótono silbido de su padre que trabaja; la madre, ya severa y callada o ya afecta a la charla, les refiere insustanciales consejos cuya memoria pierden luego o los espantables portentos de gigantes y demonios que van a llenar de tristeza esas almas débiles y crédulas. Pero ni una sonrisa, ni una reconvencción razonable, ni una muda caricia entre ese grupo de esposos, de padres y de hijos! Silencio, silencio de temor, de costumbre, de sueño, si se quiere, pero siempre silencio en la habitación del pobre, siempre esa concentración profunda que hace del pensamiento una especie de máquina en

(6) Se publicó también en «El Ferrocarril» y en «El Comercio» de Valparaíso. En Junio de 1857 apareció impresa en folleto (Santiago, Imprenta del Ferrocarril, calle de los Teatinos N.º 34, 4.º, 30 páginas).

(7) En su memoria, Vicuña utilizó trabajos de Beaumont, Tocqueville, Raspail y Junius.

constante actividad, pero cuya elaboración es siempre limitada a las consideraciones dolorosas de la pobreza, de la ignorancia, del infortunio en fin!”

IV

Abogado ya, sus empresas historiográficas y literarias y luego la política le absorbieron buena parte de su tiempo. La atmósfera se caldeaba día a día en los últimos meses de 1858. Vicuña, consagrado en cuerpo y alma a la causa de las libertades públicas y de los derechos ciudadanos, desde las columnas de su histórico diario *La Asamblea Constituyente* abrió paso y dió nombre a la revolución que germinaba. Perseguido y aprisionado por el gobierno de Montt, nuevamente debió partir al destierro.

De retorno a Chile después de múltiples vicisitudes y trabajos, la nueva administración encabezada por el Presidente Pérez le abrió oficialmente las puertas de la Universidad de Chile, designándolo miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades (8).

El día 27 de Agosto de 1862, Vicuña Mackenna se incorporó en su seno, leyendo ante ella, reunida en pleno, un discurso sobre *Lo que fué la inquisición en Chile*, trabajo especialmente importante—“que fué toda una revelación por la originalidad de la materia esbozada” (9)—pues en él se estudiaba por primera vez un tema histórico de interés singular. Celebrado por los académicos, el discurso de Vicuña se insertó en el segundo tomo de los *Anales de la Universidad*, correspondientes a ese año, siendo, a más, impreso en folleto aparte (10).

(8) El decreto de nombramiento de Vicuña Mackenna, fechado el 18 de Agosto de 1862, lleva la firma del presidente de la República don José Joaquín Pérez y de su ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, don Miguel María Cñemes.

(9) Ricardo Donoso: *Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, sus escritos y su tiempo*, cap. XV.

(10) *Historia. Lo que fué la Inquisición en Chile. Discurso de don Benjamín Vicuña Mackenna en su incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad, el 27 de Agosto de 1862* (4.º, 26 páginas).

Fué también publicado en la *Revista de Sud América* y en los números 21 y 22 de *El Correo del Domingo*, año de 1862.

Vale añadir que el discurso de Vicuña Mackenna dió origen más tarde

Días después, el 30 de Agosto, Vicuña Mackenna prestó juramento ante el Consejo Universitario, siendo presentado por don Andrés Bello. Se lee en el acta de la sesión respectiva (11): "El señor Rector hizo presente los méritos del nombrado, su laboriosidad, su espíritu investigador, su fecundidad y su entusiasmo por el cultivo de las letras y de la historia, antecedentes que hacían esperar que sería un útil colaborador de la Universidad en los trabajos en que se hallaba empeñada".

V

Vicuña asistió a todas las reuniones de la Facultad que le fué posible, y desde el primer momento tomó parte con entusiasmo en sus labores. Evacuó consultas, opinó sobre textos de enseñanza y trabó relaciones con los alumnos, maestros, consejeros y miembros de la institución, interesándose formalmente en su progreso.

Corrían ya los últimos años del rectorado y de la vida de Bello, con lo que no le fué posible realizar en acuerdo con éste trabajos eficaces en pro de la autonomía universitaria, batalla que sería larga de ganar y en que muchos hombres, incluyendo al propio Bello, habían tomado parte. Sus relaciones con el rector, si no íntimas, guardaron siempre un tono de mutua y afectuosa deferencia.

Una de las más importantes labores realizadas por Vicuña en el seno de la Facultad, y al mismo tiempo la más trascendente de sus campañas de orden educacional, fué aquella que se relacionó con la supresión de la enseñanza obligatoria

a una ruidosa polémica histórica que se inició con la aparición del libro *La Inquisición* «Rápida ojeada sobre aquella antigua institución»,—obra en que el prebendado don José Ramón Saavedra, atacando a Vicuña, decía que sin limitarse a hacer la defensa de la inquisición eclesiástica, trazaría su panegírico....

Vicuña Mackenna respondió escribiendo un libro de interés notable, traducido inmediatamente al inglés: *Francisco Moyn o lo que fué la Inquisición en América*, siendo tan entusiasta la acogida que recibiera que hasta se compusieron versos en honor del autor, cosa rara de suceder en Chile.

Con posterioridad el señor Saavedra escribió a Vicuña numerosas cartas y don Zorobabel Rodríguez, el brillante escritor católico, intervino en defensa del malparado panegirista de la Inquisición.

(11) *Anales de la Universidad de Chile*; año de 1862, tomo II, página 163

del latín, que no era eficaz y ponía serias cortapisas a los estudios humanísticos.

Ya en 1863, a raíz de la incorporación de don Joaquín Larraín Gandarillas, Vicuña hizo indicación para que se estudiase la supresión del latín como ramo de enseñanza obligatoria, pero no encontró eco entre sus compañeros.

Corrió algún tiempo, y cuando ya parecía más propicio el ambiente, Vicuña Mackenna trajo de nuevo al tapete aquel asunto, en sesión de 7 de Abril de 1865. Arremetió de modo enérgico, manifestando, en suma, de cómo el estudio de las lenguas muertas, tal cual se daba entonces, no servía absolutamente para nada, pues constituía una traba funesta para el desarrollo de la instrucción superior; dijo que podía reemplazarse la enseñanza del latín por la de dos o tres idiomas vivos o bien por el de una ciencia cualquiera.

A petición de Vicuña la Facultad nombró una comisión en que participaron, a más de él, don Diego Barros Arana, el señor Larraín Gandarillas y don Justo Florián Lobeck, hombre de luces y de erudición que trataría de impugnar la reforma.

Vicuña Mackenna tocó a rebato, iniciando ruidosa campaña de prensa en la que contó con el auxilio de don Isidoro Errázuriz, el ilustre orador y gran periodista cuyo apoyo, solicitado para esa circunstancia, había de manifestarse más tarde en una campaña política de histórica trascendencia. Errázuriz fué vicuñista, andando los años, y su principal lugarteniente en las luchas de 1875 y 1876.

“Toda la prensa—dice Donoso—acogió con júbilo la iniciativa de Vicuña, y hasta el *Independiente*, el gruñón y descontentadizo órgano pelucón, sólido baluarte del rancio espíritu colonial, desmintiendo los temores del autor mismo de la moción, se declaró valientemente por la supresión del latín, reconociendo que su estudio era un verdadero martirio para la juventud y que no prestaba utilidad alguna” (12).

Y no sólo la prensa, la juventud en masa, los profesionales, la sociedad entera. Pero fué en los círculos juveniles, entre los estudiantes humanísticos en especial, en donde encon-

(12) Donoso, obra citada.

tró un eco más simpático. La muchachada lo siguió sin reservas. Se esperaba su llegada en los umbrales de la Universidad y se le vitoreaba clamorosamente, organizándose desfiles por las calles y haciéndose gran alboroto. Pronto se popularizaron ciertas alegres versainas que un autor anónimo enviara al *Ferrocarril*:

“Gracias, mil gracias, Doctor,
Doctor recién doctorado
Poeta libertador
De tanto martirizado...”

Entre tanto la comisión informante del proyecto de Vicuña Mackenna celebró diversas reuniones sin que sus miembros lograran llegar a acuerdo, como era de suponerlo, con lo cual pronto hubo varios informes: uno de Vicuña, otro suscrito por Barros y Larraín, y un tercero que lleva la firma de Lobeck.

El de Vicuña, extenso y luminoso; pieza de notable elocuencia, fundamentada con solidez, fué el primero en salir a luz, apareciendo en las columnas de “El Ferrocarril” el día 20 de Abril de aquel año y siendo insertado en el número correspondiente de los *Anales de la Universidad* (13). Una a una procuraba desmenuzar las razones que esgrimían sus contradictores, apoyándose en el propio don Andrés Bello para afirmar que todo idioma que no evoluciona ni se transforma se convierte en lengua muerta. La vida supone cambios, modificaciones, progreso. El culto extático por lo extinto, por aquello que carece de sentido vital, se traduce en rémora y retardamiento. El latín es fuente de cultura, fundamento de todo un orden de civilización y su estudio, como enseñanza especializada y no obligatoria, posee indiscutible utilidad. Es lengua madre, pero “la verdad es que tratándose de idiomas, apenas puede decirse que una lengua es madre de otra lengua, porque éstas en definitiva no son sino el compuesto y la agregación de muchas otras primitivas que han ido aglome-

(3) Fué también publicado en «El Independiente» (números del 28, 30 y 31 de Mayo y de 1.º de Junio de 1865) e incluido en *Miscelánea*, volumen III.

rándose, tal vez para descomponerse más tarde, como sucede con el griego que se habla hoy en Atenas..." (14).

Atacando el estudio del latín en cuanto a monopolio aristocrático, pues su obligatoriedad se extendía al cielo de seis años de las humanidades, monopolio que perjudicaba el aprendizaje de otras ciencias y el desenvolvimiento mismo de la enseñanza humanística, llegaba, después de extenso y acabado examen particular, a interesantes conclusiones. Entre ellas: que el latín no era exclusivo como idioma clásico y que en Chile era enseñado en forma rutinaria y absorbente (15).

Tan pronto como los diversos informes fueron entregados a la Facultad de Humanidades ésta inició su estudio y discusión. En sesión de 26 de Abril se acordó publicarlos y en las de 24 de Mayo y 13 de Junio se debatió el asunto, tomando parte los amigos y los adversarios de la reforma propuesta por Vicuña Mackenna, quien hizo gala de su elocuencia y mantuvo el interés general, sin omitir esfuerzo para obtener el éxito que la opinión pública parecía exigir.

En el curso del debate, empero, Vicuña amplió sus conceptos sobre la valía cultural del latín, reconociendo que sus adversarios tenían razón cuando decían que el estudio de la lengua de Ovidio era útil y necesario para el conocimiento profundo de las ciencias y de las letras, y como, a su entender, podía considerarse feliz "el hombre instruido que llegase a poseerlo en toda su extensión".

Y para realzar su propósito de no atacar el estudio del latín en cuanto disciplina de cultura, que reputaba por muy alta, hizo nueva indicación,—reemplazando a la primera, sin perjuicio de que ésta quedase pendiente hasta la resolución de una y otra—para que se designase una comisión revisora de los programas del Instituto Nacional y liceos fiscales, comisión que prepararía un programa de estudios humanísticos con instrucción general exenta de latín, a la vez que indica-

(14) Vicuña Mackenna: *Informe presentado a la Universidad de Chile sobre la abolición del estudio obligatorio y general del latín*.

(15) Escribe Ricardo Donoso: «Harto atinadas y valederas eran las razones consignadas por Vicuña Mackenna en su informe, y estaban expresadas con esa liviana persuasión que tanto interés y amenidad da a sus escritos. No era el suyo un engendro atiborrado de apostillas e indigesta erudición: era un alegato vivo y concienzudo, inspirado por un bien entendido concepto de lo que debía ser nuestra educación humanista».

ría los medios de mejorar la enseñanza de aquella lengua a fin de que llegase a ser realmente útil a quienes debieren aprenderla.

Puesta en votación, la idea de suprimir el estudio forzoso del latín fué rechazada por ocho votos contra cinco.

De nuevo sobre el tapete, años más tarde, se llegó a la supresión total de los estudios latinos, siendo con ello de lamentar que la Facultad no hubiese aceptado oportunamente el sabio temperamento propuesto por Vicuña Mackenna, en el que se resguardaba la necesidad de aliviar los cursos humanísticos de entonces de una enseñanza que era deficiente y se indicaba la conveniencia de crear una seria y bien preparada de latín que habría de favorecer a alumnos universitarios o acaso a los de cursos humanísticos finales. No era época aún de hablar de cursos libres.

Se ha dicho que Vicuña Mackenna al presentar su segunda indicación a la Facultad había cantado una palinodia tanto más inexplicable cuanto que la batalla parecía ganada. Ello es inexacto, como se ha visto. La segunda moción de Vicuña no hizo sino aclarar mejor su pensamiento y evitar, considerando el problema a fondo y en todas sus consecuencias, el que más tarde se suprimiese toda clase de estudios de latín, como en realidad ocurrió (16).

(16) Años más tarde, en sesión celebrada por la Facultad de Humanidades el 29 de Noviembre de 1879, con asistencia de Vicuña Mackenna, se le comunicó un plan de reforma, a fin de que emita «su opinión sobre el estudio obligatorio del latín, antes de que dicho plan sea transmitido al gobierno para su resolución definitiva».

Se lee en el acta, a propósito del animado debate que se entabló: «Sin que ninguno de los señores miembros negara ahora la grande importancia del estudio de este idioma sabio en el curso de las humanidades, algunos sostuvieron, sin embargo, que no debería hacerse obligatoria para todo alumno, sino dejarse a cada cual en plena libertad de estudiarlo o no, según quisiera».

Se votó una proposición que decía: «¿Cree la Facultad que el estudio obligatorio del latín, tal como lo establece el plan de estudios acordado por el Consejo de Instrucción Pública, es conveniente para sólo aquellos alumnos que quieran obtener el grado de bachiller en humanidades?». Hubo doce respuestas afirmativas y cuatro negativas.

A esa sesión, a más de Vicuña Mackenna, concurren los señores Amunátegui (Miguel Luis), Arteaga Alemparte, Blest Gana (Joaquín) Cobo, Cood, Domeyko, González Larraín Candarillas, Prado, Reyes, Sotomayor Valdés, Valderrama, Vera y el secretario de la Facultad.

Aprobada la enseñanza del latín en las humanidades, fué suprimida más tarde. En sesión del Consejo de Instrucción de 2 de Agosto de 1858

Vicuña Mackenna no había combatido el latín. Había luchado contra la obligatoriedad y mal orientada enseñanza del latín que se daba por aquellos años.

VI

En el mismo año de 1865 y antes de que el conflicto de Chile con España lo llevara a Estados Unidos en aquella su célebre misión americanista, Vicuña Mackenna se ocupó en una empresa de gran envergadura, que tendría importancia principalísima para la Universidad y para la cultura nacional: la publicación de su *Historia General de la República de Chile desde la Independencia hasta nuestros días*.

En esta obra se incluirían todas las memorias históricas presentadas a la Universidad de Chile, en acuerdo con sus disposiciones orgánicas y con la tradición iniciada por Lasterria en 1843. Aparecerían ilustradas con notas copiosas, biografías de cada autor, introducción, etc. (17), en conjunto que habría de constituir, según lo han reconocido críticos autorizados, uno de los grandes monumentos de la literatura histórica americana, sirviendo a la vez de escenario y almacén a la formidable erudición de Vicuña (18). Aparte de ello, su publicación dió a la historiografía nacional un definitivo impulso, estimulando a los escritores chilenos y a la Universidad misma a conceder importancia especial a los estudios de ese orden. Si Menéndez y Pelayo ha dicho, con otra intención de la que algunos han supuesto, que Chile era un país que vivía enamorado de su historia, y si otros ingenios nos han

se acordó proponer su supresión en los liceos provinciales a partir del 1.º de Marzo de 1886, opinando los consejeros que el griego y el latín sólo debían enseñarse en el Instituto Nacional.

(17) En carta de 15 de Abril de 1865, Vicuña Mackenna decía a su amigo el ilustre historiador don Claudio Gay: «Durante el último verano que ya expira, me he ocupado de arreglar una nueva edición de todas las Memorias históricas de la Universidad que voy a publicar con retratos de todos los autores y considerable cantidad de notas y documentos inéditos en 6 u 8 volúmenes. Los dos primeros tomos saldrán a luz en Junio o Julio, y tendré cuidado de enviárselos».

(18) «Su *Historia General de la República de Chile*—escribe Donoso en su citado libro sobre Vicuña Mackenna—es, junto con la monumental de Barros Arana, el más perdurable monumento erigido a perpetuar la historia de nuestra tierra, y uno de los esfuerzos más notables que en materia literaria se han realizado en nuestro país».

designado como un pueblo de historiadores—alto elogio, pues supone el reconocimiento de una elevada labor cultural—ello se debe en buena parte a Vicuña Mackenna y a Lastarria, a su ejemplo, a sus iniciativas y a la labor hecha dentro de la Universidad de Chile y en su servicio.

En Marzo de 1866 salió a luz el primer volumen (19), editado por don José Santos Valenzuela, con quien Vicuña había suscrito un contrato para imprimir la obra bajo su absoluta dirección. En el primer tomo figuraba una extensa introducción que constituye una pieza de notable mérito literario y de gran importancia para el estudio de Vicuña Mackenna, pues en ella se exponen sus teorías históricas y métodos de trabajo. Se incluían en él, amén de biografías y de numerosísimas notas, la memoria de Lastarria: *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, algunos fragmentos de la *Historia de la Independencia de Chile* de Barros Arana y la *Memoria sobre el primer gobierno nacional* de don Manuel Antonio Tocornal.

En 1867 se imprimió el segundo volumen de la *Historia General* y en él se encuentran dos trabajos de mérito: *Primeras campañas de la guerra de la Independencia de Chile* de don Diego José Benavente y *La Reconquista Española*, de los hermanos Amunátegui. En 1868 aparecieron el tercero y el cuarto tomo. En el tercero, a más de la memoria de don Salvador Sanfuentes: *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*, figura *La Guerra a Muerte* de Vicuña Mackenna, considerada en el número de sus obras maestras. En el cuarto se incluye la *Memoria sobre la primera escuadra nacional* de don Antonio García Reyes y la de don Domingo Santa María acerca de los *Sucesos ocurridos desde la caída de don Bernardo O'Higgins en 1823 hasta la promulgación de la Constitución dictada en el mismo año*.

El quinto volumen apareció muchos años más tarde, impreso por Rafael Jover. En este último tomo se incluyeron: *Las*

(19) *Historia General de la República de Chile desde su Independencia hasta nuestros días*. (Santiago de Chile, Imprenta Nacional, calle de la Moneda N.º 46, 1866).

campañas de Chiloé de don Diego Barros Arana, y otras dos memorias de mérito inferior: Chile durante los años 1824 a 1828 y Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828.

VII

En el tercer volumen de la *Historia General*, según queda dicho, se insertó *La Guerra a Muerte*, memoria acerca de las últimas campañas de la independencia chilena, que abarca el período de 1819 a 1824 (20); obra editada por la Universidad de Chile y para ella escrita (21).

(20) *La Guerra a Muerte. Memoria sobre las últimas campañas de la independencia de Chile. 1819-1824. Escrita sobre documentos enteramente inéditos y leída en la sesión solemne celebrada por la Universidad de Chile el 17 de Septiembre de 1868. Por B. Vicuña Mackenna. Miembro de la Facultad de Humanidades. (Santiago de Chile, Imp. Nacional. Calle de la Moneda N.º 46, 1868).*

(21) Debió ser leída en la sesión solemne que la Universidad de Chile celebraría especialmente el 17 de Septiembre de 1868, pero diversas circunstancias lo impidieron.

Tres años antes, en 1865, el Vice-Rector de la Universidad don José Manuel Orrego le había encargado en términos encomiásticos la redacción de una memoria histórica que sería leída en la sesión solemne de la Universidad del año 1868. Vicuña aceptó en nota de 7 de Septiembre de 1865. Su viaje en misión oficial a Estados Unidos hizo necesaria la postergación de la memoria encargada.

Dicen los textos de ambas notas:

«Santiago, Septiembre 6 de 1865.—Confiando en el cielo que Ud. ha mostrado siempre para servir a la Universidad, y deseando que Ud. enriquezca la literatura nacional con una nueva de sus brillantes composiciones históricas, me he decidido a pedir a Ud. que tenga a bien encargarse del discurso o memoria que, según el art. 28 de la ley orgánica, debe leerse en la sesión solemne de 1866.

«Con este motivo tengo el gusto de suscribirme de Ud. S. A. y SS.—José Manuel Orrego.—A don Benjamín Vicuña Mackenna».

«Santiago, Septiembre 7 de 1865. Señor Vice-Rector: En contestación a la distinguida nota de US. fecha de hoy, en que se sirve encomendarme la redacción de la memoria histórica que debe presentarse a la Universidad el año venidero, en cumplimiento del art. 28 de su ley orgánica, tengo el honor de hacer presente a US. que, a pesar de las multiplicadas atenciones que me rodean, acepto con placer el honroso encargo de US. en obsequio de la historia de mi patria, a la que he consagrado mis mejores esfuerzos de escritor desde los primeros años de mi juventud.—Dios guarde a US.—Benjamín Vicuña Mackenna.—Al señor Vice-Rector de la Universidad».

En sesión del Consejo de 17 de Octubre de 1868, se dió cuenta de un oficio de Vicuña Mackenna, en el cual éste decía que «llevado del deseo de cumplir la honrosa comisión para que le designó la Universidad en 1865, no menos que por interés de llenar una notable laguna cronológica de nuestra Historia, escribió en los primeros meses del presente año una Memoria histórica que, bajo el título de *La Guerra a Muerte*, comprende la narración de las importantes cuanto ignotas campañas ocurridas en nuestro territo-

La Guerra a Muerte es ciertamente una de sus mejores obras históricas; evocación maravillosa del pasado, en que, junto a la trágica silueta del montonero Benavides, animada de vida singular, surge toda una época. Vibran los hombres, las cosas y los hechos, el paisaje cobra relieve, y por sobre todo, por las muchedumbres indias y las tropas pacificadoras, por la naturaleza, por el clima de pasión, por los seres, por los paisajes y las almas pasa como un soplo de eternidad.

En esta obra cumbre, de esta *Guerra a Muerte* que figurará siempre entre las mejores producciones literarias de nuestra América, ha dicho un escritor (22) que contiene "elementos para todas las artes literarias, para los poetas, para los novelistas, para los dramaturgos, para los cuentistas...". Añade Rojas: "considero este libro como la matriz de diez obras que no se han escrito y que quizás ya no se escribirán".

VIII

La Facultad de Filosofía y Humanidades oía a Vicuña Mackenna y a menudo adoptaba unánimemente sus indicaciones, reconociendo el valor que éstas tenían así en los asun-

rio desde 1818 a 1824» y que habiéndose diferido su lectura para el 17 de Septiembre pasado «a fin de dar más solemnidad al acto y dejar establecida la práctica, saludable en su concepto, de que la Memoria anual se distribuya impresa en el mismo día en que se de lectura pública a su discurso preliminar», se postergó nuevamente el acto con lo que «por su parte ha llenado fielmente su compromiso, y que en consecuencia puede la Universidad dar el destino que guste a la obra que ha sido costeadada con sus fondos».

En sesión del Consejo de 28 de Noviembre del mismo año, se dió cuenta de otro oficio de Vicuña, en que solicita le sean entregados los ejemplares de su memoria correspondientes al autor, en vista de que probablemente la sesión solemne destinada a su lectura no tendrá lugar. El Consejo designó una comisión compuesta del rector y del secretario general de la Universidad para que conversase con el ministro de Instrucción Pública sobre el particular.

Evacuada la consulta, en sesión de 5 de Diciembre de 1868, el Consejo Universitario acordó, en vista de haber transcurrido con exceso el tiempo fijado para la sesión solemne y «que el autor de la obra histórica que hubiere de leerse (Vicuña Mackenna) ha manifestado últimamente algunos inconvenientes para hacer su lectura», suspender la sesión respectiva y hacer entrega al autor de los ejemplares que le correspondían.

En la memoria anual de la Universidad de Chile, presentada por el secretario general don Bernardino Opazo, en Junio de 1869, se da cuenta elogiosa de la obra de Vicuña.

(22) Manuel Rojas: *La Guerra a Muerte* (Atenea, número consagrado al centenario de Vicuña Mackenna, año 1931).

tos trascendentes como en los temas de menor importancia. Entre otros, es curioso recordar una consulta gramatical que se le hiciera y sobre la cual evacuó un informe breve y enjundioso el 14 de Agosto de 1863.

Se lee en el acta de la sesión que el Consejo Universitario celebrara el 12 de Septiembre de aquel año, el siguiente acuerdo adoptado por la Facultad: "1.º Establecer por regla general, en vista del informe que acompaña del miembro de dicha Facultad don Benjamín Vicuña Mackenna, que los nombres indígenas de lugares en que vengan las articulaciones *hua* o *gua*, se pronuncien, y por consiguiente se escriban con la letra *g*, y aquéllos en que intervengan las sílabas *hue* o *gue* con la letra *h*; sin perjuicio de las alteraciones que haya introducido o que más adelante introduzca el uso".

En sesión de 7 de Marzo del año mencionado, el Consejo Universitario acordó elevar al conocimiento del Ministro de Instrucción Pública algunas opiniones de Vicuña atinentes a la Escuela de Sordo-Mudos y a la Escuela Normal de Preceptoras.

En 1864, habiendo vacado la dirección de la Biblioteca Nacional, en sesión de 18 de Junio del Consejo, el decano de Humanidades dió el nombre de Vicuña Mackenna entre los que a su juicio podían ser designados preferentemente para desempeñarla.

De todo se ocupaba Vicuña; su cultura enciclopédica le permitía, como dijera Darío, analizar "tan sabiamente los detritus y las plantas, como los poemas y las oberturas". En el tomo XVII de los *Anales*, correspondiente al año 1865, se encuentra un informe sobre Yerba-mate chilena y una nota en que se trata de la Guillipatagua, acompañada de un informe del Dr. Rodulfo A. Philippi.

En 1878, para citar una fecha más distanciada, la Facultad a que pertenecía, a propuesta de Vicuña, resolvió adoptar como tema para el certamen de 1879 una "Historia de las campañas del Ejército libertador del Perú desde que zarpó de Valparaíso la Escuadra chilena el 20 de Agosto de 1820 hasta la batalla de Chacabuco".

IX

Vicuña Mackenna partió a Europa en busca de salud para su compañera, a fines de la administración de Pérez. De regreso, en 1871, sus ojos se volvieron de inmediato a la Universidad. El día 19 de Diciembre dió en su seno una conferencia acerca de la *Historia General de Chile*, del jesuita Diego de Rosales, cuyo manuscrito, objeto de largas negociaciones de su parte, ya que no era hombre de fortuna, había comprado al bibliófilo español don Vicente Salvá, en tres mil francos oro. Desde 1859, año en que descubriera el manuscrito durante una estada en Valencia, procuró interesar en su adquisición al fisco chileno, y para ello golpeó en balde a las puertas del Ministerio de Instrucción Pública, a las del Congreso y aún a las de la Universidad misma, siendo de advertir que el Consejo Universitario supo tomar nota de algunas indicaciones suyas al respecto, pero la dependencia económica en que la mantenía el gobierno y el escaso interés que con frecuencia manifestaba éste por las empresas de alta cultura, tornaron estéril todo esfuerzo.

En su conferencia, que fué publicada por los *Anales*, Vicuña hacía un relato pintoresco de las vicisitudes que sufriera en sus negociaciones del manuscrito de Rosales, a la vez que un profundo análisis crítico de aquél y de su importancia histórica. Las observaciones dichas llamaron la atención del mundo erudito, provocando gran interés acerca de su publicación. Esta sólo pudo realizarse más tarde, en 1877, año en que Vicuña Mackenna, de su propia cuenta y peculio, con nuevo sacrificio económico, muy frecuente en su vida por otra parte, y en rica edición ilustrada con la vida del autor y numerosas notas críticas, dió a la estampa la *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano* por otro título (23).

(23) *Historia General de el Reino de Chile, Flandes Indiano*, por el R. P. Diego de Rosales, de la Compañía de Jesús: dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España don Carlos II N. S. Publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. (Valparaíso, Imp. del Mercurio, 1877; tres volúmenes, mayor).

X

Las actividades dominantes de su vida pública le apartaron en ocasiones de la Universidad, sin que dejase de interesarse en su progreso y desarrollo ni de cooperar lo más y lo mejor posible. Vinieron los años de la transformación de Santiago, que realizara desde su cargo de Intendente, y más tarde la campaña presidencial.

Terminada que fué ésta y cerrado con ella uno de los más vergonzosos capítulos de la intervención oficial y de la burla de las garantías constitucionales realizada por los gobiernos que se sucedieron en la Moneda desde 1830 hasta 1891, Vicuña Mackenna, con desencanto de los hombres, de gobernantes y gobernados, pero firme en su empeño de servir a Chile y a su cultura, se consagró de lleno a empresas literarias, siendo ese uno de sus períodos de mayor fecundidad.

En Octubre de 1876 suscribía un informe acerca de los *Estudios sobre la literatura chilena del Coloniaje* (24), de que era autor quien había de revelarse luego como el más ilustre y fecundo de sus discípulos: don José Toribio Medina.

Se lee en el comienzo de esa pieza, escrita con el clásico donaire de que en tales documentos solía dar muestra: "Hace tres días que puse en mis manos el bedel de la Universidad un grueso volumen con ochenta pliegos de apretado manuscrito..." "Al propio tiempo recibí una nota firmada por el señor Secretario de la Facultad de Humanidades, en la cual, a nombre del señor Decano, tiene a bien encomendarme la informe sobre si el autor de la obra citada merece o nó el premio señalado para el Certamen Universitario del año último, que versa sobre la materia tratada en el mencionado manuscrito. Me apresuro, señor Decano, a cumplir el honroso encargo recibido; y pongo en ello una satisfacción especial, por cuanto es una comisión de la Facultad a la cual tengo el honor de pertenecer y de la cual durante los últimos cinco

(24) Ese informe se publicó en los *Anales de la Universidad* (año de 1877 tomo LX y año de 1933, N.º 11 de la 3.ª serie). Apareció, en tiempo, en «El Independiente» (22 de Octubre de 1876), con el título de *Los cuatro poemas épicos de Chile*, siendo reproducido por don José Toribio Medina en el tomo III de su *Historia de la literatura colonial de Chile*. Fué impreso en folleto en 1878.

años no he recibido más noticia de que existiese que la citación tardía que sus miembros solemos recibir para nombrar Decano cada dos años, o para designar de tarde en tarde un colega que no asistirá nunca a la Facultad, en reemplazo de otro que ha desaparecido de la vida sin haber asistido tampoco, por su parte, sino el día de su incorporación. Digo todo esto, señor Decano, sólo como una manifestación ingenua del interés y buena voluntad de que me hallo animado para desempeñar todas las comisiones, gratuitas que la Universidad quiera hacerme el honor de confiarme”.

Luego de asentar tales reparos a la laxitud que los trabajos académicos y las reuniones de la Facultad a que pertenecía experimentaban por esos últimos años, formula su “más completa aprobación y aplauso al notable trabajo literario que tengo ante mi vista”.

Y agrega nobles y justas razones, que muestran la misión de todo crítico en la época formadora de una literatura, especialmente cuando ésta nace y empieza a desarrollarse en medios que no ofrecen estímulos serios o que, simplemente, no ofrecen ningún género de estímulo. Y son razones dignas de larga meditación, pues en Chile y en casi toda nuestra América no han perdido aún su actualidad (25).

Analiza Vicuña Mackenna el estudio que Medina hiciera de los cuatro poemas épicos de Chile (*La Araucana*, de Ercilla; *El Arauco domado*, de Oña; *El Purén indómito*, de Alvarez de Toledo, y *El Poema inédito* de don Juan de Mendoza). haciendo reparos ligeros, en medio de elogios de tono subido y consagratorio: “Aparte, pues, de esta consideración,—expresa—o más bien, de estos escrúpulos de portada, nos complacemos en reconocer que el escritor chileno ha tratado la exposición y desarrollo, el argumento y el mérito intrínseco y literario de cada uno de aquellos poemas con un talento indisputable y con un estudio y madurez igual a la manifestación fácil y brillante de su ingenio. No excusa ningún detalle, porque no se ha evitado la fatiga de ninguna investigación. Razona con abundancia, porque ha estudiado sin pereza. Retrata y comprueba hechos dudosos o poco esclarecidos, afir-

(25) Véase Cap. IV de esta obra.

ma y rectifica nombres y fechas, da dictámenes sobre accesorios o juzga a fondo sobre los caracteres y las situaciones, porque el autor, para escribir sobre la poesía del coloniaje, ha comprendido con laudable sagacidad (no imitada por todos y en especial por la gente novel y presuntuosa de nuestra milicia literaria), que para escribir sobre los versos de épocas ya remotas, es preciso, a fin de acertar, escudriñar a fondo su historia, su sociabilidad, sus corrientes dominantes y hasta la crónica casera y la vida íntima, así de los cantores como de sus héroes, supuestos o verdaderos". Y en el final del informe: "nos es grato repetir a la Facultad, que, en nuestro humilde concepto, no sólo es digno del premio acordado para el certamen de 1876, objeto primordial del presente informe, sino que creemos que la Universidad haría un verdadero servicio a las letras nacionales y ofrecería un estímulo generoso y harto necesitado a la juventud que ama los estudios de largo y mal pagado aliento, si dispusiera por su cuenta la impresión íntegra de la obra y en una edición digna de ella".

Medina fué premiado por la primera parte de aquel libro, hoy famoso. Meses después, en sesión de 23 de Agosto de 1878, el Consejo de Instrucción Pública tomó nota de la proposición, aprobada unánimemente por la Facultad de Humanidades (26), que Vicuña hiciera en el sentido de premiar las otras partes de la obra. El Consejo escuchó el nuevo informe, redactado por Vicuña Mackenna y suscrito conjuntamente con Amunátegui el menor, resolviendo hacer entrega del premio respectivo.

Vicuña Mackenna dió así a Medina, su joven y dilecto discípulo, el supremo espaldarazo, armándolo caballero de las letras. Y Medina había de caminar por el mundo, orgulloso de aquel padrinazgo que acaso fortaleciera sus ánimos para realizar en el curso de su existencia dilatada una prodigiosa labor que colocaría su nombre entre los más ilustres de la literatura americana y su título de erudito entre los más altos que reconoce la historia mundial.

(26) En el acta respectiva se encuentra el texto de la proposición de Vicuña Mackenna: (*Anales*, tomo LIV, pág. 320).

XI

En el otoño de 1879 sobrevino la guerra del Pacífico, cuyo desarrollo absorbió sus esfuerzos conductores, que tan definitivos y trascendentes habían de ser. Empero su interés por las cosas que atañían a la Universidad permaneció vivo. "El Mercurio", vgr., en su edición del 5 de Diciembre de 1880, publicó un artículo suyo acerca de la enseñanza del derecho romano y en 1882, en "El Veintiuno de Mayo" de Iquique, se insertaron otros dos sobre economía política (sin contar *Terra Ignota* y los de la famosa polémica con Zorobabel Rodríguez). El primero se intitula: *Don Juan Gustavo Courcelle Seneuil (Su escuela y los males que ella ha causado al progreso económico del país)* (27) y el otro: *Corroboraciones (Con motivo de los males que causa al país la escuela del economista Courcelle-Seneuil)* (28).

En Abril de 1880 el Decano de Humanidades, don Francisco Vargas Fontecilla, ofició al Rector de la Universidad, transcribiendo íntegramente el acta de la sesión celebrada por la Facultad el día 7 de aquel mes, a fin de tomar acuerdos sobre una nota de Vicuña Mackenna. Fué el caso de que se había solicitado a éste, a fin de reanudar la antigua práctica universitaria de encargar la redacción de memorias históricas, el que hiciera un trabajo de tal índole (29). Cumplido el encargo con la rapidez acostumbrada, ofició dando cuenta de ello y la Facultad acordó por unanimidad elevar al Consejo la nota respectiva, para los fines de resolver sobre una publicación que "estima justa, oportuna y muy conveniente".

Entre los considerandos aducidos por la Facultad, se lee: "5.º Que algunos de estos provechosos resultados están clara-

(27) Número de 14 de Julio.

(28) Número de 27 de Julio.

(29) Decía Vicuña Mackenna en su nota: «En la última de las sesiones que celebró la Facultad de Humanidades de que es Ud. digno decano, en el pasado Diciembre, me comprometí, mediante una bondadosa indicación de Ud. a tener preparado un trabajo histórico para después del feriado, con el propósito de restituir a la Facultad su antigua y creadora cooperación en los negocios públicos del país, por el ministerio de la historia.

«He cumplido, señor decano, la palabra empeñada, y durante las horas perdidas del gran feriado legal de Febrero y del pequeño perioso de semana santa (que en el presente año han hecho confluencia) he escrito un libro que juzgo de palpitante actualidad y que lleva por título *La campaña de Paucarpata*».

mente previstos en la filantrópica petición del señor Vicuña Mackenna, de que la publicación de su libro con el plano ilustrativo se haga con fondos universitarios, en número suficiente de ejemplares para su gratuita distribución a nuestro ejército en campaña, único propósito que persigue y único premio que exige por su trabajo. No podía exigir menos, y aún llega a insinuar todavía que si resultara algún provecho pecuniario de la venta al público de algunos otros ejemplares, lo cedería gustoso a las sociedades de beneficencia organizadas para la guerra, especialmente a la denominada *Protectora*".

Se trataba de una *Historia de la campaña de Paucarpata*, en que se rememoraban hechos mal conocidos de aquella empresa militar que "sirvió de prólogo a la que tuvo definitivo y glorioso desenlace en las alturas de Yungay".

"La campaña de Yungay—expresaba Vicuña en la nota de marras—tiene por tela todo un país, y por duración, entre la partida y el regreso del ejército victorioso, un año completo de emociones. La campaña de Paucartapa duró apenas tres meses, y no alcanzó más teatro que los médanos de Quilca y la amena cuanto fatal campiña de Arequipa, al pie del Misti. La verdadera importancia del último episodio consiste en su adaptación a los días en que vivimos, por medio de asimilaciones históricas de raza y de caracteres, que palpitan todavía bajo las fojas de un proceso cuidadosamente archivado, pero no conocido, y entre las rúbricas vulgares de los escribanos". "Los acontecimientos y el estudio se han unido en consecuencia, señor Decano, para ofrecer un trabajo copioso, pero tan imparcial, íntimo y justificado como la época presente lo exige; y de tal manera, que si la docta Facultad de Humanidades se prestara a ello de buena voluntad, ese libro de referencias pudiera andar de aquí a un mes en manos de nuestros soldados, y especialmente en las carpetas de su Estado Mayor".

El Consejo resolvió que, previo acuerdo del autor y del rector, se publicase el libro en los *Anales*, lo que no se llevó a cabo, perdiéndose lastimosamente una obra de Vicuña Mackenna, pues éste no la imprimió jamás y el manusterito ha desaparecido.

XII

La conmemoración, del centenario del nacimiento de don Andrés Bello dió motivo a Vicuña Mackenna para honrar al ilustre fundador de la Universidad de Chile. Entregó a las prensas su libro: *El Tribuno de Caracas* (30), que recordaba la figura del ilustre canónigo chileno Cortés Madariaga, y por encargo de la institución habló en la romería que el 29 de Noviembre de 1881 se hiciera a la tumba de Bello. Su palabra inflamada, su amplio gesto tribunicio se armonizaron en alto tono para celebrar la obra y vida del ilustré sabio que diera a la cultura chilena las mejores actividades de su vida y de su intelecto (31).

Recordemos algunos trozos de esa oración memorable, en que los perfiles de Bello se destacan nítidos, precisos...

“Señores: para la generalidad de los hombres, don Andrés Bello pudo ser en su larga carrera un levantado prócer del saber, un espíritu superior, un profesor eximio, un sabio universal; y todo eso en verdad lo fué en grado eminentísimo.

“Mas, para aquellos que lo conocimos de cerca, en lo que podría llamarse la intimidad del respeto, para aquellos que escuchamos sus luminosas pláticas de la cátedra y del hogar, para aquellos que en la ruda enseñanza del espíritu re-

(30) *El Tribuno de Caracas. Rasgos, noticias y documentos sobre la vida del ilustre prócer chileno don José Cortés y Madariaga, escritos y datos a luz con motivo del centenario de don Andrés Bello, por B. Vicuña Mackenna.* (Edición tirada a 200 ejemplares; Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1881).

Sobre esta obra escribe Donoso en su *Vida de Vicuña Mackenna*: «*El Tribuno de Caracas* se leerá siempre como uno de los escritos más representativos del método de composición de Vicuña Mackenna, y como uno de los más seductores frutos de su exuberante y evocador estilo».

(31) La Facultad de Humanidades agradeció a Vicuña Mackenna su participación oficial en el centenario de Bello, por medio de la siguiente nota:

«Santiago, Diciembre 23 de 1881.—Cumplimos con el deber de dar a Ud. las correspondientes gracias por la buena voluntad con que Ud. se prestó a pronunciar un discurso en la tumba del señor Bello el 29 de Noviembre último, discurso que ha contribuido en gran manera a dar a las fiestas del centenario el lucimiento que correspondía a su objeto, y que felizmente han tenido.

«Aprovechamos la oportunidad para ofrecer a Ud. la expresión de nuestro mayor aprecio.—Francisco Vargas Fontecilla.—Miguel Luis Amunátegui.—Al miembro de la Facultad de Humanidades, señor don Benjamín Vicuña Mackenna».

cibimos de su indulgente juicio el primer estímulo, para esos don Andrés Bello fué algo más que un crítico, un profesor y un poeta esclarecido, porque fué el dulce, el venerado y ya extinguido tipo del "maestro" de la edad antigua.

"Don Andrés Bello enseñaba a sus discípulos, no en el aula común sino dentro de su hogar, junto a su lecho, cerca de su alma y con su alma...

"Apareció en nuestro suelo cuando la playa estaba sembrada de tinieblas y de naufragios, y como esos pilotos que la tradición gentilicia de algunas comarcas de América ha hecho nacer entre las ondas de recóndito lago, para conducir y redimir sus razas, así comenzó él en el diario, en el libro, en el laboratorio, en el firmamento, en la cartilla, en el texto y en el derecho, a formar el laborioso compaginamiento que hoy constituye el cimiento oculto y el altivo chapitel del progreso intelectual de nuestra Patria.

"A la verdad, señores, si don Andrés Bello no fué, a virtud de ésto y de la índole de su naturaleza modesta y reservada, de sus talentos de asimilación generalizadores y múltiples, un genio asombroso como Descartes, como Newton, como Pascal, como Machiavello, como Pico de la Mirándola, fué de seguro un espíritu universal y regenerador como Bacon, como Voltaire, como D'Alembert y los grandes enciclopedistas del siglo de su cuna y de su escuela.

"Porque es preciso no olvidarlo aquí para hacer cabal justicia al obrero secular.

"Don Andrés Bello, como literato y como filósofo, como legislador y como sabio, fué enciclopedista, como fué en el saber cosmopolita".

XIII

En los *Anales* se encuentran muchas otras huellas de la acción y de la labor de Vicuña en la Universidad. En el tomo XXVI, vgr., correspondiente al año de 1865, puede leerse un extenso estudio acerca de la *Historia del General Belgrano*, de su amigo Bartolomé Mitre. En el tomo LXII, año de 1882, está insertada una nota suya sobre *Trofeos de guerra*, dirigida al ministro del ramo, y en el volumen correspon-

diente al primer semestre de 1886, figura un ensayo geográfico azás interesante: *La comarca de Aconcagua*.

En Diciembre de 1877 los *Anales* y *El Ferrocarril* publicaron un informe a la Facultad de Humanidades acerca de cierto *Curso de Geografía* de don Gonzalo de la Cruz, sobre el que emitía opinión favorable, no sin condenar "el fácil favoritismo y la especulación arraigada en nuestro país en una materia tan delicada como son los textos de enseñanza, a cuyos autores suele ofrecerse, a la vez que la adopción oficial de esas obras, una especie de patente y privilegio exclusivo, que en muchos casos, me permito observarlo, no ha sido justo y menos provechoso a la juventud ni al saber" (32).

Aún podría mencionar un artículo que sobre el libro *Organización de escuelas normales*, del distinguido educador don José Abelardo Núñez, publicara en "El Mercurio" (número del 18 de Diciembre de 1883), bajo el título de *Los grandes problemas de la educación pública en Chile*. Refiriéndose a la primaria, decía en él como "en Chile la lectura y sus resultados benéficos comenzaban en la cartilla y acababan en la cartilla sin dejar nada que aprovechar más allá del dintel del pajizo rancho o cuarto redondo donde el niño suelto y transeunte había deletreado el alfabeto". Con lo que se muestra de cómo el prócer se interesó hasta la última hora de su vida, apasionadamente, en cuanto atañera a la educación y a los problemas básicos del proletariado.

XIV

Hemos dicho que los *Anales* se preocupaban frecuentemente de Vicuña Mackenna y de sus actividades, reproduciendo notas, informes, escritos originales, y dando cuenta de sus libros. Amunátegui, vgr., en artículo sobre obras chilenas y editores, anunciaba la aparición de *Al galope*, en el segundo semestre de 1884.

(32) *El estudio de la geografía moderna (Informe a la Universidad de Chile sobre un nuevo texto de enseñanza por don Benjamín Vicuña Mackenna, Miembro de la Facultad de Humanidades)*. «El Ferrocarril», número del 30 de Diciembre de 1877.

Bajo el título de *Informe universitario sobre la Geografía de don Gonzalo de la Cruz* se publicó en los *Anales* (año de 1877, tomo LII, página 774 a 785).

En nota informativa de su redacción, la revista de la Universidad decía en Julio de aquel mismo año: "Tenemos noticia que varias producciones del ilustre y ameno escritor nacional, don Benjamín Vicuña Mackenna, han merecido un lugar de preferencia entre algunos traductores extranjeros. Así, la *Historia de Valparaíso* ha sido vertida al francés; el *Francisco Moyén* al inglés; *Los Lisperguer* o sea *La Quintrala*, al alemán; y hoy un notable personaje que pertenece al cuerpo diplomático acreditado cerca de nuestro gobierno, vierte a la lengua italiana la obra titulada *Historia de la Isla de Juan Fernández*".

XV

Las relaciones de Vicuña Mackenna con la Universidad fueron escasas después de la guerra. Terminada ésta, terminada su gigantesca campaña parlamentaria junto con su mandato como Senador de Coquimbo, se retiró de la vida pública y en el amor de los libros, en la grata paz de su residencia de Santa Rosa de Colmo, sin soltar la pluma hasta el fin, vio llegar la hora del reposo, del único reposo para él posible, el 25 de Enero de 1886.

Su muerte constituyó un duelo nacional, el más auténtico duelo de la historia de Chile, el que de modo más hondo sacudiera al pueblo chileno.

A los homenajes que rindieron a su memoria todos los cuerpos y entidades del Estado, se sumó el de la Universidad de Chile.

El Consejo de Instrucción Pública, reunido en sesión el 8 de Marzo de 1886, tomó diversos acuerdos. Se lee en el acta respectiva: "El señor Rector Huneus dijo que creía cumplir con un deber estricto, pero doloroso, y estaba seguro de ser con ello el órgano fiel de los señores consejeros, lamentando la sensible pérdida que, no sólo la Universidad, sino el país entero había experimentado con el fallecimiento de un escritor tan ilustre como el señor don Benjamín Vicuña Mackenna, cuya fecundidad verdaderamente extraordinaria y cuya notable brillantez honraban tanto a Chile como a la América española.

“Agregó que, aunque el señor Vicuña Mackenna no había ejercido la enseñanza, había prestado a la Universidad importantes servicios, como escritor y como individuo de la Facultad de filosofía y humanidades.

“Concluyó proponiendo:

“1.º Que se dirigiera, a nombre del Consejo, una carta de pésame a la señora doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna; y

“2.º Que el Consejo se suscribiera con quinientos pesos para la publicación de las obras completas del insigne escritor.

“Todos los señores presentes declararon que se adherían muy sinceramente a la manifestación de duelo que el señor rector acababa de hacer, y aprobaron por unanimidad las dos indicaciones” (33).

(33) La nota dirigida por el Rector a la viuda de Vicuña Mackenna y la respuesta de doña Victoria Subercaseaux, fueron publicadas por los principales órganos de prensa de Chile, siendo la primera reproducida en la *Corona Fúnebre* de Vicuña Mackenna y la segunda en los *Anales* (año de 1886, tomo LXX, pág. 197).

Texto de ambas comunicaciones:

«Santiago, 15 de Marzo de 1886.

«Señora:

«Aunque el ilustre esposo de usted, don Benjamín Vicuña Mackenna, alcanzó a realizar un gran número de obras literarias, tan considerable que basta para comprobar una fecundidad y una laboriosidad verdaderamente prodigiosas, y para justificar la admiración de sus conciudadanos y aún de los extranjeros; sin embargo, en vista de sus relevantes y privilegiadas dotes, era seguro, que si la vida no le hubiera faltado, habría llevado a cabo, en provecho y honra de su país, obras que tenía en elaboración y en proyecto, o que seguramente habría concebido.

«Al inmenso perjuicio que el prematuro y lamentable fallecimiento del distinguido marido de usted ha ocasionado a las letras chilenas y americanas, debe agregarse el muy justificado sentimiento que ha producido la desaparición de un ciudadano eminente que poseía prendas de corazón que le habrían granjeado el afecto general.

«Los individuos del Consejo de Instrucción Pública han lamentado, pues, profundamente la pérdida del insigne literato que tanto ha contribuido al fomento de la ilustración pública, y me han encomendado tan pronto como se reunieron después de las vacaciones, durante las cuales ocurrió la sensible desgracia, el honroso, pero para mí muy triste, encargo de manifestar a usted que la acompañan sinceramente en su justo duelo.

«Al transmitir a usted el pésame de mis colegas, permítame agregar los sentimientos del mío propio y las consideraciones de respetuosa simpatía con que soy de usted, señora, muy atento y obsecuente servidor Q. B. S. P.—*Jorge Huneeus*.—*Miguel Luis Amunátegui*, secretario general.—A la señora doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna».

«Señor Rector de la Universidad de Chile.—Santiago.

Señor:

Me dirijo a Ud. para suplicarle se digne transmitir a los miembros de la Universidad de Chile mis tiernos agradecimientos por las expresiones de Iconografía de Vicuña Mackenna.

No se limitaron allí los honores rendidos por el Consejo. En sesión de 28 de Junio, cumpliendo un acuerdo anterior, don Diego Barros Arana, decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, propuso que se colocara el retrato de Vicuña Mackenna en la sala del Consejo y a costa de la corporación, aprobándose la moción en forma unánime (34).

En otra sesión se dió cuenta de haberse abierto en Santiago un establecimiento de instrucción primaria y secundaria con el nombre de *Colegio Benjamín Vicuña Mackenna*.

La Facultad de Humanidades, por su parte, en sesión de 14 de Abril, aprobó como tema del Certamen Biental próximo la biografía de Vicuña y la de otros personajes ilustres.

En los *Anales* se insertaron diversos trabajos sobre su personalidad y obra, destacándose dos ensayos bibliográficos de don Ramón Briseño.

Poco más tarde, el 1.º de Marzo de 1886, un grupo de chilenos eminentes firmaba una circular invitando a suscripción pública para dar a la estampa las obras completas de Vicuña Mackenna. "No sólo creemos rendir con esa publicación un homenaje a la memoria del eminente escritor y prestar un servicio a las letras nacionales, sino también honrar la memoria de los hombres ilustres que el historiador ha glorificado con su pluma y el valioso caudal de documentos que ha reunido en sus obras". Agregábase: "Creemos que una empresa encaminada a honrar la memoria de nuestros grandes hombres y especialmente la del grande escritor Benjamín Vicuña Mackenna, encontrará una acogida favorable y se podrá llevar a cabo en condiciones que honren también la cultura del país".

Entre otras, ilustres, esa histórica circular llevaba las firmas de los siguientes miembros de la Universidad de Chile: José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, Diego Ba-

sincera condolencia que han tenido la bondad de dirigirme, con motivo de la inmensa desgracia que me aflige.

«Soy de Ud. muy atenta S. S.—Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna.—Santa Rosa de Colmo, Abril 26 de 1886».

(34) Barros Arana había incluido su nombre en una lista de grandes servidores de la educación pública. En ella se lee: «Vicuña Mackenna, don Benjamín, miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades, escritor fecundísimo, autor de muchas obras que llevan el sello de un gran talento, y entre éstas de una notable memoria histórica presentada a la Universidad».

rros Arana, Eduardo de la Barra, Guillermo Blest Gana, Isidoro Errázuriz, Augusto Orrego Luco...

XVI

Con el correr de los años el enorme relieve chileno y americano de la figura de Vicuña Mackenna fué en aumento, pudiéndose afirmar que las perspectivas del tiempo permiten ubicarla hoy en más alto pedestal, con ser grande el otro, que el contruído por sus contemporáneos. Se ha ahondado en el estudio de su vida y de su obra como en las de ningún otro chileno, se han abierto certámenes bajo su nombre y se han escrito trabajos de valía considerable.

En esa labor ha correspondido parte principalísima a la Universidad de Chile.

Se designó como tema del Certamen Biental de 1924 una vida suya y en sesión de 15 de Diciembre de aquel año el Consejo de Instrucción Pública acordó elevar al Ministerio de Instrucción el informe presentado a la Facultad de Humanidades por su decano don Julio Montebruno y los señores José Toribio Medina y Luis A. Puga, en el que se señala para el premio *Benjamín Vicuña Mackenna, su vida y su obra*, de Ricardo Donoso. El Consejo unánimemente adoptó el parecer de la Facultad, premiando dicho trabajo y recomendando su publicación por cuenta del Gobierno.

Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, sus escritos y su tiempo, que tal es el título con que la obra de Donoso salió a la luz, en fuerte volumen ilustrado con apéndices y bibliografías, puede ser reputada entre las mejores de nuestra historiografía contemporánea. En claro y bien cuidado estilo, con riquísima documentación—que hace fundamental su consulta para todo trabajo sobre Vicuña—el autor ha estudiado la personalidad de su héroe en sus diversos aspectos, destacándose con especial relieve los capítulos consagrados al historiador, al periodista, al transformador de Santiago y al supremo conductor de la nación en los días azarosos de la guerra del Pacífico.

El premio que la Universidad de Chile concedió a este libro notable era bien merecido.

XVII

En Agosto de 1931 Chile conmemoró con grandes fiestas nacionales el centenario del nacimiento de Vicuña Mackenna. Ceremonias públicas solemnes, desfiles militares, embanderamiento de la capital, ediciones extraordinarias de los principales rotativos y revistas, veladas científicas y literarias, exposición bibliográfica en la Biblioteca Nacional de Santiago...

La Universidad de Chile se asoció de modo especial a la celebración del centenario y el día 26 de Agosto, en su Salón de Honor, se llevó a cabo la Velada Solemne acordada por el Consejo, bajo la presidencia del Ministro de Educación Pública don Pedro Godoy, del Rector don Pedro León Loyola y del secretario general don Enrique L. Marshall. Asistían los representantes del cuerpo diplomático, de las corporaciones del Estado, profesores, alumnos...

Un tono de noble severidad primó en la velada. Habló Mariano Latorre en nombre de la Universidad, Abel Valdés en el de los escritores jóvenes y Ricardo Donoso como representante de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

“La figura de Vicuña Mackenna es para todos los que deseen estudiar nuestra historia,—dijo Valdés—una fuente inagotable de enseñanzas y un misterio espiritual muy hondo”. Como en el verso de Darío, fué suya el alba de oro...

Y Donoso terminó su oración con estas palabras: “¡Veneremos y exaltemos, señores, la memoria de Vicuña Mackenna, gran escritor, gran patriota, gran servidor público, gran chileno por sobre todas las cosas, cuya vida es orgullo del pasado, ejemplo del presente, lección para el porvenir!

XVIII

Pero el mayor tributo de la Universidad de Chile en el Centenario de Vicuña Mackenna, perenne monumento erigido a su gloria, fué constituido por los dos números extraordinarios de los *Anales*, correspondientes al segundo semestre de 1931 y al primero de 1932, que bajo el título de *Homenaje a Vicuña Mackenna* fueron editados en las Prensas de la Universidad.

Significaron un homenaje máximo que la Universidad no había hecho antes a ningún otro chileno.

Los dos números especiales de los *Anales* forman el más sólido aporte de conjunto realizado para el estudio de la personalidad y la obra del grande hombre.

Para demostrarlo bastaría reproducir el sumario de ambos volúmenes.

En el tomo I (Tercero y Cuarto Trimestres de 1931), se encuentran: *La Juventud de Vicuña Mackenna*, extenso y luminoso ensayo del eminente profesor don Luis Galdames; *Las Obras de Vicuña Mackenna*, estudio bibliográfico del fecundo historiador don Guillermo Feliú Cruz, complementado con bibliografías trabajadas por don Carlos T. Vicuña; *Vicuña Mackenna y Sarmiento*, original del profesor don Gustavo Labatut Gléna.

En el tomo II (Primero y Segundo Trimestres de 1933), están incluidos: nuestro ensayo *Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos* (páginas 563 a 1010), *La Universidad de Chile y el Centenario de Vicuña Mackenna* (con los textos oficiales de los discursos de Latorre, Valdés y Donoso), y selección de opiniones bajo los títulos de *Vicuña Mackenna juzgado en el siglo XIX* y *Vicuña Mackenna juzgado por los intelectuales de 1931*, amén de una bibliografía vicuñista escrita por don Samuel Ossa Borne.

Dos años después, en sesión de 26 de Enero de 1934, el Consejo Universitario acordó la publicación de las *Obras Completas de Vicuña Mackenna*.

La Universidad de Chile cumple un alto deber, pues sirviendo con ello a la cultura continental honra un nombre que ha sido señalado por la historia entre los más grandes de América.

XI

ANECDOTARIO (*)

La Cimarra Encantada

Cuéntase que en sus días de colegial fué el prócer amigo de hacer la cimarra, vieja costumbre de los colegiales de todos los tiempos, que consiste en huir del tedio de ciertas lecciones y de ciertos maestros—era la época de los domingos con palmeta, de las solemnes azotainas, de “la letra con sangre entra”—para entretenerse con los camaradas en excursiones más gratas que la sala de clases.

Solía, cuando iba de cimarra, subir al Santa Lucía, inmenso hacinamiento de piedras lóbregas entonces y lugar frecuenta-

(*) Este anecdotario sólo constituye una recopilación parcial. La tarea de acopiar todos los episodios anecdóticos del prócer—que dejamos abierta a los investigadores vicuñistas—abarcaría un grueso volumen, o acaso más.

Fuentes principales: Las obras de Vicuña Mackenna; los recuerdos personales de doña Victoria Subercaseaux, que nos fué dado recoger durante largos años de vida familiar; los de doña Blanca Vicuña de Vergara y doña Eugenia Vicuña de Viel, y en especial los de nuestra propia madre, hija segunda del prócer; los recuerdos del general don Diego Dublé Almeida, algunos de los cuales escuchamos en la niñez; los libros y ensayos sobre el prócer; los artículos anecdóticos de algunos de sus secretarios, vg. Mauricio Cristi, Narciso Castañeda y C. Rodríguez, etc. En la *Corona Fúnebre*, publicada en 1886, se encuentran innumerables artículos recordatorios que constituyen valiosas fuentes.

Don Ramón Subercaseaux Vicuña nos había prometido escribir sus propios recuerdos sobre el maestro, pero, desgraciadamente, no alcanzó a realizar ese proyecto.

do por rateros y estudiantes, que unos y otros se trababan de cuando en vez en batallas a pedrada limpia.

Acaso fué en esos años y en esas cimarras infantiles, cuando el futuro transformador de Santiago ideó el paseo de Santa Lucía, su obra más amada, el poema de su vida...

En uno de los rincones más hermosos, en el ángulo del camino zigzagueante que lleva de la plaza Caupolicán a aquella en que se alza su sepulcro, levantó una gruta con un pequeño estanque sembrado de lotos, helechos y enredaderas, en cuyo centro hay un niño que juega y un caracol.

Púsole por nombre la Gruta de la Cimarra Encantada.

Vicuña y el Presidente Bulnes

Cierta tarde, en los comienzos de la administración Bulnes, algunos chicos que jugaban en tropel bullicioso, en una calle solitaria y todavía colonial, divisaron a un ciudadano de silueta bien conocida, alto, de prominente barriga, que marchaba con solemnidad, haciendo girar su bastón de caña de Indias.

—¿A que no le dás el *guatazo*?, dijo uno de los muchachos dirigiéndose a aquel de sus compañeros que parecía capitanearlos.

—¡Verás!, repuso el apostrofado, con los ojos chispeantes de malicia.

—¿Apostamos dos reales?

—¡Apostados!...

Y el niño, la cabellera rubia al viento, se lanzó a todo correr calle adelante, y como quien choca de casualidad, fué a embutir la cabeza en la barriga del transeunte, que estuvo en pique de irse de espaldas. Irritado el personaje, alzó su bastón con ademán amenazador. Y en medio de las risas de sus pequeños amigos, que eran hijos de obreros o de aristócratas que en bella democracia infantil se entretenían a diario, huyó el chico de la hazaña, seguido de sus compinches.

Vicuña Mackenna acababa de estrenarse en la vida política dándole un *guatazo* al Presidente de la República.

Los primeros pasos

Los *Apuntes Confidenciales* de Vicuña Mackenna arrojan mucha luz sobre sus primeros pasos.

Escribe en ellos: "1831-1839. Pasé mi niñez en Llay-Llay, en la casa que es hoy de Edwards, y era entonces una casa pajiza. Por eso han puesto mi nombre a una calle de ese pueblo.

"1840. En Agosto entré al colegio de Cueto, después de Núñez, y allí estudié latín, aritmética y gramática, saliendo mal en todos mis exámenes o casi en todos".

"Me gustaba sólo leer libros de historia, cuyos argumentos contaba a mis compañeros, y esto y charlar eran mis ocupaciones".

Su infancia debió, pues, tener los halagos de una vida patriarcal, recibiendo las lecciones libertarias de un hombre que fué revolucionario toda su vida, llevado de superior idealismo, y junto a una madre severa, si bien hondamente afectuosa y muy mujer. Los suyos, aún cuando separados del gobierno, ocupaban la más alta posición en la sociedad chilena, sin que la fortuna, mermada en luchas políticas, hiciera notar su flaqueza en la apacible existencia que llevaba la aristocracia de entonces. Ni fortuna, ni blasones, ni prejuicio alguno lo infuirían jamás, por otra parte. El trato de las viejas sirvientas, la comunidad con sus camaradas proletarios, compañeros de juegos y jugarretas y de las clásicas *cimarras* estudiantiles en el hosco Huelén, de cuyas piedras su genio haría jardines, fueron moldeando su carácter y abriéndole los ojos del espíritu hacia el ejercicio de un grande apostolado que llenaría su vivir.

Los horizontes de la tierra en que fué creciendo debieron sugerirle no poca poesía. En esos panoramas de montañas y de hondonadas, que el Aconcagua subraya con la majestad de su mole soberbia, sembrados de árboles y de jardines, con olor a humanidad que se forja en rudo trabajo, los crepúsculos ponen siempre una nota de arte delicado. Lo grande y lo pequeño se juntan. Hay belleza en cada rincón, pero esa belleza hace pagar en esfuerzo el placer que otorga. La raza habitadora ha de ser de hombres acostumbrados a conquistar

el pan y no con blandura. Pero en medio de ese llamado al esfuerzo y a la actividad creadora, cuánto material para un hombre de imaginación, cuánta sugerencia para una mentalidad poderosa!

No distante, en la otra margen del río, sus ojos podían ver las casas de Santa Rosa de Colmo, que acogerían sus días postreros. Tan próximos, como la vida y la muerte, los panoramas de sus años de comienzo y de acabo.

Completó sus estudios de Humanidades en el Instituto Nacional, en Santiago, a donde ingresó en 1847. Y se incorporó al año siguiente, cuando aún no salía de sus dieciséis años, en la Academia de Leyes de la Universidad de Chile, cuyos destinos regía el ilustre Bello.

El primer amor

A la edad de diecisiete años compuso las primeras páginas de su vida literaria. La pluma que ya nunca caería de las manos, trazaba en esas sus *Memorias Intimas*, inéditas aún, las ilusiones, los sueños y los deseos todavía confusos que llenaban su adolescencia.

Urguemos en ellas, leamos algunas líneas que muestran interesantes modalidades de su espíritu. Las primeras emociones ante la mujer que se ama y no lo sabrá nunca, los deliciosos tormentos que acompañan el despertar afectivo de las vidas apasionadas...

Dice en la página del 8 de Septiembre de 1848: "Esta noche la ví. ¡Qué linda estaba!" "Hacía tantos días que no miraba la luz de su belleza, que me estremecí de un placer delicioso, aunque rápido. ¡Ay! en un tiempo gocé a su lado todo lo que ahora sufro. En un tiempo respiraba sin zozobras su aliento purísimo y su palabra llegaba a mis oídos perfumada con el aroma de sus labios. Pero hoy, que siento arder un volcán abrasador de amor y de ternura, la dignidad y el deber me ordenan callar..."

Y en otra: "He concluído la narración de mi vida en un día. ¿Quedaría completa sin acordarme de tí? ¡Oh, amor! nadie puede gloriarse de haber triunfado de tí. Tu invencible poder me domina; y yo, que podría hablar sin rubor y estar

perpetuamente a su lado, prefiero ir a dar una mirada oculta y fugitiva por entre las rejillas de una ventana. ¡Humilde adoración de un amante sin fortuna!”

Y analiza su corazón, las inquietudes y dolores que atenean deliciosamente su sensibilidad. Más adelante lamentará el vacío de aquella pasión precoz.

“No tengo ningún motivo concreto de pesar, y, sin embargo, sufro mucho. Siento vacío el pecho de aquel corazón que antes lo llenaba por completo; ya no me turban los ojos de una bella, mi sangre circula indolente y vivo en inerte paz. Esa es una felicidad bien triste; prefiero ser desgraciado como antes, hecho de menos aquellas penas dulces y terribles que arrebatan el alma de la tierra y depuran nuestro ser de toda materia”. Penas de los diecisiete años que saturan de deliciosa ingenuidad el comienzo de una gran vida ¡toda llena de pasión!

Predestinación

Acaso por esos mismos días otro amor golpea a su espíritu, esta vez limpio de dificultades. Quiere a una joven de la cual le separarán sus pocos años y su carencia de dinero. La dama corresponde ese afecto, pero andando el tiempo obedecerá a la voz materna que la destina a ser mujer de un hombre de situación económica formada. Ese positivismo, tan burgués y tan mezquino, ha de arrancar honda protesta a su pluma: “Desde su infancia le habían enseñado que no era lícito a un puro y santo amor encender sus teas sino en un altar de oro...”.

Desahoga las tristezas de aquel desengaño en un poema que titula *Predestinación*. El dinero será para ella, pero él en sus manos retendrá la gloria.

Leamos el comienzo de ese poema de adolescencia: “¡No soy poeta de la armonía! ¡Sólo soy el triste bardo del sentimiento! Quisiera cantar alabanzas a la amada de mi corazón, pero el estro de la poesía se apaga en mis rudos labios, que no saben sino el himno de la verdad. ¡Soy también pobre! No tengo una lira de oro para mis cantares y sólo poseo mi alma entristecida, que cual el arpa de Ossian, exalta sus ron-

cos gemidos cuando la pulsa la mano temblorosa del recuerdo o de la esperanza...”.

Con todo, y sobreponiéndose a sus propios sentimientos, ve con júbilo que ella pueda ser feliz y en su *Diario* deja testimonio de las cualidades que adornan a su rival, a ese rival que ha de conducirla a un altar de oro.

Inclinaciones

El adolescente escribía en su *Diario*: “Amo la amistad de todos los corazones; es para mí una dicha tener amigos en todas partes, pero prefiero y busco con ansiedad el afecto de los que reúnen la virtud y el talento...”.

Las jornadas de un adolescente

Sus jornadas de aquellos primeros años son asombrosas. Trabaja muchas horas, pero, no contento, arranca algunas al descanso indispensable en los días mozos, “a fin de vivir cada día diecisiete o dieciocho horas, en vez de doce o catorce”. Y vivir es estudiar, laborar: ¿Qué lee? El 12 de Septiembre de 1849 dice: “Anoche leí una novelita de Florián y Piscericourt, titulada *Moltader*; hoy concluí el poema de *Napoleón en Egipto*, y *Waterloo*, ambos de Barthelemy y Merry, el *Guillermo Tell* de Florián y *La Sirviente Hábil* del mismo autor...” Y no es sólo eso. Antes de que amanezca han pasado por sus ojos *Blanco y Rojo*, comedia en tres actos, las *Cartas Inglesas* y la traducción del poema hebreo *Eliexer y Neftalí*... En su *Diario* desfilan los clásicos y los contemporáneos, arrancando a su pluma novicia acertados juicios de crítica literaria.

Una huelga universitaria

En 1849, obtenido su título de Bachiller en Leyes y Ciencias Políticas, el imberbe escritor ingresó a la Academia de Leyes y Práctica Forense. Es decir, a la Universidad de Chile.

Vicuña se entregó con entusiasmo a los estudios y no tardó en adquirir entre sus condiscípulos el natural ascendiente que siempre conquistaría su poderosa personalidad. Y como era lógico, inclinó a la mayoría en el sentido de sus propias tendencias políticas.

No tardó en presentarse la oportunidad de ponerlos a prueba.

El Gobierno designó en Julio de 1850 Ministro de Justicia a don Máximo Mujica, político obscuro y muy impopular que era regente de la Corte de Apelaciones de Santiago y presidía la Academia. Con tal motivo el director de la misma, don Juan Francisco Meneses, pretendió enviar un oficio de felicitación a Mujica, lo que de inmediato provocó resistencia entre los alumnos. Vicuña sostuvo que la nota de Meneses, hecha en nombre de la corporación, era contraria al reglamento de la misma.

Un diálogo se entabló entre impugnador e impugnado.

—¡Hola! ¿Quién es usted?

—Soy Benjamín Vicuña.

—Celebro mucho conocerlo.

—¡Yo también lo conozco demasiado, señor director!

Y como el domine se encarase más duramente, el joven repuso con aire de desafío: “¡Basta de raspas!”. Meneses le ordenó salir de la sala, preguntándole Vicuña con qué facultad podía darle tal orden. Meneses, fuera de sí, reiterósele. Y en medio de gritería general, metiéndose el sombrero hasta las orejas, el joven abandonó la estancia.

El intransigente director pidió de inmediato, al Consejo de la Universidad, la expulsión del estudiante rebelde y éste apeló ante Bello, su rector, del acuerdo provisorio que lo alejaba de la Academia.

Con ello se hizo general el descontento de los alumnos, quienes se plegaron en masa al compañero revolucionario, iniciando entusiasta agitación en todos los medios intelectuales y políticos de Santiago. Puede imaginarse el escándalo que en la pacata capital hubo de provocar la actitud de la muchachada y del caudillo que dirigía sus reivindicaciones, bien modestas todavía.

A vuelta de discusiones, de proyectos de interpelar al go-

bierno, de protesta de dómines y alumnos, el Rector Bello, que en lo hondo simpatizaba con los jóvenes, se avino a mediar, y a poco, cambiadas explicaciones entre todos, Vicuña fué admitido de nuevo en la Academia, de cuyo seno, sin embargo, no tardarían en sacarlo los acontecimientos políticos de la revolución que estaba ya en marcha.

Vicuña Mackenna y Bello

Cuando a los diecisiete años vió publicado su primer ensayo—*El Sitio de Chillán*—el joven fué a presentarlo a don Andrés Bello. El Rector de la Universidad de Chile lo acogió con su habitual benevolencia.

—Vuelva usted dentro de algunos días, a fin de poder leer en forma más detenida su trabajo, le dijo.

Y con el corazón pleno de esperanza, volvió Vicuña a casa de Bello. En su escritorio lo acogió el sabio caraqueño con la sonrisa más afable.

—Amigo mío, díjole. La lectura de su trabajo me ha producido fuerte impresión. Desde luego advertí en él unos cuantos errores gramaticales. No haga usted caso de ellos y siga adelante. Tiene usted todas las cualidades que acreditan a los escritores de porvenir. Persevere y tenga la seguridad de que ha de llegar muy lejos.

El futuro se encargaría de decir hasta qué punto era acertado aquel vaticinio. Entre tanto el joven abandonaba la casa de Bello con el alma ligera y la cabeza juvenil afiebrada por el calor de las glorias futuras.

Bello acababa de darle el supremo espaldarazo, como Miranda lo diera a Bolívar un día, en las colinas de la ciudad eterna.

El 20 de Abril de 1851

Vicuña, miembro entusiasta de la Sociedad de la Igualdad, que capitanearan hacía poco Francisco Bilbao y Santiago Arcos, ardía de impaciencia por tomar parte en la revolución que se preparaba en contra del gobierno autoritario del General Bulnes.

Así, cuando el Coronel Urriola, gallardo y mal aventurado como los hermanos Carrera, dió la señal, lanzóse a la Plaza de Armas, en donde habían acampado las fuerzas rebeldes.

“Llevaba en ese instante el caudillo del 20 de Abril,—escribe el propio Vicuña—su espada desnuda bajo el brazo, y estaba vestido como un coronel de infantería a la francesa, kepí y levita de largo faldón, pantalón grana y dos pequeñas charreteras...” Y en aquel sitio, desde donde vería pasar la oportunidad del triunfo sin asirla por su único cabello, Urriola nombró a Vicuña su ayudante de campo; y haciéndolo montar a caballo, le envió a la Penitenciaría, con orden de hacer venir un grueso destacamento del Valdivia que cumplía allí misión de custodia. “Hizo aquel servicio con tal celeridad,—recuerda—no obstante los espesos charcos de agua que recientes lluvias habían derramado en todos los barrios del sur, que una hora escasa más tarde entraba el destacamento de Videla a tambor batiente a la plaza y se incorporaba a su batallón en medio de los vivas de sus camaradas...”

Vicuña desempeñó diversas comisiones en esa dramática madrugada del día 20, entre las cuales la de llamar a don Pedro Ugarte, que era uno de los jefes. Al verlo regresar con su caballería jadeante, ejecutadas todas con buen éxito, “hízole seña el Coronel Urriola, que estaba en ese momento, en que la luz del alba empalidecía ya la de la luna, confundido entre los soldados del Valdivia, inmóviles como pardas rocas; y haciendo un gesto de marcada impaciencia, díjole sólo estas palabras: *Señor, vaya a traerme al Chacabuco*”

Era el regimiento que en vano esperó Urriola y sin cuyo concurso hubiera podido ganarse la jornada en los primeros momentos. La torpe traición del capitán José Manuel González, de dicha unidad, que estaba en secreto acuerdo con los revolucionarios, malograría en definitiva la rebelión.

“Partió el emisario a galope por las calles de la Nevería, Santo Domingo y San Antonio,—cuenta Vicuña—atravesando el río, que venía bastante crecido, junto al *Puente de Palo*. Encontró allí un oficial de Granaderos que daba de beber a su caballo, y que más feliz que él regresaba del *Chacabuco* a la Moneda con la confirmación de la lealtad de aquella tropa al gobierno”.

“Con la voz ronca de una gitación constante de varias horas, llamó aquél por la portañuela de observación que tienen ordinariamente los cuarteles, al oficial de guardia, y preséntósele por aquella abertura el rostro lívido de un individuo que con voz presurosa le dijo: —“Que no podía salir... que estaba allí su comandante...” y otras frases entrecortadas cuyo sentido no era fácil descifrar en tal momento. El hombre que así hablaba y se empeñaba en cohonestar dos traiciones a la vez, era el capitán González”.

El ayudante de Urriola “insistió en obtener una respuesta categórica, al paso que aprovechaba la tardanza en perorar a la tropa desde afuera. Oficiales y soldados se movían en revuelta confusión, cargando los últimos sus fusiles, bajo los corredores en sombra, a esa hora indecisa del alba.

“Y en esta crítica circunstancia, fué que González temiese una revelación comprometente, fué que su jefe le impartiese órdenes, vino a la puerta y en nombre de aquél invitó a entrar al persistente emisario. Apeóse éste del caballo, abrió el mismo González la puerta, y cuando iba aquél por la medianía del patio en dirección a la mayoría donde ardía una lámpara y se paseaba intranquilo el Comandante Videla Guzmán, recibió un fuerte golpe en la mano derecha con la que empuñaba una pistola, y dando González un grito al oficial de guardia Reyes Zorondo, impuso silencio a las protestas que contra su traición hacía el joven prisionero, y lo mandó arrestado con orden de hacerle fuego al menor amago de fuga o sedición”.

Condenado a muerte

Al día siguiente fué encarcelado, llevándole “como un malhechor vulgar, entre cuatro soldados del Chacabuco y un insolente cabo armado de su varilla de mimbre”. Y en el calabozo que le destinaron no tardó en ir a hacerle compañía Carrera, que había fugado después de la derrota a San Fernando, donde fué detenido. Los dos amigos saborearon durante más de dos meses largos la hiel de la prisión política.

Entre tanto la mascarada electoral se consumó y don Manuel Montt fué elegido por los electores y agentes gobiernis-

tas Presidente de la República para el período de 1851 a 56, que debía inaugurarse el 18 de Septiembre.

Pero Vicuña no permaneció inactivo y en la desnuda celda, que los primeros fríos del invierno hacían intolerable, escribió un artículo fogoso, de violentísimo ataque contra el Gobierno y su candidato oficial, que fué publicado en el "Progreso" de Santiago el 11 de Julio, con el título de *Tablas de sangre de la candidatura Montt*.

Semanas después compareció ante el Consejo de Guerra y al cabo de poco se le anunció que sería condenado a la pena de muerte.

¿Qué reflexiones amargas cruzaron su espíritu frente a la sombra del patíbulo y de los tiradores? ¿Qué sabor tenía la vida contemplada desde su celda, a punto ya de entrar en capilla? El adolescente tenía apenas diecinueve años.

Pero la Providencia vino en su ayuda.

Al atardecer del 4 de Julio dos elegantes señoras, premunidas de autorización en regla, penetraron al calabozo de Vicuña y Carrera. Media hora después y caída ya la noche salían dos señoras, cubiertas con sus capas para guarecerse del frío reinante. Un landó las aguardaba en la puerta y luego que subieron a él se puso en rápido galope por la casi desierta calle de la Nevería. Al hacer el oficial de servicio la ronda nocturna encontró en la celda a las damas visitantes... Los dos revolucionarios habían huído vestidos con los trajes que aquéllas les llevaran. Y esa noche, al saberlo, el Presidente Bulnes acaso no pudo dejar de sonreír. ¿No había fronda de amor mezclada a la pasión y a la sangre de esos días de revuelta?

Vicuña Mackenna Gobernador revolucionario de Illapel

Tan pronto como huyó de la prisión, el joven revolucionario marchó al norte, y de ahí a poco se le encomendó una importante misión de orden civil y militar, en cuyo desempeño le correspondió asumir la gobernación de Illapel, en carácter de "dictador"...

Abramos una sabrosa página de la *Historia de la Admi-*
Iconografía de Vicuña Mackenna.

nistración Montt en que refiere él mismo de qué modo fué celebrado el 18 de Septiembre de 1851 en sus dominios.

Es el caso que Su Señoría se encontraba en la obligación de presidir las fiestas de la patria, y como carecía de indumentaria, todos los ciudadanos de buena voluntad se lanzaron en busca de prendas. Un vecino listo denunció la existencia de una levita en buen estado; mandóla traer y el buen Saavedra, sastre de la localidad, ocupó toda una noche en adaptarlo al cuerpo del Gobernador.

Al día siguiente la celebración fué magnífica. "Eran las diez de la mañana del 18 de Septiembre, día claro de sol como parece de ordenanza en toda la República, cuando los alcaldes, regidores, el secretario y tesorero, procurador, etc., entraban al despacho del Gobernador y le presentaban sus manos ceñidas de blanquísimos guantes, haciéndole una cortés reverencia. El batallón cívico vestido de gran uniforme estaba formado en el patio del cuartel con la bandera desplegada, mientras las campanas de la vecina Matriz repicaban hasta trizar la torre, que no tardó, en efecto, en venir abajo poco más tarde. El regidor decano lo invitó a dirigirse al templo, porque ya se veía en la puerta al solícito párroco rodeado de sus acólitos. Envuelto en un grupo de aquellos cortesés caballeros y seguido del batallón cívico que marchaba, música a la cabeza, sirviendo de escolta de honor, atravesamos la plaza y llegamos al umbral de la Matriz. Aquí el cura, adelantándose unos cuantos pasos, se inclinó ligeramente y tomando de una caldera de plata, que llevaba un monacillo, un gran hisopo empapado de agua bendita, púsole en las manos del imberbe Gobernador. Ignorante de los usos eclesiásticos y sin el auxilio de un maestro de ceremonias, iba Su Señoría a descargar sobre el rostro del buen sacerdote un rocío bendito, cuando éste, como conteniéndole el brazo, le dijo con agrado: *¡Dígnese US. bendecir el templo!* Hecho lo cual entramos a la iglesia.

"Una doble hilera de sillones aguardaba al Cabildo y en medio de éstos, en el centro de la nave, se veía una rica po'trona de terciopelo carmesí que tenía a su frente, sobre el suelo, a la manera de alfombrilla de iglesia, un suntuoso cojín color grana guarnecido de franjas de oro. Una emoción viva agitó

todo el concurso en ese instante y mil ojos brillantes asomaron por entre los pliegues de los mantones y de los velos de encaje. Todo el mundo elegante estaba ahí y el Gobernador decididamente era el león de aquella fiesta cómico-católica. Cada uno tomó su puesto y apenas aquél ocupaba el suyo, cuando un dulzuroso sacristán presentóle un gran cirio, cubierto de una red de cintas de varios colores, que terminaba en un bouquet de flores a la manera de candileja. ¡Paciencia! pareció decir Su Señor'a y tomó el cirio, manteniéndolo en su mano hasta que concluída la función, cerca del medio día, vino el cortesano cura a tomarlo de la mano haciendo los honores de la despedida. Al salir a la puerta, el batallón disparó su tercera descarga y la ceremonia quedó concluída.

“Por la noche una inmensa muchedumbre invadió la plaza, las señoritas del pueblo concurrieron a la sala de cabildo y los fuegos artificiales se quemaron con un estrépito eminentemente revolucionario”.

Historia de un combate

La campaña militar se vió amagada por fuerzas de línea que el gobierno destacó el día 18 desde San Felipe. Vicuña tuvo noticia de su arribo e importancia sólo cuatro días más tarde, cuando se encontraban a corta distancia.

Pero a pesar de que el jefe rebelde había trabajado con tanta actividad como entusiasmo, los hacendados de provincia no le prestaron ninguna ayuda y a la postre sólo consiguió reunir ciento setenta y dos jinetes a medio armar y no más de ciento cincuenta infantes fusileros, tropa colecticia que no prometía mucho.

Y así lo demostró el bautismo de fuego de aquel pequeño ejército.

Salió Vicuña a campaña con sus hombres, prometiéndoselas muy buenas para el éxito de la causa, pero los acontecimientos no tardaron en desengañar'o.

Al amanecer del 25 de Septiembre y junto al río Illapel se trabó combate entre las tropas de Vicuña y las gobiernistas, muy superiores en número. Los esfuerzos de aquél fue-

ron infructuosos y sus soldados, voluntarios sin disciplina casi todos, acabaron dispersándose. Seguido de unos pocos fieles, se dirigió al norte, llegando tres días más tarde a Ovalle, en donde situó su cuartel general.

La revolución, para desgracia de Chile y de sus vanguardias juveniles, que soñaban entonces—¡y sueñan todavía!— con una patria grande, justa y feliz, fué derrotada al cabo de esfuerzos y de batallas tan gloriosas como estériles. Y el prócer, mohino pero sin desmayar en sus ideales, que mantuvo encendidos hasta el minuto último, vióse forzado a abandonar el país en un barco de su padre, el *Francisco Ramón Vicuña*. Comenzó el primer ostracismo.

Un romance en Estados Unidos

De Veracruz a Acapulco, camino de California.

Lleno iba de ilusión, el corazón abierto, con sed de vivir esa hora divina de su juventud que para nadie torna, esa hora que ha sonado en vano en los relojes de los más, esa breve hora cuyo recuerdo repercute siempre con la tristeza de lo no realizado o de lo poco realizado.

En la jornada aventurera lo acompañaba un muchacho yanque, y como era natural, se hicieron amigos.

Ya en su tierra, el joven Curtis le invitó a Boston y allí lo presentó a su familia, de vieja y hospitalaria cepa. Una de las hermanas, fina y agraciada, se hizo la compañera, la amiga inseparable del proscripto. Juntos recorrieron la ciudad, juntos pasaban las jornadas de esos días hermosos. Y brotó entre ellos la chispa del amor.

Pero el desterrado, que iba a forjar su personalidad en el estudio de las viejas culturas, no tenía tiempo para detenerse en el camino, ni dinero para fundar un hogar. ¿Qué podía ofrecer a la niña americana, que no fuera la nostalgia de su propia tierra? Sólo poseía la esperanza de días mejores.

Y comprendiendo su deber, preparó las maletas, dejando desvanecerse en la distancia la gracia amable de Ms. Isabella Curtis.

Roto quedaba el idilio romántico y puro, a la usanza antigua, pero no la promesa de escribirse ambos en día determinado.

Y la cumplieron, a través del tiempo, que fué el correr de sus propias vidas, el fluir de sus destinos en viaje a la eternidad. Y cada año nuevo recibía él en Santiago una carta de ella, y ella en Boston una carta de él.

Cuando Vicuña murió, en un cajón de su escritorio hallaron los familiares las últimas epístolas.

Y un día de Marzo de 1886, se anunció en la Quinta del Camino de Cintura la visita de un yanque, Mr. Ganning, que venía trayendo delicados obsequios al prócer y a su familia.

La viuda lo recibió. Era un muchacho de espléndida figura, que acababa de terminar sus estudios, y había pedido como premio el poder venir a Sudamérica y a Chile, para conocer a Vicuña Mackenna.

Los brazos de doña Victoria estrecharon con ternura maternal al hijo de Isabella Curtis.

Es un Mackenna

En Julio de 1854, durante su primer viaje por Europa, el desterrado llegó a Willville, en Irlanda. Era el término de la peregrinación romántica que imaginara en el terruño. Ahí, en el viejo castillo familiar, habitaron los Mackenna. Con el corazón estremecido golpeó la puerta de los antepasados. Acaso todo un mundo de hombres y recuerdos se agitaba en su subconsciente. La primera noche, con lunar de plenilunio, debió presenciar el desfile de los fantasmas ilustres, de las hermosas sombras de amor que pasaron su vida aguardándolo. ¿Por ventura el General Mackenna no viajaba con él? Nunca su cuerpo retornó al hogar de que saliera casi adolescente; nunca su cabeza volvió a reclinarse sobre el regazo materno, sobre aquel regazo de mujer fuerte que le había enseñado a decir "la verdad siempre he sostenido y siempre sostendré"... Su nieto volvía en su nombre...

A corta distancia del castillo ancestral habitaban los últimos herederos de la ilustre casa. Junto al umbral, los ojos que vieran partir al héroe niño para las batallas de España, acogieron con blando afecto al retoño que venía de las tierras de América. Sobre las espaldas del joven se cerraron los viejos brazos de Mrs. Leticia, hermana del General Mackenna.

Mrs. Leticia reconoció con júbilo su sangre. Era un legítimo hijo de su raza. *Oh, yes! This is a Mackenna...!*, exclamó la vieja señora, sintiendo que la presencia del mozo le sacudía de los hombros la mitad de la carga de sus años. *Oh, si! Este es un Mackenna!...*

En la prisión

Cuando a consecuencia de sus actividades democráticas y de la campaña que desarrollara en "La Asamblea Constituyente", fué reducido por segunda vez a prisión en Diciembre de 1858, lo instalaron en la Penitenciaría de Santiago, en el mismo calabozo—el número seis del primer piso—que ocupara con su amigo don José Miguel Carrera Fuentecillas a raíz de la revolución de Abril de 1851.

Escribe en su *Diario de Prisión* (14 de Diciembre): "Al instante reconocí mi cuna revolucionaria, con esa emoción mezclada de pena y de placer con que el estudiante vuelve a ver, después de una larga vacación, las paredes del aula. La rueda había dado ya una vuelta completa y me encontraba de nuevo en mi punto de partida".

Días más tarde, en audiencia del 20 de Diciembre, habló ante los jueces por espacio de media hora, con voz enérgica y corazón tranquilo. En su defensa probó, con diccionarios y autoridades, que no existía el delito de sedición de que le acusaban y que la convocatoria del Club de la Unión, que servía de base al proceso, lejos de constituir una incitación a la revuelta, era sólo un voto moral en favor de la reforma de las leyes constitucionales. Y en tocante a un su artículo, también acusado: "¿Es sedición, dijo, que los individuos se junten en asociaciones patrióticas para que sostengan esa idea (la de reformar la Constitución), para que la iluminen, para que la robustezcan? Si esto es sedición declaremos entonces el transtorno del universo moral en que vivimos".

La lógica de sus argumentos, que deshacían "la triste chicana de las argucias" jurídicas y políticas, no habría de valerle, empero, para recuperar su libertad perdida.

Siguieron las cadenas durante algunos meses, en los cuales se entretuvo leyendo y escribiendo sin descanso. Ahí, en esa

celda, fué redactado *Don Diego de Almagro*, obra notabilísima que sólo vería la luz después de su muerte. Con la pluma y el corazón ocupaba cada instante, sin tiempo de dar cabida a pensamientos lúgubres. “En la prisión también se canta y se trabaja”, diría más tarde. “Hoy encuentro que el calabozo me agrada en su soledad,—anota en su *Diario*—que me hace sentirme más libre, porque no son los fierros sino los hombres los que me encadenan. Cuando despierto por la mañana y veo desde la sombra fresca de mi celda el claro brillo del sol a través de los árboles del patio, siento siempre una emoción grata y feliz. Por lo demás el alma está habituada a los sinsabores”.

Permaneció prisionero hasta comienzos de Marzo de 1859. El día 7, a media noche, fué metido en un birlocho en compañía de los hermanos Matta y de Angel Custodio Gallo. Diéronse todos un abrazo y luego veintiocho hombres rodearon el carruaje. La triste comitiva no tardó en perderse por el camino de Valparaíso...

La odisea del Luisa Braginton

Vicuña Mackenna, en compañía de otros prisioneros, fué embarcado en el *Luisa Braginton*, capitán Guillermo Lesley, que se hizo a la mar el 10 de Marzo de 1859, con rumbo desconocido.

Cuenta Vicuña, y así fué dilucidado en Inglaterra, que el gobierno de Montt había celebrado un contrato con Lesley para llevar al prócer y a sus compañeros a un puerto de Inglaterra, mediante la suma de tres mil pesos y sujetándose a la multa de mil quinientos si no presentaba a las autoridades chilenas, en el término de ocho meses, certificado de desembarco de los prisioneros en el lugar de término, multa que no estaba sujeto a pagar en “el caso de muerte de alguno”.

“En consecuencia al anterior contrato, refiere Vicuña, el capitán de la *Luisa Braginton* había organizado convenientemente su tripulación; se había procurado armas y provisiones en la bahía de Valparaíso; las había distribuído a sus principales oficiales con órdenes precisas de usarlas contra los prisioneros, si se resistían en alta mar a ser conducidos

a Inglaterra; había apostado en el puente del buque sus propios hombres; había suscitado la animosidad de sus subalternos, de antemano, con insinuaciones odiosas..." Lesley pintaba a Vicuña y demás "como fascinerosos ordinarios, llegando hasta prohibir el que le dirigiesen la palabra, y ni aún aceptasen una sola migaja de las manos de aquéllos, porque díjoles que era muy de temer que los reos tratasen de envenenar en el alimento a la tripulación para escaparse, y por último había recibido con anticipación una guardia de las tropas del gobierno, que al tiempo de la llegada de los prisioneros se encontraba, o bien a bordo guardando las escalas del buque, o bien en botes que rodeaban a éste".

El crucero fué larguísimo y lleno de indecibles penalidades. "Nuestra vida de a bordo—escribía el joven en su *Diario*—no es muy variada: nos levantamos a las 8; almorzamos a las 10; a las dos de la tarde un vaso de limonada; comida a las cuatro; por la noche constante conversación de política, de literatura, de sociabilidad, etc., hasta las 12 ó 1". En esa nocturna tertulia estaba el único alivio, pues el alimento era harto menguado y con sazón de polilla... Vicuña se consuela de todo con su humor habitual. "La organización inglesa, aristocrática, del buque,—escribe—está basada en este pie: el capitán tiraniza al piloto, a quien detesta; el piloto riño al mayordomo; el mayordomo es un déspota para con el pobre cocinero; el cocinero se desquita con el yanqui Tom; y el yanqui se descarga con los chanchos a cuyo cuidado está".

Y he aquí de cómo el buen humor contagioso permite a los revolucionarios llenar las horas echando buquecitos de papel al mar o jugando a la rayuela.

Con el correr de los meses las molestias fueron en aumento. "El viaje que había durado más de setenta días sin novedad—se cuenta en folleto de París—tomó otro carácter en la intermediación de aquel archipiélago. El capitán se manifestaba inquieto y turbado, dormía de noche al lado del timón...". Llevaba armas y ponía centinela cerca de los camarotes. El contramaestre del buque, que era su hermano, esgrimía un revólver de seis cañones. "Los prisioneros ignoraban, sin embargo, el motivo de esta alarma, hasta que una noche el capitán se dirigió con gran vehemencia al señor Vicuña Macken-

na y le rogó le hiciera ver cuáles eran sus intenciones y las de sus compañeros, añadiendo que él sabía que se proponían fugar del buque y refugiarse en las Azores, a lo que él estaba dispuesto a oponerse a viva fuerza”.

Vicuña mostró a Lesley lo absurdo de tales sospechas, pues ellos no anhelaban sino desembarcar pronto en Inglaterra; mas aquél, insistiendo en sus alarmas y precauciones, “llegó hasta el extremo de agujerear las únicas embarcaciones de salvamento que existían a bordo del buque, y aún desgarró y adulteró las hojas del diario del piloto...”.

El 15 de Junio, después de 98 días de navegación, el *Luisa Briginton* clavó anclas en Liverpool. Vicuña se lanzó a tierra “como prisionero que huye de un maldecido calabozo”, no sin haber librado batalla con Lesley, quien a engaño pretendía conducirlos ante el cónsul chileno. El capitanejo había llevado su desvergüenza al extremo de hacer correr la voz de que traía a bordo criminales famosos, “lo que hizo agolparse a muchos curiosos, ávidos por ver a esta nueva especie de fieras sudamericanas y desconocidas todavía en los jardines zoológicos...”.

De aquel crucero, felizmente terminado a la postre de tanto sinsabor, quedó un documento interesantísimo. Es la carta en que Vicuña Mackenna daba cuenta a su primo Juanuario Ovalle de todas las malaventuras del viaje. Dice, entre otras cosas, esa carta deliciosamente escrita, que puede contarse entre las mejores páginas del humorismo chileno:

“Descripción del buque. Lo bautizamos con Custodio (1) con el nombre de *Luisa Braguetas*. Barca de 200 toneladas de registro, angosta, con 4 varas de puente libre y un hoyo en el centro de la cámara. Como cada uno de nosotros venía en cuenta de mercedería, a razón de 40 ó 50 toneladas de flete, no era extraño que cupiésemos apenas en los camarotes.

“La cámara era una sepultura de cinco a seis varas cuadradas. Se bajaba por una escala de siete gradas, de plomo resbaladizo y grasoso, que daban más arrepentimiento que los siete pecados capitales. Es necesario hacer mil gambetas

(1) Don Angel Custodio Gallo.

y torcidas para bajarla, como la *escala santa* de Poncio Pilatos: sólo los perros y los gatos la bajaban a prisa, impulsados por los puntapiés del mayordomo; también consiguió bajarla cómodamente y con rapidez un brazo de mar que se nos metió en el Cabo de Hornos, como un Niágara en miniatura. Era, además, el movimiento perpetuo descubierto, y más de una vez pensamos traerla al Instituto de Francia para reclamar el premio.

“El buque tenía todas las maneras de andar, a empujones, a brinco, de punta, de costillas, a corcovos, hasta que en la línea los perdió todos. Pero, había también una ocasión en que perdía hasta el *modo de andar*: con viento en popa!

“Al pie de la escalera había tres puertas. La primera, de la bodega, con aceite de ballena. Cada vez que se prendía éste sufríamos una verdadera fumigación, y para libertarse de nosotros, el capitán no habría tenido más que prender una caja. La segunda, olor a Judas, o a botas en la línea, era de la marinería. La tercera, era el limbo, como la primera el infierno, y la segunda el purgatorio. Vivíamos, pues, representando experimentalmente la *Divina Comedia* del Dante. El cancerbero eran los perros, y Carón el mayordomo.

“La última era un departamento como cajón o ataúd con varias grietas; en uno de estos hoyos vivía yo. A los pies un departamento de galletas fermentadas que se salen andando de sus sacos, arrastradas por los gusanos; y a la cabecera una *menagerie* de ratones musicales, que durante el viaje pasaron por todas las situaciones y estados de la vida, la juventud borrascosa, la edad viril peleadora, el matrimonio, los dolores...

“Guillermo (2) e Isaac dormían en otro (hoyo) embutido entre la bodega y el cuarto de las botas. Con esos olores la fermentación de gusanos comenzó más pronto, y Guillermo tuvo que refugiarse al llegar a la línea, debajo de la mesa.

“Esta fué nuestra morada por más de tres meses!

“Pero pasemos del dormitorio al salón, es decir, saquemos el cuerpo desde la grieta a la cámara. Esta, entre nuestros pies y la cabeza, se componía de tres pisos: primero, la bode-

(2) Don Guillermo Matta, es el primero sin duda.

ga sagrada del capitán, cerveza, tocino, mantequilla; a ella sólo bajaba el gran sacerdote del mayordomo, alumbrado por una vela. El segundo, era el piso que habitábamos en perpetua colisión y resbalones, o bien pegados unos a otros para no caernos. El tercero, en la mesa, donde habitaban nuestros estómagos, o más bien donde vagaban sombras macilentas, porque no sé si aún tenemos estómago después del viaje. Ahora estamos consagrados a crearlo de nuevo. Sobre esta mesa extendían una lona cosmopolita que llamaban mantel, y que con una fidelidad ejemplar no nos desamparó en los tres meses de viaje. Era, además, tan servicial como fiel, y junto con el servicio de mantel se prestaba para lavar los platos, limpiar la mesa, etc. Creo que una o dos veces la lavaron, pero no por aseo, sino para hacer con el agua sopa a los marineros, porque era su quintaesencia de grasa.

“La mesa estaba dividida por una rejilla de palo en siete compartimentos, de los cuales nos tocaba uno a cada uno de los comensales. Esto parecía que servía para separar la ración y las cosas de cada cual; pero, en un vaivén el asado caía dentro de la sopa, y en otro, los platos de los que estaban a babor saltaban al asiento de los de estribor.

“La operación de comer era eminentemente gimnástica. Nos asíamos como nos era posible al banco de una cuarta de ancho que rodeaba la mesa y que tenía encima un colchoncillo de hule que a cada instante se resbalaba en todas direcciones...

“Tal era la cámara. Los adornos eran sólo algunos altos relieves de millares de moseas o ratones embutidos en el alquitrán...

“¿Cómo vivíamos? A las ocho en verano y a las nueve en invierno asomábamos la cabeza para saludarnos; pero nada de “buenos días, qué tal ha pasado la noche?” sino “qué rumbo, qué viento; qué dice el John Bull; hay cabrillas o zapateo de Cádiz?”...

“El almuerzo era un pedazo de jamón perpetuo, al cual le formamos nosotros algunas cuñas mientras duraran nuestras provisiones propias.

“Pasaban seis horas entre este frugal martirio y el de la comida, que soportábamos a las cuatro. Componíase este se-

gundo ataque al estómago, de dos budines, uno de carne añeja, y otro de fruta inglesa, es decir, fruta verde conservada en aguardiente, y en medio de esta caricatura de *roast-beef* y parodia de *plum-pudding*, una sopa espesa de cualquier cosa; más claro, nos echábamos al cuerpo dos adobes y entre uno y otro, barro con paja. Con nuestra ración de tres meses pudimos construir un buen tabique...

"Las provisiones del capitán consistían, además, en dos chanchos y una docena de patos, a quienes durante mucho tiempo no conocimos más que de vista y de gritos. Había también a bordo, fuera de estos animales y de los que formaban la tripulación, dos perros y dos gatos, de los que tomábamos estricto inventario todos los días, para asegurarnos de que no habían sido servidos a la mesa. Estos perros no tenían nombre, pero proclamaban a gritos, o más bien a ladridos, que sus nombres eran Necesidad y Hambre Canina. Estos pobres brutos se mantenían sólo de memoria o de comprensión y habían llegado a convertirse en simples espíritus...

"Llevábamos también 24 gallinas, de las cuales no vimos sino los espectros. Sólo 6 de ellas fueron inmoladas a nuestra hambre; las demás se evaporaron como los gatos y fueron echadas al mar, una en pos de otra. En cuanto a los patos, conseguimos retenerlos en el mundo echándoles todos los días algún auxilio de migas o galletas mojadas. Pan no tuvimos sino a los postres del viaje; durante dos meses y medio sólo nos servían unos fragmentos amarillosos, con vetas azules de moho; el mayordomo decía que eran galletas, nosotros sosteníamos que eran riscos y los estómagos, que eran indigestiones.

"Con esta vida nos parecíamos a los discípulos del licenciado Cebra de que habla Quevedo. Para consolarnos, leíamos las bodas del rico Camacho, o hacíamos edificantes comentarios sobre los ayunos de los santos anacoretas o sobre los padecimientos de los innumerables mártires de Zaragoza. Como los alegres convidados de Béranger, no teníamos más que cantar canciones para distraer el hambre, y repetir como aquel joven de Chile en el Israel Bertuci: "*Traigan los helados y los barquillos, los barquillos y los helados*". Este estribillo fué

muy frecuente durante la calma de veintitrés días en la línea.

“En cuanto a líquido, el agua era impotable; no teníamos más vino que algunos cajones que traía Custodio, y que el capitán nos ayudaba enérgicamente a vaciar, y si no es por algunos tarros de leche que éste traía, no habríamos tenido más recurso que ordeñar la vía láctea que solíamos divisar en las noches claras...”

“Hay que agregar que todo esto era servido por el mayor-domo, un físico de ojos torcidos, que andaba siempre como el compás del buque, sin rumbo fijo. Tenía cara de dolor de estómago, y la mirada era la expresión más viva de la lepidia de calambre. Después del capitán era el hombre más importante a bordo. A menudo lo encontrábamos en animadas conferencias secretas: trataban sin duda del *estado de sitio* en que habían puesto a nuestros estómagos y de la rápida manera cómo se iba operando la *reforma de nuestra constitución*...”

Un rasgo cívico

El Capitán Lesley fué acusado ante los tribunales ingleses; para librarse de una condena cierta, el pícaro intentó transar con sus víctimas, lo que no fué aceptado. Verificóse la audiencia ante el Tribunal de Assises del condado de Lancashire, en Liverpool, Agosto de 1859.

Como el proceso había hecho gran ruido, llenando sus incidencias largas columnas de prensa, el día de la vista concurrió considerable número de curiosos. Vicuña, en perfecto inglés, hizo la defensa de sus compañeros y Lesley fué declarado culpable.

Poco después los hermanos Matta y don Ángel Custodio Gallo publicaron en París un terrible folleto político en contra del Gobierno de Montt, que Vicuña se negó a firmar.

Los móviles de su noble actitud se hallan en una carta que dirigió a sus camaradas el día 25 de Agosto, aniversario de su propio natalicio. En verdad, razones que él estimaba de patriotismo lo impulsaron a anteponer lo que creía el interés superior de su país a los justificados reñcores contra el man-

datario que de tal modo le había perseguido: “siento un escrúpulo íntimo al revelar nuestros dolores domésticos a un mundo que no nos ama, que no nos estudia, que no nos juzga sino por el alza y baja de la bolsa...” Agregaba estas nobles palabras: “yo siento que esa patria es tanto más mía cuanto más infeliz y más ultrajada la contemplo” Y aún: “Por el delito de que he sido víctima, tengo derecho a acusar al gobierno actual de Chile, y lo acuso y lo denuncio ante el mundo. Por los crímenes que se hayan cometido en nuestro suelo yo no lo acuso todavía, y yo no denunciaré jamás esa clase de crímenes fuera de los límites donde está la prueba que debe esclarecerlos, donde está la responsabilidad que los autoriza, el castigo que debe satisfacerlos”.

Vicuña Mackenna y O'Higgins

Es innecesario, para quienes algo conozcan la historia de Chile, referirse con alguna detención a las relaciones morales y afectivas que vincularon a los dos chilenos máximos, cuya vida y obra no coexistió en el tiempo.

Sería redundante buscar un paralelo para poner en relieve sus virtudes cívicas comunes. Y hasta parece superfluo recordar el *Ostracismo* y la *Vida de O'Higgins*, consagrados al estudio del Libertador. Pero puede recordarse, y eso ningún chileno debe ignorarlo, que el archivo personal de O'Higgins, que es como la documentación bautismal de la República, forma parte del Archivo Vicuña Mackenna, y que fué éste quien hizo posible la repatriación de sus restos y a su empeño se debe la estatua del vencedor de Chacabuco que se alza en la avenida de su nombre.

Cuando Vicuña luchaba en la Cámara de Diputados, en la legislatura de 1864, por el despacho de la ley reparadora en honra de don Bernardo O'Higgins, pronunció estas palabras justas (Sesión de 18 de Junio de ese año): “Ningún momento, por consiguiente, mejor elegido que el actual para llevar adelante la ley de reparación nacional que está pendiente desde 1844. Demos de ante de la América amenazada un gran ejemplo de civismo. Olvidemos querellas mezquinas y ocupémonos de honrar los manes de aquel ilustre chileno que hace

más de cuarenta años, aquí, en este preciso sitio de donde hablo, dió a los chilenos el más alto ejemplo de patriotismo de que se tenga memoria.

“No será una medida estéril en los días que corren. Será, al contrario, una especie de respuesta al insolente reto que nos llega cada día de más allá de los mares como un ultraje a nuestra dignidad o una amenaza a nuestra santa independencia. El pedestal de la estatua del General O'Higgins será el pedestal en que Chile se coloque a la altura de los destinos de gloria a que está llamado entre las naciones de América”.

Previsión

En 1865, con ocasión del conflicto de las islas Chinchas que precipitó la guerra entre Perú y España, en la que hubo de intervenir Chile, Vicuña Mackenna pronunció un extenso discurso en la Cámara sobre la necesidad de dotar a la Armada de elementos eficientes para la defensa nacional.

Dijo en ese discurso de crítica tan constructiva como sagaz: “Nos queda aún en esta triste, pero franca revista (de las naves chilenas), sólo la *Esmeralda*, que al presente es todo nuestro orgullo. La *Esmeralda* es sin duda un buque fuerte, como lo comprobó el constructor Duprat en el último reconocimiento de Huíte. *Pero su artillería es enteramente ineficaz para luchar con una simple cañonera armada según los modernos inventos.* Básteme decir que el *Maipú* podría rendir a la *Esmeralda*, sin que ésta pudiera echar en su casco una sola bala...”

Catorce años más tarde, el 21 de Mayo de 1879, la *Esmeralda* se hundía en la rada de Iquique...

Bien es verdad que desapareció con la bandera clavada en su mástil. Pero eso también lo había presagiado el patriotismo clarividente de Vicuña Mackenna.

Fortaleza de Chile

En su discurso ya aludido sobre adquisición de buques y material de guerra, se halla esta frase: “Donde Chile es fuerte, es en sus valles, en sus gargantas, en la base de esas moles

de granito a cuyo pie habitamos, y que la mano de Dios puso adentro de nuestras tierras para que nos sirvieran de inexpugnable almena. Donde Chile es fuerte, es en sus ciudades mediterráneas, que siempre serán la tumba de los soldados invasores, en sus aldeas que se cambiarían en fortalezas, en los potreros mismos de sus estancias que volverán a convertirse, como en tiempos heroicos no remotos, en palenques cerrados de gloria y libertad. Que nuestro patriotismo no nos extravíe y vayamos a caer en el lazo de una estéril jactancia nacional. La cordura fué siempre el principal timbre del patriotismo antiguo”.

Fidelidad

En otra ocasión en que el Diputado Matta intentó alguna de sus salidas de tono, durante una polémica ardiente, Vicuña hubo de aludir indirectamente a los renunciados en que ese severo personaje había caído.

Díjole el prócer: “Yo siempre he marchado por el camino que me ha fijado el horizonte de mis aspiraciones, y aún hoy ando con los mismos hombres con quienes hablé las primeras palabras de política”.

Los Maguiles

En uno de sus discursos sobre la pacificación de la Araucanía, aludiendo a la barbarie de los indios que era humano y necesario civilizar a toda costa, se refirió al Gran Maguil, el toqui sacerdote de los araucanos, considerado “como una especie de Mahoma de todas las tribus gentílicas de este y el otro lado de los Andes”. Y dijo que era un incendiario que había reducido a cenizas el pueblo de Los Angeles, ensañándose especialmente en los templos.

El diputado Gallo lo interrumpió: “Los españoles católicos, dijo, penetraron también por asalto en Roma y la saquearon e incendiaron”.

A lo que repuso Vicuña Mackenna: “Eso prueba únicamente, señor, que entre los españoles hay también muchos *Maguiles...*”

Vicuña Mackenna y los estudiantes de latín

Cuando en 1875 Vicuña emprendió su famosa cruzada en la Universidad de Chile en pro de la reforma de la enseñanza de latín, que entonces se hacía en condiciones anti-pedagógicas que la transformaban en suplicio verdadero para los estudiantes, fué indescriptible el entusiasmo de las víctimas.

Una de éstas, o mejor dicho uno de éstos, que a pesar de no ser buen latinista no carecía de ingenio, le espetó ciertas versañas que se popularizaron en esos días.

“Gracias, mil gracias, Doctor,
Doctor recién doctorado,
Poeta libertador,
de tanto martirizado...”

La letra de Vicuña Mackenna

Comenzó la letra del maestro siendo clara y hermosa en los días juveniles, para concluir en los años de madurez por hacerse ininteligible, en razón de la extraordinaria rapidez y frecuencia con que escribía. Y es de notar que rara vez usaba pluma y tinta propiamente, como no fuera para firmar su nutrida correspondencia, pues, por lo general, empleaba el lápiz.

Tan mala llegó a ser la letra que en cierta ocasión el General Dublé Almeida (1), que era muy su amigo, recibió una carta de la cual sólo podían entenderse el nombre y la dirección.

El General, que se hallaba de guarnición en Valparaíso, acudió con la carta al *Mercurio*, donde había un operario encargado especialmente de descifrar los originales de sus artículos. Examinóla largamente el obrero y concluyó por devolvérsela.

—No la entiendo, señor.

Intrigado Dublé y temiendo que se tratase de alguna petición urgente, se trasladó a Santiago, presentándose en la Quinta del Camino de Cintura.

(1) El General don Diego Dublé Almeida. En nuestra infancia escuchamos innumerables veces esta anécdota de labios del ilustre soldado, que toda la vida mantuvo un culto por la memoria de Vicuña Mackenna.

Vicuña Mackenna volvió al revés y al derecho su propia carta, y acabó respondiéndole, con su ancha sonrisa luminosa:

—Cuando la escribí, amigo, la entendíamos Dios y yo. Ahora sólo Dios puede entenderla...

Método de trabajo

Mauricio Cristi pone en boca de Vicuña Mackenna esta descripción de su método de trabajo (1):

“Así como en el correo las cartas se separan por casillas, así voy yo separando y clasificando diariamente, hora por hora, los numerosos documentos que rebusco o que me proporcionan. En una casilla pongo, por ejemplo, todo lo relativo a la Vida de O'Higgins, en otra lo de la Isla de Juan Fernández (2); aquí los papeles sobre una batalla, allá los que se refieren a una familia o individuo. Cuando la casilla está llena o las circunstancias y actualidad exigen recurrir a ella, pongo todos los documentos en orden de fecha y principio a escribir. Así se comprenderá cómo he podido escribir en tres días la Vida de O'Higgins, porque he estado reuniendo documentos durante más de veinte años”.

Los lápices del maestro

Hemos dicho que Vicuña Mackenna rara vez usaba pluma y tinta propiamente, como no fuera para firmar su nutrida correspondencia diaria, pues por lo general usaba el lápiz.

Cuando no dictaba a sus secretarios, a veces a tres simultáneamente (número que en los días de la campaña presidencial y en el período álgido de la Guerra del Pacífico llegó a cuatro), sobre distintos temas, estaba siempre con el lápiz en la mano y los tenía en profusión. En sus bolsillos, en la blusa blanca de trabajo, en la cartera...

Cuando trabajaba en su biblioteca, acompañado de algún secretario particular en el día, pues la jornada del escritor solía

(1) Mauricio Cristi: *Dos Historiadores en la Mesa*.

(2) Vicuña Mackenna acababa de terminar su *Vida de O'Higgins* y preparaba, con su acostumbrada rapidez, la *Historia verdadera de la Isla de Robinson Crusoe*, que tal es el subtítulo de *Juan Fernández*.

extenderse de alba a alba, se acomodaba ante su escritorio, que era el mismo que había pertenecido a su abuelo el General Mackenna, y sobre él, plano y enorme, colocaba los libros y los documentos en consulta.

Por delante sólo tenía un montón de carillas en blanco y un vaso pequeño, de color gris intenso (que hoy guarda el autor de estas páginas entre las reliquias que esperan la hora de ingresar al Museo Vicuña Mackenna); en ese vaso se agrupaban los lápices, cuidadosamente afilados.

Y el maestro comenzaba a llenar carillas con velocidad vertiginosa, arrojándolas al suelo a medida que las terminaba. El secretario de turno íbalas recogiendo y dándoles su número respectivo; más cuando estaba solo, se amontonaban como una masa blanca y al día siguiente, después de una noche de gran actividad, sus ayudantes se encontraban ante el complicado problema de su ordenación.

Un testamento romántico

En 1865 partió en viaje a Estados Unidos como agente confidencial de Chile, misión que tenía alcance para los países sudamericanos, y se detuvo algunos días en el Perú, teatro entonces de un vigoroso movimiento revolucionario que pronto había de triunfar. En cumplimiento de su misión, Vicuña Mackenna celebró conferencias con el Coronel Prado, resolviendo con éste las bases de la futura alianza chileno-peruana en defensa de la integridad de América; esas bases fueron ratificadas poco después en nuevas conferencias con don Domingo Santa María, agente especial en el Perú.

De acuerdo con el plan de Vicuña y Prado se pensó que la escuadra del Perú, al mando de don Lisardo Montero, debería unirse a la de Chile en aguas del Pacífico. Vicuña se embarcaría en uno de los barcos peruanos en calidad de Comisario de la República de Chile...

En la noche que precedió a la fijada para el embarco (que por impedimento de la revolución en marcha no se efectuaría), el joven Comisario redactó sus últimas disposiciones.

Vamos a reproducir algunos fragmentos de esa página que el prócer escribió entintando la pluma en su propio corazón.

“El testamento del que no deja sino la memoria de su honor y de su desinterés es bien corto. Esta cuartilla de papel es demasiado larga para contenerlo. En primer lugar, deseo que mis restos, si se encontrasen, sean sepultados en el Cementerio de Santiago, bajo una losa modesta que no contenga sino mi nombre y esta inscripción: “Murió por la libertad de su patria”.

“Lego todos mis manuscritos históricos, que comprenden más de cien volúmenes, a la Biblioteca Nacional de Santiago...

“Lego a mis padres y a cada uno de mis hermanos los libros de mi correspondencia privada, en que están las cartas que ellos mismos me han escrito, y algunos objetos de los pocos que poseo entre mis muebles.

“Deseo que mi hermano Nemesio distribuya todos mis libros entre mis amigos, haciendo lotes de ellos, y confiándolos a los que él crea conserven un grato recuerdo de mí...

“...En todo lo demás confío mi memoria a los que hayan conocido mi carácter y mi corazón, y sepan comprender los sacrificios que el amor de la patria impone a los espíritus elevados”.

La romántica página está fechada en Chincha Alta el 20 de Octubre de 1865.

Comunicaciones telegráficas

Siendo Intendente de Santiago, Vicuña Mackenna organizó una gran fiesta popular en el cerro Santa Lucía, recién transformado a la sazón, para inaugurar de modo solemne la línea telegráfica que a través de los Andes unía a Chile con la República Argentina.

La plaza Caupolicán estaba resplandeciente de banderas y asistía el gobierno en masa. Un inmenso concurso de pueblo llenaba las avenidas y sitios estratégicos, rodeando el recinto oficial.

El Intendente ordenó la transmisión de las comunicaciones chilenas a las autoridades de Buenos Aires, redactadas previa-

mente por él mismo. Y todo iba a pedir de boca, cuando cádate que su secretario se acerca con cara de entierro.

—¿Qué ocurre?

—Señor. Hay tempestad en la cordillera y no se recibe respuesta... Parece que las líneas están interrumpidas...

Vicuña entró al lugar donde trabajaban los operadores y los interrogó. Decididamente la fiesta iba a aguarse... Pero cuando reapareció, su fisonomía sonriente tranquilizó algún tanto a los Ministros y al Presidente de la República.

Se instaló ante una mesa y púsose a redactar algunas carrillas.

—¿Qué está haciendo, señor?, preguntóle el secretario.

—Las comunicaciones que los argentinos... deben dirigirnos, respondiendo a las nuestras...

—Pero...

—Hay necesidad de inaugurar el servicio y es menester que el pueblo sepa que desde Buenos Aires nos saludan cordialmente. ¿Cree usted que la mayoría de la concurrencia, en estos tiempos difíciles, no interpretaría mal lo de la interrupción? Si aquí hace un sol espléndido, ¿cómo van a creer en una tempestad en la Cordillera? Amigo, hay conveniencia americana en mantener las relaciones chileno-argentinas en el mejor pie.

Y acercándose a la concurrencia, dió lectura en voz clara y sonora a los despachos que acababa de escribir, en los cuales las autoridades transandinas saludaban al pueblo chileno y a sus dirigentes... Oyóse una enorme ovación y vivas entusiastas a Chile y Argentina...

—Pueblo de Santiago, concluyó Vicuña Mackenna, las comunicaciones telegráficas con la República hermana quedan inauguradas. ¡Ya no hay cordilleras!

Y entre los hurras de la multitud, las bandas militares rompieron con los acordes de la Canción Nacional, en medio de entusiasmo indescriptible.

Cuando días más tarde, restablecida la línea, se cambiaron realmente los mensajes telegráficos, pudo verse que los de Buenos Aires no diferían de los imaginados por Vicuña (1).

(1) Entre otras personas, esta anécdota nos ha sido referida por el ingeniero don Santiago Marín.

Los araucanos del Mapocho

En otra oportunidad el Intendente Vicuña resolvió hacer venir a la capital una delegación de indios araucanos, a fin de provocar un movimiento nacional en su favor, en pró del establecimiento de escuelas y de disposiciones legales que defendiesen mejor sus derechos amenazados de continuo por la rapiña de los blancos.

Pero las autoridades provinciales del territorio araucano no entendieron bien los deseos de Vicuña o no supieron cumplirlos, con lo que llegó el 17 de Septiembre, víspera del día fijado para la presentación pública de la embajada de Arauco, que debía tener lugar en el Cerro Santa Lucía, y los visitantes no aparecían...

Vicuña llamó al Comandante Chacón, Prefecto de Policía de Santiago.

—Búsqueme una docena de rotos macizos, que tengan la tez un poco bronceada y contrátemelos a buen precio...

—Bien, señor.

Salió Chacón camino del Mapocho y en los barrios obreros, "endieciochados", reunió un grupo de ciudadanos que le parecieron a propósito.

Encerróse con ellos el Intendente en la Quinta del Camino de Cintura, y allí los adiestró.

En la tarde del 18, ante una concurrencia entusiasta y numerosísima, pues se había hecho bastante ruido sobre los huéspedes cantados otrora por Ercilla, la embajada hizo su aparición.

Era un lucido grupo de mocetones vestidos con pintorescos atavíos, adornos de plata y plumas...

Comenzaron las pruebas y todo anduvo bien hasta que llegó el momento de iniciar la parte musical. Hizo una seña el Intendente, y su secretario, debidamente aleccionado, declaró que los indios no podían cantar, porque se habían resfriado en el camino.

Cuando más tarde se transparentó el asunto, hubo risa general en Santiago, muy explotada por los periódicos festivos,

pero Vicuña Mackenna logró su objetivo y de ahí salió la creación de algunas escuelas de primeras letras y una reglamentación más adecuada para la defensa de los derechos de los araucanos.

Una lección

En los últimos tiempos de su intendencia, observó que en una repartición de su mando los empleados no se atenían al horario de llegada con la estrictez que estimaba indispensable. Y resolvió darles una lección.

Un día fué a la oficina de marras e hizo cerrar la puerta, guardando él mismo la llave. Cuando llegó la hora de salir, se encontraron los empleados en la imposibilidad de hacerlo... y con la siguiente orden impartida por escrito: "Esta puerta no se abrirá hasta que los empleados que llegan tarde completen las horas que deben trabajar".

Vicuña Mackenna decía después que "aquél había sido un santo remedio contra los flojos".

El escudo de la monarquía española

Cuando Vicuña Mackenna iniciaba la transformación de Santiago, se encontraron algunos trozos de piedra en una casa de la calle de Huérfanos. El Intendente no tardó en descubrir que esos trozos, ajustados, componían un gran escudo español hecho en granito.

Mandó llamar al famoso tallador dalmata Andrés Staimbuk, que por ese mismo tiempo construía la Iglesia-Sepulcro del prócer en el Santa Lucía, a fin de que informara sobre el mérito del hallazgo. Presentóle éste, a poco, un dibujo, señalándole las cualidades de la obra y los defectos de que adolecía "a causa del maltrato de que había sido víctima inocente".

—"No tan inocente—le observó Vicuña, sonriendo—no tan inocente, si hemos de recordar que esto representaba la esclavitud de nuestra raza..."

El escudo "culpable" fué colocado por orden suya en la Plaza Caupolicán.

La transformación del Santa Lucía

En estilo perfecto, como si toda su vida hubiese manejado una pluma castellana, el dálmata Staimbuk refiere en estos términos la labor desarrollada por Vicuña durante los trabajos de transformación del Cerro Santa Lucía.

“Sin la fuerza de espíritu de que el señor Vicuña Mackenna dió tantas y tan elocuentes pruebas en el curso de su existencia, y sin la vara mágica con que su iniciativa decretaba obligaciones espontáneas en el seno del vecindario, habría sido imposible la transformación de aquel soberbio y audaz montón de rocas vivas en el sitio de recreo más grandioso que pudo concebir la fantasía.

“Y es de advertir aquí, que no hubo en esa empresa colosal y única en su género otro director e ingeniero en jefe que el mismo señor Vicuña, quien todo lo estudiaba y disponía, siendo el primero que al rayar el alba trepaba y recorría con juvenil agilidad las rebeldes pestañas y crestas del Huelén, y siendo el último que bajaba a la superficie de la ciudad, después de haber abierto un surco, o levantado una escala, o echado los cimientos de una plaza, o compuesto los cuadros de un jardín.

“Todos obedecían; ninguno mandaba; entendiéndose, sin embargo, que el señor Vicuña estaba siempre dispuesto a escuchar y seguir, cuando las creía buenas, todas las observaciones e indicaciones que le hiciesen sus inmediatos compañeros de trabajo.

“Ansard, Petersen, Guzmán, Henes y el que esto refiere, confundidos fraternálmente en una sola inspiración, marchábamos bajo la influencia irresistible del señor Vicuña Mackenna, haciendo contento cada cual la tarea que se nos señalaba de antemano.

“Tocó a mi brazo llevar a término la ornamentación y arreglo definitivo del antiguo castillo González; construyendo, juntamente con sus torreoncitos angulares, la gran portada de piedra y ladrillo, al frente de la cual se colocó más tarde, encontrándose allí hasta hoy, el famoso escudo español, resu-

citado por la acción ardorosa del incansable buscador de la verdad.

“Acompañando entonces al señor Vicuña Mackenna en la maravillosa transformación del Santa Lucía, séame permitido resumir ahora lo que se hizo en el histórico peñón, desde el 4 de Junio de 1872, fecha en que principiaron los trabajos, hasta el 17 de Septiembre de 1874, fecha en que el paseo, concluido en todos sus detalles, fué entregado a la Municipalidad de Santiago.

“Area total del paseo: 37,697 metros cuadrados.

“Extensión de sus caminos de carruajes: 1,293 metros longitudinales.

“Extensión de sus senderos: 800 metros.

“Extensión de sus escalas: 1,195 gradas, equivalentes a 250 metros longitudinales.

“Extensión de sus adoquinados: 500 metros cuadrados.

“Extensión de su asfalto: 6,000 metros cuadrados.

“Extensión de sus plazas, mesetas y plazuelas: 8,000 metros cuadrados.

“Extensión de sus jardines: 2,000 metros cuadrados.

“Area de sus edificios: 3,000 metros cuadrados.

“Número de sus jardines: 102.

“Número de sus jarrones de diversas clases: 416.

“Número de sus estatuas: 31.

“La obra costó 200,000 pesos, sin tomar en consideración 70,000 pesos de trabajo gratis empleado también en ella.

“No hay, sin duda, paseo alguno en el mundo, ni el de Milán, semejante al de Santiago, que se haya realizado en menos tiempo—dos años, cuatro meses, trece días—, con menos elementos y en más vastas proporciones de grandeza. No hay obra alguna de este género que tenga una historia parecida; ni puede haber paraíso terrenal comparable con el Santa Lucía, en donde los paisajes, la brisa, las flores, los árboles, el rocío de la mañana y el ambiente de la noche, los horizontes, Dios y el hombre, formen con mayor arte un conjunto armonioso que presta vigor al cuerpo, halaga los sentidos, eleva el espíritu y ennoblece el corazón”.

Llave de almas

Refería doña Emilia Santa María de Sánchez, hija del Presidente Santa María, que Vicuña Mackenna tenía una llave especial para penetrar en todas las almas, y al efecto contaba un caso.

Cuando se encontraba empeñado en la transformación de Santiago, acudió a todos los bolsillos. Hubo coöperadores generosos, como el General Prado, ex y futuro Presidente del Perú, quien cedió para las obras del Cerro Santa Lucía todos sus sueldos de General del Ejército chileno. Y hasta las gentes conceptuadas como más tacañas se dejaban abrir con la "llave" de Vicuña.

Viene aquí la anécdota de marras.

Un señor rico y muy avaro, que era gran amigo de don Domingo Santa María, andaba huyendo del Intendente, pues temía que le diera un *sablazo*. "Cuando te pille, le decía don Domingo, haciéndole sudar tinta, por lo menos te va a sacar mil pesos"...

Un día se encontraron. Tomólo de un brazo Vicuña Mackenna y tanta maña se dió y tales cosas le dijo, que el tacaño aflojó dos mil patacones...

La fuerza al servicio de la razón

En los días en que el Intendente terminaba los trabajos del Camino de Cintura, la gran avenida que hoy lleva su nombre, y estando fijada ya la fecha en que la nueva arteria debería inaugurarse, se encontraron con un obstáculo al parecer insuperable: cierto vecino recalcitrante tenía una casa que cortaba en dos la vía.

En vano Vicuña le ofreció pagarle su propiedad en dos, tres y hasta cuatro veces su valor efectivo. El individuo, testarudo como un aragonés, montóse en el macho; y como no existía ley de expropiación, el asunto parecía sin salida.

¿Qué hacer? "El interés de la colectividad, dijo el prócer, debe primar sobre los intereses particulares, y cuando los hombres no se avienen a la razón no queda otro camino que poner la fuerza al servicio de ésta".

Y una noche, en que el propietario andaba fuera de la capital, detuviéronse ante la casa de marras numerosos carretones municipales y varios equipos de obreros. Saltaron las puertas, se tomó inventario escrupuloso de los muebles y objetos, que fueron trasladados a sitio seguro, y en seguida comenzaron a funcionar las barretas...

Al amanecer estaba terminado el Camino de Cintura, cuya inauguración oficial se efectuó poco más tarde.

Tan pronto como el propietario supo lo ocurrido, denunció al Intendente ante la justicia, pidiendo que se le aplicaran tales y cuales penas.

Vicuña Mackenna reunió la Municipalidad de Santiago. "Compañeros, les dijo al terminar la exposición de los hechos, si no me queda otro camino, para defender los justos derechos de la ciudad, mal salvaguardados hasta hoy por la carencia de leyes adecuadas, iré con gusto a la cárcel"...

"Y con usted iremos todos, irá la Municipalidad en masa", le respondieron varios regidores.

Así entendía el gran chileno cómo la fuerza debía estar siempre al servicio de la razón.

Un héroe de Plutarco

Cuando el tratado de Purapel puso término al movimiento que en compañía del General Cruz había defendido durante largos meses, en 1851, don Pedro Felix Vicuña se reunió con sus hijos y les habló de esta manera: "Yo no dudo de que tendremos que pasar aún pruebas más terribles. No obstante, tantas desgracias van a fructificar entre nosotros y a preparar una revolución que regenerará nuestra sociedad..."

Comentando la nobleza de aquel acto, ha dicho el Profesor Galdames: "Dignas palabras de un héroe de Plutarco!"

Primer grito de defensa proletaria

Aludiendo a la fuerza con que actuaba en el prócer "la representación afectiva que hace sentir como propio el dolor ajeno", el Profesor Galdames dice en su libro *La Juventud de Vicuña Mackenna* (Cap. IV): "Tan natural y firme era

en el joven Vicuña ese rasgo, que ya aún antes de la adolescencia puede hallársele alguna manifestación significativa. Cuando sólo había cumplido doce años, holgaba el colegial sus vacaciones por las playas de Valparaíso, puerto donde vivían sus padres. Los cargadores del muelle, que trabajaban semi-desnudos, con el dorso al viento y al sol, le impresionaban. Semejante espectáculo está reñido con la moral, con la decencia y con el tratamiento que esos hombres merecían; era sencillamente inaceptable. Su amigo Blas Cañas, niño como él, que le acompañaba, creía lo mismo. Ambos dirigieron entonces una correspondencia a *El Mercurio* de aquella ciudad, que se publicó sobre su firma el 21 de Marzo de 1884, para protestar de ese vestigio de barbarie que repugnaba a sus sentimientos”.

El candidato de los pueblos

Todos saben qué extensión y qué intención tuvo la candidatura presidencial de Vicuña Mackenna y cómo fué el primer movimiento genuinamente popular que ha habido en Sudamérica (hablo de movimiento consciente, doctrinario y organizado). Sábese, también, cómo funcionó la máquina intervencionista montada por un gobierno que miraba con profundo menosprecio las conquistas de la democracia y qué fatales consecuencias tuvo para la República esa actitud, cuyo corolario sería más tarde la revolución constitucionalista o anti-intervencionista de 1891.

Proclamado de modo espontáneo por diversos pueblos a la vez, reunidos en cabildo abierto a la usanza de los días de la Independencia, la Convención de los Pueblos, celebrada en Santiago con representación de todas las provincias, lo designó candidato el 6 de Enero de 1876.

Y el movimiento nacional de su candidatura, que había comenzado el año anterior, se hizo desde ese momento frenético, ardido en conciencia cívica, casi irresistible. Vicuña redactó un programa en que por primera vez se hablaba a todos los chilenos en el lenguaje del progreso, cuyo avance se impone en cauces legales para no tornarse revolución. Pero ese lenguaje no había de entenderlo la oligarquía dominante, porque las

oligarquías sólo escuchan cuando las protestas se hacen motín y el motín revolución...

Vicuña Mackenna recorrió las provincias del Sur en medio de ovaciones delirantes, de ovaciones que nunca se habían oído, y el pueblo lo rodeaba y lo hacía objeto de una adhesión sin límites. Entre arcos de triunfo, bajo lluvias de flores, en medio de aplausos clamorosos realizó su gira (mas hubo también un atentado que perpetraron manos armadas por la Moneda) y al término de ella, Valparaíso y Santiago lo acogieron en una forma de que no había recuerdo en las crónicas de tres siglos. Todo eso, con su prueba documental, está referido en nuestro libro *Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos* (Capítulos LV a LIX).

Pues bien, durante la gira, en cierta importante ciudad sureña dió la sociedad un baile en su honor, con gran concurso de damas. Una de ellas, mujer de abolengos y de fortuna cuyo nombre conservamos con honda simpatía, llevada de su admiración al prócer, le presentó a sus dos hijas, niñas hermosísimas que no llegaban a la veintena de sus años, y le pidió con voz conmovida que escogiera una para tener ella la gloria de un nieto suyo... (1).

El inglesito y el candidato popular

El escritor Manuel Concha ha redactado esta anécdota, y la vamos a transcribir con sus propias palabras:

“Conocí a Benjamín Vicuña Mackenna el año 1851.

“Era un joven, al parecer de veinte años, muy blanco, sonrosado y de pelo rubio fuertemente ensortijado.

“Benjamín venía prófugo. Pesaba sobre él, según recuerdo, sentencia de muerte, por la asonada del 20 de Abril,—acontecimiento que tan magistralmente ha referido;—por este

(1) Puede esta anécdota adolecer de puerilidad para algunos, pero hemos creído necesario recogerla en este libro, porque pinta en forma muy gráfica el clima reinante durante la campaña presidencial de Vicuña Mackenna. Tienen los historiadores, en nuestro concepto, el deber de no desdeñar ningún antecedente moral que contribuya a arrojar luz sobre una época, sobre un hombre señero o sobre un acontecimiento de importancia. En estas páginas cumplimos la tarea de acumular material para futuros historiadores.

motivo guardaba absoluto incógnito, y para ello se prestaba su tipo, esencialmente inglés, en esa época juvenil, y el hablar este idioma con mucha propiedad.

“Como joven, ansiaba dar libre campo a sus sentimientos, porque aquella imaginación volcánica no se ajenía a estar encerrada entre cuatro paredes.

“Un primo, en cuya casa estaba, lo presentó a la familia de una respetable señora, en donde fué muy bien recibido, a pesar de no hablar español, pues era un inglés recién llegado.

“El *gringuito*, a poco, fué el regalón de la dueña de casa, porque se portaba como un caballerito, y esto no parecerá extraño, pues, insinuante y simpático, se hacía querer de todos los que le conocían, ya como inglés o como chileno.

“Años después, en 1870, la señora de que he hecho mención le vió, y dijo a un amigo:

“—Se parece a un *inglesito* que conocí en 1851.

“—¿Cómo se llamaba?

“—Mackenna.

“—Pues, es él mismo.

“La conversación no pasó más allá.

“Días después, Benjamín encontró a la señora en la calle y la reconoció al momento. Esta era una de las cualidades de Vicuña Mackenna: recordar la fisonomía de las personas que había conocido, aún después de muchos años.

“Se dirigió a ella y le dijo:

“—Mi señora doña Rosario ¿reconoce ahora al *inglesito*? Tal vez nó, porque está viejo y habla español.

“La señora lanzó un grito de alegría, le dió un apretado abrazo, y le respondió:

“—Y ahora el *inglesito* será pronto Presidente de la República, para gloria de Chile”.

Entusiasmo

Pasaron otros años más y el transformador de Santiago se convirtió en el Candidato de los Pueblos.

“Ya que en esta conversación de sucesos pasados—refiere Concha—se nos ha venido este recuerdo a los puntos de la pluma, diremos, sin que nadie pueda desmentirnos, que cuan-

do Vicuña Mackenna se presentó como candidato a la Presidencia de la República, jamás se vió en La Serena entusiasmo mayor.

“Cuando pisó el primer peldaño del muelle de Coquimbo, una señora desprendió de sus hombros un rico pañolón de espumilla bordado y extendiéndolo en el suelo, le dijo:

“—Aquí pisa el candidato popular, y mis brazos lo estrechan en nombre del pueblo coquimbano!

“Y, efectivamente, le dió un abrazo que Benjamín recibió conmovido. Mi amigo Isidoro Errázuriz y su compañero de entonces don Daniel Espejo, debieron presenciar esta escena, como la presenciaron diez mil almas, pues la mayor parte de La Serena se había trasladado, en trenes especiales, al vecino puerto a recibir al candidato popular”.

Frente a la intervención

Cuando, en vispera casi de las elecciones presidenciales, los atropellos sin freno del Ejecutivo llegaban a límite extremo, Vicuña Mackenna pronunció ante el Senado una de sus oraciones cívicas más ardientes. Expuso las iniquidades cometidas, habló de los obreros vicuñistas masacrados por la policía gubernamental, de las fuerzas que hacían fuego sobre el pueblo para impedir el libre sufragio; pasó en revista a los jueces corrompidos, a los funcionarios venales, a toda la in-noble camarilla de los que ultrajaban los principios básicos de la libertad y del derecho.

Dijo en ese discurso memorable, pronunciado en sesión de 16 de Junio de 1876: “Me queda todavía por formular, Excelentísimo señor, el cargo más grave y más acentuado que ha surgido en este debate y por el cual me prometo hacer especialmente responsable al Ministro del Interior, a virtud de haber sentado aquí doctrinas completamente disolventes, no sólo de la libertad electoral, sino de todas las libertades, cuando Su Señoría, en medio del magnífico silencio del Senado, hizo en esta Sala, con tono arrogante, declaraciones que equivalían a la proclamación de la ley marcial en toda la República, por lo cual Su Señoría no tuvo embarazo en calumniar

y aún afrentar el espíritu y el texto evidente de la ley electoral que nos rige.

“Sí, señor; fué magnánimo el silencio del Senado en la sesión en que el Ministro del Interior, saltando ya la última barrera del decoro, del respeto de la ley y de la conciencia pública, osó declarar en este augusto recinto, que haría ocupar militarmente todas las mesas electorales del país, lamentando no tener bastantes soldados ni bastantes fusiles para que no quedara un solo rincón del país electoral sin la custodia de las bayonetas en la jornada del 25 de Junio.

“¡Señor! Yo invoco las últimas energías adormecidas todavía en el corazón de los poderes públicos de Chile, para poner reparo y atajo a tan profundo desbordamiento de las insolentes pasiones que hoy se enseñorean sobre nuestra patria renegada, proscrita y maldecida por los mismos que la explotan y la devoran. Yo invoco en el Senado de Chile, en este gran antemural de la vieja moralidad chilena, y en este baluarte ya semi-secular de las garantías que recibimos en herencia y en depósito sagrado de nuestros mayores, yo invoco un último resto de virilidad y de protesta contra tanta desembozada y escandalosa iniquidad, contra la delincuencia arrogante de los muchos y el amparo de petulancia y orgullo que aquí se presta a los que delinquen, a los que engañan, a los que burlan la ley, a los que insultan a la República y sus santuarios de gloria, cuales son estos bancos del deber, en que nunca pasó sin castigo el baldón arrojado a la moral, a la ley y a la patria.

“El señor Ministro del Interior, por altas que sean las impunidades que lo protejan, no ha podido decir en el seno del Senado, impunemente, que según las leyes vigentes y las miras particulares del Gobierno de la República, las próximas elecciones serían confiadas sólo al filo de las bayonetas, porque para esto ha necesitado calumniar profundamente esas leyes y este país.

“¡No! La ley electoral no concede, y niega, al contrario, el uso de la fuerza armada al Gobierno usurpador, y lejos de toda flaqueza miserable, el legislador se ha preocupado de establecer infinitas precauciones de salvaguardia contra toda usurpación de la fuerza bruta.

“¡No! El país no acepta tampoco la chacota sangrienta que se le brinda, porque es preciso reconocer que si después de sesenta y seis años de ensayos de vida tranquila y de vida democrática, hemos llegado a la postre de esta administración, a la conclusión de que no es posible hacer uso del derecho del sufragio sino entre el silbido de las balas y entre las patas de los caballos de los cazadores, como lo promete Su Señoría, forzoso es reconocer que esta orgullosa tierra de Chile ha caído en fosa tan honda de podredumbre y pérdida moral, que más valdría a los hombres de corazón y de patriotismo doblar la frente al viejo yugo y vivir como los mansos, los resignados y los cobardes de otros siglos, en medio de la paz de las sepulturas, haciendo de Chile la tumba de Chile mismo”.

El honor y el deber

En otro de sus discursos sobre intervención electoral, pronunció el prócer estas palabras justas: “En la vida laboriosa y agitada que me cabe, deseo probar al país, hasta el último momento de la acción, que siempre he sostenido con el hecho mi palabra y que hay algo todavía más grande que el éxito, el honor, y algo más glorioso que el triunfo, el deber”.

Renunciación

Vamos a referir, copiándolo del Capítulo LIX de *Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos*, un rasgo del prócer que en nuestra historia sólo tuvo O'Higgins, pues por el desprendimiento y la abnegación cívica que supone, recuerda la abdicación del fundador de la República.

Debemos sí agregar que ese rasgo magnífico constituyó, acaso, en el terreno político, el mayor de los errores de su vida.

Y puede añadirse que el clima en que aquello ocurrió era el de la inmensa indignación nacional que en todo Chile y en todos los sectores sociales, incluyendo a la Iglesia, había

provocado la siniestra intervención llevada a cabo con verdaderos actos de guerra por el gobierno de Errázuriz Zañartu.

Semanas después de la elección y cuando se aproximaba el día en que debía expirar el mandato presidencial de Errázuriz, llegó a Vicuña una extraña petición de audiencia. Ciertos jefes militares solicitaban conversar con él reservadamente. Recibiólos en su casa del Camino de Cintura, en su propio dormitorio. Era un grupo selecto, en que figuraban jefes de cuerpo y oficiales altamente graduados que tendrían honrosa actuación en la guerra del Pacífico y algunos muy destacada en el período revolucionario de 1891. "Señor, le dijeron, ante la violación de la voluntad del pueblo perpetrada por S. E. el Presidente de la República en las últimas elecciones y consciente todo el ejército de que el elegido del pueblo es usted, queremos manifestarle nuestro propósito de derrocar al gobierno y de colocarlo a usted en el sillón presidencial el próximo 18 de Septiembre, a fin de que se respete la voluntad del pueblo. Señor, hemos venido a ofrecerle nuestras espadas". Vicuña Mackenna respondió sin vacilar: "Amigos míos, desde el fondo del alma yo les agradezco este ofrecimiento, tan sincero como espontáneo, pero no puedo aceptarlo. Yo que repudio la intervención civil debo también condenar la intervención militar. Ningún gobierno impuesto por la fuerza de las armas puede ser grato al corazón del pueblo. Mi sacrificio y el de mis amigos es necesario, puesto que es un mal menor. Nosotros no podemos dar un mal ejemplo. La posteridad no nos perdonaría. Respetemos el poder constituido civilmente aún cuando su origen sea espúreo y luchemos dentro de la legalidad por evitar mañana la repetición de los errores y de los crímenes cometidos hoy. Así serviremos mejor a la patria y a la América" (1).

(1) En la habitación vecina se encontraba doña Victoria Subercaseaux, quién, sin quererlo, escuchó toda la conversación. Al imponerse su marido, luego que los visitantes se hubieron retirado, hizo que ella prometiese guardar absoluto silencio sobre el particular.

En veladas familiares oímos muchas veces de labios de doña Victoria el relato de aquella entrevista y hoy, al estamparlo con escrupuloso espíritu, en este libro estrictamente documental, creemos cumplir un deber guardando los nombres de aquellos dignos jefes, que alguna vez sorprendimos a labios que ya están sellados para siempre...—(Nota de nuestro libro: *Vicuña Mackenna: Vida y Trabajos*).

Versainas populares

En las fiestas campesinas, a que el prócer solía asistir, los huasos le cantaban estas conocidas versainas, muy populares durante su campaña presidencial y en el período de la Guerra del Pacífico:

“En el fondo de la mar
suspiraba una ballena
y en el suspiro decía
¡Viva Vicuña Mackenna!

“Saben querer a su jefe
el roto y la rota chilena
y por eso es que le gritan
¡Viva Vicuña Mackenna!”

La ignorancia es atrevida

En aquellos tiempos de intervenciones políticas descaradas, en que los gobernantes convertidos en sátrapas hacían cera y pabilo de la voluntad de los ciudadanos, ocurrió que el presidente de una mesa electoral pretendió molestar al prócer, exigiéndole que firmase, pues bien podía no saber escribir.

—Soy Benjamín Vicuña Mackenna.

—Bueno, señor, pruébelo escribiéndonos algo en este registro.

Vicuña tomó la pluma y en la página que le habían señalado, puso estas palabras: “La ignorancia es atrevida”. Y firmó.

Magnanimidad

El recordado educador don Abelardo Núñez, hombre que dejó una justa reputación de laboriosidad y de amor a la enseñanza, fué muy amigo de Vicuña Mackenna y éste le abrió de par en par las puertas de su intimidad, siendo uno de los huéspedes asiduos de la Quinta del Camino de Cintura, en los

almuerzos dominicales que reunían alrededor del prócer a personalidades destacadas y a amigos modestos.

Pero en el transcurso de la campaña presidencial, Núñez se dejó llevar por una ráfaga interesada (a pesar de que no fué común el renuncio en su vida), y se dió vuelta la chaqueta, costumbre muy chilena y acaso muy humana. Olvidó con ello razones de amistad, afectos, servicios, y fué a engrosar las filas enemigas con ardor de neófito que desea hacerse perdonar antiguas devociones.

A raíz del atentado contra la vida del Candidato de los Pueblos, cometido por un agente del Gobierno, y en el cual resultó herido, se desencadenó una racha de ira popular en todo el país. Escribiéronse artículos ardientes, pronunciáronse inflamados discursos y se intentó recurrir inútilmente a la justicia. Núñez aprovechó ese momento para escribir un artículo en contra de Vicuña Mackenna, que causó la mayor indignación en los círculos vicuñistas.

Pasó la campaña. El candidato del Gobierno, impuesto por todos los medios y sin excusar ninguna irregularidad, entró a la Moneda. Y cátese que un día Domingo, el General Dublé Almeida, testigo y narrador que fué de esta anécdota (1), se encontró sentado frente a don Abelardo Núñez en la mesa de Vicuña. Atónito, y sin poder disimular su desagrado, Dublé díjole unas cuantas frescas, y a la hora de retirarse, apenas vió que se despedía, tomó su kepí y su capote militar y se lanzó detrás.

—¿Cómo se ha atrevido el miserable, dijo atajándole el paso, cómo se ha atrevido a pisar la casa de don Benjamín, después de su negra traición?...

—Núñez—contaba el General—se volvió, y ví que por sus mejillas rodaban las lágrimas en “cordón”...

—¿Quiere saber por qué he vuelto? Pues bien. Una semana después de haber entrado Pinto al gobierno, me encontré con Benjamín; pensé hacerme el desentendido y volví la cara a otro lado, pero él atravesó la calle y, tendiéndome su mano, me dijo con mucha cordialidad: —“Olvidemos lo pasado, ami-

(1) Relación hecha no pocas veces por el General don Diego Dublé Almeida. Entre los testigos que en más de una oportunidad se la escucharon, en la forma textual que se ha transcrito, se halla mi padre.

go Núñez; la política está llena de rasgos ingratos y yo conozco muy bien las debilidades de los hombres... Véngase a almorzar a casa el Domingo..." Y por eso me tiene aquí, terminó Núñez, mientras se hacía más apretado el cordón de sus lágrimas. La grandeza de alma de Vicuña Mackenna me ha atraído de nuevo y en mi devoción por él ya no habrá ninguna sombra...

Vicuña Mackenna y el Perú

Sabido de todos es el amor profundo que Vicuña Mackenna sentía por el Perú—mal correspondido después, por razones muy humanas—, amor que lo vinculó a la historia y a los hombres de la República vecina.

En Lima pasó buena parte de su segundo ostracismo, en 1860, de retorno de Europa; allí intimó con don Demetrio O'Higgins, hijo del Libertador, y preparó la vida del creador de la Escudra Libertadora en casa del historiógrafo Paz Soldán, que fué su amigo.

Por aquel tiempo escribió y publicó en la antigua corte virreinal su famoso libro *La Revolución de la Independencia del Perú*.

En vísperas de estallar la Guerra del Pacífico, hizo la biografía del Presidente Manuel Pardo, en términos de elogio cálido, imprimiéndola en pequeño volumen que hoy constituye rareza bibliográfica. Ese juicio provocó polémica con un escritor extranjero y en ella puso Vicuña nuevo derroche de peruanismo.

Y cuando vino la guerra, se produjo la ruptura de esa amistad que tenía la duración de una vida. El prócer se convirtió en el supremo conductor de Chile durante el conflicto, y a la vez que defendía los derechos nacionales en el Senado y en la calle pública, cantaba las glorias de sus héroes en la prensa, en la tribuna y en el libro. Y aquí viene decir que nunca dejó de tratar al Perú y a los peruanos con hidalguía, con generoso espíritu americanista, porque sabía que las odiosidades habían de pasar y los dos pueblos, vinculados en la memoria de O'Higgins, se unirían más tarde con lazos indestructibles.

Pero fué durante la guerra con España, en que ambos países lucharon codo a codo y corazón a corazón, cuando la adhesión de Vicuña Mackenna al Perú se hizo más ostensible. Batalló en la Cámara de Diputados porque Chile se pusiese abiertamente de su parte en el conflicto de las Islas Chinchas, provocado por el Gobierno de Isabel II, y partió en Misión a Estados Unidos, deteniéndose en Lima, donde escribió artículos y pronunció discursos de encendido americanismo. En esa oportunidad, seguramente, planteó su famoso proyecto de libertar Cuba y Puerto Rico por medio de una expedición chileno-peruana, plan que contó con el apoyo del Presidente Prado.

En su segundo discurso de adhesión al Perú en el conflicto aludido (*Discursos Parlamentarios*, Tomo I, Volumen XII de sus *Obras Completas*) se registran estas frases: “Yo bien querría, señor, desde lo más adentro de mi corazón, que el día en que el cañón de España volviese a tronar en las aguas del Pacífico, estuviesen las naves de Chile en fila de batalla con las naves peruanas, y que juntas dieran, como en pasados tiempos, prez y gloria a nuestro pabellón. Pero ya que no nos es permitido todavía ayudar al Perú con nuestras armas, ¿por qué se nos impediría prestarle nuestro socorro moral? A fé, señor, que no lo concibo”.

...“Confieso ingenuamente que al hacer la moción que recuerda los honores debidos por Chile a su más ilustre soldado (1), no sólo me movió un sentimiento de gratitud a su memoria, pues ésta vive, como se ha dicho, en el corazón de todos los americanos, sino el de levantar entre el Perú y Chile la enseña de un nombre y de una gloria que nos fuese común, con la que volviésemos otra vez a los campos de nuestra antigua alianza y de nuestros preclaros triunfos. La exhumación de esas santas cenizas no será, pues, ahora, una simple ceremonia piadosa, será el sello de la reconciliación y del pacto común de dos pueblos hermanos, que la fatalidad se empeña en dividir”.

(1)El Libertador O'Higgins.

Vicuña Mackenna y Estados Unidos

Vicuña Mackenna percibió a fondo, con la visión clara de su genio, las afinidades históricas, sociales, políticas y geográficas que habían de crear una progresiva interdependencia de los estados americanos en el proceso de su unidad. Desde su primer viaje, en 1852, pudo comprender que el centro de la democracia estaba en el país de Wáshington, y acaso adivinó que el foco máximo del movimiento democrático universal estaría ahí un día, como en toda América habrá de refugiarse en hora próxima la civilización humana.

En las páginas del *Diario de Viajes*, está el relato de sus experiencias de turista y de estudioso en el corazón del siglo XIX. Y en otro libro—*Diez meses de misión en los Estados Unidos*—se hallan estampadas otras experiencias menos gratas, que corresponden al desenvolvimiento imperialista norteamericano que culminó con el primer Roosevelt y ha encontrado su sepulturero en el segundo, creador de la política del buen vecino y ciudadano de honor del continente.

Recojamos el pensamiento principal del prócer sobre la gran nación del Norte, contenido en uno de sus discursos de adhesión al Perú en el conflicto de las Chinchas.

Llámalas ahí “nuestra república hermana, nuestra república nodriza, la patria de donde se derivan todas las conquistas de libertad y de democracia que llevamos alcanzadas y de las que esperamos todavía el fierro y el ejemplo para defender aquéllas”.

Y más adelante, dijo: “Pero al menos séame lícito recordaros en esta coyuntura que desde que los Estados Unidos fueron libres, es decir, desde que dejaron de ser el apéndice de una monarquía, nos han tendido siempre la mano del amigo y del hermano. En 1812 ellos nos enviaron la primera imprenta, en cuyos tipos brilló la temprana aurora de nuestras libertades. Ellos fueron los primeros en acreditar en nuestro suelo un agente diplomático, el Cónsul Poinsett, que se alistó como voluntario en nuestro primer ejército. Ellos suministraron al General Carrera, que llegó a sus playas pobre, pros-

erito y obscuro, una escuadrilla que valía un millón de pesos. Todos sus grandes hombres de Estado han sido los más decididos amigos de América. Maddison reconoció su Independencia. Adams se unió a Bolívar para echar las bases de la Unión Americana en el Congreso de Panamá, donde Inglaterra no tuvo más representantes que sus secretos espías. Monroe levantó sobre ambos continentes el escudo de su unión y de su fuerza en su famosa doctrina; y, por último, mientras el noble Lord John Russell, el altivo señor de la justicia internacional inglesa, nos enviaba como argumentos las baterías del Almirante Kingcome, el probo Lincoln, el presidente leñador, despachaba mensajeros amigables a cada uno de los países de la América española para cortar toda diferencia pendiente''.

Vicuña Mackenna y Argentina

Su amor profundo por todas las naciones de América es acaso la característica esencial de Vicuña. Y ese amor se singularizó en Argentina y Perú por razones de vecindad, a las que se sumaron sin duda factores sentimentales.

De regreso de su primer ostracismo residió algún tiempo en Buenos Aires, donde estrechó relaciones con Mitre, su antiguo compañero de persecuciones políticas en Chile, con Sarmiento, Gutiérrez y otros escritores eminentes. Fruto de esa estada y de su viaje por las Pampas fueron los sabrosos capítulos que dedicara a la república transandina en el *Diario de Viajes* (1).

Durante toda la vida siguió cultivando relaciones con los argentinos. Sarmiento, con quien tuvo entredichos a propósito de ese primer libro, fué más tarde, en el tiempo de la misión del prócer chileno en Estados Unidos, su más eficaz cooperador.

Cuando sobrevino el conflicto de 1878, secundado por Mi-

(1) «La Revista Americana de Buenos Aires» ha impreso en elegante edición los capítulos destinados a Argentina, que integran nutrido volumen bajo el título de *La Argentina en el año 1855*.

tre en Buenos Aires, Vicuña Mackenna, apóstol activo de la paz y de las vinculaciones chileno-argentinas, tronó en el Senado, en la prensa, en el libro. Y la paz vino.

Fué en esos días cuando los chauvinistas le llamaron "el más argentino de los argentinos".

La de aquel gran servicio americano es deuda común de nuestros países, pero la de su cálida amistad por Argentina es deuda que no ha sido saldada aún. Acaso no esté lejana la época en que se alce en alguna plaza de Buenos Aires la efigie de Vicuña Mackenna.

Visitantes gratos

Quejábase un día, conversando con Barros Arana, de las gentes que iban a quitarle tiempo a su casa o al Senado.

—Quisiera que nadie me interrumpiera en mis tareas, pero me sucede lo contrario. En esta mañana he tenido que recibir ya siete visitas...

Barros Arana le recordó una frase de Emilio Augé, quien, para librarse de importunos, puso en su puerta una plancha que decía: "El que me viene a ver me hace un honor y el que no me viene a ver me hace un favor".

—Pero es que me vienen a ver muchos pobres, repuso Vicuña, y por más que me interrumpan, no puedo dejar de recibirlos... (1).

Vicuña Mackenna en la Guerra del Pacífico

Describir la actividad desplegada por Vicuña Mackenna en la Guerra del Pacífico sería asunto de muchas páginas nutridas. No pocas le hemos dedicado ya en este libro iconográfico y algunos capítulos en el de su Vida.

Hizo día del día y de la noche, recibió y contestó millares de cartas; pronunció incontables discursos en el Congreso, en las plazas, en las calles, en los balcones de su residencia. Encabezó la oposición nacional e impuso al gobierno sus directivas, que interpretaban el sentir del pueblo y la opinión de

(1) Cristi, artículo citado.

los jefes militares. Escribió centenares de artículos, hizo en varios volúmenes la historia de la guerra y después de haber sido el caudillo de Chile, fué el cantor de las glorias nacionales, como se le llamaba popularmente en esos años.

Para ayudar a las víctimas de la guerra fundó La Protectora, sociedad encargada de acudir en socorro de las viudas y de los huérfanos durante el conflicto. De esa institución fué alma doña Victoria Subercaseaux, secundada noblemente por doña Dolores Vicuña.

Recibía a diario muchas visitas de soldados, a quienes oía con paciencia y asistía con generosidad. Preguntábales de qué regimiento eran, elogiaba a los héroes que en él se habían distinguido, y concluía dándoles algún obsequio en metálico para que bebieran a la salud de tal o cual personaje que por su mérito se hubiera distinguido en las campañas. Acaso fué a uno de esos soldados a quien dió su propio reloj de oro, no teniendo otra cosa, según en otra parte se refiere.

A justo título los soldados le llamaban el *Padre*, y algunos, con más criollismo y no menos corazón, le decían el *Taita*.

Cuando vino la paz y las tropas hicieron su entrada triunfal en Santiago, Vicuña Mackenna ocupó en compañía de sus familiares, uno de los palcos que se alzaron en el centro de la Alameda de las Delicias.

A su lado tenía una montaña de flores, como si todos los jardines de la capital se hubiesen volcado en su palco, y las iba distribuyendo entre los jefes y oficiales que habían brillado en la defensa del país; en cada compañía, por cierto, repartía coronas entre los soldados y los suboficiales que llevarán en sus cuerpos la huella tremenda de la guerra.

Después del triunfo definitivo escribió un artículo que es el mejor símbolo de su propia personalidad y del significado nacional de la contienda. Lo tituló *La Gran Victoria del Pueblo...*

Vicuña y los soldados

“Vicuña—se lee en un número de “El Ferrocarrilito”—estimulaba a los débiles, consolaba a los tristes y *democratizaba* a los grandes”.

“El magnate que visitaba la casa de Vicuña tenía que dejar en la puerta su orgullo y su vanidad.

“Hemos visto, por ejemplo, al sargento Manuel Necochea sentado a la misma mesa en que comía el General Sotomayor.

“Todos los servidores de la patria, en sus diversas esferas, eran iguales para este ser extraordinario.

“Por eso acudían a pedirle consejo y protección el indio salvaje de las seculares selvas araucanas, el barretero de las minas del árido desierto, el soldado víctima de la injusticia, y el huérfano a quien la desventura dejara aislado en el mundo.

“A todos les entendía y les hablaba en su idioma.

“¿*Mai-Mai*? (¿Cómo va?) decía a los araucanos, dando a cada uno su noble mano e invitándoles a indígena causeo bajo las añosas higueras.

“En tiempo de guerra, los soldados nunca faltaban en su quinta del Camino de Cintura y a todos les oía sus reclamos.

“Lo admirable era aquel tacto exquisito con que sabía tocar la cuerda más sensible de aquellos bravos.

“—¿De qué cuerpo son ustedes?

“—Del Atacama, señor.

“—¿Y de cuál compañía?

“—De mi capitán Torreblanca.

“—¡Ah! era un valiente. Vayan a tomar una copa por él.

“Y vaciaba sus bolsillos.

“Del fondo de los calabozos llegaban a sus oídos las súplicas de los desgraciados.

“Cuatro soldados estaban en la cárcel *por sospechas* en la desaparición de una carta del correo.

“Llega el 26 de Mayo. El cañón retruena en el Santa Lucea saludando el glorioso aniversario de la victoria del Alto de la Alianza. Los cuatro presos envían un memorial al señor Vicuña protestando de su inocencia y haciéndole presente que son vencedores de aquella batalla.

“En el acto envía una carta al juez. “Cuando nos alumbró el sol de la victoria, le dice, no es posible que cuatro valientes que contribuyeron a dárnosla, estén presos por sos-

pechas, en los mismos instantes en que se batían como leones al pie de sus banderas”.

“En el acto se da la orden de libertad y los cuatro soldados van a dar las gracias a su libertador.

“—Hijos, les dice éste, vaciando como de costumbre el bolsillo, id a beber una copa por vuestro ilustre General Baquedano”.

Vicuña Mackenna y el Regimiento Lautaro

Uno de tantos héroes de la contienda del Pacífico, cuyo nombre exhuma hoy del polvo de la muerte nuestras investigaciones iconográficas, ha descrito la formación del regimiento Lautaro.

Un grupo de jóvenes entusiastas, que deseaban ofrendar a la patria sus esfuerzos y sus vidas, decidió constituir un batallón y para ello se trasladó de Valparaíso a la capital.

“Como antiguo vicuñista—refiere don Rodolfo Concha Marín, que así se llamaba nuestro héroe—y por consiguiente gran admirador de las notables dotes que caracterizaban al ilustre Vicuña Mackenna, propuse a mis compañeros la idea de que solicitaremos el concurso de aquél para que nos representara en nuestro intento ante el supremo gobierno; y aceptada la idea por unanimidad, nos dirigimos inmediatamente de llegar a la capital a la quinta del Camino de Cintura, donde residía el venerable escritor.

“El sin igual autor del más bello paseo de Sud América, nos recibió con particular cariño y benevolencia, alabando desde el primer instante nuestros propósitos; y de tal manera los encontró hacederos y aceptables, que, después de honrarnos con un improvisado almuerzo que amenizó con su ilustrada conversación y que hizo inolvidable para sus desconocidos huéspedes por la cordialidad y cariño con que fueron atendidos, se dignó, de motu proprio, pues sólo le exigíamos una carta de introducción, acompañarnos personalmente al Ministerio.

“Al solo nombre de Vicuña Mackenna abriéronse a su paso las puertas de todos los salones de la Moneda, que recorrimos hasta llegar a la sala de despacho del señor Ministro; y sin ha-

cer la menor antesala, fuimos introducidos a presencia de este funcionario.

“Allí, Vicuña Mackenna, expresó con su inimitable lenguaje, nuestro propósito, pintó con tanto entusiasmo y tan brillantemente nuestras pretensiones, pronosticó tantas glorias para el *bravo Lautaro* como le llamara más tarde, que el Ministro Varas, después de haber recogido de nosotros datos completos sobre el asunto, concluyó manifestando a Vicuña Mackenna que en el despacho de ese día se expediría el decreto formando el anhelado batallón y que antes de cuarenta y ocho horas se nos presentaría en Valparaíso su jefe para acordar con nosotros el nombramiento de toda su oficialidad, tal y como lo habíamos solicitado.

“El Ministro Varas cumplió enteramente su palabra.

“Al siguiente día, se promulgó el decreto en que se mandaba organizar un batallón con el nombre de *Lautaro*, bajo el comando del coronel don Mauricio Muñoz.

“Este, de orden suprema, se puso de acuerdo con el comité de jóvenes ya mencionado; y la oficialidad entera de dicho batallón, excepto su segundo jefe y dos capitanes instructores, fueron designados a mayoría de votos por dicho comité, propuestos en seguida por el Coronel Muñoz al Supremo Gobierno y luego extendiéndoles por éste sus correspondientes despachos.

“Ocho días más tarde, el batallón *Lautaro* tenía completas sus seiscientas plazas, llenadas en su totalidad con repatriados del norte, gente toda cruda y avezada a las penalidades del desierto.

“Los jóvenes del comité, habían cumplido su palabra empeñada por su portavoz, el ilustre Vicuña Mackenna, al señor Ministro de la Guerra, así como éste había cumplido la suya.

“Pero aquéllos no estaban del todo satisfechos: contaban aún con nuevos brazos que deseaban servir en las filas del *Lautaro*.

“Nos reunimos nuevamente y acordamos trabajar porque se elevara a regimiento el expresado batallón, para así dar cabida el resto de los repatriados que nos asediaban.

“El comité acordó trasladarse por segunda vez a Santiago

y requerir nuevamente los servicios y patriotismo del ilustre Vicuña Mackenna.

“En efecto, así lo verificamos.

“Una segunda comisión se trasladó a Santiago, y un nuevo espléndido recibimiento nos hizo el malogrado e incomparable Vicuña Mackenna, préstandose gustoso a acompañarnos nuevamente al Ministerio.

“Veinticuatro horas más tarde, un decreto supremo declaraba regimiento al batallón *Lautaro*.

“Los servicios prestados por el regimiento *Lautaro* fueron de tal naturaleza que, antes de mucho, le habían hecho merecedor de ser elevado a cuerpo de línea.

“No hubo exploración arriesgada, no hubo asalto peligroso, no hubo acción en fin en que el Lautaro no fuera el primero entre los primeros”.

Vicuña Mackenna tribuno del pueblo

Se lee en un contemporáneo del prócer—Carlos Alvarez Pérez—cuyo nombre viene desde el silencio hasta nosotros: “Una mañana del mes de Mayo de 1879, en que el sol brillaba esplendente en un cielo que la pasada tempestad de la víspera había dejado puro como el cristal de límpidas ondas, el pueblo de Santiago se encontraba reunido al pie de la estatua de O’Higgins. Se celebraba un *meeting* en honor del combate de Iquique. La noticia, llegada la noche anterior, tenía embarcados todos los espíritus; todos los corazones palpitaban a influjo del mismo sentimiento.

“En tan solemnes momentos, Vicuña, desde las gradas del monumento, pronunció uno de los discursos más arrebatadores que jamás hayamos escuchado.

“Las palabras de su introducción suenan aún en nuestros oídos con la misma conmovedora entonación con que las pronunciara. “Quisiera, dijo, en este día en que el sol ha alumbrado tanto heroísmo, que un timbre de bronce se anidara en mi garganta, para que mi voz repercutiera del uno al otro extremo de Chile: del Loa a Magallanes”...

“El orador sufría en esos instantes una verdadera transformación. Nunca le oímos hablar más emocionado, ni su elo-

cuencia fué nunca más conmovedora. El público, entusiasmado hasta el frenesí, lo aclamaba, que no lo aplaudía.

“Entre los concurrentes, un joven estudiante, compañero nuestro, tomó desde ese momento la resolución de partir al norte. Cumplió su deseo y no tardó mucho sin que los boletines que trajeran a Santiago la noticia de la victoria de Pisagua, dieran cuenta de que el gallardo mancebo había caído como bueno al frente de los suyos!...

“¡Cuántos otros, entre los allí reunidos, no seguirían la misma gloriosa huella de nuestro compañero a virtud de aquel notabilísimo discurso!

“Vicuña Mackenna tenía cualidades de un verdadero orador: figura, acción y, sobre todo, un gran corazón fácil de impresionarse y de transmitir sus emociones.

“Y todas esas cualidades, sea como orador, sea como escritor, las aprovechó durante la guerra para excitar el patriotismo.

“Por eso lo oímos siempre, ya despidiendo los cuerpos que partían a la campaña; ya usando de la palabra en las nuevas de Angamos, de Chorrillos y Miraflores; haciendo la biografía de los muertos, pronunciando discursos fúnebres, amparando a los huérfanos, socorriendo a los inválidos; y todavía, cuando la paz hizo callar el cañón del combate y se trató de premiar a los que sobrevivieron a la destrucción y a la muerte, su voz se hizo sentir en la repartición de medallas al ejército, en un discurso que puede exhibirse como un acabado modelo en su género.

“La obra de Vicuña Mackenna durante la guerra, fué gigantesca.

“Aceleró su desenlace, favoreció la organización del ejército y fortificó el patriotismo en todos los corazones.

“Glorificada sea su memoria y que su sombra veneranda inspire a nuestros hombres públicos en circunstancias difíciles para la patria”.

Cazadores del desierto

Cuando estalló la guerra, secundado por un amigo francés, Monsieur Bouquet, Vicuña fundó en San Bernardo el

Batallón Cazadores del Desierto. Era un cuerpo que lucía hermoso uniforme con banda azul y altas botas amarillas.

El prócer, llevado de la fiebre patriótica que le quemaba cerebro y corazón, tuvo un momento la idea de ponerse él mismo a la cabeza de sus hombres, para marchar a los campos de batalla, trocando, como Círano, la pluma por la espada.

Pero sus partidarios le disuadieron, mostrándole los inconvenientes del "beau geste". Su puesto de combate estaba en Santiago.

Y en Santiago ganó la Guerra del Pacífico.

Una asonada popular

Colocado frente a Pinto y al Gobierno que querían arrastrar la marcha de las actividades bélicas, en la esperanza de una paz que no hacía sino alejarse, el Senador de Coquimbo defendió con energía su criterio de activar la guerra, llevándola a sus extremas consecuencias. Sostenía con razón que mientras más rápidas fuesen las operaciones militares, menor número de muertos habría en uno y otro campo. En último análisis, su espíritu americanista y humano le hacía ver que sólo de ese modo se lograría verdaderamente la paz.

Las ideas de Vicuña terminaron por imponerse, pero hubo escenas callejeras que produjeron alarma en el Gobierno. El pueblo, enardecido después de la toma del Rímac, invadió los alrededores de la Moneda en forma amenazadora y hubo necesidad de rogar al prócer que arengase a las masas, para aquietar un poco los ánimos encendidos. Desde lo alto de un carretón, frente al palacio, Vicuña Mackenna pronunció una emocionante arenga, pidiendo al pueblo que aguardase con fe las resoluciones gubernativas, que no podrían tener otra finalidad que la de acatar las supremas aspiraciones nacionales.

La multitud lo ovacionó clamorosamente, retirándose en orden, y cuando Vicuña iba a tomar su carruaje, un edecán se le acercó para rogarle que subiera al despacho del Presidente, quien deseaba agradecerle su actitud.

—“Dígale al señor Pinto—respondió—que nada tiene que agradecerme, pues he tomado esta actitud en beneficio de mi patria, únicamente en consideración y beneficio de mi patria”.

Buen servicio

Extrañábanse los hombres del gobierno, durante la guerra, que Vicuña Mackenna recibiese todas las noticias al mismo tiempo que llegaban a la Moneda, sin acertar a explicarse la causa. Sólo después de firmada la paz, se supo que desde el telégrafo oficial se despachaba diariamente propios a la Quinta del Camino de Cintura llevándole todos los despachos que pudieran de algún modo concernir a la defensa del país. Ese servicio patriótico y confidencial estaba organizado por don Jacinto Varas, empleado superior del Telégrafo del Estado y antiguo vicuñista.

Vicuña Mackenna agradeció en hora oportuna el desinteresado celo de que dieran tan nobles pruebas el señor Varas y sus compañeros.

Vicuña y La Protectora

Ramón Pacheco cuenta las actividades de Vicuña en La Protectora.

“Mientras todos se ocupaban del dinero, de las armas y de los soldados para la guerra; mientras todos se preocupaban del fusil que debía llevar el defensor de la patria, de la camilla que debiera ocupar cuando cayese herido, de la escuadra, del parque, hasta de los capellanes, el señor Vicuña Mackenna pensó en lo que nadie había pensado: en la esposa que iba a quedar abandonada y, próximamente, tal vez, viuda: en los hijos que iban a quedar sin apoyo, y pronto, acaso, huérfanos y desvalidos.

“Allegó su poderosa voluntad, su incesante y feliz inventiva; y La protectora se formó, sirviendo desde el primer día de paño de lágrimas a las mujeres de nuestros soldados.

“Desde ese día el señor Vicuña Mackenna fué el padre bondadoso, la Providencia incansable de una multitud que le asediaba, que le perseguía, que le buscaba por todas partes.

“En su hogar, en las puertas del Congreso, en el patio donde funcionaba la oficina de La Protectora, le rodeaban para pedirla noticias de sus maridos, para solicitar su influjo

para ésto o aquéllo, para que les socorriese con algún dinero, hasta para que *les escribiese una cartita para el norte*.

“Y el señor Vicuña Mackenna, que en ese tiempo asistía diariamente al Congreso, que escribía para *El Mercurio*, para *El Nuevo Ferrocarril* y para *El Veintiuno de Mayo*, y sus grandes obras *Las dos Esmeraldas* y la *Historia de la Guerra* más tarde, encontraba tiempo para escuchar tantas demandas, para ir personalmente donde los jefes de los cuerpos, a empeñarse por tal o cual soldado, y hasta para escribir él mismo, con su letra que debía dar buenas fatigas al que las recibiera, las cartas que las desoladas esposas querían enviar a sus maridos.

“La multitud de hombres, mujeres y niños que le buscaban y asediaban a toda hora, le hizo, al fin, señalar la oficina de La Protectora para oír las solicitudes y demandas de todos.

“Allí le acompañamos durante mucho tiempo y entonces pudimos admirar su caudal inagotable de paciencia y amor hacia el desvalido.

“Nuestro pueblo es rudo, y cuando está acosado por la necesidad es hasta agresivo. Llegaban allí, como hemos dicho, todas las solicitudes, todas las quejas, todos los deseos y todos los reclamos. Ante esa ruda gente, el señor Vicuña Mackenna era el encargado para remediar todas sus necesidades, para aliviar todas sus penas, para deshacer, en una palabra, todos los entuertos que sus padres, maridos, hermanos (y sobre todo el Gobierno que nada había organizado para atenderlas) les habían causado. Por tal causa llegaban allí las esposas que no tenían mesada, la madre abandonada por el hijo, la mujer postergada por la patria, la que tenía un reclamo que hacer, la que tenía una necesidad que llenar, la que, en fin, tenía noticias o datos que solicitar. Llenábase el salón, colmábase el patio de la antigua oficina de vacuna, donde hoy se levanta el nuevo edificio de correos, y fué necesario hacer una sólida baranda para cubrir la puerta, a fin de que se nos dejara donde respirar.

“Llegada la hora, los que ayudábamos al señor Vicuña en aquella audiencia especialísima, perdíamos la cabeza y no po-

díamos recibir sin impacientarnos, el torrente de importunidades y majaderías de aquella pobre gente.

“Sólo el señor Vicuña Mackenna permanecía sereno, risueño, afable, oyéndolas a todas y dando a unas noticias, a otras un consejo, a éstas un consuelo, a ésas un socorro de su escaualido bolsillo, a aquéllas el dato que le pedían y que sólo él por su prodigiosa memoria podía darles. Centenares de desgraciados salían diariamente de aquella oficina atendidos, socorridos o consolados.

“Y después de aquella tarea, abrumadora para todo otro hombre que no fuera el señor Vicuña Mackenna, éste quedaba ágil, animoso, contento y comunicativo, trabajando todavía con sus cartas, con sus recomendaciones, con cuanto alcanzaba su inteligencia y su poder, en favor de los desgraciados que acudían a él como ávida langosta a verde y frondoso vallado.

“Fué debido a su acuerdo, a su súplica como presidente de La Protectora, que el Gobierno exonerara del franqueo la correspondencia dirigida y mandada por el ejército; fué merced a él que en la misma sociedad se acordara recibir y enviar periódicamente a los soldados las encomiendas, recuerdos carísimos de la familia para el que lejos de ella y de la patria sufría la monótona y pesadísima vida de campaña. Fué, en fin, debido a su amor hacia los soldados, a su compasión hacia las familias de éstos, que agrupó a su alrededor a unos cuantos hombres de buena voluntad, y pudo establecer una de las instituciones que más importantes servicios prestó al ejército y al país”.

Bondad de alma

Vicuña Mackenna era de aquéllos que nunca arma la desconfianza ante la miseria o el dolor de los hombres; y era fácil por eso que le engañasen los pícaros o los vencidos de la vida, a quienes el ser pícaros puede perdonarse.

“Conocemos — apunta el novelista Ramón Pacheco — muchos casos de personas que con el velo de la honradez y bajo la capa de la amistad, burlaron su confianza y su buena fe; pero nos limitaremos a citar un hecho que presenciamos en La Protectora.

“Llegó un día un hombre del pueblo, apoyado en muletas y acompañado de un niño como de seis años, que, como aquél, tenía una pierna menos y andaba trabajosamente con los mismos aparatos.

El señor Vicuña, apenas lo divisó, salió a su encuentro preguntándole más o menos lo siguiente:

“—¿Usted ha sido herido en la campaña?

“—¡Sí, señor!

“—¿Y ese niño también?

“—Sí, señor: es mi hijo y fué herido a mi lado.

“Apenas oye esto el señor Vicuña, toma al sucio y desgraciado niño en brazos, lo entra a la oficina, lo sienta en la mejor de las sillas y sale al encuentro del hombre a quien estrecha la mano y obliga a entrar y sentarse a su lado.

“Cuando llevaba al niño en brazos, como para disculpar su acción, o acaso porque vió la extrañeza en nuestro semblante, nos dijo:

“—A estos héroes es necesario atenderlos!...

“Hizo en seguida unas cuantas preguntas al que se decía soldado y al niño que, según aquél dijo, había sido tambor; y como no obtuviese gran caudal de noticias, pues el hombre parecía haberlo olvidado casi todo y el niño, visiblemente atemorizado, no contestaba más que con monosílabos, los despidió vaciando sus bolsillos en sus manos.

“El niño, que no tenía ese desplante, esa viveza, esa especie de *sans façon* del *pílo* de nuestras calles que valientemente deja su venta de diarios por un tambor, sino por el contrario, manifestaba la timidez natural del que aún no ha corrido el mundo ni rodado por la áspera vida de cuartel, el niño, decimos, nos hizo sospechar que aquélla era una superchería, y que se había abusado de la buena fe del señor Vicuña Mackenna.

“Hicímosle presente nuestros temores; pero él, casi indignado, nos dijo que ante la falta de las piernas en el hombre y en el niño no se podía dudar.

“Pocos días después tuvo que desengañarse. Volvieron los inválidos y fueron nuevamente socorridos por el señor Vicuña Mackenna; pero cuando ya se retiraban, los encontró en el patio uno de los miembros de La Protectora, que los cono-

cía y que contó a don Benjamín que la pierna habíala perdido el hombre hacía años en el hospital, y al niño (que tampoco era hijo suyo, sino de un vecino) le había sido cortada la pierna, pocos meses antes, por un carro del ferrocarril urbano”.

Cuando el prócer lo supo, se limitó a exclamar con tristeza: “¡Pobre gente!”.

Las miserias de la guerra

“No son las mayores lástimas de la guerra sus ensangrentados campos de batalla, ha escrito Vicuña Mackenna en el *Album de la Gloria*. Eso pasa. Los muertos descansan, los triunfadores cantan, los vencidos duermen en torno del fogón que los vivaques velan. Pero las angustias, los infortunios, los martirios que se prolongan y cubren de eterno luto los hogares, los huérfanos sin guía, las esposas viudas, las madres sin sostén, los inválidos que se arrastran mutilados, ese es el verdadero y fatal inventario de esa cosa atroz que se llama la guerra...”

En el *Album* hay una página en que se recuerdan las actividades de La Protectora, por él fundada. Pudiera titularse la página del Dolor...

“Pero en el patio de asfalto de La Protectora, donde cada día sentábanse en 1879, entre la matanza de Tarapacá y la matanza de Tacna, trecientas, cuatrocientas, quinientas (hubo días de seiscientas) mujeres exaustas, casi desnudas las más, con luto prestado las otras, con niños enfermos de hambre, pendientes al escuálido seno, con mugrientos papeles de empeño en las casas de prendas, pidiendo unas su rescate, otras la herencia del hijo, del padre, otras la sangre o la mortaja del esposo muerto en el hospital o en el desierto, me he maravillado de las mil formas que tiene el dolor humano en el rostro, en la palabra, en el acento, en la mirada de sus víctimas”.

Su pluma describe en esa página a una mujer que después de la diaria visita “se volvía lentamente, como la estatua del silencio, vestida con la túnica y el manto negro de la negra desesperación”. Y desde el fondo de su alma contristada, dice

a los infelices, a los insatisfechos, a los triunfadores: “¡Ah! ¡Si pudiérais ver lo que es la guerra dentro de los corazones, os asombraríais de saber cuán horrible cosa es!...”

Vicuña Mackenna en el Senado

Don Fernando de Vic Tupper, que fué secretario del Senado en los tiempos de Vicuña Mackenna, ha descrito algunos aspectos íntimos de la actividad del prócer en los años en que fué Senador de Coquimbo.

“Vicuña no conocía el reposo—dice (1)—y en su asiento de Senador estuvo siempre alerta cumpliendo su deber. En aquella época, de difícil prueba para nuestra patria, empeñada en una formidable lucha, veíasele rodeado de su indispensable estado mayor, que lo componían invariablemente los empleados de imprenta, los inválidos del ejército, cuando no las viudas desamparadas. Día a día llegaba a mi sala de trabajo, en donde acostumbraba corregir voluminosos rollos de impresos que eran, por cierto, sus amigos inseparables y una carga de que siempre andaban atestados sus bolsillos. Sólo en raras ocasiones entraba a las antesalas de espera, porque aquello significaba para él pérdida de un tiempo que necesitaba aprovechar. Si alguna vez daba tregua a su lápiz (pues nunca le ví emplear la tinta) era con el objeto de dar audiencia. Acontecía esto en ciertos días en que anticipaba su hora de llegada y en los cuales se consagraba a oír empeños infinitos y también las amargas quejas de los menesterosos.

“Todos tenían pasaporte para buscar su ayuda o implorar su protección; todos, amigos o enemigos, eran recibidos con afectuosa acogida. Vicuña oía siempre, aconsejaba a veces, consolaba con frecuencia, y cuando le era dado interponer su influjo, con justa causa, en favor de una pobre viuda o de algún inválido caído en los campos de batalla, no vacilaba ni por un instante: allí su pluma corría presurosa para otorgar alguna carta particular, cuando no para redactar algún memorial o solicitud dirigida a la oficina de tramitación o bien

(1) *Corona Fúnebre* de Vicuña Mackenna.

a los Ministerios o al Congreso. En último caso, aquel noble corazón, que así era el defensor de las grandes causas como el procurador a destajo de los que no tenían dinero que pagar, aquel hombre que no poseía, en manera alguna, los agasajos de la fortuna, acudía a su bolsillo para favorecer al desvalido si no podía otorgarle el apoyo de su pluma o de su influencia. Sí, muy a menudo vaciaba generosamente su cartera cuando veía desconsolado y sin éxito a alguno de aquellos numerosos solicitantes que, durante las campañas de la última guerra, golpeaban las puertas del Congreso en demanda de pan.

“Vicuña era infatigable para todo, incluso para hacer la caridad. Sabía sentir mejor que nadie lo que dos siglos atrás decía La Bruyère: Il y a une espèce de honte d'être heureux à la vue de certaines misères. Y esta era su norma de cada día y de cada momento, porque no podía prescindir de compadecer al pobre y al desdichado ni de interesarse en su dolor y en sus miserias; y tanto era así, que pareciera fábula si se hubiera de dar una idea de cómo fué engrosando progresivamente el gentío que tras de su noble alma iba de continuo al recinto de la Secretaría del Senado”.

“Y no se crea que las súplicas de los que así le acosaban cada y cuando le hallaban al paso fueran para él sencilla tarea. Muy lejos de eso, porque, en buena cuenta, los empeños y las consultas le arrancaban una considerable pérdida de tiempo que se veía en la necesidad de recuperar aumentando con sacrificio sus labores”.

Los huevos de la viuda

Un día llegó al Senado una pobre mujer vestida de harapos. Dió vueltas por los pasillos y las galerías, preguntando por *don Mackenna*, sin que ningún portero la atendiese; al cabo divisó tras de una ventana de la Secretaría al hombre de sus sueños, que estaba escribiendo... Avalanzóse y con sus manos escuálidas hizo temblar los vidrios.

Vicuña Mackenna mandó que la llevaran a su presencia. La pobre mujer, con palabras casi ininteligibles, sólo acertó a sacar de bajo de su manto un pañuelo sucio en que había

envuelto seis huevos. Era su ofrenda, el óbolo de la viuda...

Vicuña vació sus bolsillos en manos de la pobre mujer que no cesaba de besarle la suya, y para cortar la emoción que a todos los presentes había cogido, dijo a uno de los que allí estaban: "Secretario, tome estos huevos, que yo los apruebo en general; páselos, entre tanto, a Comisión, a fin de que más tarde sean probados en particular".

Martín el Pescador

Era un hombre alto, con rostro curtido por el aire de mar; patilla espesa y ojos muy claros, como si copiaran el color del mar...

Martín el Pescador le llamaban en Conceón. Y remontando las aguas del Aconcagua o aventurándose con su bote a la suerte de las olas, se ganaba la vida.

Iba a Colmo a llevarle pescado. Y no bien le avistaba, Vicuña Mackenna daba orden de que lo trajeran a su despacho, o al comedor si estaba en la mesa, enhebrándose una charla siempre pintoresca.

Eran grandes amigos.

Cuando estaba el prócer en su quinta de la Viña del Mar, como él decía, solía aparecerse de visita. Los chicos corrían a anunciarlo...

—¡Martín el Pescador!... ¡Ahí está Martín el Pescador!...

—Que me espere Martín. Dénle una buena comida, mientras concluyo este capítulo (o este libro!)...

Y luego, apoyado en su brazo, en animada conversa, salía Vicuña Mackenna camino de la playa y del mar...

Vicuña Mackenna y Mitre

Ricardo Donoso ha estudiado en su notable ensayo *Una amistad de toda la vida. Vicuña Mackenna y Mitre*, la que unió a los dos próceres desde los días en que compartieron juntos una celda de la cárcel de Santiago, en horas de persecución política, hasta aquél en que se despidieron para siempre.

En 1878 el ilustre argentino cooperó a la labor pacificadora

de Vicuña en el conflicto que estuvo a punto de estallar entre los dos pueblos.

Antes y después de ese contacto de transcendencia histórica tan fecunda, ambos mantuvieron nutrida correspondencia epistolar.

En 1884, Mitre hizo su postrer viaje a Chile y fué huésped de Vicuña en la Quinta del Camino de Cintura. Hubo muchos festejos y juntos pasaron no pocas horas de grata e íntima charla.

Para estrechar aún más los lazos que los vinculaban, se hicieron *compadres*, pues Mitre apadrinó a doña Eugenia, hija penúltima de su grande amigo.

Y aquí viene un rasgo romántico. ¿Sabéis por qué le pusieron Eugenia? Don Bartolomé, recordando un amor de los años juveniles, acaso el primero, el de una hermosa Eugenia Vicuña, que era ya una sombra leve en sus recuerdos, pidió que así la bautizaran...

Meses más tarde, Vicuña le anunciaba su próximo viaje largo, "trabajado por una dolencia misteriosa que ningún médico conoce ni define..."

Vicuña Mackenna y Sarmiento

Las relaciones que unieron al maestro chileno con el insigne argentino Domingo Faustino Sarmiento no fueron siempre cordiales. Chocaron en los días juveniles de Vicuña y éste vertió alguna frase dura que más tarde pretendieron utilizar los enemigos políticos del mandatario rioplatense; pero nuestro prócer le escribió, declarando que su opinión sobre él había variado fundamentalmente.

Cuando realizaba su campaña americanista en Estados Unidos, el más entusiasta de sus colaboradores y sin duda el más poderoso fué Sarmiento, a la sazón Ministro de la Confederación Argentina en Wáshington.

Desde entonces les unió una amistad y una admiración re-

cíproca, que fueron aumentando con los años. Así, en la época de la transformación de Santiago, el Presidente Sarmiento llamaba a Vicuña Mackenna "el Rey de los Intendentes".

Vicuña Mackenna y Barros Arana

Una larga y cordialísima amistad de toda la vida unió a Vicuña con el eminente autor de la *Historia General de Chile*.

En más de una oportunidad lucharon juntos en defensa de ideales comunes y a raíz de la revolución de 1859 ambos se encontraron en tierra extranjera, exilados de la patria acaso por amarla demasiado.

Viajaron en grata compañía por España, registrando archivos, haciendo copiar manuscritos, visitando recuerdos.

Fué durante ese viaje cuando ocurrió la aventura que motiva esta anécdota.

Hallábanse hospedados en un hotel próximo al Escorial, repleto de pasajeros en razón de alguna feria o solemnidad religiosa, y ocuparon el mismo dormitorio, que era estrecho y tenía un ventanuco con vista al camino. Fatigados los dos amigos, se recogieron temprano esa noche, que era de frígido invierno, y durmieron al calor de un brasero...

Cuenta Vicuña que se despertó en plena obscuridad, sintiendo malestar agudísimo; luchó entre las sombras del sueño y los llamados de la vigilia algunos segundos que debieron parecerle eternos, y al cabo, tal vez impulsado por el subconsciente, comprendió que estaba a punto de asfixiarse. A tientas y con gran dificultad se dirigió al ventanuco que logró abrir o romper, y las bocanadas de aire fresco le devolvieron la sensación de la realidad. Comprendió que la atmósfera estaba viciada con emanaciones carbónicas y su vida como la de su compañero corrían peligro.

Llamó en voz alta.

—¡Diego!...

Nadie respondía. Avanzó entonces hacia la cama de su amigo, y arrancándole las sábanas, quiso despertarlo. Pero como éste parecía muerto, presa de indecible angustia recurrió a sus fuerzas debilitadas y con mucho trabajo logró arrastrarlo ha-

cia el ventanuco, poniéndole la cabeza en contacto con el aire exterior.

Al cabo de un rato don Diego dió señales de vida y con la atmósfera renovada pudieron ambos escapar sin otro daño que un tremebundo dolor de cabeza.

Esa noche Vicuña Mackenna salvó la *Historia General de Chile*, y acaso, sin sospecharlo, la historia misma de Chile...

Ligereza

Los majaderos y los tontos graves de Chile, a quienes de continuo señalaba el prócer en el Congreso o en la prensa, censurando sus actividades contrarias al interés de Chile cuando eran gobierno, lo que ocurría casi sin interrupción, le tildaban a su vez de *ligereza*.

Este, cansado de oír tal acusación a ministros zoquetes y a políticos sin talento y hasta sin patriotismo, dijo un día en la Cámara alta: "Pido sinceramente excusas al Senado por el tiempo que he tardado en dar respuesta a tantas nimiedades; pero quede siquiera establecido para memoria y eficacia que la supina ligereza de que aquí y fuera de aquí se ha hecho cantinela habrá de ser mirada tal vez con magnánima indulgencia por las generaciones, porque cuando se levante la lápida que habrá de cubrirnos a todos, se echará de ver que la ligereza del que habla ha consistido en encontrarse un poco más adelante de los otros en la larga fila de los que por egoísmo, por gravedad o por cautela, van quedando a retaguardia de la humanidad y de la fama". (Sesión de 9 de Junio de 1881).

Criollismo

En la Cámara le salía al paso con frecuencia y sin mucha cordialidad, el "Patriarca" Matta, hombre honesto, de buen sentido y algo pedante; una suerte de Pacheco cultivado.

Durante uno de sus discursos de la primera época, el Diputado Matta le reprochó que fuese aficionado a la "farsa".

Sin arrugar el ceño, Vicuña le replicó entre las carcajadas de la asamblea: "Creo a Su Señoría bastante ilustrado para

saber que es muy usado mi estilo festivo en otros parlamentos; Su Señoría sabe que la palabra farsa tiene un significado que no puede aplicarse a un discurso como el mío. Su Señoría gusta de los poemas; tan aficionado es al Ariosto que aquí mismo ha bautizado algo con el nombre de *Yegua de Orlando*; yo soy un héroe de los de aquí, de los de *mote de maiz*...”

Rapidez

Conversando un día con Barros Arana, éste le preguntó:
—“¿Y qué estás escribiendo ahora?”

—“He escrito la vida de don Bernardo O’Higgins en tres días, respondió y ahí está Cristi que puede atestiguarlo (1). Y si saco testigo, es porque me enorgullezco al ver que todavía estoy tan fuerte para el trabajo como en los mejores días de mi juventud. Sí, en tres días he escrito la Vida de O’Higgins en cuatrocientas ochenta y cinco páginas”.

Los bigotes de Vicuña Mackenna

Breves y firmes en el comienzo, con brillo de laca, los bigotes del maestro fueron cayendo en arco de hilos blancos, largos y finos sobre su boca, dando a su fisonomía una indecible majestad.

Mas, como escribía sin tregua y no daba armisticio en sus luchas de bien público ni reposo a su cuerpo, de alba a alba solía ir gastando lápices sobre las hojas de papel que caían a montones a sus pies, a compás de la inspiración que movía su mano. Y así cada día salían dos o tres artículos y cada mes un volumen gordo, quedándole tiempo para dictar innumerables cartas a varios secretarios y para pronunciar largos discursos en el Senado...

(1) Mauricio Cristi, secretario del prócer en esa época, refiere la anécdota.

Dice Cristi: «El señor Vicuña, y esto me consta, escribió en tres días la vida del General O’Higgins (que actualmente hace publicar por entregas don Rafael Jover) en cuatrocientos ochenta y cinco carillas; el señor Barros Arana, según lo dijo él mismo, escribe tres páginas por día».

Añade: «Se diría que escribe tan rápidamente como el pensamiento».
(Cristi: *Dos historiadores en la mesa. Vicuña Mackenna y Barros Arana*).

Alguien, asombrado de esa fecundidad y multiplicidad que no han tenido paralelo, preguntaba en un salón, delante de doña Victoria Subercaseaux, cómo podía materialmente escribir tanto.

—¿Cómo?, dijo la compañera de Vicuña. Pues es muy sencillo. Benjamín se sienta ante su mesa de trabajo, mete los bigotes en el tintero y en seguida los sacude sobre las carillas de papel. En diez minutos está hecho un libro...

Mi amigo el tortillero

Todas las tardes, a la caída del sol, resonaba por las quintas del Camino de Cintura una voz cantarina, de sabroso pregón:

¡Tortillaaas! ¡Tortillas güeeenas!...

Era la hora en que solían sentarse a la mesa para la cena, y en la de Vicuña siempre había numerosos invitados de todo pelaje social, siendo frecuente que se encontraran vecinos el general y el soldado, el hombre de gobierno y el grave senador de la República, al lado de algún oficinista modesto o de algún sencillito hombre del pueblo. Para todos era igual la acogida de aquel patriarca antiguo, ante cuyos ojos no tenían valor las categorías del dinero ni las diferencias sociales.

Pero doña Victoria, viva de genio y de chispa, en lo que fué su digna compañera, impacientábase de cuando en vez de la frecuencia con que se sentaban en su mesa algunos huéspedes que no eran siempre muy amables, como no podía por menos de ocurrir. Y un día resolvió hacerle cierta broma.

—Que me traigan el tortillero.

—Aquí está, señorita...

El buen hombre, con la canasta en una mano y en la otra gorra y farol, saludaba humilde.

—Aquí me tiene, su merced...

Introdujolo al comedor a la hora de la cena, y lo sentó a su lado. Al verlo, en el momento de ocupar la cabecera de la mesa, Vicuña se volvió a su esposa, intrigado.

—¿Y este buen hombre?

—Es uno de mis amigos, repuso doña Victoria. Yo también tengo mis relaciones en el pueblo.

Sonrióse el prócer; entablóse la conversación general que él conducía con su admirable don de amenidad, y a los postres fué a sentarse al lado del tortillero, enhebrando animada charla, pues el buen hombre no era de los quedados...

Arrancóle Vicuña no pocos datos, reflexiones y consejos, y al salir del comedor ya estaba viva una de sus páginas chilenas, con olor a trigo, a mote de maíz y a *tortillas güenas*...

En la imprenta

Jacobo Edén ha trazado interesantes recuerdos del maestro en las actividades de imprenta.

“En una imprenta—escribe—estaba él como en su casa, como el artista en su taller. Las conocía todas y en todos sus rincones. No necesitaba entenderse con la oficina ni con el regente. Llegaba a una imprenta, y se dirigía por sí mismo a lo que necesitaba, al cajista, al corrector de pruebas, a la encuadernación. Se le dejaba entrar a todas partes y ordenarlo todo, porque en todas las imprentas se le miraba como una especie de dueño de casa.

“Como tenía el don de estar a la vez en todas partes y de hacerlo todo a la vez, casi siempre llevaba él mismo los manuscritos y él mismo iba a buscar sus pruebas.

“Los manuscritos eran formidables; se hizo proverbial su mala letra, caligrafía única, especie de escritura taquigráfica de pequeños puntos, rayas y curvas. A pesar de las desesperaciones que les causaba, los tipógrafos lo querían con entusiasmo. Era su gremio favorito, y ellos le devolvían ampliamente su predilección. En algunas imprentas hubo cajistas destinados especialmente a componer originales de don Benjamín, y estaban, al fin, tan habituados a sus geroglíficos, que no ponían en ellos más errores que si se les diese un trozo impreso.

“Pero no era aquella escritura característica lo que más temían los cajistas; era, sobre todo, la corrección de las pruebas. Por lo general, los manuscritos de don Benjamín no contenían más que el bosquejo de lo que hacía; el verdadero artículo quedaba escrito en las pruebas. Agregaba trozos enteros, modificaba otros por completo, suprimía, alteraba el

orden, y devolvía, al fin, un enigma aún más difícil de descifrar que el primero. A medida que iba leyendo sus propios escritos, acudían a su imaginación siempre en actividad nuevas ideas, nuevas frases, nuevos datos y los agregaba prodigamente a los primeros”.

“Don Benjamín conocía, no sólo a todos los empleados superiores de las imprentas, sino a todos sus operarios, a cada uno por su nombre. Verdad es también que conocía a todos los que en Chile tienen nombre.

“Su memoria prodigiosa conservaba detalles que habrían parecido increíbles. Acostumbran los cajistas poner su nombre al pie de cada prueba impresa que entregan, a fin de que se sepa a quien hay que devolverla una vez corregida. Don Benjamín no descuidaba leer esos nombres, y así habría podido hacer a cada tipógrafo el proceso íntegro de todos los errores curiosos o extravagantes que en diversas ocasiones le habían puesto al descifrar sus manuscritos. Más de una vez, al recibir una prueba y ver la firma al pie, le oí enumerar sonriendo algunos yerros memorables del que la firmaba. En la vasta inmensidad de lo que él escribía, y cuando no había imprenta ni cajista que no tuviera que hacer con él, aquello era un verdadero prodigio.

“Como en todas partes, sus visitas a las imprentas eran rápidas, por breves momentos, sólo para llevar originales o pedir pruebas.

“Recogía estas últimas, subía a su coche y las corregía mientras se hacía llevar a otra parte, sin que fueran inconvenientes las sacudidas del carruaje, ni la bulla, ni la falta de mesa. Apoyaba los papeles sobre las rodillas, sobre un libro, y trabajaba con su habitual rapidez.

“Dos horas después, junto con haber hecho variadas diligencias, devolvía sus pruebas corregidas”.

Actividad

“En el Senado—cuenta Jacobo Edén, en el estudio de maras—seguía escribiendo y corrigiendo, junto con oír lo que se decía y tomar parte en la discusión. Pedía la palabra y

pronunciaba uno de esos magníficos discursos llenos de interés, de amenidad, de lógica y de datos; y si se suspendía la sesión, aprovechaba ese corto intervalo en continuar el artículo comenzado o la prueba aún no corregida, para seguir luego en el uso de la palabra después de reabierta la sesión.

“La historia guarda con justicia, como un rasgo memorable de César, el hecho de que pudiera dictar a varios escribientes a la vez. Don Benjamín Vicuña Mackenna poseía esa misma facultad. Muchos pueden dar testimonio de haberlo visto en alguna imprenta, después de una sesión del Senado, dictar a un mismo tiempo a dos escribientes el discurso que acababa de pronunciar y algún artículo que debía publicar al día siguiente.

“Durante la campaña política de su candidatura a la presidencia de la República, lo ví en su casa dictar hasta cinco cartas a la vez. Y eso lo hacía todos los días.

“Fué entonces también cuando desplegó una actividad más asombrosa. Recibía y contestaba centenares de cartas al día; escribía para todos los diarios; organizaba meetings en todas partes; enviaba instrucciones a todos los pueblos de la República; recorrió personalmente todo el país; pronunció millares de discursos; asistió a las sesiones del Congreso; escribió numerosos folletos; en fin, realizaba cada día una tarea gigantesca, que tenía necesariamente que mantener en verdadera ebullición un regimiento de escribientes”.

Añade Jacobo Edén, al término del artículo recordado (*En la imprenta*): “Como una prueba del cariño y de la deferencia que le profesaba la prensa chilena, bastará decir que era el único escritor que recibía, sin necesidad de pedirlos, todos los diarios de Chile. Y como una prueba de su don sorprendente de multiplicar las horas y sus propias facultades, basta decir que revisaba todos los diarios que recibía. No sólo los revisaba, sino que recortaba y guardaba cotidianamente todo artículo de algún interés histórico, político, social, de costumbres o literario que se publicaba en cualquier diario del país”.

Disipación

Refiere José Miguel Blanco que cierta mañana, almorzando en la Quinta del Camino de Cintura, alguien habló sobre la prematura calvicie de los mozos disipados.

Vicuña Mackenna pasó la mano sobre su cráneo albo, y dijo: “No extrañen si mi calvicie data desde mi juventud. Muchas veces me he metido en el lecho cuando la luz del alba entraba por mi ventana o cuando sentía los primeros cantos de las diucas. Entonces dejaba el libro o soltaba la pluma para volver a la misma tarea tres o cuatro horas después. Pertenezco, pues, al número de los disipados...”

Vicuña Mackenna y los obreros. I

Cuenta el escultor José Miguel Blanco, que el famoso líder obrero Fermín Vivaceta, muy enfermo ya, le llamó junto a su lecho para hablarle del prócer.

“Sería ingratitud muy censurable en un viejo obrero chileno—le escribía—si cuando muere un hombre como el señor Vicuña Mackenna guardara silencio sólo por no aumentar sus dolores. ¿Cómo no recordar, amigo, si no para los biógrafos, a lo menos para mi satisfacción personal, el desinteresado patriotismo y la santa abnegación que desde su juventud puso en práctica el señor Vicuña Mackenna en pro de las clases trabajadoras?”

Largo hablaron el escultor y el obrero.

Pero escuchemos algo de lo que el obrero dijo al escultor.

“¡Dios mío! ¿Cómo sacar al obrero de las *chinganas*, cómo inculcarle el hábito del trabajo, el noble deseo de la emulación, el amor al progreso? ¿Quien podría ser el apóstol que predicara la regeneración de esa capa social que yacía en el fango del vicio en que vivía enteramente ajena a las ideas del progreso? ¿Quién? Nadie se presentaba. El país marchaba a su ruina...”

“De improviso un joven simpático, de gallarda presencia, elegante, todo un *caballerito* nacido en buenos pañales, habla a los artesanos de *Exposición*.

“La palabra era nueva; nadie conocía su significado, como que nadie conocía el diccionario.

“El joven entra a todos los talleres, penetra en todas las fábricas, se introduce hasta en el rancho del humilde zapatero y a todos les repite su palabra favorita: *Exposición*. Todos quedan asombrados, estupefactos... El caballerito no desmaya. Se sienta en el banco del carpintero, en la bigornia del herrero, en el *pisito* del remendón de zapatero; habla familiarmente con todos; no fuma, pero lleva cigarrillos de hoja y papel, que a todos brinda con la más exquisita galantería. Conversa que es un contento, *es muy agudo, es muy leído*. El humo del cigarro casi lo asfixia; pero él soporta todo con el mayor disimulo.

“Maestro, dice a éste, varios amigos me han asegurado que, si usted quisiera, con el talento natural que tiene, podría hacer un par de botas que serían la admiración de todos los hombres de su oficio, y que en la próxima exposición que vamos a tener en el país usted sacaría premio”.

“Al otro dice: “Tengo la convicción íntima de que nadie, ni el *gringo* más hábil del mundo, podrá hacer un tallado como usted. ¿Por qué no hace algún trabajo para la exposición próxima? Mire usted, conviene mucho para su reputación de tallador eximio el que exhiba algún trabajo a fin de que, desde el Presidente para abajo, todos puedan admirar su talento”.

“A aquél interpela: “Pero maestrito ¡por Dios! ¿cómo puede usted trabajar esas riendas tan finas y tan bien trenzadas? Ya que usted se empecina en no querer mandarlas a la exposición que mi buen amigo el Ministro Ochagavía ha decretado, con la aprobación del gobierno, véndamelas; yo las expondré y le traeré el premio, que estoy seguro le darán por ellas. ¿Tanto pide usted?, pues convenido. Conclúyamelas lo más pronto posible”.

“Y de esa manera el joven entusiasta, recorría todos los talleres, siempre alegre, jovial, risueño. A todos les leía el decreto de la futura y primera exposición nacional de artes e industrias. Para todos tenía una palabra de aliento, a todos los estimulaba, ya picándoles el amor propio, ya comprándoles sus trabajos y regalándoles, para que leyeran en sus ratos

de ocio, el folleto interesante titulado: *Primeros pasos del pueblo obrero en el camino del progreso*, escrito por aquel otro apóstol del progreso, por aquel otro padre de nuestra regeneración social, don Domingo Faustino Sarmiento, cuya preciosa existencia consagrada al trabajo aún respeta la Parca inexorable.

“En Peñaflor había un tal Triviños, que trabajaba unos frenos admirables. Vicuña Mackenna quería que dichos frenos a toda costa figuraran en la exposición. Escribió tres o cuatro cartas a Triviños; pero éste no contestaba.

“El Dieciocho de Septiembre se acercaba; de consiguiente, la Exposición estaba próxima a abrir sus puertas. Su gran promotor tenía mucho que trabajar en la capital. ¿Qué hacer en tal apuro?

“Hacer la noche día, redoblar su increíble actividad. Vicuña Mackenna se levanta con noche, monta en su caballo, llega de un galope a Peñaflor y sorprende al maestro encendiendo el fuego de la fragua. Este no entiende de exposiciones, de honores, ni de premio. El único premio a que aspira es el de diez pesos por sus frenos. La bolsa del joven propagandista da los escudos pedidos, y los frenos de Peñaflor figuran en ese primer torneo del trabajo nacional, en el cual son admirados de los extranjeros. Estos los llevan a Inglaterra para imitarlos, y pronto se convencen de que todo el mecanismo del obrero inglés se confiesa vencido ante la lima del obrero chileno...

“Esa satisfacción, esas emociones a fuerza de repetirse gastan el organismo del mismo modo que el abuso de los placeres; y los hombres mueren prematuramente privando a la patria y a la humanidad el gozar por más tiempo de los servicios que le prodigan con tan laudable abnegación.

“Era de ver, nos decía el amigo Vivaceta, a don Benjamín, a ese joven elegante, llevando bajo el brazo, como repartidor de diarios, una cantidad de folletos de su amigo Sarmiento para distribuir entre los artesanos; llegaba a sudar el pobre joven. El mismo hacía la lectura y los comentarios. Sarmiento y Vicuña Mackenna se entendían maravillosamente. Ambos estaban dotados del mismo amor al pueblo. ¡Benditos hombres que dejan tan buenos recuerdos! ¡Qué su memoria sea

siempre venerada! ¡Qué sus nombres sean siempre bendecidos!”

La exposición habría de tener un éxito completo. “Cuando don Silvestre Ochagavía, añade Blanco, presentó al General Bulnes (entonces Presidente de la República), el proyecto de la futura Exposición, el valiente militar se quedó pensativo durante algunos segundos; en seguida meneó la cabeza, y luego, mirando fijamente a su digno Ministro, le dijo: “No importa; si Benjamín es el iniciador o el protector de la Exposición, ésta surgirá: no haremos fiasco”.

“Y de una plumada firmó el decreto”.

Vicuña Mackenna y los obreros. II

Quería Vicuña en los días ardientes de su mocedad, adolescente aún, abrir a los obreros el camino del arte. Soñaba convertir en decoradores y en especialistas calificados a los pintores de brocha gorda.

He aquí una carta suya a Vivaceta, que muestra uno de los más nobles aspectos del gran chileno.

“Señor don Fermín Vivaceta.—

“Mi apreciado compatriota:

“He observado en la Sala de Exposición que todos los obreros e industriales tienen la posibilidad de remitir a la Sala las obras que cada cual hace, y solamente los pobres pintores de edificios (que llaman de brocha gorda), no pueden exhibir su pesado y mortificante trabajo tan nocivo a la salud y que bien merece no ser excluido del honroso campo de batalla en que se obtienen los laureles merecidos por los más inteligentes.

“Este inconveniente puede ser subsanado si, como tengo la seguridad, usted, como uno de los empresarios en obras de edificios que a tantos operarios en pintura ocupa continuamente, les hace saber que estamos arreglando un local para que, si les agrada entretenerse un par de horas los días festivos en dar aplicación a las teorías del dibujo lineal y de ornamentación que usted les enseña en las escuelas nocturnas, puedan de este modo presentar a la Exposición trabajos que

manifiesten el buen gusto y la inteligencia de cada pintor, haciendo muestras que representen las imitaciones de las maderas, el jase de las piedras de marmol, y los letreros que expresan las mercaderías en venta de las casas de comercio, puesto que esos letreros, cuando son ingeniosamente dibujados, dan un vasto campo para lucir la inteligencia del pintor decorador.

“Recuerdo una conversación que tuvimos, en que usted me manifestó la gran conveniencia de establecer algunas escuelas dominicales para ciertas clases de estudios que no se podían hacer con la luz artificial, y que no había podido arribar a sus deseos por el inconveniente de la asistencia obligatoria de los artesanos a los cuarteles de los batallones cívicos. Pero esta dificultad la tengo allanada mediante una visita que hice al señor Comandante General de Armas, solicitando nos ayudase al mejor éxito de las exposiciones, a lo que contestó que no tenía dificultad en esto, con tal que no excediese el permiso de inasistencia en seis individuos de cada batallón.

“También he hablado con el señor Antonio Claveau que, como usted sabe, es uno de los mejores pintores en decoraciones de fachadas de tiendas y ornamentación de paredes de salones, artesonados y demás operaciones de pintura correspondiente al arte de hermosear los edificios; y como buen francés entusiasta por el adelanto de los obreros chilenos, me ha dicho que con mucho gusto nos acompañará un par de horas el día Domingo para enseñar a los pintores (de brocha gorda), cómo han de preparar los colores para pintar las imitaciones de mármol, de maderas, letreros. etc.

“Lo único que me falta es el local, pero el señor Intendente es un hombre muy entusiasta por la instrucción popular, y no dudo que nos permita improvisar un taller de aprendiz de pintores en una de las escuelas municipales que están situadas en la plazuela de la Recoleta, y que según he visto tienen un pequeño patio con un corredorcito muy a propósito para el objeto, con buena luz y ventilación, para que los concurrentes puedan trabajar con toda la comodidad y holgura necesarias.

“Yo me ocuparé de tener todos los tableritos de madera que han de servir para que los alumnos de usted puedan hacer su

nuevo género de trabajo, dando a la superficie de madera el aspecto de los preciosos mármoles de Carrara y el follaje pintoresco de las plantas y flores, tal como las vemos en los jardines.

“En fin, compañero, ya me parece que veo a Ud. sonreírse de gusto al ver que sus discípulos manejan con magistral elegancia los pinceles que reemplazan al lápiz y el papel en que usted les ha enseñado el trazado de las figuras ornamentales, y que los alumnos darán gracias a Dios, porque algún día habrán de dejar el pesado tarro de pintura para empuñar la liviana paleta con sus variados colores que invitan al inteligente obrero a manifestar toda su fuerza de capacidad para trabajar con gusto, sin la penosa tarea de permanecer toda la vida pintando siempre los techos blancos y las puertas de tal o cual color. Procure usted que los alumnos concurren con las brochitas o los pinceles del tamaño y forma que le explicará a usted nuestro compañero Claveau, que me ha dicho ser muy conocido y amigo de usted.

“Yo le avisaré a usted el día que el señor Intendente me diga que podemos entrar en posesión del local de la escuela.

“De usted su afectísimo.

B. VICUÑA MACKENNA”.

Vicuña Mackenna y los obreros. III

Refería Vivaceta que pocos días más tarde le envió una tarjeta con estas palabras: “El Domingo, después de las doce, lo espero en la escuela antedicha”.

“Dicho y hecho—escribe Blanco, registrando los recuerdos de su amigo sobre el prócer—; el día Domingo de la misma semana me fuí a la escuela con algunos de los pintores más animosos para el nuevo aprendizaje, y nos encontramos con el sin igual don Benjamín, que, en compañía de su sirviente, estaba trepado en una escalerita, colgando, por su propia mano, en la pared del patio, los tableritos de madera que con anterioridad había mandado hacer y pagado con su propio dinero al carpintero que los había hecho.

“Al ver todo empolvado al entonces joven y elegante señor

Vicuña Mackenna, me causó una visible impresión, que dicho señor disimuló tomándome de la mano y entrando al salón de la escuela, donde me dijo: Aquí tiene usted una gran pizarra y mesas; si sus alumnos están olvidados del método conocido para trazar de un modo correcto las figuras que han de pintar, usted les dará repaso para que no tengan dificultad, y mientras llega el señor Claveau, me ocuparé en decir dos palabras a los hombres de buena voluntad que no han desatendido la insinuación que se les ha hecho.

“Con un raudal de las más preciosas ideas, el señor Vicuña refirió a los asistentes la historia de los grandes hombres y de los grandes artistas que han asombrado al mundo entero con sus obras extraordinarias, muchos de ellos salidos de oscuros talleres y teniendo que luchar con los mil inconvenientes que oponían los interesados en mantener en un estado de atraso a los obreros, mientras que en nuestro país, desde su independencia, todo se facilitaba y toda dificultad desaparecía siempre que se trataba de engrandecer y de consolidar la prosperidad de la nación, mediante el mejoramiento de la condición moral e intelectual de los obreros.

“Más de tres años duró el aprendizaje de la pintura de decoración, patrocinado por Vicuña Mackenna. Este caballero, durante ese tiempo, todos los Domingos, lloviera o tronara, se presentaba el primero al local en que los profesores daban sus lecciones: era el *llavero*, según dice Vivaceta. Vicuña Mackenna renovaba los modelos constantemente a fin de mantener entre los alumnos el amor al aprendizaje sin que decayera su entusiasmo en lo más mínimo.

“No dejaba jardines públicos o conservatorios particulares de donde no sacara una planta o a lo menos alguna rama para que la copiaran los futuros decoradores. Se introducía en las fábricas y conseguía de los propietarios que le prestaran o le vendieran mármoles de jaspes caprichosos y maderas de variados colores que una vez pulidas y barnizadas lucían esas vetas lindísimas que la corteza o el polvo ocultaban. Los alumnos tenían, pues, en que entretenerse. Monsieur Claveau se admiraba de la actividad y del buen tino de Vicuña Mackenna, lo que le alentaba a continuar prestando gratui-

tamente sus buenos servicios a ese puñado de hombres de buena voluntad, que, de simples pintores de brocha gorda, se iban transformando en artistas, gracias al entusiasmo que el futuro transformador del Santa Lucía sabía inspirarles.

“Cuando Claveau se fué a Europa, se llevó varios de esos alumnos, los cuales, desde la patria del maestro, enviaban a Vicuña Mackenna las más expresivas gracias por haberlos puesto en el camino del arte, sacándoles de la grosera pintura de puertas en que se ocupaban, sin sospechar siquiera en él, ni menos en sus horizontes sin límites.

“Débese, pues, a la iniciativa de Vicuña Mackenna y a su incansable actividad, el que la pintura decorativa haya principiado entre nosotros.

“Vivaceta, que conoció muy de cerca a Vicuña Mackenna, al hablar de los importantes servicios que éste prestara al desarrollo del arte y de la industria nacional, no puede menos de colocarlo como el primero de los servidores de la nación en este sentido”.

El símbolo de Vicuña Mackenna

Escribe Galdames en su libro sobre *La Juventud de Vicuña Mackenna* (Cap. XXX): “El mismo Renan cuenta de un antiguo y santo buda que alcanzó el *nirvana* de extraña manera. Vió cierta vez a un halcón que perseguía a una avecilla. “Te suplico, dijo el buda al pájaro goloso, que dejes libre a esa bella criatura. Yo te daré su peso de mi carne”. Una pequeña balanza descendió inmediatamente del cielo y la ejecución del convenio empezó. La avecilla se instaló cómodamente en uno de los platillos; en el otro, el santo puso una ancha tajada de su carne. El fiel de la balanza no se movió. Pedazo por pedazo, el cuerpo fué pasando a ella todo entero; la balanza no se movía aún. Cuando el último trozo del cuerpo del santo fué puesto en el platillo, el fiel descendió por fin, la avecilla voló y el buda entró en el *nirvana*. El halcón se había hartado de su carne.

“Y ahora, he aquí el significado de este símbolo: la ave-

cilla representa los residuos de la belleza y candor que nuestro triste planeta conservará siempre, cualesquiera que sean sus decaimientos. El halcón es la parte infinitamente más fuerte de egoísmo y grosería que constituye el séquito del mundo. El sabio rescata la libertad del bien y la belleza abandonando su carne a los ávidos, quienes mientras la comen lo dejan tranquilo, de igual manera que a todo lo que él ama. La balanza descendida del cielo es la fatalidad. Uno no la doblega ni tampoco la teme; pero, mediante la absoluta abnegación, tirándole su presa, se la deja a un lado y no consigue someterlos. En cuanto al halcón, se mantiene tranquilo desde que la virtud, por sus sacrificios, le proporciona ventajas superiores a las que obtendría por la violencia. Sacando provecho de la virtud, tiene interés en que ella exista; y así, al precio del abandono de la materia que lo envuelve, el sabio logra su único objeto, que es el goce tranquilo del ideal.

“Tal había llegado a ser, hasta en sus últimos momentos, la vida de Vicuña Mackenna, toda ella entregada a un ideal de verdad, cultura, libertad y justicia, para servir al país y merecer la gloria de su nombre”.

Dignidad

Amaba a su madre con afecto tiernísimo y cuando estaba en la capital iba a su casa diariamente, haciéndole breves visitas, en las que permanecía siempre de pie.

Un día le habló doña Carmen: —“Hijo, con la venida de mis hijas a invernar aquí, varias de las cuales no tienen buena situación económica, como tú sabes, me veo en dificultad para atenderlas como es mi deseo y he pensado que tal vez podría darme el Gobierno una pensión por los servicios de mi padre...”

Interrumpiéndola Vicuña, airado, aún cuando siempre respetuoso.

—“Muy bien, mamá. Usted es dueña de hacer lo que quiera. Pero el día que usted pida una pensión al Estado, en pago de los servicios prestados a la patria por el General Macken-

na, si yo no estoy en situación de salir del país, al menos no la veré más...”

Pensaba Vicuña Mackenna que los servicios a la patria constituían un deber y no eran susceptibles de ser valorados en dinero. Era el suyo un concepto de suprema dignidad cívica.

Ambición

Don Aniceto Arce, el ilustre diplomático y político boliviano, fué en cierta oportunidad a visitar a Vicuña Mackenna, llevándole la fortuna (en forma de un proyecto de explotación del mineral de Huanchaca).

Pero Vicuña dejó pasar la fortuna.

Solía decir a sus hijos: “Yo soy un gran ambicioso, sin duda; pero es de gloria mi ambición. Anhele dejarles a ustedes el nombre más puro y nada de vil metal”.

Democracia familiar

Habiéndose enfermado de gravedad su hija mayor, Blanche, como él la llamaba, los familiares la rodearon de tales atenciones que la chica se “ensimismó”.

Notando su naciente vanidad, ordenó que la llevaran todos los días a las monjas de La Caridad, disponiendo que no se le permitiera otra compañía que la de las niñas más pobres y humildes.

“La democracia, decía, ha de estar en el corazón y en la práctica, y no en los labios”.

Cincinato en Colmo

En Santa Rosa de Colmo Vicuña Mackenna pasó largas temporadas durante los años postreros. El campo, pleno de rica savia primitiva, debía acoger los períodos de comienzo y acabo en esa vida que no conoció treguas. Tabolango y el Melón fueron el escenario de los días de adolescencia y la hermosa estancia de su mujer, entre la cordillera y el mar, le

brindó sus paisajes de paz, como un pórtico al gran reposo.

Colmo había pertenecido en otro tiempo a la Compañía de Jesús. A fines del siglo XVI fué donada al célebre piloto Juan Fernández, ya octogenario, por el Presidente de Chile don Alonso de Sotomayor. En poder de doña Victoria, que la hubo por herencia de su padre, estuvo arrendada largo tiempo, hasta que decidido Vicuña a pasar allí parte del año, nombró administrador en 1884 a don Ismael Moyano (1). Después de una primera visita resolvió formar un ambiente grato en esas tierras plenas de paz. Acomodó las casas, rehizo el parque, plantó árboles y todo fué un jardín que hoy, en completo abandono, recuerda aún la mano creadora. Cuando en peregrinación hemos ido a evocar las grandes sombras que allí habitaran, cada rincón decía de huellas amadas, más perdurables que esta carne nuestra, tan atormentada en su efímero paso... Lo inmóvil hablaba al alma. Había piedras con inscripciones familiares, trozos de mármol cubiertos de pátina y a lo lejos la maravillosa visión del río, corriendo entre vergeles...

En el parque advertíanse los peumos, los quillayes, los boldos, las pataguas, los lilenes, los molles, los espinos... Un sentido íntimo de chilenidad, todo el agreste sabor de la tierra estaba ahí cuando Vicuña vivía...

Desde Junio de 1883 se comenzó a reparar y transformar Colmo. "Excusado será—escribe Moyano (1)—que apuntemos aquí los infinitos y variados proyectos elaborados por la asombrosa imaginación del propietario de Colmo. Bástenos decir que en cada viaje nos dejaba tal abundancia de trabajos distribuidos que costábanos grandes esfuerzos tenerlos terminados para su señalado regreso". "Las casas se refaccionaban a gran prisa, se acomodaban los cierros, se construían

(1) Véase: Ismael Moyano V.—*Historia de Santa Rosa de Colmo. Última morada del ilustre escritor B. Vicuña Mackenna*. Santiago, 1887.

En este interesante y muy documentado libro del señor Moyano, administrador de Colmo en tiempos de Vicuña, pueden encontrarse detalles curiosos acerca de la vida íntima del prócer. Entre los documentos figuran diversas escrituras y títulos de aquella hacienda y una detallada crónica de los acontecimientos ocurridos durante los años 1884 a 1886.

cómodas y modestas habitaciones para empleados, sirvientes, etc.”

Cuando todo estuvo pronto la familia se trasladó. Las viejas casas parecían remozadas. En uno de los salones—salones de campo, con sabor a simplicidad patriarcal—instaló la biblioteca, primer punto de todo programa, seleccionando el material que le fuera útil para sus trabajos. En el centro de la estancia había una gran mesa de mármol blanco y varios libreros de caoba la rodeaban. Al extremo del primer patio se encontraba una sala pequeña, con modestia y simplicidad de celda, en que el historiador solía laborar. Seguía su dormitorio y los de sus hijos, y más allá, en otro cuerpo, las habitaciones destinadas a los huéspedes que nunca habían de faltarle. Un jardín chileno, una fuente cantarina; al fondo el parque con el rumor de los árboles nativos y enmarcando el conjunto un panorama de río y de montaña...

Cerca, alzaba sus dos pisos de madera *El Castillo* de Colmo y en sus salas funcionaba una escuela primaria, cuyos alumnos recibían a menudo la visita del “maestro”. La infancia era el oriente de las simpatías de Vicuña Mackenna, pues contenía la esperanza de días mejores para Chile. La de esa época creció y pasó, sin dejar la huella que los días ahondan... ¿Dirán otro tanto de nosotros y de nuestro tiempo los hombres que habrán de sucedernos? Las generaciones vibran ante el temblor de las juventudes que se atropellan en el horizonte ilímite, la ola pasa, el temblor continúa y en sus ondas rueda la eterna esperanza...

Los Vicuña Subercaseaux, compartiendo el tiempo entre la Quinta de Santiago, Viña (1) y Colmo, pasaban en esta largas temporadas que abarcaban por lo general de Noviembre a Mayo. Y se hacía vida de campo y de trabajo. En pie casi de madrugada—a las cuatro en verano, a las siete en invierno—Vicuña iba a pasear por el parque, entreteniéndose en ver cómo el agua se deslizaba en hilos por entre los árboles, re-

(1) Vicuña poseía un chalet en Viña del Mar.

flejando con brillo mañanero las sombras y la charla. Algunas noches de fiesta, cuando había amigos hospedados, doña Victoria improvisaba conciertos de piano y sus dedos atraían un mundo evocador sobre las teclas. Por las abiertas ventanas se adentraba el jardín en ondas plenas de efluvios y en veces la luna extendía sobre los seres y las cosas su blanco velo impalpable. En la vida de Vicuña era siempre primavera...

“Por la tarde,—dice Moyano (1), describiendo la jornada habitual—montaba su *Intendente*—caballo dorado con manchas blancas—y en unión de su Benjamín 2.º que subía, ya el *Cáceres*—caballo traído del Perú y que perteneció al general del mismo nombre—, ya *El Farol*—robusto animal que condujo al señor Vicuña Mackenna en su larga excursión por la provincia de Santiago, siendo intendente de ella—emprendía la marcha visitando las principales faenas de la hacienda. Estos paseos tan agradables para el padre y el hijo, hacíanlos ordinariamente después de las 3 de la tarde. Y cuando ocurría que nuevos paseantes aparecían por Colmo, la caravana formábase alegre y festiva, mediante el buen humor de los recién llegados”. En las noches, a pesar de tales ejercicios, hasta las 12 y en ocasiones “más allá de la 1 de la madrugada, ocupábase de la correspondencia privada que recibía en gran abundancia diariamente”. “A este respecto, agrega el memorialista citado, es público y notorio que el señor Vicuña jamás dejó una carta sin contestar”.

El traje—¿por qué olvidar estos detalles que muestran un aspecto del tono íntimo de cada época y acusan rasgos que pueden ser de interés en el estudio de algunas vidas?—era cuidado y sencillo. En invierno “se componía de grueso poncho, sombrero de paño fino y botas granaderas”. “En el verano, manta blanca, sombrero de Guayaquil y traje ligero de paño oscuro” (1).

(1) Moyano, obra citada.

Don Januario

Don Januario Ovalle Vicuña, primo hermano del prócer, era un hombre de buen humor. Bajo, gordo, con una risa estuendosa, unos ojos saturados de malicia y un alma que se deshacía en bondad.

Queríanlo entrañablemente don Benjamín y doña Victoria y era de los huéspedes infaltables en los veranos de Colmo y en las veladas de Santiago. No había mejor compañero para una fiesta familiar, ni más entretenido para una partida campestre, ni más dicharachero para un *malón*. Gran aficionado a las bromas, gustaba tanto de darlas como de recibirlas.

A doña Victoria le encantaba hacerle jugadas y era cosa de todos los días cuando le tenían a mano. Si se quería ir a Colmo, iba el mozo con encargo de robarle la dentadura postiza, que no aparecía después, hasta que el reacio capitulaba; o ya se veía envuelto en mil enredos graciosos con los vecinos de pieza, o de mesa, o de viaje...

Un día, acordándose de Tirteafuera, Vicuña lo sentó ante una mesa opíparamente servida. Había jamones olorosos, chirimoyas de Quillota, capaces de entusiasmar a un muerto, pavo en gelatina y empanadas "caldúas", avecindado todo con chicha baya, buen mosto del país y acaso algunos de esos vinocos dulces que los reverendos guardan para la misa. Revolvíansele los ojos de glotonería a don Januario y sin tiempo casi de anudarse la servilleta al cuello, a la antigua usanza campesina, pescó cuchillo y tenedor, dispuesto a dar cuenta de la cena en un periquete... Pero, su huésped le atajó las manos en el aire.

—¡Cuidado, Januario, que puedes perder tu alma!

—¿Cómo?

—¿No conoces el calendario? Estamos en la vigilia de San Mateo, que es de rigurosa guarda.

—¿De San Mateo?, y la voz del pobre gordo se hacía implorante.

—Sí, hombre, de San Mateo. Lo que significa que tienes la obligación de ayunar.

Pero don Januario, en tremenda lucha con su glotonería, encontró la salida oportuna.

—Bueno, ¿y qué le mete a Mateo con vigilia?

Los cubiertos comenzaron a funcionar... (1).

Adivinación

En una de sus correrías de campo de los meses estivales, que con el buen humor habitual refiere en su libro *Al Galope*, se encuentra la noticia de una visita realizada a lomo del *Intendente*, su caballo predilecto, a la estancia de los hermanos Paulsen, en San Isidro.

Llevaronlo estos industriales ante una jaula poblada de loros y le hicieron ver cómo éstos, con un desconcierto de gritos extra-humanos, se defendían de un toro bravo que fué conducido para la experiencia. El toro, después de vacilar un momento, huyó empavorecido.

Dijo Vicuña a sus huéspedes, que se reían a carcajadas del lance: “¿No se defiende el *chingue* de los perros y aún del hombre con el olor? ¿Y por qué no hallarían entonces los inventores modernos una sustancia que obrando por las narices pusiera fuera de combate un regimiento aún antes de entrar en línea de batalla?”

Los gases asfixiantes y toda la moderna ciencia de ofensiva química que comenzó en víspera de 1914, están anunciados en esas palabras, con antelación de muchos lustros... Sólo que Vicuña, pacifista, pensaba principalmente en sustancias que no tuvieran resultado mortal, adelantándose a los recursos de consecuencia inofensiva, pero eficaz, que la ciencia pondrá un día al servicio del hombre...

Generosidad

Era la suya una mano abierta en dádiva sin fin. Dádiva de todo: del espíritu en ofrenda a su patria y a América, que fué su patria grande; de la inteligencia, en estímulo a los ciudadanos que hacían obra de progreso, a los escritores no-

(1) Don Januario murió en 1885. Vicuña Mackenna escribió en memoria suya un folleto pleno de delicada ternura: *Recuerdos Intimos. A la grata memoria de don Januario Ovalle Vicuña*.

veles que la hacían de cultura, a cuantos tenían un mensaje que decir y una tarea útil que llevar a término; y del corazón, en protección a los perseguidos, a los desheredados, a cuantos tuvieran hambre y sed de justicia o de paz...

Un día, en la Cámara—y esto lo refiere en la *Corona Fúnebre* un testigo presencial—como no tuviese dinero en su cartera, para socorrer a alguien (acaso un obrero vicuñista que volvía de la guerra), sacó su reloj de oro del bolsillo y lo dió....

Educada en ese ejemplo, doña Victoria Subercaseaux, su compañera, todo lo daba.

El día de su muerte, cuando los familiares abrieron los muebles de su dormitorio, nada hallaron. En el curso de su postrera enfermedad lo había dado todo...

Retorno al hogar

Un día entre los días, cuando su existencia finaliza, llega a las tierras paternas, en demanda de los paisajes y de los recuerdos de su infancia. “¡Ah!—exclama—¡Cuántos recuerdos, dulces los unos, melancólicos los otros, tiernos algunos hasta las lágrimas, agolpábanse a mi corazón y a mi memoria, al atravesar delante de aquellos muros blanqueados como los sepulcros antiguos, y cuyo silencio profundo les asemejarían a un cementerio en medio de los campos! Ya la robusta, rechinadora rueda del paterno ingenio no se mueve, y probablemente no volverá a girar sobre su inmóvil eje; el agua, desdeñada por el canal de riego, escápase por la ladera, remediando en su murmullo algo que parecería fúnebre plegaria, mientras los buhos de la noche se placen en formar sus nidos, no turbados por el ruido del trabajo, en los viejos aleros”.

Sic transit...

Cuenta un periodista argentino, en “La Tribuna Nacional” de Buenos Aires, la visita que en compañía de E. García Merou y Adolfo Pueyrredón hiciera a Colmo en 1885.

“Era de ver con qué afecto y respeto lo recibían en todas partes las sencillas gentes del campo. Parecía un patriarca

antiguo de los primitivos tiempos de Israel o un Cincinato que había dejado la toga por el arado. Y en efecto, al ver aquella personalidad sencilla e ingenua, con los hábitos del hombre del campo, en medio de aquel paisaje agreste y solitario, hería fuertemente nuestra imaginación el contraste, sabiendo que aquel mismo hombre hacía poco había estado a punto de ser Presidente constitucional de su país; que había sido ministro plenipotenciario en Estados Unidos y Europa; que había inundado la América con cien obras originales, una sola de las cuales bastaría a la reputación de un escritor; y que había llenado los periódicos con sus escritos y todo el continente con su nombre. Verlo ahora entregado a las faenas sencillas del campo y viviendo lo bastante para juzgar amargamente la ingratitud de sus propios compatriotas... entristecía y daba pena, al mismo tiempo que lo admirábamos con respetuoso silencio.

“Una tarde nos mostró una placa de bronce con su nombre colocada en el testero de una gran puerta de verja del jardín.

“Nos contó la historia de esa inscripción: es una desagradable historia. Nos dijo: “Esa placa perteneció a una locomotora que fué encargada por el gobierno de Chile a Estados Unidos y bautizada con mi nombre cuando se creyó que yo sería Presidente de la República. Habiendo triunfado mi competidor, la placa fué arrancada de su sitio y sustituida por el nombre del presidente electo. *Como un recuerdo de las cosas de la época y una enseñanza del destino de las grandezas humanas la conservo aquí, gracias a la benevolencia de un amigo*”.

Vicuña Mackenna filósofo

Llena está la obra literaria de Vicuña Mackenna de pensamientos hondos, de reflexiones en que palpita la captación de la verdad. Nada tuvo secretos para ese gigante que paseó su genio por la historia y por las almas, buscando en lo que fué la explicación de lo que era y en el estudio de las pasiones la clave de la conducta de los hombres. Y así, en la plenitud de sus días, pudo pensar, con el filósofo francés, que comprenderlo todo es perdonarlo todo...

Cuando corregíamos las pruebas de esta parte, muy ajenos por cierto a la idea de acopiar reflexiones filosóficas de carácter general, nuestro secretario extractó estas líneas, que de otras pruebas de la *Historia de Santiago* saltaron a su vista:

“...esa triste e incurable propensión del alma humana, que cuando se cansa de admirar, aborrece, y que fatigada por la envidia de la duración de la prosperidad ajena, maldice al fin, y después calumnia y después mata” (1).

Vicuña Mackenna y Jover

Don Rafael Jover, el hidalgo español que revolucionó la industria editorial en Sudamérica, estableciendo sucursales de su empresa en las principales ciudades del continente sur, tuvo con el maestro relaciones cordialísimas. Fué su principal editor de la última época y de algunos de sus libros del tiempo de la guerra (*La Historia de la Campaña de Tacna*, v. gr.), llegó a tirarse ochenta mil ejemplares, número verdaderamente sorprendente entonces y aún hoy.

En los meses finales de la vida de Vicuña se puso en trabajo la tercera edición de *El Ostracismo de los Carreras* adi-

(1) El anecdotario podría multiplicarse hasta el infinito, expurgando en la obra o en la correspondencia del maestro.

Pero llevados de la necesidad de limitarlo, solo nos cabe apuntar, en esta nota, una anécdota recogida días atrás por nuestro amigo el escritor Isaac Echegaray.

Hallábase Echegaray de paseo en la Quinta Normal, cuando atrajo su atención una multitud de varios cientos de personas, reunidos en alguna plaza del popular paseo. Aproximóse y pudo oír a un orador popular que hablaba sobre grandes hombres americanos. Con viva imaginación iba el conferenciante relatando las hazañas de San Martín, después de las cuales dió la sin hueso a Vicuña Mackenna y dijo maravillas del prócer.

En una parte de su pintoresco relato, luego de describir las fantásticas recepciones brindadas por el Emperador de la China y el Mikado japonés, narró los viajes de Vicuña por las *Europas*. «Voy a contar una anécdota, dijo, que os demostrará que el gran Vicuña Mackenna era el charliador más famoso que ha habido en el mundo. Cuando llegó a Rusia, el Zar lo invitó a su palacio, todo de mármoles y oro, y como era muy egoísta solo le acordó los quince minutos de audiencia que daba por costumbre a los soberanos y a los grandes hombres que recibía. Fué Vicuña Mackenna a entrevistarse con Su Majestad, y cuál no sería la sorpresa del Zar cuando, al despedirse, miró su reloj. ¡La entrevista había durado seis horas!».

Este pintoresco relato, glosaba Echegaray, muestra hasta qué punto Vicuña Mackenna se ha fundido en el alma popular chilena, llegando a constituir una verdadera figura mítica.

cionada de nuevos manuscritos. Las pruebas fueron enviadas a Colmo, pero no pudo examinar sino algunas; siendo de advertir que el prefacio fué la última página en que puso mano.

Tres días antes de morir escribió a Jover esta carta: "Señor Rafael Jover.—Santiago.—Amigo mío: La salud ha seguido mal, a punto que ni las pruebas que Ud. mandó he podido corregir. Los retratos para el *Ostracismo* pueden utilizarse todos. Mientras no haya una reacción en la salud, no podré corregir prueba ninguna; pero Ud. lo arreglará todo satisfactoriamente.—Siempre suyo.—B. V. M."

Y por extraña coincidencia el pliego del *Ostracismo* entraba en prensa el día 25 de Enero de 1886, acaso a la propia hora en que el prócer fallecía...

No Gómez

Erase un viejo enteco, magro y menudo, con el rostro arado y un marco de patillas blancas; más de ochenta años a la espalda y todo un cargamento de gloria. Había estado con Mackenna en Membrillar y con O'Higgins se había batido en Rancagua, y los soles de Chacabuco y de Maipo aureolaron su bizarra mocedad.

Vicuña tenía gran afecto por el viejo soldado de la Independencia, a quien llevó a vivir a Colmo, dándole el título de "asistente" con goce de "fuero militar".

No Gómez, muy orgulloso de su posición, escoltaba al prócer en sus paseos por el parque y le daba a menudo el descanso de su ingenua plática. Por las mañanas le presentaba armas con un viejo fusil de los tiempos de la Patria Vieja y al atardecer, con su voz quebrada bajo el peso de la vida, rareaba el toque de queda de los campamentos...

Pero no todo eran mieles para el veterano. Y así los hijos pequeños se encargaban de hacerle bromas; ya era mi madre quien le remecía las patillas o sus hermanas que le tironeaban la casaca o remedaba su habla. Mas cuando No Gómez perdía su paciencia, que no era mucha, venía el huír desalado de los chicos, pues Vicuña procedía a juzgarlos en juicio sumárisimo, con daño de manos y posaderas...

Corrieron veloces los últimos años y el día en que se cerraron los ojos del hombre que más hondamente había ama-

do a Chile y honrado sus héroes, sobre Ño Gómez cayó un manto de infinita tristeza.

Solía vérselo caminar con paso vacilante por los desiertos corredores de Colmo y montar con su viejo fusil la guardia del Oratorio en donde Vicuña había muerto.

Por la tarde, a la hora en que la naturaleza tiende su velo de paz sobre el paisaje, una voz cascada, una voz que tenía la levedad que conviene a los fantasmas, tarareaba el toque de queda...

Cierta mañana invernal le encontraron muerto junto al Oratorio. A su lado, caído por tierra, veíase el fusil de la Independencia...

Ño Gómez, como en una acción militar, había cubierto la última guardia de la fidelidad.

Amor a los que sufren

Se lee en un *Mercurio* de los días de su fallecimiento: "La mayor parte del producto de sus eseritos, cuya lista no puede formarse, porque son como las arenas del mar, fué empleada en socorrer a los desgraciados que imploraban su generosidad.

"Se cuenta que el célebre ateo, Barón de Holbach, decía a sus amigos íntimos:

"Helvecio ama a los pobres y no cree en Dios; yo los amo también y tampoco creo.

"Benjamín Vicuña, al revés de esos singulares apóstoles de la beneficencia sin Dios, podía decir, como lo dijo siempre a sus íntimos:

"La desgracia es hija de Dios: por eso es que yo quiero tanto a los desgraciados".

Invidia quia pugnant

Don Crescente Errázuriz o don Francisco de Paula Taforó ha referido esta anécdota.

Un escritor, con motivo de su alejamiento de la política, le recordaba las palabras de Lutero en el cementerio de Worms:

Invidio quia quiescunt (los envidio porque descansan). A lo que repuso Vicuña: “Al contrario podría decir yo de ustedes: *Invidio quia pugnant*”.

¡Envidio a los que luchan!

Vicuña Mackenna y su médico

Refiere el Doctor Cannon, que fué el más inteligente y atinado entre los médicos que lo vieron en los últimos tiempos: “Estuve una vez en Santiago en alguna dificultad con la Universidad y me dirigí al gabinete del Ministro de Instrucción Pública, señor Barceló. En ese mismo momento entró don Benjamín, y le dije:

—“Señor, tenemos el honor de considerarlo a usted irlandés más que chileno, ¿quiere usted decir una palabra en mi favor al ministro?

“Con su modo franco, alegre y leal me hizo este servicio.

“La última vez que ví al señor Vicuña Mackenna, le dije:

“—Señor, pedí una vez a usted que me ayudase.

“—¿Y le ayudé? me preguntó.

“—Sí, y por eso, nada más que por eso, estoy aquí en Chile.

“—¡Ah! me dijo, por esto es que ahora me ayuda usted a mí. ¡Somos poetas los dos!

“Así sabía ese titán nivelarse con los pigmeos con que se encontraba, y este caballero cumplido, envuelto ya en las tinieblas del valle de la muerte, nunca olvidaba dar una palabra de bondad y aliento a los viajeros que siguieron a su lado el camino áspero de la vida”.

La poesía del dolor

Se ha dicho que Vicuña Mackenna fué un gran poeta en prosa. Y en verdad tenía alma de poeta.

Cuando realizaba la transformación del Cerro Santa Lucía—el antiguo Huelén de la época indígena, palabra que significa *dolor*—ordenó que se transportaran al Cementerio General los restos de los suicidas que allí estaban sepultados de acuerdo con una antigua práctica impiadosa que proscri-

bía de todo camposanto a quienes se hubiesen quitado voluntariamente la vida, que para ellos no había sagrado.

Mandó levantar una columna a la orilla de un camino hermoso. En una plancha de mármol se lee esta ofrenda:

“A los desterrados del cielo y de la tierra que en este sitio yacieron durante medio siglo. 1822-1872.—B. V. M.”

Y durante su intendencia hizo poner a la entrada del Hospicio una alcancía con esta leyenda: “Para los náufragos de la vida”

Esperanza

Tres de las hijas de Vicuña Mackenna tuvieron la vida de las rosas, que dijera el poeta. Una se llamó Rosa, Manuela otra y la menor Gabriela.

Todas ellas duermen el sueño largo de sus vidas breves en la Iglesia del Santa Lucía.

Vicuña hizo grabar bajo sus nombres, en una de las caras de la columna de mármol que hay al lado del sepulcro, esta frase:

“Dulces compañeras en la tierra,
Dulces ángeles en el Cielo...
Nos aguardáis?...”

Gabriela

Cuando la hija menor siguió el camino de su padre, doña Victoria mandó grabar en la columna funeraria estos versos:

“Gabrielle
Fort
Belle
Elle
Dort.
Sort
Fréle,
Quelle
Mort!
Rose
Glosse,

La
Brisse
L,A
Prise!"

El segundo Benjamín

Tuvo dos hijos varones Vicuña Mackenna. El primero, nacido en los días de su campaña presidencial, llevó su nombre. Y al segundo, que vino al mundo en el año del combate de Iquique, púsole Arturo...

Arturo vivió pocos meses...

Pero el primogénito alcanzó a lograr su primavera en una batalla sin descanso. Fué historiógrafo, fué artista, sirvió a su patria, saboreó el cáliz de las ajenas envidias, dejó algunas páginas maestras, amó de prisa y partió temprano, como el personaje de Menandro.

Era el segundo Benjamín digno en todo del nombre que llevó. Un corazón ancho en un cuerpo gentil, una noble inteligencia, una alma plena de delicadeza y de hombría.

Los mayores afectos fueron naturalmente para ese hijo llamado a un destino glorioso. La vida debía serle ingrata, sin embargo, y fué acaso presintiéndolo que la ternura paterna lo escogió.

Vicuña Mackenna, que soñaba hacer de su heredero un hombre a su semejanza, se preocupó de dirigir sus primeros pasos, orientando el camino de su educación.

Padre e hijo no se separaron durante los años postreros, y donde iba lo seguía el niño. Era su compañero de cabalgatas y excursiones campestres, de los paseos de la mañana y de la tarde. A pie, a caballo, cogidos de la mano, discurrían por el parque de Colmo, pendiente el chico de pensamientos y palabras que nunca escucharía de otros labios.

Se deslizaron los años, corrió la vida...

Al revisar el autor de este libro los papeles íntimos que guarda con piadoso amor para el futuro Museo Vicuña Mackenna, encontró algunas reliquias conmovedoras... Cartas infantiles del hijo, escritas con la media lengua de la infancia, más rica en elocuencia que las páginas maduras y amargas

de los hombres. Y entre esas cartas, que ya no miraran con ternura los ojos de ninguna mujer, había dibujos infantiles, balbuceos de un artista que otros caminos solicitarían.

Y en el reverso de aquellos dibujos, el lápiz del prócer había trazado las notas más tiernas, había trazado esas palabras que sólo los padres pronuncian en el dulce secreto de la intimidad...

El reloj

En Colmo, cierta tarde, Vicuña Mackenna se paseaba apoyado en el brazo de su hija Blanca por las avenidas del parque que plantara con sus propias manos. Una sombra de tristeza velaba sus ojos que contemplaban, con mirada que no era ya de este mundo, la pura belleza de la niña, cuyo rostro tenía los rasgos de una virgen antigua.

Detúvose un instante y díjola con voz que tenía acaso temblor de lágrimas.

—“Ma fille, ma petite, joissez de mes jours, qui seront tres courts...”

Y como la niña se pusiese a sollozar, la estrechó entre sus brazos. Luego, desprendiéndose de su reloj de oro, con anchas iniciales y gruesa cadena, a la moda británica de entonces, lo puso en manos de la primogénita.

—“Conserva este reloj, hija mía, como un recuerdo del tiempo de tu padre...”

Nerón y Agripina

Grandes, fuertes, con terrífico aspecto, Nerón y Agripina componían la más hermosa pareja de Ulm que pudiera imaginarse. Habíaseles obsequiado el Ministro de Alemania, como procedentes de la cría del Canciller Bismark y en prueba de su simpatía oficial por el hombre que más había honrado a Chile.

Los dos perrazos no tardaron en convertirse en los favoritos del prócer y eran su sombra cuando iba por el parque o en las excursiones a caballo, a lomo del *Intendente*, en las mañanas y en las tardes de Colmo.

Cuando Vicuña se retiraba a su escritorio a trabajar, Nerón y Agripina echábanse a su derecha e izquierda y no consentían que nadie fuese osado de acercarse, poniendo a prudente distancia a los niños y a los servidores. Sólo doña Victoria tenía el privilegio de romper la “consigna prusiana”, que decía el maestro, y de pasar junto a las líneas armadas de magníficos colmillos.

El día en que Vicuña Mackenna cayó herido de muerte, Nerón y Agripina montaban guardia cerca de él, y ya no quisieron apartarse de su lado. Nerón habíase arrinconado en un ángulo de la estancia, desde donde no hubo fuerza humana capaz de arrancarlo, Agripina, junto al lecho, ponía sus dos manos sobre las sábanas, dando gritos lastimeros.

Y durante toda aquella noche trágica del 25 de Enero de 1886, los aullidos de los fieles compañeros poblaron el paisaje de Colmo.

Al galope

Van cayendo las últimas arenas.

A mediados de Enero de 1886 se trasladó con doña Victoria, desde Colmo a Viña del Mar, para asistir a un banquete de confraternidad y paz en honor del Ministro de Bolivia, don Aniceto Arce. A la hora de los postres pronunció “el más noble de todos los brindis”, el último que brotara de sus labios.

Al día siguiente fué a visitar al Doctor Cannon, quien después de examinarlo prolijamente, y deteniéndose en el corazón, le dijo:

—“Tiene usted un ruido de galope...”

A lo que respondió, sonriendo:

—“¡Ah!, es porque he estado escribiendo *¡Al Galope!*” (1)....

“Le demostré—cuenta Cannon (2)—lo grave de su estado,

(1) *Al Galope*, su último libro.

(2) Informe oficial sobre la enfermedad de Vicuña Mackenna, redactado por el Dr. Cannon. (Véase *Corona Fúnebre* y prensa de la época).

y arreglamos una junta para el día siguiente, con los doctores Fonck y Schröder... (1).

“Cuando se reunió la junta, nos dijo:—¿Me vá a sentenciar el jurado?”

Y el jurado dictó sentencia: Degeneración de los riñones y ateroma o degeneración grasosa del corazón y arterias. Examen: gran cantidad de azúcar. Albuminuria.

Presentimientos

Veía llegar la muerte con profunda serenidad, embellecida acaso en su alma de poeta con ese tono romántico que nunca se apagó en su espíritu ni en su obra.

Días antes del gran viaje, decía en Viña del Mar a doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux, su suegra, al tiempo de despedirse en su última entrevista: “Necesito recomendarte especialmente a mi Victoria, porque creo que ya no viviré mucho tiempo”.

En una de las postreras veces que montara a caballo, dijo a su secretario, que le tenía el estribo: “Esta es la vida. Ayer trepaba con tanta facilidad a caballo, y hoy... ¡cuánta dificultad!”

Como el administrador de Colmo le propusiera efectuar algunos arreglos en la hacienda, respondió: “Vale más, mi amigo, no iniciar trabajos que no se han de concluir”.

Frente a la muerte

La actitud filosófica del prócer frente a la terminación fatal e inevitable de su vida, que concluyó cuando en otros habita todavía la juventud, está contenida en una página de Gabriel René-Moreno.

Refiere el ilustre escritor boliviano que cuando lo visitó por la última vez, en Santa Rosa de Colmo, conversaron sobre la

(1) Según recuerda doña Blanca Vicuña de Vergara, fué el Dr. Hahn, que vivía en Quilpué, el primero en conocer la enfermedad que ignora en síntomas y alcance su médico particular, el Dr. Díaz Lira. Hahn, habría asistido a la junta de médicos convocada por Cannon.

muerte. Vicuña Mackenna, sonriendo con infinita serenidad, díjole esa tarde estas patéticas palabras:

“¡Quién piensa ya en letras, ni en política, ni en nada! Todo acabó. Sin duda ninguna, la vida es algo contenido en un tiesto; y el tiesto se ha rasgado de las asas al asiento, y la vida no se evapora por los bordes superiores que daban paso a su vuelo, sino que se escapa como un gas sutil por la menguada y vilísima rajadura. Este grandioso aparato del universo se apañuzca como un terrón encima de mí. ¡Qué ideas, amigo mío! Esta amplia bóveda de luz y colores se tiñe de negro, y descende como un cendal para envolver a esta criatura miserable. Es en vano ya disimulármelo. La verdad es que mi naturaleza está minada, desquiciada y que se desploma: y sintiendo estoy el crujir de mi existencia próxima a desmoronarse y hundirse en la eternidad”.

La muerte de Vicuña Mackenna

Se lee en el capítulo LXXI de *Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos*:

Y otro día, el 24 de Enero—cuentan las crónicas periodísticas que recogen los datos pueriles, los íntimos detalles en el final de los grandes hombres—tuvo el antojo “de tomar leche en un cantarito de barro”, como cuando era niño, en los días de la infancia...

El lunes 25, fecha postrera de su calendario, último montón de arena en el reloj, despertóse alegre, sereno. Por primera vez, en las últimas semanas, había dormido bien. Y dijo a doña Victoria: “¡Qué sueño tan dulce he tenido anoche! ¡Ha sido para mí un sueño reparador!”

Después de almuerzo hubo grata charla de sobremesa, en el salón íntimo. El pasado volvía. Viejos cuentos, anécdotas de los hermanos idos, del padre lejano, nostalgias de los tiempos en que todo es primavera, de las visiones de la niñez en que ríen hasta los colores de los cuadros familiares y el paisaje habla, y en el corazón hay un pájaro que canta y una fuente ebria de luz...

Luego el Dr. Lira salió de paseo, a caballo, con otro invitado, el señor Juan Francisco Sánchez. Y Vicuña continuó con

su mujer y Blanca, pues los hijos menores habían partido ya a Santiago, donde debían juntárseles en breve.

Quedaron solos. Doña Victoria contemplaba el paisaje, Blanca miraba a su padre. Y Vicuña Mackenna, un poco pálido, hojeaba manuscritos. ¿No era ese su sino? Con ellos en la mano, con la pluma empuñada, con Chile y América clavados en sus entrañas y en su cerebro como una inmensa, obsesionante pasión, habría de rendirse, sin doblar el penacho romántico que ninguna derrota abatió.

La bandera quemada de soles y el alba de oro eran suyas. ¡Hasta el fin, hasta más allá del fin!

Vicuña Mackenna agitó la cabeza, agitó los manuscritos y su cuerpo se deslizó sobre una piel negra y la cabeza sobre el regazo de la compañera angustiada...

Y vino, cuando era ya de noche, librada la última batalla, la hora del gran silencio...